

AMORES Y DESAMORES TOREROS

*LA VIDA SENTIMENTAL
EN EL MUNDO TAURINO*

Benjamín Bentura Remacha

Autor

Benjamín Bentura Remacha
Licenciado en Derecho y Periodismo,
colaborador de diversos medios de comunicación, desde *El Ruedo y
Fiesta Española*, de la que fue director y fundador,
Los Sabios del Torro y *Escalera del Éxito* 85.

Edición

Los Sabios del Torro

Diseño y Maquetación

Imagen Beta, S. L.
Dayo 2000, S. L.
MonoComp, S. A.

Impresión

Edigrafos, S. A.
Volta, 2. Polígono Industrial San Marcos
28906 GETAFE (Madrid)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de esta publicación puede reproducirse, registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, escaneado o grabación o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del editor.

AMORES Y DESAMORES TOREROS

© *Los Sabios del Torro* – Agrup. A. A. Teletrofeo, S. L.
Cartagena, 47 - 28028 Madrid
Tel.: 91 725 80 26 / Fax: 91 725 80 45
e-mail: teletrofeo@imagenbeta.com
www.sabiosdeltoreo.com

© Benjamín Bentura Remacha
Aznar Molina, 1 - Casa 7 - 3.º Izda.
50002 Zaragoza
Tel.: 976 29 82 11 / Móvil: 699 92 22 11
e-mail: bbentura@able.es

Depósito legal: M. 49.691-2004

Índice

Primer impulso	7
Son mis amores reales.....	9
El primer torero profesional	16
Goya, las majas, las duquesas y el amor	19
Goya, primer espada amoroso	28
«Tragabuches», de torero gitano a bandido	35
El complicado siglo XIX	39
El segundo cuarto de siglo y Chiclana	42
El segundo triunvirato.....	45
En pos de la primera pareja	50
Antonio Sánchez «El Tato» y Antonio Carmona «Gordito»	51
En la cumbre «Lagartijo» y «Fracuelo».....	55
El primer califa	56
Salvador y Manuela.....	59
Los Gómez y los Ortega.....	65
La boda breve.....	68
La discreción de José	71
El resto de la familia	74
Mazzantini: Final romántico y triste.....	76
Ocho caballos negros	80
El imponente Rafael Guerra «Guerrita».....	83
El pañuelo que no era de la novia.....	85
Antonio Fuentes y Zurita, la elegancia	89
Los bombita	91
Los «Litri» y su extraña familia	96
Siglo XX.....	101
«Machaquito», el torero y la inglesa.....	102
El solterón Vicente Pastor	107
Los Bienvenida, gloria y desventura de una casta de toreros, diez	108
Manolo Bienvenida.....	114
Pepe Bienvenida	114
Rafael Bienvenida.....	115
Antonio Bienvenida	116
Ángel Luis Bienvenida.....	118
Juanito Bienvenida	118
Miguel Bienvenida	119

Rodolfo Gaona «El indio grande»	119
«Don Juan» Belmonte	126
La extraña boda	132
Los Valencia	135
La primera paloma	137
La segunda paloma	139
Las dos familias	140
Los Dominguín	141
Domingo González Lucas	143
José González Lucas	144
Pochola Dominguín	145
Luis Miguel y sus mujeres	146
Primera mujer de Luis Miguel	152
La joven y entrometida prima	153
La otra mujer de Luis Miguel	156
Carmina González Lucas	157
Los Ordóñez	160
El biznieto de Domingo y Cayetano, el duque	163
La boda	164
Después de «Joselito» y antes de «Manolete»	167
Domingo Ortega, dos matrimonios y una sola pasión: los toros	177
«Manolete», el héroe vencido por el amor	182
Lo mejor que hizo Pepe Luis: casarse con Mercedes	189
El torero que salió de un cuadro	192
Mario Cabré, un poeta que sabía torear	194
Curro Romero, los Márquez y la Piquer	200
El mal fario de Rafael de Paula	203
Jaime Ostos y su hijo Jaime María del Pilar	206
Paco Camino y los tres avisos	208
La monogamia mal entendida del Manuel Benítez	210
La palabra de Sebastián Palomo	213
Juan Antonio Ruiz «Espartaco»: boda secreta	214
Martín Pareja-Obregón, el breve	216
La madurez de José Ortega Cano	216
César Rincón: largo noviazgo, corto matrimonio	220
José Miguel Arroyo «Joselito» y su miedo	221
Cristina Sánchez y la cigüeña impaciente	222
Recordatorios	223
Los «Donjuanitos»	226
Cajón de sastre	228
Epílogo	231

PRIMER IMPULSO

No trato de justificar nada porque piense que eso «de los amores» es un tema comprometido que puede estar sujeto al gran dilema planteado por «Don Mendo», hijo predilecto de Pedro Muñoz Seca, en la partida de las siete y media, en la que tan malo es pasarse como no llegar. Cierto es también que en esto del amor es muy difícil acotar su significado y la aptitud de los que se encuentran involucrados en su definición: ¿es cosa de uno solo frente a otro o de dos confundidos en uno? Resulta muy complicado el delimitar esa frontera. Pero, al margen de su definición, usted sabe lo que es el amor y quiénes son los toreros. Basta unir los dos términos y encontrarse con algo que promete demasiado: AMORES Y DESAMORES TOREROS.

Llevaba varios años tratando de divulgar temas taurinos de interés general: Goya, «Martíncho», el ganado de la casta brava aragonesa, las gentes que han tratado lo taurino desde Aragón, la historia de la Plaza de Toros de Zaragoza y alguna cosa más en forma de libros, crónicas y charlas frente a oyentes de muy diversa condición. Hasta que, en un luminoso día, me invitaron a una reunión singular en un marco muy torero y en una mesa alargada con la disculpa de compartir verduras, pescado y mucha conversación que, para mí, fue de lo más cordial y enriquecedora. Catorce mujeres me escucharon con respeto y hasta, me parece, religiosa atención cómo les contaba la prehistoria, la mitología, la historia y el arte de la lidia del toro. Y el otro arte: Goya, el Siglo de Oro del grabado taurino, la literatura y la mujer. La importancia del toro de Aragón en el nacimiento de la fiesta tal como la vemos hoy y la transcendencia de la imposición del peto al caballo de picar para la supervivencia de la fiesta. Sin peto y sin Goya ya no habría corridas de toros ni en la mismísima España. No tendríamos caballos suficientes ni estómago preparado para digerir el sangriento espectáculo de los equinos despanzurrados y careceríamos del soporte cultural que nos defiende de los que nos condenan por bárbaros e insensibles. Y todo esto lo siguieron con atención exquisita mis interlocutoras mientras saboreábamos la dorada a la sal en el mesón «Campo del Toro», frente a la plaza zara-

gozana. Para el final de mi intento de diálogo dejé la cita de la novela «La mujer, el torero y el toro», de Alberto Insua, con la disputa de dos toreros en la conquista del favor de la cupletista y otros idilios famosos como los de Pastora y «El Gallo», «Chicuelo» y «Dora la Cordobesita», Antonio Márquez y Concha Piquer hasta llegar a los «affaires» modernos, incluidos «Jesulín» y Belén o los Duques de Montoro. En ese momento desaparecieron sombras y timideces y, lo que había sido hasta entonces un tibio monólogo salpicado por algunas percepciones de las señoras más cercanas al tema taurino, se convirtió en un profuso diálogo a quince en el que ya nadie se reservaba opiniones. Al llegar a este punto me percaté de que mis compañeras de mesa y mantel estaban de lo más informadas y, por consiguiente, interesadas en la indagación y confirmación de las circunstancias que rodean la vida sentimental o amorosa de los toreros. Entonces, con sesudos proyectos de investigación histórica en marcha, pensé que el libro más interesante que podía escribir era este que titulo «AMORES Y DESAMORES TOREROS».

El torero, antes el caballero toreador, desde el primer momento fue un personaje de lo más propicio a ser admirado por el sexo femenino aunque fuera desde los balconillos de las gradas y andanadas porque en aquellos tiempos las damas no se mezclaban con los públicos masculinos de los tendidos. Antes, los caballeros, con sus chulos de a pie, alardeaban de valor, fuerza y destreza para provocar esa admiración que a alguno, por su osadía desmedida, le costó la vida y no a cuernos del fiero enemigo animal, sino a manos asesinas y mercenarias.

En ese momento va a empezar esta historia que, gracias a Dios, no ha tenido excesiva continuidad pese a que un solo crimen, ya sea por celos o por cualquier otra causa, siempre es excesivo.

Aunque sea tirar piedras al propio tejado del interés de este relato, tengo que confesar que estas historias sólo apasionan cuando tienen por protagonistas a una minoría moribunda frente al conjunto, mayoría, de los que han sido toreros desde que empezaron a contar con la admiración pública, allá por la mitad del siglo XVIII. Vamos, que no creo que la proporción de infidelidades o con problemas de afectos y desafectos sea mayor en la vida de los toreros que en la del resto de la gente.

Para demostrarlo voy a apoyarme en una serie de reportajes que firmó mi padre con el seudónimo de «Barico» en los primeros tiempos de la revista *El Ruedo* y que consistían en una serie de entrevistas a las esposas de los toreros «las que se quedan en casa». Fueron mujeres tan excepcionales como doña Carmen Jiménez, esposa de Manuel Bienvenida, que tuvo diez hijos, tres de los cuales murieron de niños y dos en plena juventud, Rafael y Manolo, éste ya matador de toros. Hubo otros cuatro que tomaron la alternativa, Pepe, Antonio, Ángel Luis y Juan, los cuatro casados, con la continuada tradición de la numerosa prole. Doña Dolores Bazán, esposa de Martín Vázquez, el «señó Curro», madre de Manolo, Rafael y Pepín, y de dos chicas, Lola y María Teresa. Marcial y esposa, con sie-

te hijos, y con los mismos «Chicuelo» y «Dora la Cordobesita», uno de ellos, Rafael, torero de mucho pellizco.

Gracia Lucas que casó con Domingo González «Dominguín», al que conoció en la estación de Pamplona, era de Tíjola, Almería. El enlace tuvo lugar en Madrid, en 1919, y tuvieron tres hijos varones, matadores de toros, Domingo, Pepe y Luis Miguel, y dos chicas, Gracia (Pochola) y Carmina, que se casó con Antonio Ordóñez. Doña Concepción Garcés, esposa de José Vázquez y madre de siete hijos: Pepe Luis, Rafael, Manolo, Consuelito, Antonio, Juanito y Carmela, tres matadores de toros. Rosario Rojas Monje, casada con Rafael Vega de los Reyes «Gitanillo de Triana», madre de unos cuantos «gitanillos», Pastora Vega entre ellos. Era hija de Pastora Imperio, nació en la calle Zurbano y fue bautizada en Chamberí. Y muchos otros casos de parejas toreras que fueron más o menos fecundas, pero que navegaron en el difícil barco de la convivencia matrimonial con la normalidad de las familias de cualquier otro estrato social.

Lo que no tiene duda es que el torero siempre ha contado con la aureola de ser extraordinario, de héroe admirado por sus congéneres de ambos sexos y considerado como símbolo humano de la ceremonia religiosa que Alfonso X retrataba en sus «Cantigas» como exaltación del vigor procreador de la sangre de toro bravo que embadurna le seda de la ajustada taleguilla. En las miniaturas que adornan las «Cantigas» los invitados asaetean al toro con pequeños dardos para que el novio lancee al animal con la sábana que ha de servir para cubrir el tálamo nupcial. No había que esperar a que, los caballeros primero y después los toreadores de a pie, encandilaran los corazones que presenciaban los torneos antes y luego los espectáculos populares y corridas de toros. Se enamoraron ellas y ellos y surgió el drama típico y tópic, la comedia humana o la simple historia de una familia como las demás.

Pero lo que interesa es la excepción y hacia esa excepción vamos para justificar el título de este libro: AMORES Y DESAMORES TOREROS.

SON MIS AMORES REALES

Era Isabel de Borbón (1603, París-1644, Madrid), la primera esposa de Felipe IV, hija del rey de Francia Enrique IV de Borbón y de María de Médicis. Tenía 12 años cuando se casó con Felipe, de 10 años, al que su padre, Felipe III, permitió hacer vida marital a partir del 25 de noviembre de 1620, cuando contaba algo más de 15 años y la princesa con los 17 recién cumplidos, lo que no fue obstáculo para que al año siguiente Isabel tuviera el primero de los siete partos casi todos desafortunados más algún aborto entre ellos. Solo perduraron el príncipe Baltasar Carlos, modelo del precioso retrato a caballo de don Diego Velázquez, que vivió hasta los 17 años, y la infanta María Teresa, que se casó con Luis XIV en 1660.

Estas circunstancias y los amoríos de Felipe IV y los desplantes del conde-duque de Olivares no hicieron muy feliz a Isabel de Borbón, que, por un incidente ocurrido en un teatro rústico de Aranjuez, estuvo a punto de perder su reputación de esposa fiel. El instigador de ese acontecimiento fue el conde de Villamediana, quien, al producirse un incendio en el citado teatro, el 15 de mayo de 1622, en la representación de «El Vellochino de Oro», de Lope, la reina se desmayó y fue rescatada de entre las llamas por el conde, Juan de Tarsis, lo que vino a acrecentar los rumores cortesanos del acoso del galán a la joven reina de 19 años. Alguien insinuó que había sido el propio Villamediana el que provocó el incendio en el local en el que la reina estaba de espectadora.

Pero la rivalidad entre el conde y Felipe IV tenía su origen en una dama de la Corte, doña Francisca de Távora, que parece que dirigía sus favores al de Villamediana y coqueteaba con el rey, quien, al casar Francisca con el noble portugués —ella era portuguesa también— Fernán Téllez de Meneses en 1630, como regalo de boda le concedió el título de conde de Unháo. Pero Villamediana, buen mozo, valeroso y arrogante, salía a alancear toros con brillante armadura, fuerte brazo y segura lanza y provocaba la admiración de la real señora que comentaba a su augusto esposo con entusiasmo lo de ¡Qué bien pica el conde! A lo que don Felipe respondió: «Pica bien, pero muy alto».

Eso ocurría hacia 1622, en la misma temporada en la que Villamediana se presentó en el desfile de caballeros con unas leyenda en el pecho, «son mis amores...», acompañada de unas monedas que entonces se llamaban reales de vellón. Dicen que fue el bufón de la Corte el que resolvió el sencillo jeroglífico. «Son mis amores reales». Se asegura que el rey replicó con contundencia: «Yo se los haré cuartos».

Juan de Tassis, o Tarsis, conde de Villamediana (1582, Lisboa-1622, Madrid) fue un celebrado caballero por ser un consumado jinete y un seguro y eficaz alanceador de toros, en lo que seguía la escuela de su padre que había sido correo mayor de Felipe II. Poeta estimable hasta el punto de que algunos de sus poemas se pudieron achacar a la pluma de Luis de Góngora, tenía todas las condiciones para sobresalir en la vida cortesana de aquellos tiempos. Se casó con Ana de Mendoza en 1601, tuvo algunos lances de cierta gravedad y hubo de salir de España, marchar a la guerra de Nápoles y Normandía como maestre de campo, pero siempre perseguido por sus acreedores porque, para redondear su fama de calavera, tenía los juegos de azar como descanso de sus amoríos.

Después del incidente del incendio del teatro de Aranjuez, los elogios de la reina sobre el buen arte de picar del de Villamediana y la leyenda de los amores reales con la de Távora en competencia con el mismo Felipe, el 21 de agosto de 1622 Villamediana fue asesinado en la calle Mayor de Madrid al caer la noche y cuando iba en el coche de caballos de don Luis de Haro. Un hombre salió de los portales de San Ginés y le pegó una tremenda cuchillada en el pecho.

¿Quién fue el asesino? No se supo nunca. ¿Cuáles fueron los móviles que impulsaron al que fuese a cometer el crimen? En este sentido no hay nada más que conjeturas, pero muy variadas, puesto que también eran varias las personas que podían desear la muerte del conde de Villamediana: el rey, pero no por culpa de su esposa Isabel y sí por los celos provocados por Francisca de Távora y su inclinación hacia don Juan, el conde-duque de Olivares por castigar la insolencia del caballero y muchos de los ofendidos por los escritos satíricos del poeta Villamediana.

Tampoco se pusieron de acuerdo los escritores y si el duque de Rivas lo hace morir en la carroza del conde de Orgaz en su romance escrito en 1841, Patricio de Escosura, en el drama en verso de «La Corte del Buen Retiro», lo fulmina en el cercano alcázar y Hartzzenbusch, en la línea de «Los amantes de Teruel», fantasea todo lo que da su fértil imaginación. Narciso Alonso Cortés, en 1928, estudió a fondo el tema y, al final, sacó la conclusión de que el Consejo de Castilla había instruido procesos contra varios sujetos por pecados vergonzantes, que uno de los implicados era el conde de Villamediana y que éste había sido asesinado por sus cómplices. Conclusión sorprendente: «Don Juan de Tassis y Peralba fue, pues, un bisexual, un Oscar Wilde del siglo XVII, y, como éste, después de haber sido la gala y flor de la vida cortesana, acabó hundiéndose en el vicio» (P.A.B.). Y, añado yo, con la perspectiva de los estudios posteriores, que la tesis coincide con la opinión de don Gregorio Marañón que duda de la auténtica virilidad de Juan Tenorio. Juan de Tassis o don Juan de Mañara, ¿bisexuales? Bueno, en el caso de Wilde no creo yo que haya que plantear alternativas.

Pero no asustarse porque los tiros no van por esos derroteros. Solo rumores y alguna velada confesión de parte de escasos matadores de toros, mejicano el uno y español el otro, los dos, por otra parte, catalogados como toreros de gran valor y excelentes personas.

Hay que volver al de Villamediana para, con algunos ejemplos de su obra poética, justificar la existencia de sus muchos enemigos. Aquí está el primero:

Llego a Madrid y no conozco el Prado
y no lo desconozco por olvido,
sino porque lo veo que es pisado
por muchos que debería ser pacido.

Otros versos dedicados al alguacil de la Corte, señor Vergel:

Fiestas de toros y cañas
hizo Madrid a su rey,
y por justísima ley,
llenas de ilustres hazañas.
¡Qué Galán que entró Vergel

con cintillo de diamantes!
Diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer.

Mal gobierno fue por Dios,
sabiendo que se embaraza
la fiesta, echar en la plaza
los toros de dos en dos.

De otras armas te apercibe,
toro, para tu defensa,
que a Vergel no hacen ofensa
cuernos, pues con ellos vive.

Más alusiones al señor Vergel en estas cuartetas del conde:

A los toros de Alcalá
por la posta va Vergel;
un corneta va con él.
¡Válgame Dios! ¿qué será?

Isidro, si a vuestra tierra
bueyes venís a buscar,
estos tres podéis llevar;
Medina, Vergel y Sierra.

Los tres tuvieron poder y disculpa para ordenar la muerte del conde, hasta llegar a Lope de Vega que lo cuenta de esta manera:

Mentidero de Madrid,
decidme: ¿quién mató al conde?
Ni se dice ni se esconde,
sin discurso, discurrid.
Unos dicen que fue el Cid,
por ser el conde Lozano
¡disparate chavacano!
Pues lo cierto de ello ha sido
que el matador fue Bellido,
y el impulso soberano.
Aquí una mano violenta,
más segura que atrevida,
atajó el paso a la vida

y abrió el camino a una afrenta.
 El poder que osado intenta
 juzgar la espada desnuda
 el nombre de humano muda
 en inhumano y advierte
 que pide venganza cierta
 esta salvación en duda.

Aclarar que Lozano era el nombre del conde, padre de Jimena, muerto por el Cid, y al que se consideraba como hombre muy mujeriego. Bellido era el traidor asesino del rey Don Sancho, en contraposición de Felipe IV que era agraciado, hermoso y de rubia barba.

Pero el que retrata la clase de torero de a caballo que era el conde de Villamediana es el Duque de Rivas, que describe el ambiente y matiza las reacciones de unos y otros ante la soberbia estampa del soberbio alanceador de reses bravas, ingenioso y satírico poeta y picador de altos vuelos:

Está en la Plaza Mayor
 todo Madrid celebrando
 con un festejo los días
 de su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la reina
 y los jefes de palacio,
 el regio balcón vestido
 de tapices y brocados
 Ostentan soberbias galas,
 terciopelos y penachos.
 Las damas y caballeros
 llenan los segundos altos.

Y de fiesta gran gentío
 los barandales y andamios,
 jardín, do a impulsos del viento,
 ondean colores varios.

Sigue la descripción de los tendidos y vicisitudes de una lidia que es sangrienta y triunfal para el toro hasta que salta a la arena el caballero:

Con la izquierda rige el freno,
 en la diestra lleva en alto
 un pequeño rejoncillo

con la cuchilla de a palmo.
Acompáñanle dos pajes,
a pie de uno y otro lado;
y llevan las rojas capas
prontas al lance en la mano.

.....
.....

Era el gran don Juan de Tarsis,
caballero cortesano,
Conde de Villamediana,
en Madrid y España encanto.

Por su esclarecido ingenio,
por su generoso trato,
por su gallarda presencia,
por su discreción y fausto,
gran favor se le supone
aunque secreto, en palacio,
pues susurran malas lenguas ...,
pero mejor es dejarlo.

Sigue la lidia con gran éxito del caballero y la gran habilidad en el manejo de los rejones hasta que el toro muere «haciendo de sangre un lago»:

Por balcones y barandas,
vallas, barreras y andamios,
forman una rizada nube,
ondean pañuelos blancos;

y ¡viva! el pueblo repite,
y los caballeros, ¡bravo!,
y ¡qué galán!, las mujeres,
haciendo lenguas las manos.

La reina que sin aliento,
los ojos desencajados
en jinete y toro tuvo,
vuelve ansiosa, respirando.

¡Qué bien pica el conde!, dice,
y muy bien, los cortesanos

repiten. El rey responde:
 Bien pica, pero muy alto;
 Y en el rostro de la reina
 clavó los ojos un rato.
 este demudose, y todos
 los señores de palacio,
 en quienes opinión propia
 fuera un peregrino hallazgo,
 repitieron, no sabiendo
 lo que decían acaso,

y de entrambas majestades
 queriendo seguir el rastro:
 «Pica muy bien; mas debiera
 haber picado más bajo».

Siguió la corrida con dos toros y, al final, abandonaron la plaza los reyes y las gentes.

Torrentes por ellas salen,
 que luego en arroyos varios
 se dividen y se pierden,
 finalmente por los campos.

El duque de Rivas vivió de 1791 a 1865, dos siglos después de que se dieran las hazañas descritas por este romance. No quiso o no supo deshacer el entuerto de los amores del conde de Villamediana y su competencia con Felipe IV en los favores de Francisca de Távora, con lo que sería fácil deducir que la verdadera perjudicada en toda esta historia fue la reina Isabel de Borbón, a la que, por suerte para su supervivencia pese a morir joven y para disfrute de todos los que lo podemos contemplar, le pintó un retrato Diego Velázquez. Tenía por entonces 27 años y el cuadro estaba destinado al Salón de los Reinos del Buen Retiro. A caballo, de tamaño natural, Isabel vestida con un rico traje aderezado con las joyas familiares de los Austrias. Se dice que alguien retocó el traje, el rostro y el caballo, aunque parece que el cambio más puntual fue el de la testa de la reina que, en principio, llevaba sombrero. Del caballo al paso solo se ve la cabeza y el cuarto delantero del blanco equino, las bridas en la mano izquierda de la reina que parece monta a la jineta, no a la amazona, disimulado todo por el lujoso y amplio vestido, mangas abullonadas por las que sobresalen las de una blusa gris bordada en negro, gorguera blanca, grandes pendientes y un pelo negro que más parece peluca con adorno en el cogote. La blusa se prolonga hasta el amplio cuello y la falda lleva bordado un anagrama

coronado en el que se ven las letras I y S entrelazadas y la B en la mayoría de las celdillas que la componen. Anillo en el dedo meñique de la mano izquierda, colgante bajo el pecho y botones negros en la blusa. Cielo de tormenta, fondo de un paisaje con vegetación de monte bajo a la izquierda y unas ruinas de un castillo. Árboles a la derecha de hojas perennes por lo que no nos aclara si el cuadro se pintó en invierno a verano. Sobre el blanco caballo, bajo la silla, un rico tapiz, las largas crines sobre la cara, el resto se adivina sobre el lado derecho, el extremo de las bridas sobre la mano derecha de la reina para hacer de látigo, cabezal sencillo y bocado con remate amplio y redondo. Y el rostro de Isabel muy bien dibujado, ojos negros y boca prieta y fruncida aunque no parece que la voluntad fuera la máxima virtud de la soberana. Un gran retrato de Velázquez como los varios que le hizo a Felipe IV en traje de caza, a caballo, con armadura, en negro, pelo rubio y ondulado, ojos grandes e inquisidores, nariz pronunciada y labios gruesos, o el de Baltasar Carlos de caza y a caballo; María de Austria, hermana de Felipe IV, el conde-duque de Olivares, el cardenal-infante don Fernando, la infanta María Teresa, la infanta Margarita, doña Mariana de Austria, segunda esposa del rey, en silla de montar a la amazona, pierna derecha sobre la horquilla del galápago, y alguno más que hacen de don Diego un fabuloso cronista de aquella complicada Corte.

Muchas historias se podrían añadir a la del conde de Villamediana, como aquella del cortesano enamorado no correspondido que se presentó en el recinto taurino con su reluciente caballo azabache, todo vestido de negro y acompañado por sus dos chulos de a pie y sus veinticuatro lacayos de raza negra de luto riguroso para expresar la tremenda decepción del señorito. Era el mes de febrero de 1638, se dieron en el palenque del Buen Retiro dos toros por la mañana y veintiséis por la tarde y el triste enamorado era Juan Pacheco, heredero del marqués de Cerralbo, y la causante de tanta tristeza, la hija del marqués de Caldeireita, que con su negativa obedecía a las indicaciones de su padre.

No se agota aquí el tema, pero basten los ejemplos dados para que el lector o lectora se haga una idea de la relación que siempre hubo en España entre el toro y al amor con tantos antecedentes mitológicos, prehistóricos e históricos que tan claramente explicó Ángel Álvarez de Miranda. Con tan alta autoridad a la que pueden consultar los interesados y las interesadas —y prometo no volver a insistir en esta reivindicación sexual— yo no tengo ningún remordimiento al dejar el tema en el aire y pasar a lo que ya es auténtica historia de los sentimientos amorosos en la tauromaquia moderna.

EL PRIMER TORERO PROFESIONAL

Es imposible asegurar quién fue el primer torero de nuestra historia, el primer torero de a pie profesional, como también lo es señalar el lugar donde se cele-

bró la primera corrida. Sin embargo, el que me haya seguido un poco a lo largo de este casi medio siglo que llevo escribiendo de toros, sabrá que he hablado muchas veces de Antonio Ebassun «Martincho», del que tuve la suerte de descubrir el lugar de su nacimiento, un pueblo de las Cinco Villas de Aragón, Farasdués, a catorce kilómetros de Ejea de los Caballeros, en donde fijó su cuna José María Cossío con ayuda de Baleztena y en contra de lo que equivocadamente opinaban el resto de los comentaristas que hablaban de un señor de Deva que, si existió alguna vez, no fue torero. Pero eso es lo que se dijo un día y lo que siguen diciendo sus sucesores hasta hoy mismo. Mi descubrimiento, basado en la partida de matrimonio de Antonio Ebassun celebrado en la iglesia de El Salvador de Ejea de los Caballeros, se publicó en la revista *El Ruedo* en octubre de 1953 y sirvió para centrar definitivamente la cuna de «Martincho» y ser punto de partida del estudio posterior de Felipe García Dueñas publicado en 1991. Este trabajo del sacerdote guipuzcoano sobre el que yo considero como primer torero de a pie transcendente es una argumentada y probada biografía que rebate todas las afirmaciones sobre la existencia de otros «Martincho» toreros, fuera del padre del propio Antonio, que se llamaba Martín, y alguno de sus hermanos, que, supuestamente, recorrieron las plazas de España a mediados del siglo XVIII hasta llegar a llamar la atención de Francisco Goya Lucientes.

Bien, ya tenemos a Antonio Ebassun «Martincho» como nacido en Farasdués, en Aragón, y bautizado en la iglesia parroquial de ese lugar el 10 de marzo de 1708. Se le impusieron los nombres de Francisco Antonio y sus padres fueron Martín Ebassun y María Martínez, que se casaron, en el mismo Farasdués, el 24 de diciembre de 1700. Martín era oriundo de la Navarra Baja y se le identificaba con los «vizcaínos» emigrantes, por lo que no es extraño que se le conociera como «Martincho» y que se aplicara el sobrenombre a su hijo, el segundo de una larga descendencia de ocho hijos. En 1713, Martín, que era zapatero y hacía excursiones como torero, se traslada a Ejea de los Caballeros y allí se establece como ejerciente de su oficio, el de zapatero. El 14 de abril murió su esposa que nombró a Antonio su heredero universal. Su padre, sus hermanos y un sobrino trabajaban «al beneficio común de la casa», lo que hace suponer que el éxito torero de Antonio le había proporcionado una buena situación económica y un gran prestigio entre sus vecinos. El padre muere el 4 de julio de 1745 y es enterrado, junto a su esposa, en la iglesia ejeara de Santa María, en lo más alto de la villa, que fue escenario de la coronación de Alfonso I como emperador y que se conserva gracias a una magnífica restauración.

No es este el momento de relatar la carrera torera de «Martincho», sus actuaciones en Madrid, Pamplona y Zaragoza y las circunstancias por las que se demuestra fehacientemente que el «Martincho» que dibujó y retrató Goya era Antonio Ebassun «Martincho», siempre a favor de la tesis de García Dueñas de que este torero fue un torero importante antes de que lo immortaliza-

ra don Francisco y que en esa importancia se basan las preferencias del de Fuendetodos para fijarse en él, como puso su lápiz y buena memoria gráfica al servicio de otros cuantos intérpretes del toreo del valle del Ebro como el «Licenciado de Falces» y los Apiñaniz, o los del otro valle torero, el Guadalquivir, los Romero, «Costillares» y «Pepe-Hillo», o al otro lado del Atlántico con el «Indio Ceballos». Una figura, un monstruo del lápiz, el cincel o los pinceles, solo se fijaba en los toreros que sobresalían de los demás y a nadie se le ocurrirá afirmar que Pedro Romero fue el torero más destacado del siglo XVIII porque lo retrató Goya. O «Costillares» y «Pepe-Hillo». Pues lo mismo sucede con «Martincho».

Hecha esta aclaración que yo mismo puedo considerar «albarda sobre albarda» por las muchas veces que la he repetido, pero que creo necesaria porque hay algunos que perseveran en el error de copiar textos falsos, me referiré solamente a la vida amorosa de «Martincho» mientras continúa sus actuaciones toreras hasta participar en la inauguración de la plaza de toros de Zaragoza en 1764, fecha en la que Goya tenía 18 años, vivía en la capital aragonesa y es seguro que contempló los acontecimientos taurinos de tan señalada fecha, cuatro años después de la inauguración de la plaza de Sevilla y algunos antes de la de Ronda.

En 1752, «Martincho», con 44 años y soltero, fue a Zaragoza en el mes de julio y, ante el notario Gaspar Borau de Latrés, otorgó poder a don Antonio Martínez, uno de los médicos de Ejea de los Caballeros, para que lo representara en la ceremonia de su boda con Ramona Mena, que tenía entonces 20 años, mujer moza hija de Tomás de Mena, labrador, y de Francisca Baldrés —me inclino más por Bandrés, apellido muy ejeano—, natural y residente en la villa de Ejea, madre de nueve hijos, la segunda Ramona. Pasados tres meses, el 16 de octubre, se celebró la ceremonia en la iglesia de Santa María ante dos ilustres testigos, don Melchor de Cascajares, hidalgo que al año siguiente fue nombrado corregidor de Las Cinco Villas, y don Ignacio Galindo, secretario. Y don Antonio Martínez con los poderes del novio ausente. Al día siguiente, 17 de octubre, regresó el torero y se ratificó el matrimonio ante los mismos testigos con bendición y misa nupcial el día 18 de octubre.

Las razones de la ausencia de Antonio Ebassun eran que tenía que cumplir las diligencias propias de su empleo, torero, que pudieron discurrir en Madrid y Zaragoza allá por el Coso Alto o el Mercado. Y a esas razones profesionales habría que añadir la de las prisas para no retrasar la ceremonia si tenemos en cuenta que el 30 de abril del año siguiente, 1753, nació el primer hijo de la pareja, al que bautizaron con los nombres de Francisco Antonio, como el padre. Lo inmediato, hacer las cuentas: habían pasado nueve meses justos desde que «Martincho» fue a Zaragoza a firmar el poder en el notario y seis meses desde la ceremonia de la boda, lo que quiere decir que, aunque no se había inventado el fútbol, ya algunos hijos venían de «penalty». El segundo hijo, niña, To-

masa Juana Francisca, lo tuvieron el 7 de marzo de 1759, el tercero, el 11 de marzo de 1762, Gregorio Lupercio, y otra niña, la última, el 21 de marzo de 1769, Basilia Antonia María Victoria, cuando Antonio Ebassun ya tenía 62 años.

Fue zapatero hasta 1752, como también lo fueron Francisco Romero, abuelo de Pedro Romero, «Pepe-Hillo» y el también ejeano con cierta fama de torero Esteban Aróstegui, que en 1765 compró la pelambrera —lugar donde se metían las pieles en agua con cal para curtirlas— del propio «Martincho», que continuó residiendo en Ejea de los Caballeros bien cubiertas sus necesidades con sus rentas, las fincas y el sueldo que le abonaban como «Ministro de Rentas Generales y Lanas» y «Ministro de la Real Aduana de la Villa de Ejea». Murió el 10 de agosto de 1772 aunque no se sabe a ciencia cierta si como consecuencia de una epidemia que causó una gran mortandad entre la población adulta y que dio lugar al nacimiento de la Fiesta del Voto a la Purísima que todavía se celebra en nuestros días, pero que entonces no sirvió para prolongar la vida de Antonio Ebassun «Martincho», que falleció seis meses antes de que el 14 de enero de 1773 se sacara en procesión a la Virgen y se propusiera el voto de que se repetiría «en el día 14 del mes de enero de cada año, en recuerdo de igual día en que salió procesionalmente Nuestra Señora... y en el que obró los prodigios de su liberalidad milagrosamente con los enfermos...». Dos siglos y cuarto después se sigue celebrando esta fiesta.

«Martincho», que tenía 64 años en el momento de su fallecimiento, fue enterrado en la iglesia de El Salvador con todos los honores porque fue un hombre de muchas virtudes, un torero extraordinario y una persona ilustrada pese a su humilde origen. No era fácil en aquellos tiempos encontrar un artesano que supiera leer y escribir y no hay duda que estas circunstancias han contribuido a conocer mejor a este personaje, al que ignoran los que no aplican ningún rigor a sus trabajos de investigación.

El mismo año que «Martincho», murió, en Ceuta, Manuel Apiñaniz, «El Tuerto de Calahorra», hermano de los otros Apiñaniz, incluido Juanito, que es el protagonista de la más dinámica de las estampas goyescas: el salto de la garrocha. Y es que don Francisco es el mejor cronista que tuvo la fiesta en sus comienzos, lo que unido a la presencia de Romero, «Costillares» y «Pepe-Hillo» hizo posible la consolidación de la corrida de toros frente a tantos avatares políticos y guerreros. De ellos, de Goya y los toreros, hablaremos más adelante.

GOYA, LAS MAJAS, LAS DUQUESAS Y EL AMOR

Llegamos a los años transcendentales de la evolución de la fiesta de los toros. Los espectáculos populares están extendidos por casi toda la península Ibérica y en cada lugar, sus habitantes, interpretan las distintas suertes según su idio-

sincrasia, las condiciones del terreno o la casta de sus toros. Años después, don José María Cossío le pondrá letra a esta música tan estruendosa: «Al toreo gimnástico de los aragoneses le pusieron el arte los andaluces». Por ello no es extraño que el triunvirato reinante en los cosos de España de finales del XVIII esté compuesto por tres toreros andaluces: el rondeño Pedro Romero y los sevillanos Joaquín Rodríguez «Costillares» y José Delgado «Pepe-Hillo». Alguien aseguraba no hace mucho que no existían las escuelas toreras y yo tengo que confirmar, y a las pruebas me remito, que existen desde que aparecen en los ruedos los primeros toreros y que sus peculiaridades se transmiten de generación en generación. Rondeños y sevillanos, cordobeses y valencianos, madrileños y aragoneses, todos distintos pero con algunas circunstancias que los identifican. Para vestir todo esto y darle el toque del arte vivió en ese medio siglo XVIII y primer tercio del XIX don Franciso «el de los toros», que fue, además, el diseñador de los vestidos toreros y el organizador de la pasarela de la Plaza Mayor de Madrid en el gran desfile de la coronación de Carlos IV. Y siempre muy cerca, la figura de la maja.

Goya, de quien dicen que recibió las ideas liberales cuando estuvo en Italia, y Ramón de la Cruz, discípulo de la escuela filosófica, «lograron con el pincel y la pluma, sin dar aparente valor a su obra, extender nuevas ideas, pintando el uno la época y describiendo el otro su tiempo, que, sin ellos, apenas la posteridad habría podido conocer y menos estudiar».

Vamos a situarnos en el Madrid de mediados del XVIII para conocer el escenario en los que se desenvolvió esa vida tan característica de la fiesta, los sainetes, las comedias amorosas o los dramas tremebundos. Es una época difícil a la que quiso poner un poco de orden Carlos III, el nominado como «mejor alcalde de Madrid». Quería implantar el saneamiento de la ciudad con acequias y sumideros, empedrar algunas calles, iluminar ciertos lugares, prohibir lanzar los líquidos desde las ventanas aunque se gritara el «agua va», barrer las calles dos veces a la semana, los martes y los viernes, los días de «marea», y poner un poco de orden entre los hortelanos que traían sus frutas y verduras a vender a la ciudad y que luego dejaban los desperdicios junto a los puestos de los improvisados mercados. Los debían de sacar con los mismos carros que los traían hasta más allá de las murallas. Quiso limpiar las tabernas, adecentar las posadas, numerar las casas de cada calle, e impulsar el funcionamiento de los teatros «De la Cruz» y «Del Príncipe» y de la plaza de toros de la Puerta de Alcalá. Le costó lo suyo a don Carlos, que en cierta ocasión llegó a exclamar esa frase famosa que definía la forma de ser de los ciudadanos de aquella época: «Los madrileños son como los niños, que lloran cuando los limpian».

Frente a todo este cuadro impuro está la figura de la maja, en la que alguien quiso ver la mezcla del fatalismo árabe, la gracia andaluza y la entereza castellana. Casi nada. Viene de «maya», la joven más bella del barrio cuya casa se adornaba con flores el primero de mayo y se le agasajaba con músicas y regalos

para llevarla a «la sillita de la reina» hasta un patio donde le homenajeara festivamente. Como ahora las reinas de la belleza. Maya, maja. «Aire de taco, mirada de ¡válgame Dios!, la frente erguida, el pecho elevado, el talle recogido, el pie pequeño y la mano menuda... Vistosa moña de seda y plata en su negra trenza, rico jubón de raso, saya corta adornada de azabaches y abalorios, graciosa mantilla caída sobre el cuello, media de seda y zapato de terciopelo». ¿La duquesa de Alba? Desde luego, una maja de alta alcurnia.

«De pronto se escuchaban en la calle el piafar de un caballo, las campanillas de la collera y el rodar de un vehículo, ligero como una pluma; era la caleasa, con la capucha tirada atrás y el calesero en la vara, que había de conducirla a la plaza».

«Se lanzaba la maja a la calle, hincaba la rodilla en tierra el calesero, saltaba desde ella la bizarra moza a la caleasa que arrancaba como una flecha entre los aplausos de los vecinos y los galanteos de los majos».

«¡Seis toros por la mañana y doce por la tarde! ¿Hay persona que lo resista?»

«Ciertamente, la maja, que no iba a los toros por la fiesta en sí, ni por las simpatías a un lidiador, sino porque la viesan y admirasen cuando era niña y representaba a la maya y cuanto más tiempo durase la admiración mucho mejor».

«En la plaza hallaba siempre majas amigas y compañeras con las que discutía los lances de la lidia, el valor de los toreros y la ignorancia del presidente y recibía los obsequios de sus galanes y admiradores, devolviendo sonrisas por amores, miradas de fuego por requiebros, guindilla picante por frases atrevidas, todo con gracia, un donaire y un chiste que producía una explosión de risas y aplausos, y por unanimidad se le proclamaba reina y señora de la función».

Devotas del Cristo de los Traperos y el de la Misericordia y la Virgen de la Paloma:

Quien vive en la calle
de la Paloma
no sabe lo que es pena
ni lo que es gloria.
Toma piñones,
que me gusta la gracia
con que los comes.

«La maja era desenvuelta y apasionada, vanidosa y picante, atrevida y mordaz, pero siempre generosa, valiente, desprendida, orgullosa como la más alta señora, despreciadora de las damas, enemiga de todo lo extranjero y poco afectada a los nobles». (No quiere decir esto que no incluyamos entre las majas de entonces a las duquesas de Alba y Osuna, sobre todo a la primera, que gustaba de confundirse entre las gentes del pueblo.)

«La inmoralidad de la maja es más de palabra que de obra, es su lengua y no sus vicios lo que le pierde, y, aun así, su odio a la hipocresía y su rara altivez le hacen justamente simpática. Ella trata al usía con desprecio y al majo con rudeza. Podrá aquel llenarla de regalos y de obsequios y este de golpes. Nada importa. La maja se considerará muy por encima del hombre y si amante o marido se empeña en hacer uso de su autoridad, ella, como buena española y madrileña, se burlará del marido como del «menistro» o alguacil, y si llega a golpearla le devolverá por cada injuria, dos, y por cada golpe, cuatro, prefiriendo morir a declararse vencida». (Del libro de E. Rodríguez Solís «Majas, manolas y chulas. Historia, tipos y costumbres de antaño y ogaño». Madrid, 1886.)

Esta es la mujer que se encontraron en Madrid los protagonistas masculinos de las historias galantes del final del siglo XVIII. Para lo que nos preocupa a nosotros, son solo cuatro: tres toreros y un pintor, Pedro Romero, Joaquín Rodríguez «Costillares» y José Delgado «Pepe-Hillo» y Francisco Goya. Los cuatro vinieron a la Corte ya casados en sus respectivos lugares de origen, Pedro Romero, en Ronda o Cádiz, «Costillares» y «Pepe-Hillo», en Sevilla, y Goya, en Zaragoza.

Pedro Romero respondía al mismo patrón de hombre cabal que «Costillares» y en sus viajes a Madrid se hacía acompañar a Madrid por su padre, su mujer y los miembros de su cuadrilla. En su larga historia como matador, en la que se asegura que remató alrededor de cinco mil seiscientos toros, solo uno de ellos hubo de acceder a que lo matara Cándido. Tenía estatura aventajada, bien plantado, guapo y apuesto, pero no se conocen aventuras amorosas o galantes ni con las conocidas aristócratas doña María Josefa Pimentel y Téllez de Girón, condesa de Benavente y duquesa de Osuna, o doña María Pilar Teresa Cayetana de Silva Álvarez de Toledo, duquesa de Alba, ni las artistas que actuaban en los teatros «Príncipe», hoy «Español», o «De la Cruz», en la calle del Lobo, con entrada discreta, en el que Pedro Romero disfrutaba de sus veladas musicales o de sus reuniones con destacados contertulios. Pero las majas no contaban en la vida del serio y formal torero de Ronda. Y creo que su amistad con Goya llevaba implícita la fidelidad y el respeto mutuo.

Como el caso de «Costillares», de rostro no muy agraciado, con labios gruesos y fruncidos, nariz amplia y sonrosada y ojos tristes, pero dulces. Había nacido en el barrio de San Bernardo de Sevilla y era el torero predilecto de las clases selectas, de la duquesa de Osuna que tenía gustos más exquisitos que la de Alba. Pedro Romero tenía de su parte a la gran masa popular:

Entre todos los censores
del famoso «Costillares»,
aunque se cuenten millares,
son muy pocos los señores;

estos forman superiores
juicios que el vulgo chispero,
el cual adicto a Romero
por capricho y por antojo
y vitupera a un torero.

De Pedro Romero se sabe concretamente, como ya he insinuado antes, que en su viaje a Madrid de 1779 se hizo acompañar por su padre, que ya tenía ganada buena fama en la plaza de la Puerta de Alcalá, y de su mujer, lo que nos indica cuales eran las intenciones del diestro. Años después, a su mujer se añadía la compañía de la hija de ambos y, aunque la noticia es cierta y la fama de Romero tan amplia, no he podido averiguar el nombre de las dos mujeres que acaparaban la atención del más agraciado de los tres toreros y si esos viajes se repitieron habitualmente:

A Romero con fortuna
le regalan el bolsillo,
a «Costillares» con versos
tan solamente el oído.

Aquel saca más de Crespo
que este de Homero y Virgilio,
que a quien protegen poetas
nunca puede morir rico.

Por esto y por muchas cosas más, se puede deducir que «Costillares», que dicen que inventó el volapié, era un torero más inspirado que el de Ronda, que lo basaba todo en la destreza y la fuerza. Los dos son personas excelentes que respetan a sus esposas aunque participen del ambiente festivo de ese Madrid del siglo XVIII, en el que con las majas compiten otras mujeres como María Antonia Vallejo Fernández «La Caramba», natural de Motril, Granada, 1751, protagonista de sainetes y tonadillas, famosa por su desenfadada vida y también por su radical arrepentimiento. Así le cantaba don Ramón de la Cruz:

En casa del usía
y en la del majo,
mi nombre llevan todos
en seda y trapo.
Porque ¡caramba!
no es fácil hallar juntas
Usía y maja.
Un señorito

muy petimetre
 se entró en mi casa
 cierta mañana,
 y así me dijo al primer envite:
 —¿Oye usted, quiere usted ser mi maja?
 Yo le respondí con mi sonete,
 con mi canto, mi baile y soflama.
 —¡Que chusco que es usted, señorito!
 Usted quiere ... ¡caramba, caramba!

La actriz y tonadillera se casó en secreto con un tal Sanmique y acudía al teatro «Príncipe» en silla de manos desde su casa de la calle San Juan, en donde conocían de su vida alborotada. Hasta que el martes de Carnaval de 1786 fue al Prado de San Fermín a una fiesta que se interrumpió por una gran tormenta con una lluvia inesperada y fuerte. «La Caramba» corrió a la iglesia del monasterio de San Antonio, en la calle de San Agustín, junto al palacio de Medinaceli, y allí se refugió al tiempo que arreciaba la lluvia. Un fraile mercedario pronunciaba su sermón para terminar, entre rayos y truenos, con un tremendo alarido.

—¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!

María Antonia volvió a su casa impresionada por aquellas exclamaciones, vendió ropas, alhajas y muebles, dio el dinero a los pobres y quedó en la más absoluta de las indigencias. Se fue a vivir a una humilde vivienda de la calle Amor de Dios y allí murió el 10 de junio de 1787.

¡Almas, sintamos!
 ¡Ojos, llorad
 a mi «Caramba»
 que ha muerto ya!

La otra artista famosa fue María Teresa Palomino «La Pichona», amante de los duques de Medinasidonia y Medinaceli:

No hay lindo ni currucato
 que no se me ponga a la vera,
 que yo no le saque el alma,
 prendida en la madroñera.

Era hija de Antonio Palomino y Francisca Vallejo «La Paloma». De palomino y paloma, pichona. Todos artistas. Artistas también la impresionante María Rosario Fernández «La Tirana», a la que retrató Goya, Pepa Figueras, María Ignacia Ibáñez y Paquita Ladvenant, que murió joven dejando cuatro hijos, con

Rita Luna, también retratada por Goya, y el actor Isidoro Maiquez, estrellas del «Príncipe».

Pese a majas y artistas, no hay noticias fehacientes de aventuras amorosas de Pedro Romero o Joaquín «Costillares», hombre de buena presencia, aspecto serio y reposado, de carácter formal y algún tanto melancólico, de excelentes costumbres y dado a piadosas devociones y que no tuvo descendientes y dejó a sus parientes una modestísima herencia, lo único que ha llegado hasta nuestros tiempos es alguna película de los años 40 o 50 del siglo XX con María Antonia «La Caramba» como protagonista, por cuyo amor disputan Romero y «Pepe-Hillo» y que interpretaron Antoñita Colomer, Alfredo Mayo y Rafael Albaicín, que resultó herido cuando se rodaban escenas taurinas en la plaza de Aranjuez, y la titulada «La maja del capote», en la que se relataba un idilio amoroso de José Delgado «Pepe-Hillo».

Este torero es el que da pie a alguna habladuría que ya es difícil aclarar. Siendo el menos agraciado de los tres y de torpes maneras con los engaños hasta llegar al trágico desenlace de su vida, es el que aporta más datos gentiles y romances amorosos. Ya el 14 de junio de 1788, lidiando en Madrid un toro de la condesa de Peñafiel, sufrió una cornada «que hizo curar la propia ganadera en su domicilio y con su asistencia esmerada y personal». Al año siguiente, en el mes de septiembre, con motivo de las fiestas de la Coronación de Carlos IV, se celebraron varias corridas de toros en la Plaza Mayor de Madrid en las que participaron los tres famosos toreros con la particular anécdota de que hubo que sortear la antigüedad entre Pedro Romero y «Costillares» para ostentar la dirección de lidia, responsabilidad que recayó en el de Ronda. «Pepe-Hillo» resultó herido cuando trataba de pasar a un toro en el rincón de la plaza donde estaba el peso de la harina. Pedro Romero le advirtió del peligro, pero el sevillano le lanzó una mirada displicente y le hizo un gesto ordenándole que se retirara. Vino la cogida y el mismo Romero llevó al herido al balcón de la duquesa de Osuna, su particular protectora.

Decían por Sevilla que José no iba nunca a la Real Maestranza, que funcionaba desde 1760, sin recibir la bendición de su padre y besarle con reverencia la mano. Su banderillero Manuel Sánchez, «Ojo gordo», solía decir de su maestro que «no se le podía tratar sin quererlo porque era de lo que no hay en el mundo». Pero en su lugar natal no las tenían todas consigo:

¡Que lástima me ha dado
de ver a Hillo
rezando en la capilla
del Baratillo!

Emilio Carrere, poeta maldito y madrileño de los principios del siglo XX, confirma la noticia de la cogida de la Plaza Mayor: «Cuéntase que en la corri-

da regia para solemnizar la jura de Carlos IV, «Pepe-Hillo», herido por uno de los toros fue conducido en brazos por su compañero y rival Romero al balcón de la condesa de Benavente y duquesa de Osuna en medio de una ovación delirante al torero herido, al torero generoso y a la duquesa torera». (Doña María Josefa Pimentel y Téllez de Girón, también protectora de don Ramón de la Cruz. De Carrere me contaba doña Matilde, propietaria del café «Castilla», que le gustaban mucho las mujeres y que a veces iba a su local adornado con caricaturas de la gente del teatro realizadas por Ugalde y Sirio, con alguna que no tenía ningún encanto. ¿Qué le ha visto usted a esa, Emilio? ¿Se ha fijado, Matilde, en su arranque de tobillo?)

José Delgado «Hillo», ojos saltones, frente amplia y abombada, nariz recta y afilada, casi griega, boca prieta y voluntariosa, era discípulo de «Costillares» que no lograba meter en la cabeza de su alumno las dosis de prudencia y raciocinio necesarias para salvar el peligro. Se casó, el 2 de junio de 1774, con María Salado en la Colegial del Salvador de Sevilla, la misma en la que había sido bautizado el torero en 1754, y luego invitó a todos los asistentes a esta ceremonia el clásico cocido español acompañado de platos de la tierra, buen pescadito y buenos embutidos y, tras la fiesta, los esposos se recogieron en su casita porque el día siguiente el torero tenía que empuñar la espada para conseguir las peluconas que se había gastado en la boda. «Pepe-Hillo», cuando iba a torear a Madrid, en contra de la conducta de Romero, dejaba a su esposa, María, y a sus hijos, José Ildefonso y Antonio, en Sevilla bajo la protección de «Costillares». Ellos fueron los que recibieron la herencia cuando el toro de Bracamonte, «Barbudo», le hirió de muerte, toro que remató José Romero, hermano de Pedro, retratado por Goya con el rico vestido que le regaló la duquesa de Alba, más el capote jerezano, el pañuelo rondeño al cuello y faja a lo sevillano para apuntar las tres plazas —Jerez, Ronda y Sevilla— en las que había triunfado.

Esta fue la relación de bienes de la viuda María Salado: Seis vestiduras blancas, dos vestidos de zarza, una muselina bordada, cuatro pares de enaguas, un monillo de seda de paño de color, otro negro, dos basquiñas, una de seda y otra de franela, dos mantillas de blonda y dos pares de medias de seda. José Ildefonso, hijo mayor: tres vestidos de militar, uno de majo, un capote de seda, una capa blanca, tres pares de medias de seda, un sable y dos sombreros. Antonio, hijo menor: dos vestidos de militar, un vestido corto, un capote de seda, seis vestiduras blancas y un sombrero.

La viuda cobró 2.800 reales de vellón por la corrida en la que perdió la vida su esposo, al que se enterró en la iglesia de San Ginés, de Madrid.

«La duquesa de Osuna se prendó de su prestigio. Concha le amó con toda su alma de rubia honesta. Carmelina le quiso con todo su ímpetu de mujer fatal, violenta y apasionada, y su esposa, María, le admiró con cariño generoso, sin celos».

Pero hay que añadir otro nombre a esta escueta lista: «La Borbona», querida de Luis Antonio de Borbón, el hermano de Carlos IV extrañado a Arenas de San Pedro y del que luego hablaremos en relación con las vicisitudes de la vida de Francisco Goya. «La Borbona» era una artista de fama y parece que fue la mujer que lloró desconsolada ante el cadáver del torero, ese que más de una vez hubo de enfrentarse a maridos, novios o amantes celosos y que entre sus conquistas también estaba esta hembra de rompe y rasga del barrio de Maravillas.

En *La Nueva Lidia* se publicó una ilustración realizada por el pintor Soler en la que se veía un pay-pay con el retrato de «Pepe-Hillo» y los de «La Carmelina», morena con mantilla negra, Concha, rubia con mantilla blanca, debajo la cabeza de «Barbudo», una balconada con un paisaje de fondo y, sobre un velador, diademas, billetes, joyas y otros adornos con referencia a «La Borbona».

Y como remate, estas hablillas de los 90 del siglo XVIII pese a que parece que las duquesas estaban por otros amores:

Dos duquesas se disputan
los amores de un torero
Lero
No se llama «Pepe-Hillo»
Hillo
Se llama Pedro Romero
Lero.
Lillo, lillo,
Lero, lero.
Dos duquesas y un torero.

Y más alusiones a la fama de «Pepe-Hillo»:

La flor de la nobleza y la manolería
corrían aventuras por el verde Sotillo,
y junto a las rizadas pelucas, se veía
la patilla de boca de hacha de «Pepe-Hillo».

Parece que en esos tiempos se censuraba la costumbre del juego pese a que Godoy, redondo en todo, tenía tan grande inclinación como por los toros, lo que le llevaba a mezclarse en el redondel con los toreros a modo de las costumbres de estos tiempos, sobre todo en pueblos de Aragón y Navarra, dando ocasión a que en alguna oportunidad corriera algún peligro y que se desmayara la más alta señora, alta de alcurnia, en unos tiempos de costumbres licenciosas y con alta dosis de censura, mientras la reina María Luisa y la señoras di-

sipadas de la Corte «hacían cola a la puerta de la casa de «Pepe-Hillo» y el buril, ocioso por entonces (el de Goya), sacudía su pereza para que la posteridad conociera las vicisitudes de la cogida mortal del diestro, cuyo entierro eclipsó en solemnidad al de Lope de Vega».

Al final, y dejando aparte las aventuras de José Delgado, «el Gallo» de esa época fue el artista de Fuendetodos, con un genio fuerte, una voluntad posesiva y unos celos que le reconcomían las entrañas y que le hacían declarar su exclusividad a través del retrato de la de Alba. Quedaban al margen Pedro Romero, que a los 76 años fue nombrado director de la Escuela de Tauromaquia, puesto para el que había sido designado, Jerónimo José Cándido, casado con María Isabel Romero, hermana del rondeño, y Joaquín Rodríguez «Costillares» aunque ambos fueran destinatarios de la inspiración popular:

Cuando Pedro Romero
pisa la plaza
no hay otro hombre en el mundo
de mejor planta.
¡Anda, moreno,
no te quite la novia
Pedro Romero.

Como también se hace alguna alusión a Joaquín Rodríguez y su cortejo a la actriz María Pulpillo en esta seguidilla:

Encima de la cama
tengo un retrato
donde está «Costillares»
con plante majo.
Cuando me duermo,
el majo que me vela
me quita el sueño.

GOYA, PRIMER ESPADA AMOROSO

Descartados casi totalmente Romero y «Costillares» y contados los amoríos de «Pepe-Hillo», parece que el gran protagonista de la aventura galante de este tiempo fue Francisco Goya Lucientes. No lo fue, desde luego, el hermano de Pedro, José, pese a que recibiera de la duquesa de Alba el regalo de un traje torero con el que le retrató Goya, puesto que éste no habría tenido tal deferencia con el hermano de su amigo si de verdad hubiera existido ni la más mínima sospecha de engaño. ¡Menudo era el de Fuendetodos!

Su relación con la duquesa de Alba es casi la única que está documentada literaria y gráficamente. Y digo casi, puesto que son también muchos los testimonios escritos de la relación de la reina María Luisa con Godoy, solo a falta de un dibujante que plasmará los encuentros entre la soberana y su favorito. En estos tiempos, un fotógrafo. Los «paparachis».

«La duquesa de Alba no tiene un pelo en su cabeza que no provoque el deseo» —escribe el marqués Fleuriot de Langle, francés y viajero—. «Cuando la duquesa pasa por la calle hasta los niños abandonan sus juegos para mirarla.»

Doña María del Pilar Teresa Cayetana, decimotercera duquesa de Alba, como todos los seres humanos, tiene condicionada su conducta por sus antecedentes familiares inmediatos. Su padre murió muy joven sin haber llevado el título ducal. Su abuelo, embajador en Francia, era un hombre autoritario. Su madre, Mariana de Silva y Sarmiento, duquesa de Huéscar, pintaba, hacía versos y protegía a artistas. Fue directora honoraria de la Academia de San Fernando. Viuda joven, se consoló con el marqués de Mora, amante de Mlle. de Lespinasse y, cuando murió éste, se casó con su padre, el conde de Fuentes. Al fallecer la ya citada actriz Mariquita Ladvenant dejando cuatro hijos, adoptó al que decían ser hijo de su amante, volvió a enviudar y a contraer su tercer matrimonio con el duque de Arcos. Ante semejante historial, no es extraño que María Teresa, como se le conocía familiarmente a la después identificada por Cayetana, tuviera la conducta que tuvo en su corta vida, incluida la adopción de niños como la graciosa negrita María Luz.

María Pilar Teresa Cayetana se casó a los 13 años con José Álvarez de Toledo Osorio Pérez de Guzmán, marqués de Villafranca y con 19 años de edad. La Alba era 10 años más joven que la de Osuna, más bella y alegre. La Osuna, seria, inteligente, fría y disciplinada. Cada una tenía su camarilla y ambas necesitaban de héroes tangibles. Toreros en lugar de músicos. Iriarte, el poeta de cámara de la Osuna, aseguraba: «Vivimos ahora entre costillaristas y romeristas. No se oye otra conversación... desde que nos levantamos por la mañana hasta que nos acostamos para dormir». Y Godoy, quizá un poco celoso, afirmaba: «En 1788 las duquesas de Alba y Osuna se disputaban la posesión de «Costillares» o Romero, los primeros matadores de época. No se hablaba nada más que de este innoble libertinaje. Se contaban sus episodios, los rasgos de pasión y la generosidad de cada rival. Pero la inmoralidad no escandalizaba a nadie».

Goya pinta a la de Alba en 1795 con un traje de muselina blanca y con una ancha faja roja acentuando su increíble cintura. ¿Ya está enamorado de ella? Es seguro que así fuera aunque su protectora era la de Osuna y la reina María Luisa estaba empeñada en que la retratara frecuentemente. Y la muy presumida ni se enfadaba. Al año siguiente, María Teresa, con 33 años, y Goya, con 49, el pintor, enfermo y sordo, necesita que le quieran. El matrimonio de los Alba se ha marchado hacia el sur, a Andalucía, y el duque muere en Sevilla en junio de

1796. Goya se va de Madrid en octubre de ese mismo año y vuelve en abril de 1797. No oye, habla poco y dibuja mucho, pero esos seis meses son los de su apasionada relación con la duquesa de Alba. Su gran capricho del que nacerán varios de los que se incluyen en la difundida serie de grabados.

«Los cuadernos de su viaje a Sanlúcar no son solamente el diario de las relaciones de Goya con la duquesa. Ocultan otro misterio. María Teresa no es la única heroína de estas confesiones. Aparece en ellos otra figura de mujer. Es más gruesa que la duquesa y también más joven, de un encanto que difiere de la belleza marmórea de la otra. Tiene cabellos menos abundantes y más cortos. Se le ve de espaldas, levantándose la falda y ajustándose la liga. Se le ve en la cama, Susana acechada por dos viejos, a medio vestir, llama a alguien de fuera, salir del baño completamente desnuda, mirándose con complacencia en un espejo.»

Goya tiene celos. Casi cincuentón, sordo, sabio y rústico. Celoso. ¿Qué son los celos? Ama y lo sabrás. Goya ama y no ve con tranquilidad la coquetería de la duquesa de Alba que siempre tiene a su alrededor una corte de jóvenes que juegan, retozan y cuchichean. Aunque hablen a gritos. El no los oye. «El no es más que un charlatán que dice las mismas cosas a cada mujer y, en cuanto a ella, solo piensa en las cinco citas que ha dado entre las ocho y las nueve y en que ya son las siete y media». Entonces le pinta el retrato de la mantilla negra en el que se refleja todo el simbolismo posesivo de su amor. La mano izquierda de la duquesa con dos anillos, uno que lleva grabado el nombre de Alba y otro con el de Goya, apunta al suelo en donde se puede leer la pretenciosa exclusividad: «Solo Goya». ¿Cuánto dura esa pretendida exclusividad? Puede que hasta el regreso del pintor a la Corte. Y no mucho más la vida de María Pilar Teresa Cayetana de Alba, que morirá el 23 de julio de 1802, con lo que se cierra una pintoresca etapa del nacimiento de la fiesta de los toros junto con la retirada de Pedro Romero en 1799, la muerte de «Pepe-Hillo» y la de «Costillares» el 27 de enero de 1800 por una enfermedad. Parecería que el nuevo siglo y la invasión de los franceses querían liquidar toda una época de festivas diversiones, juegos amorosos e intrigas cortesanas. Pero todavía hay muchas cosas que contar.

Camón Aznar hace referencia a los dibujos realizados en Sanlúcar de Barrameda, justificando también la ruptura del artista con el exterior por su casi absoluta sordera y su sinceridad para expresar su pasión no disimulada, más bien revelada en múltiples apuntes que tienen como protagonista a la duquesa de Alba, María Teresa. Insiste Camón «en la inspiración directa en la duquesa en los diversos accidentes de su estancia en Sanlúcar en los que es indudable que Goya hizo de ella un arquetipo de la feminidad y utiliza el recuerdo de su figura, siempre presente y aun lacerante en su ánimo para hacerla protagonista, más que a la duquesa de Alba, a la mujer. Goya no pudo desprenderse del cuerpo femenino con cintura delgada, rostro de rasgos finos y la cabellera cayendo generosa sobre su espalda».

«El «Álbum de Sanlúcar» es como un himno a la figura de la de Alba que, de una manera obsesiva, dibuja Goya como arquetipo de la mujer. Pocas veces una pasión habrá tenido un movimiento artístico tan reiterado y hermoso como el de estos dibujos».

La duquesa enferma, la duquesa en el retrato de la mantilla negra, ya viuda y con la ilusión del momento, «solo Goya», la duquesa con los brazos en alto, estirándose una media en el lecho, escribiendo con su amplia cabellera sobre la espalda, envuelta en una bata, desnuda junto a una fuente, con la negrita María Luz, desfallecida en brazos de un militar o la figura de ese ceñido talle que le llevaba por «la calle de la Amargura». Y hasta el Coto de Doñana llegan los vientos toreros porque en esa finca tiene la duquesa la ganadería de toros bravos que compró a los duques de Medinasidonia y de la que lidió algunos ejemplares en Sevilla a su nombre.

Quintana escribe:

Cuando risueña me llama,
cuando consigo me lleva,
cuando en su falda me halaga,
cuando amorosa me besa.

Hay que señalar la esterilidad de María Teresa de Alba en contraste con la duquesa de Osuna, a la que Goya retrata junto a su esposo, con gran cuello de encaje, falda de muselina y zapatos de tisú con pedrería, gesto de inquietud e interés. El duque, con amplia casaca azul peluca y espada al cinto. Y los cuatro hijos que parecen gemelos de dos en dos aunque apenas se lleven un año entre ellos: las chicas, Manuela, de 7 años, y Joaquina, de 6 años; los chicos, Francisco Borja, de 5 años, y Pedro Alcántara, de 4 años. El duque con 35 años y la duquesa con 38. Y dos perritos que podríamos definir como de raza «goyesca». Debían de estar de moda.

Es evidente que tanto la de Osuna como la de Alba eran aficionadas a los toros y que, mientras la Osuna tenía más inclinación por la alta cultura, la de Alba buscaba sus entretenimientos en el contacto con el pueblo, el teatro, los viajes o las excursiones. En algún lugar he leído que ese afán de viajar y juntarse con las gentes fue lo que le produjo ese contagio de fiebres extrañas que algunos opinan que le llevaron a la muerte natural que no tenía nada que ver con el novelado envenenamiento.

Cerrado el ciclo amoroso del pintor y la duquesa, María Teresa Cayetana, se buscó un amante muy cercano al Gobierno, el ministro de la Guerra Cornel. Le odiaba la reina María Luisa, le buscaba las vueltas Godoy, que apuntaba al rey Carlos le posibilidad de que la de Alba estuviera de parte del príncipe Fernando en su complot contra los reyes, y la fantasía que se desborda con la novela de Antonio Larreta, que llevó al cine Bigas Luna con el mismo título, «Vo-

laverunt» y el atrayente subtítulo de «La maja desnuda», interpretada por Aitana Sánchez Gijón, Penélope Cruz, Jordi Mollá y Jorge Perugorría. Nada que ver con la realidad y las calidades artísticas del film «Goya en Burdeos», de Carlos Saura, fiel siervo del cinematográfico don Francisco, excelentemente interpretado por Paco Rabal. Maribel Verdú es Cayetana, reflejo de la maja desnuda aunque esté demostrado que el modelo del de Fuendetodos para ese cuadro no fue su querida duquesa. O su querida, la duquesa. Todo lo demás es puro Goya.

Cuenta Antonio Larreta que cuando murió la duquesa, ya fuera por enfermedad, asesinato o suicidio, Godoy se fue a vivir al palacio de Buenavista, que medio le regaló el ayuntamiento de Madrid, y se quedó con sus obras de arte, como la «Venus del espejo», de Velázquez, la «Escuela de Amor», de Correggio, una Virgen de Rafael y las majas.

En 1776 Godoy conoce a Pepita Tudó pero se casa con María Teresa Borbón y Vallábriga, prima hermana de Carlos IV, hija de Luis Antonio de Borbón, sexto hijo de Felipe V e Isabel de Farnesio, nombrado obispo a los 8 años y que, a la muerte de su madre, renunció a tal dignidad y se unió matrimonialmente a María Teresa Vallábriga, lo que le supuso muchas discusiones con su hermano Carlos III y el destierro a Arenas de San Pedro, a donde acudió Goya para realizar el fenomenal retrato de familia.

Pero estábamos con la hija de don Antonio Luis de Borbón y su matrimonio con Godoy por imposición de María Luisa, que pensaba que la prima de su marido era menos peligrosa que la Tudó. El favorito de la reina es el protagonista de la novela de Antonio Larreta, «Volaverunt», ya anciano y exilado en Italia, desde donde parte hasta Burdeos para contarle a Goya la verdad, su verdad, de la muerte de la duquesa de Alba.

Se suceden los motivos por los que se quería acabar con la Alba, ya fuera por celos reales —no auténticos sino reales hacia Goya, «Costillares» y «Pepe-Hillo», a los que la reina quería tener a sus pies— la conspiración del príncipe Fernando contra sus padres y la posible traición de la duquesa junto con su amante, el ministro de la Guerra. También estaban las causas naturales de las fiebres contraídas por tierras andaluzas o cualquier otra dolencia que le produjo una muerte tan rápida. La teoría del veneno se centraba en un vaso veneciano, en un bote de pintura verde Veronese o en el frasco de sales del príncipe Fernando, luego Fernando VII.

Ambientada la acción en una fiesta que da la duquesa de Alba en su palacio de Buenavista y a la que asisten Godoy y su esposa, la condesa de Chinchón, Luis, el hermano cura de la condesa, Pepita Tudó, la condesa de Haro, Carlos Pignatelli, Goya y otros amigos, las intrigas y suposiciones se suceden hasta que, al final, surge la sorpresa del desmayo de la condesa de Chinchón porque fue ella la que puso el veneno en la copa veneciana. Eso es lo que le cuenta Godoy a Goya en Burdeos, los dos ancianos octogenarios. Lo que sucede es que

yo, y muchos conmigo, no creo que Mayte, la hija de don Luis Borbón, la que pintó Goya embarazada, fuera capaz de llevar a cabo el crimen por muy despechada que estuviera por los devaneos de su esposo y la innata y espectacular coquetería de María Teresa Alba.

Carlos IV, que parecía estar en la inopia o lo hacía creer, ordenó una investigación que encargó al propio Godoy, poner al zorro a cuidar las gallinas, y que abarcó entre los sospechosos al médico personal de la duquesa y a sus criados a los que la duquesa declaraba herederos en su testamento y que, con su implicación, perdían tal condición. Godoy se quedó con las majas y la reina con algunas de sus joyas. La investigación no aclaró nada, como es natural.

Sin embargo, la historia está en María Pilar Teresa Cayetana, hija de Francisco de Paula Álvarez de Todelo y Mariana de Silva y Sarmiento, que nació en Madrid el 10 de junio de 1762. Su madre, que le marcó un poco su conducta con los hombres, se casó, una vez más, con el conde de Fuentes el mismo día que María Pilar Teresa, con 13 años, se casaba con el marqués de Villafranca, un hombre apacible y aficionado a la música, como nos «dice» Goya en su retrato, y, por supuesto, enamorado de su bella, graciosa, vital, impetuosa y caprichosa esposa. Cada día estrenaba un par de zapatos. Pero también rebosaba bondad, preocupación y cariño por sus servidores y por los que le rodeaban. Y coqueta. Naturalmente. Hacía daño a los hombres y provocaba la envidia de las mujeres, incluida la reina María Luisa, a la que birló los amores de Juan Pignatelli. Lady Holland decía que «la duquesa fue siempre objeto de envidia por parte de la reina».

Todos los poetas de entonces —Arriaza, Iriarte, Quintana o Sánchez Barbero— le dedicaron sus madrigales y no era para menos tan vigorosa e interesante personalidad. La reina, claro está, continuaba con su historia y escribía a Godoy: «La de Alba se despidió esta tarde de nosotros, comió con Cornel y se fue: está hecha una piltrafa, bien creo que no te sucederá ahora lo de antes y también creo estás bien arrepentido de ello».

Godoy manifiesta su odio contra Cornel y el 5 de febrero de 1801 escribe lo siguiente. «Cornel es uno de los que deben no existir..., algunas otras personas de las que están más inmediatas y otras que hay en Madrid, deben tener parte en el plan para quedar seguros por ahora de los enemigos inmediatos. Sepultados en el abismo la de Alba y todos sus secuaces (los fernandistas)».

El 23 de julio de 1802 murió la duquesa de Alba en su casa de la calle Barquillo y se le enterró el día 26 en la iglesia de los Padres Misioneros del Salvador.

El doctor Blanco Soler, médico contemporáneo nuestro, estudió los restos de la duquesa en la Sacramental de San Isidro y sacó estas consecuencias: que era pequeña de estatura y que tenía una leve desviación en la cadera que no se le notaba al andar. No tuvo hijos pero se desvivía por ellos, como sucedió con la negrita María Luz y Luisito Berganza, hijo de su mayordomo Tomás. Sobre

las causas de su muerte afirmó que había sido una encefalitis tóxica o infecciosa aunque el médico de la duquesa dijera en su momento que había fallecido por culpa de un cólico. Blanco Soler certificaba que no encontraba señales de envenenamiento y sí las consecuencias de una lenta enfermedad.

Queda claro que lo descrito en la novela «Volaverunt» es pura fantasía y que la película de Bigas Luna es, como consecuencia, una película para ignorar. Recomendando para el buen conocimiento de Goya y sus circunstancias la lectura del libro de Antonina Vallentín y algunos otros que componen la amplia bibliografía que ha generado la figura de don Francisco «el de los toros», pintor y cronista de toda una época. Y profundo conocedor del alma femenina reflejada en los muchos retratos de mujeres al margen de los de la duquesa de Alba.

Ezquerria del Bayo afirma que los cuerpos de las dos famosas majas corresponden al de la duquesa, pequeña de estatura, fina de cintura y senos estrábitos aunque no le corresponda el rostro. Cuando en 1808 los cuadros estaban en manos de Godoy fueron catalogados como «Gitana desnuda» y «Gitana vestida». En 1901 pasaron al Museo del Prado.

La Inquisición los calificó de pinturas obscenas y pidió «la comparecencia de Goya para que las reconozca y declare si son obras suyas, con qué motivo las hizo, por encargo de quién y qué fines se propuso, asimismo reconocerá los demás que se le presentaran y declarará según su saber y entender quién y quiénes son sus autores, con lo demás que comprende en este particular». Esta comparecencia tuvo lugar el 16 de mayo de 1815 y no hay noticias de que de ella se dedujera alguna sanción o reprimenda para Francisco Goya.

Al margen de los dos citados retratos de la duquesa de Alba, el de blanco y el de negro, otras mujeres perduran gracias a los pinceles de don Paco, la condesa de Chinchón, por ejemplo, de actualidad en estos momentos porque ha sido adquirido por el Gobierno de España en 4 mil millones de pesetas de manos de los herederos de la condesa, los hijos de la duquesa de Sueca, Carlos Rúspoli, duque de Sueca, Luis Rúspoli, marqués de Boadilla del Monte, y Enrique Rúspoli, conde de Bañares. El cuadro estaba en el domicilio familiar de la calle Jorge Juan de Madrid y pasó al Museo del Prado en contra de los deseos de la Real Academia de San Fernando, que lo quería colocar en su Museo de la calle de Alcalá, junto al de su esposo, Godoy. Me parece que muy a pesar de la voluntad supuesta del matrimonio. Se hizo el retrato cuando María Teresa de Borbón y Vallábriga tenía 23 años y estaba embarazada, levedad, ingravidez entre rosas y grises. Resignada por los amoríos de su esposo, cofia de gasa coronada por flores y espigas, éstas como símbolo de la fecundidad, corpiño alto y cara ingenua, como ausente. ¿Es posible que alguien creyera cierta la afirmación de Godoy de que su esposa había sido la suministradora del veneno que supuestamente había acabado con la vida de la duquesa de Alba? Ya he dicho que no. No sé si alguien, algún científico posterior, ha ratificado o rectificado las opiniones del doctor Blanco Soler y si los restos continúan en la Sa-

cramental de San Isidro, pero miro a la de Chinchón y no me creo nada de lo que pudo inventar el disipado Godoy. Hay un retrato de María Teresa de Borbón cuando apenas tenía tres años, con peluca, diadema de flores, perrito de lanas y fondo de la Sierra de Gredos y que es un anuncio de la ternura con la que Goya miraba a la condesa de Chinchón.

El retrato de Josefa Bayeu, la esposa del pintor, representa a una mujer sufrida y resignada por las cosas de su marido y la sucesión de partos, casi todos desafortunados. El de Rosario Fernández «La Tirana», a la que llamaban así porque su marido era también actor y representaba muchos papeles de tirano, actriz de pelo negro y talle alto, gran escote tapado con telas vaporosas de rojo desvanecido, la también actriz Rita Luna, la reina María Luisa con tontillo o faldas de todo tipo y grandes y floridos sombreros, un lunar o verruga adornada junto a la sien, de pie o a caballo y siempre con su fisonomía tan despótica que no se comprende cómo el de Fuendetodos seguía siendo el pintor de la Corte, Isabel de Porcel, guapísima, rubia y generosa, de grandes ojos, la mantilla recogida en el moño a modo de peineta, corpiño rosado y boca sensual, las espléndidas majas del balcón, la marquesa de Santa Cruz coronada de flores, Leocadia de Weis, su protectora en su voluntario exilio en Francia, Rosarito, hija de Leocadia y de su esposo pese a los rumores que le achacaban la paternidad a Goya, y, en los últimos días de su vida, «La lechera de Burdeos». Nunca la podremos agradecer a Francisco Goya todo lo que hizo por nosotros, porque llegara hasta nuestros días la singular historia de una época transcendente para muchas cosas y, entre ellas, la fiesta de los toros.

«TRAGABUCHES», DE TORERO GITANO A BANDIDO

Hace muchos años, en un café de la calle Sevilla de Madrid, antigua «playa» por la que se paseaba «la plebe torera», se juntaron el editor Carlos Capuz, Manuel Fernández y González, mezcla de Dumas y Edgardo Alan Poe, autor de los folletines más leídos en todas las capas sociales, y José Velázquez y Sánchez, que asegura en sus «Anales del Toreo» que fue el que le contó a Fernández y González, cuatro apellidos españoles terminados en «ez», la historia de José Ulloa «Tragabuches».

Este fue el relato:

«Cuando Pedro Romero estableció en la casa de matanza de Ronda una especie de escuela del toreo bajo los auspicios de aquella Real Maestranza de Caballería con el objeto de educar peones de lidia que sostuvieran las tradiciones identificadas con su famoso apellido, entró como alumno un muchacho de procedencia gitana, de agraciado rostro, de trazas ágiles y desenvueltas y que anunciaba un pujante desarrollo en su robusta complexión y en sus disposiciones para los ejercicios de soltura y fuerza. José Ulloa se llamaba este chico, y su pa-

dre, en virtud de la célebre pragmática de Carlos III, por la que, a condición de naturalizarse en los dominios españoles, se autorizaba a los gitanos a tomar los apellidos que tuvieran por convenientes, adoptó el ilustre cognombre de Ulloa, como eligieron otros los no menos ínclitos de Guzmán, Pérez de Vargas, Ponce de León y Fernández de Velasco. Pero como el tío Ulloa, antes de nobilizarse por obra y gracia del augusto sucesor de Fernando VI, tenía el histórico mote de tío “Tragabuches” por haberse comido (según verídicos informes) un pollino “nonnato” en adobillo, transmitió a su hijo Pepe lo bueno con lo malo, y la honra de los Ulloa con la vulgaridad del alias más “antiséptico” que es dable imaginar. José Ulloa merecía sin duda la atención preferente del maestro Romero, y aun este hombre de tan singular ojo práctico expresó más de una vez que en aquel chiquillo había mucho bueno que cultivar, pero su raza era un inconveniente, nada pequeño, para que procurase adelantarle con particulares estímulos una persona como el señor Pedro, que hubiera deseado sujetar a los toreadores de España a pruebas de limpieza de origen, ni más ni menos que los estudiantes de Colegios Mayores».

He respetado lo escrito por Velázquez y Sánchez aunque en ocasiones haya que soslayar su ortografía caprichosa y sus opiniones pintorescas como la palabra cognombre que es perfecto castellano aunque en desuso, sobrenombre, si bien no corresponda a la realidad. Lo de Ulloa no era sobrenombre sino apellido adoptado por privilegio real. Y lo de nonnato, nonato, significa no nacido cuando en realidad el pollino era un buche, un borrico recién nacido que así se conoce mientras que se alimenta mamando de la teta de su madre. Traga buches, traga burros recién nacidos. ¿Sobrenombre antiséptico? Pudiera ser más bien antiestético, feo, de mal gusto. Tampoco estoy de acuerdo con su juicio sobre los gitanos y el posible inconveniente para ser toreros. José Ulloa «Tragabuches» era arrogante, de movimientos armoniosos, entre indolentes y ágiles, esbelto y proporcionado, guapo y rondeño. Casi nada. Aunque la iconografía sea apócrifa, estoy por asegurar que «Tragabuches» era una mezcla entre «Cagancho» y Albaicín y, aunque su vida se torciera dramáticamente, se puede afirmar que él fue el primer antecesor de la torería gitana. Un respeto.

Pero con Pedro Romero no iban esta clase de artistas y lo cierto es que Ulloa aprovechó la enemistad de su maestro con su hermano José para marcharse con la cuadrilla de éste y la del otro hermano, Gaspar. Dos años estuvo como sobresaliente de espadas y se asegura que, en 1802, este último le concedió la alternativa. Pudo ser la pareja de Gerónimo José Cándido, pero ya veremos cómo se malogró su carrera taurina. Sigue el autor de «Anales del Toreo»:

«No contribuía poco a su indolencia apática en la gestión de sus intereses el profundo y entrañable amor de aquel hombre hacia su mujer, también gitana y conocida por el apodo de la “Nena”, bailadora de fama en los jaleos borrascosos del país y, según noticias, hembra de hermosura, garbo y gracejo seductores».

«Ulloa, industrioso y traficador, como lo son la mayor parte de los “castellanos nuevos”, contrabandista de ropas que su mujer vendía en las casas ricas y considerables de Ronda, formaba con ésta un modelo de matrimonio bien avenido. Solo faltaba la consagración de aquella evidente felicidad doméstica una circunstancia que estrecha con nuevo y sagrado lazo los vínculos que la voluntad forma y el sacramento santifica; pero sin duda, para demostración de que “la tierra no es el centro de las almas”, como escribe Argensola, Dios no habrá querido conceder fruto a la venturosa unión de aquel hombre tan enamorado con aquella mujer tan atractiva; y como sucede en casos tales, después de esperar con mal disimuladas ansias un bien ardientemente apetecido, los consortes concluyeron por asegurar que entendían un favor del cielo la falta de hijos, calificados de “estorbos” en el despecho de las esperanzas frustradas».

El autor prepara el clima de la tragedia que iba a acontecer. Ante el regreso de Fernando VII, llamado «El Deseado», se organizaron en Málaga tres corridas de toros que contaron con la dirección de Francisco González «Pachón», cordobés de nacimiento, también alumno de Pedro Romero y amigo de Ulloa, al que llamó para que actuara en dichos festejos como segundo espada. «Tragabuches», al anochecer, se dispuso a trasladarse a caballo de Ronda a Málaga después de despedirse de la «Nena» «con aquellos extremos apasionados que mantenían la ilusión vehemente de un modo que no había dejado de ser el amante de su consorte ni por la continuidad del trato ni por la saciedad de la posesión».

El torero se pone en camino y cuando llevaba recorridas unas tres leguas, unos 17 kilómetros, el caballo en que montaba tropezó en un tronco de árbol o roca, el jinete salió despedido de la silla y, en el impacto contra el suelo, se produjo una lesión en el brazo. Volvió a montar en el caballo y regresó a Ronda cuando ya la ciudad estaba a oscuras y en silencio. Llamó a su puerta sin obtener respuesta inmediata. Se cansó de golpear en la madera y, por fin, lanzó el silbido flautado que la «Nena» conocía perfectamente. Estaba a punto de derribar la puerta cuando la mujer se asomó a la ventana e inquirió la razón de la llamada. Respondió el hombre y pidió que le abriera cuanto antes porque tenía mucho dolor en el brazo lesionado. Ella bajó a descerrar los cerrojos, apartar la tranca y franquearle la entrada. «La fisonomía de aquella mujer —dice el señor Velázquez y Sánchez— era denuncia tan evidente y terrible de ese pavor que se apodera del criminal sorprendido «inflagranti» (infraganti, in fraganti crimine) que la inalterable confianza de Ulloa en la fidelidad de su cónyuge no bastó a desvanecer la impresión de aquel anonadamiento singular y su explicación plausible. Olvidando sus padecimientos, sombrío y mudo, como pintaba la antigüedad a Némesis, la diosa (griega) de las venganzas tremendas y ocultando en lo más íntimo de su corazón la tempestad de sospechas celosas que rugían en tan estrecha cárcel, José tomó la luz o la arrebató, mejor dicho, de la mano trémula de la hermosa gitana y subió al piso donde tenía su morada en invierno, primavera y fines de otoño, registrando las habitaciones y puntos propicios

al escondite con la imponente calma del hombre resuelto a cualquier extremidad. Ulloa volvió a la sala principal que daba a la calle y abrió la ventana para que el ambiente nocturno refrescara una atmósfera en que parecía faltar el aire a sus hinchados pulmones. La «Nena» lloraba, cubierto el rostro con ambas manos y como desvanecida en un sillón inmediato a la puerta de la estancia y el zíngaro lidiador, desengañado de sus desconfianzas por aquel infructuoso registro, casi estuvo tentado de impetrar el perdón de aquella beldad, ofendida por los celos injustos». (El lenguaje es de lo más folletinesco, por lo que no creo que Manuel Fernández y González necesitara del mínimo esfuerzo para convertirlo en otra serie por entregas.)

El hombre sintió sed y fue a la cocina, levantó la tapa de la tinaja con un cazo de los que en Andalucía se llaman calderetas, de cobre estañado, en la mano, y se encontró con la cara de «Pepe el Listillo», un chaval monaguillo que tenía fama de avisado y simpático. Ulloa sacó de su faja la «guadixaña» de hoja de rejón, la abrió con los dientes y la sepultó en la garganta del infeliz muchacho. Luego fue a buscar a su mujer y, con el brazo sano, la alzó sobre su cabeza y la arrojó al suelo de la calle. Salió a donde yacía la «Nena» con el cráneo destrozado, arregló sus ropas, montó a caballo y se alejó de Ronda para siempre.

Fue condenado en rebeldía a ser arrastrado por la tierra, ahorcado y encubierto después. Pero terminó la guerra en 1815 y surgieron muchas cuadrillas de bandoleros con nombres famosos. A partir de 1816 comenzó a sonar el nombre de «El Gitano» que formaba parte de la famosísima banda de «Los siete niños de Ecija», que tuvo más nombradía que duración puesto que al año siguiente ya fueron capturados algunos de sus componentes, Juan Antonio Gutiérrez «El Cojo» que afirmaba que «El Gitano» no era otro que José Ulloa y que había matado hombres bastantes para llenar un cementerio, José Escalera, ejecutado el 15 de septiembre de 1817 en Sevilla, y Antonio Fuentes «Minos», que en su celda cantaba la copla que justificaba la desgracia de «Tragabuches»:

Una mujer fue la causa
de mi perdición primera;
que no hay perdición de hombres
que por mujeres no venga.

Luis López y Antonio Fernández fueron ahorcados el 18 de agosto de 1817 también en la capital de Andalucía, fray Antonio Lagama y José Alonso Rojo, ejecutados en agosto y septiembre de 1817, y Juan Antonio Gutiérrez «El Cojo», el 7 de febrero de 1818. En 1819 se disolvió la banda y se prometió el indulto para los componentes que todavía estuvieran vivos. José Ulloa «Tragabuches» desapareció sin dejar ninguna huella. Ni de él ni de «El Gitano».

EL COMPLICADO SIGLO XIX

Empezó el siglo XIX con tales condicionamientos negativos que no queda más remedio que reconocer que la fiesta española es algo fantástico, algo que está unido al alma de nuestras gentes y que no hay fuerza destructora que pueda acabar con ella. Véase si no lo que aconteció al terminar el XVIII y lo que impusieron reyes, políticos y guerras en el comienzo del siguiente siglo para acabar con la lidia de los toros bravos y hasta con el mismo toro. Se daba el hecho lógico y natural de la retirada de Pedro Romero en 1799, aunque actuara en algunas ocasiones años después, se diluía sin apenas hacer ruido Joaquín Rodríguez «Costillares» por culpa de un carbunco en su mano izquierda y desaparecía violentamente «Pepe-Hillo» en la plaza de toros de Madrid en 1801. El escalafón se quedaba en un cuadro apenas animado por la presencia de José Romero, hermano de Pedro, y Antonio de los Santos, discípulo de «Pepe-Hillo» y esposo de Gloria «La Ninfa», guapa mujer que esperaba a su hombre en su taberna de la calle de la Cuna del barrio sevillano de San Bernardo, en donde pasaban sus buenos ratos toreros como el propio Antonio y sus maestros «Pepe-Hillo» y «Costillares». Antonio, enamorado hasta los huesos, le planteó el ultimátum en la víspera de su salida hacia Madrid para torear junto a Joaquín Rodríguez:

—Oiga usted, Gloria, por mi madre que me escuche con atención: mañana nos vamos a Madrid, si antes de salir de la ciudad no veo en usted alguna demostración de que corresponde a mi cariño, no vuelvo a Sevilla nunca.

Los expedicionarios se reunieron en el mesón de «La Solana» mientras la diligencia con sus cinco mulas de paso esperaba a los viajeros y sus equipajes y «Costillares» quedaba al cuidado de María, la esposa de «Pepe-Hillo», y sus hijos, acudió Gloria, habló con su torero y al año siguiente se casaron. Dicen los escritos que «La Ninfa» —que bonitos motes tenían por entonces estas mujeres: «La Caramba», «La Pichona», «La Nena» y «La Tirana»— era una real hembra de ojos negros y rasgados, tez sonrosada y ligeramente morena y pelo y cejas azabaches. A Antonio le fallaba su arrojo con la espada, pero era un torero muy hábil y fino banderillero. Y buena persona porque resulta que alternó con «Pepe-Hillo» en la corrida en la que fue mortalmente herido el 11 de mayo de 1801 a cuernos del toro «Barbudo» de José Joaquín Rodríguez, de Peñaranda de Bracamonte, en Madrid, y costeó los gastos del entierro de su maestro.

Decía que hubo alguna circunstancia más que puso en peligro la continuidad de las corridas de toros que apenas contaban con medio siglo de existencia en su forma peculiar. En febrero de 1805, Carlos IV prohibió las corridas y luego vino la Guerra de la Independencia que dejaba poco espacio para la fiesta y pocos toros para la lidia, puesto que lo primero era alimentar a las gentes. Solo en la Corte se daban festejos para adular a los invasores franceses y para que éstos se congratiraran con los nacionales.

No cabe duda de que el primer cuarto de siglo, 1801 a 1825, fue de lo más comprometido y lleno de peripecias con la vigencia milagrosa de toreros como Jerónimo José Cándido, «Curro Guillén» y Antonio Ruiz «El Sombrerero», «reyes tuertos», como les llamaba «Don Ventura». Período de agitación política que influye también en la valoración de los toreros adscritos al bando absolutista de Fernando VII o los liberales. Dejamos al margen a José Ulloa «Tragabuches» ya conocido y que tomó el camino de la serranía para huir de la Justicia y nunca más se supo. Dejamos también a José Romero que se retiró en 1803 aunque volvió a torear en Madrid en 1818, como también hubo alguna exhibición esporádica de su hermano Pedro, que mantenía sus fuerzas y la buena técnica de su toreo. Relacionado con ellos, Jerónimo José Cándido, hijo de José Cándido Expósito también torero, ambos nacidos en Chiclana, población de suma importancia en esta historia, que se casó con María Isabel, hermana de los Romero, lo que le hizo ir a vivir a Ronda aunque por poco tiempo puesto que pronto murió su esposa y contrajo segundas nupcias con Inés Pinzón en 1812, para volver a enviudar y contraer tercer matrimonio con Juana Josefa Guerrero en su lugar natal, en 1816. Fue un torero de buena técnica, cauteloso y maestro, cualidades que le permitieron optar a la dirección de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, aunque, al final, quedara como profesor adjunto bajo la dirección de su cuñado Pedro.

Francisco Herrera Rodríguez «Curro Guillén», de Utrera, figura en la cuadrilla del anterior, niño prodigio, hijo y nieto de toreros, actuó en Madrid durante la invasión francesa y murió en Ronda el 20 de mayo de 1820 por cogida de un toro de Cabrera. Agustín Aroca fue fusilado en tierras de Toledo por los franceses y Juan Núñez «Sentimientos», un torero gitano de buena planta pero de una tremenda fealdad, al que se le achacan marrullerías en el desarrollo de su profesión pero una especial sensibilidad. «Sentimientos» estaba enamorado de la hija de un carnicero del Rastro madrileño, si bien no se decidió a expresarle sus deseos hasta que el padre de la moza se arruinó y murió. Juan Núñez, que también tenía la concesión de una tabla de venta de carne otorgada por la prohibición de las corridas de toros por parte de Carlos IV, al morir el carnicero se casó con su amada y dicen las crónicas que fueron muy felices y tuvieron muchos hijos. Es la noticia que más importa a la finalidad de este escrito:

«Sentimientos y el demonio
tuvieron una cuestión
sobre quién era más feo,
y «Sentimientos» ganó».

Uno de los toreros más importantes de este primer cuarto de siglo fue Antonio Ruiz «El Sombrerero», de Sevilla y discípulo de «Curro Guillén», pero al

que no le fueron bien las cosas en los ruedos pese a sus méritos profesionales porque tuvo demasiada pasión política hacia Fernando VII para ponerse a favor de Carlos María Isidro a la muerte del rey, con lo que siempre se encontró con la enemistad de unos y otros, incluido el diestro Juan León «Leoncillo», sevillano también, discípulo igualmente de «Curro Guillén», al que trató de salvar la vida en el momento de su cogida mortal en Ronda colgándose del otro pitón del toro de Cabrera que mató al de Utrera, como nos lo recuerda alguna estampa de la época, muy liberal el bueno de León y partidario de la gente de bulla, cantadores, bebedores, amigos de ruidos y de jaranas, por lo que hubo de mantenerse en activo hasta el 25 de mayo de 1851, día en el que toreó su última corrida en Aranjuez, compañero también de Manuel Lucas Blanco, voluntario realista que el 18 de octubre de 1837 mató a un miliciano nacional en una riña y fue condenado a muerte por la Reina Gobernadora, madre de la niña Isabel, viuda de Fernando VII y alejada de la Corte por sus amores con Fernando Agustín Muñoz, guarda de Corps, al que María Cristina de Borbón se unió a los tres meses de haberse muerto el Rey en los años comprometidos de las luchas entre isabelinos y carlistas porque estaba escrito que en España no se veía en el horizonte el final de tanto desastre. El caso es que, en una tienda de andaluces de la calle Fuencarral de Madrid, se inició la pelea de Manuel Lucas Blanco con el miliciano nacional Manuel Crespo de los Reyes y éste resultó mortalmente herido aunque parece que por puro accidente. Doña María Cristina de Borbón no tuvo en cuenta las peticiones de indulto, incluidas las de Juan León y Francisco Montes «Paquiro» que hicieron todo lo posible por salvar la vida de su compañero, y el día 9 de noviembre de 1837 Manuel Lucas Blanco subió al patíbulo para ser ejecutado en la horca este torero sevillano famoso por aquel brindis que dedicó a los infantes Francisco de Paula y María Carlota en una corrida celebrada en Sevilla en 1823: «¡A mi señor infante Don Francisco; va por la de usía, por la mujer, por la familia de aquí y por la de allá!» Fue un torero seco y valeroso que mejoró su estilo por los consejos de Juan León primero y de «Paquiro» después, que le enseñaban a templar su estilo y su genio. Y junto a él también habrá que recordar a Francisco González «Pachón» que pasa por ser el primer torero cordobés de alguna importancia, y Juan Jiménez «El Morenillo», estoqueador ambidextro pero que no tenía valor.

Bueno, es esta una época en la que las gentes están más pendientes de las luchas políticas, absolutistas y liberales, isabelinos y carlistas, que de otras cuestiones, incluidas las de los valores técnicos de los diestros que actúan en las plazas españolas y, sobre todo, de la vida sentimental de esos toreros.

De Juan León «Leoncillo», liberal como su maestro «Curro Guillén» frente al absolutista Antonio Ruiz «Sombrerero», cuenta Velázquez y Sánchez: «Joven, impetuoso y temerario, ya en contacto con disipadores, libertinos, desalmados, truhanes y aventureros, comprendió la necesidad de alternar con unos y otros, sin descender a sus infamias y bajezas, pero habiendo de participar de los des-

órdenes y abusos que entraban en las diversiones ordinarias de las clases plebeyas en aquellos tiempos, no tan pasados que carezcan de huellas sensibles. Juan tuvo que hacer locos dispendios; se entregó a la crápula con los sensuales, rivalizó en extravagancias con los audaces calaveras del país; se mantuvo firme con perdonavidas de medroso renombre; se dejó explotar con desdén por una turba de miserables pegadizos y en las escuelas de bailes y entre cantadores, gitanas, bautizos, bodas, jiras y jaleos consumió buena parte de una fortuna ganada con tantas fatigas, riesgos y accidentes». Y esto añadía Francisco Montes «Paquiro»: «Es mucho hombre ese. Bebe la noche antes de torear y duerme como si tal cosa le aguardara». Murió a los 66 años en casa del picador Juan Pinto, en Utrera.

EL SEGUNDO CUARTO DE SIGLO Y CHICLANA

Este segundo período del siglo XIX es fundamental para la continuidad del toreo como profesión artística y para demostrarlo basta con recordar los nombres de «Paquiro», «Cúchares» y «El Chiclanero». Hubo algún torero más que conviene recordar en relación con el objetivo de este libro: la condición humana y sentimental de los que a lo largo de nuestra historia se han vestido de luces.

Es el caso de Juan Pastor «Barbero», de Alcalá de Guadaira, un torero valiente y temerario que tuvo la suerte de tener un cuñado como Juan León «Leoncillo» que lo llevó a Madrid y le dio la alternativa el 8 de abril de 1839. Y si Juan León no era muy respetuoso y fiel a Mariquita, la hermana de «Barbero», este tenía toda la fama de mujeriego y juerguista que podía alcanzarse en aquellos tiempos y de la que alardeaba por los alrededores de Sevilla y hasta por sus calles paseando a sus queridas con los mejores caballos y perfectamente «maqueado» con vestidos y aderezos que imitaban los nobles y potentados sevillanos.

Se cuenta también una anécdota que retrata fielmente el carácter de Juan Pastor «Barbero». Fue en una corrida que se celebró en la extremeña ciudad de Trujillo. Alternaba con su cuñado, Juan León, que le advirtió que se decidiera y fuera al toro que le había correspondido si no quería morir allí mismo. Pastor contestó a su pariente político: «Ni lo mato ni me muero». Cogió su montera, se fue hacia la presidencia e improvisó un brindis de insultos tremendos al presidente del festejo, al alcalde de la ciudad y a todos sus habitantes. Se puso cerca de la barrera para que los municipales no tuvieran que arriesgar demasiado para su detención y así sucedió inmediatamente. Se lo llevaron al calabozo mientras que «Leoncillo» hubo de tomar muleta y estoque para acabar con el resabiado ejemplar. Pero sus excesos de marchoso y chulesco personaje no le permitieron sobrevivir demasiado y murió tuberculoso en agosto de 1854.

Hablan también las crónicas de Isidro Santiago «Barragán», de Madrid, al que ayudó el absolutista Roque Miranda porque lo llevó en su cuadrilla por sus buenas cualidades como banderillero, tarea en la que luchó mucho por salir adelante lidiando toros por Madrid y sus alrededores que ya por entonces era el valle y la montaña «del terror». Velázquez y Sánchez dice del madrileño: «Isidro me pareció guapo y listo y deseoso de agradar a costa de esfuerzos; pero se resentía de falta de escuela, haciéndolo todo sin sobresalir en nada». El 23 de marzo de 1851, lidiando novillos de Freire y Dámaso González, de Miraflores de la Sierra, en Madrid, sufrió una cornada en la pierna izquierda. «Don Ventura» cuenta que la cornada no era tan grave, pero que «en el hospital recibió la visita de una íntima amiga suya apodada “La Cacharrera”, Rosario, guapa y coqueta, quien, con su descoco que no acreditaba su fidelidad, hizo que le acompañase cierto sujeto que la cortejaba y como de esto tenía indicios el herido, tras el disgusto mayúsculo que le produjo la visita, adquirió unas fiebres de carácter nervioso que le arrebataron la vida en la noche del 4 de abril siguiente».

¡Pobrecito Barragán
que se ha muerto de un sofoco
que le dio «La Cacharrera»
con el pelito a lo Fouco!

Fouco era una bailarina que hacía furor en Madrid en aquellos tiempos, pero sorprende más la noticia, no sé si fidedigna, de que Barragán estaba casado con Lorenza Rincón.

El hijo del ajusticiado Manuel Lucas, Juan Lucas, del que su padre quería hacer un literato de carrera, apoyado por los compañeros de su progenitor Juan León, que estaba metido en todos los ajos de aquella época, «Barbero», Juan Yust, «Cúchares» y «Paquiro», se decidió a seguir los pasos toreros y olvidarse de los estudios. Se casó con la viuda de Yust, torero de Sevilla que murió de un ataque de apendicitis, y protegió a los miembros de la cuadrilla que le ayudaron a mantener «lo atractivo y gallardo de su figura, su ingenio, alegría y franqueza y hasta el estilo y sentimiento con que cultivaba el canto flamenco que contaba con tantos devotos como aficionados (Cossío). Pero era un torero que no podía con el genio de los toros castellanos o navarro-aragoneses. «Es el buen Lucas la segunda espada, mancebo de simpática figura; planta airosa y gentil, gracia extremada; alguna inteligencia y gran bravura» («Don Clarenio»).

Cuando se retiró se dedicó a la bebida aunque tenía preparación para emprender aventuras literarias y su embriaguez y abandono le llevaron a morir con 46 años en el hospital de Sevilla como consecuencia de una bronquitis.

Otro torero estudiante fue Julián Casas «Salamanquino», hijo de un oficial del Ejército y la propietaria de una fábrica de tejidos de Béjar. Estudiaba Hu-

manidades cuando murió su padre y su madre consiguió que Julián se matriculara en Cirugía. Pero también falleció la madre y el mozo se lanzó a cultivar sus aficiones toreras para erigirse en adalid de los toreros castellanos frente al predominio de los andaluces con la ayuda de su esposa que era gaditana, puede que de El Puerto de Santa María. Esa simpatía por matrimonio se unió a su buen trato con la prensa de aquellos tiempos, en los que su apoderado llegó hasta fundar revistas taurinas que cantaban las excelencias de Julián Casas, creo que el primer torero que se hizo ganadero y que llegó a supervivir profesionalmente hasta las funciones reales celebradas con motivo de la boda de Alfonso XII y doña Mercedes de Orleans, el 25 de enero de 1878, cuando tenía el viejo torero charro los 60 años, día en el que figuró al frente de un paseíllo de diecisiete matadores de toros. Este festejo real no se celebró en la Plaza Mayor. El escenario fue la nueva plaza que sustituyó a la de la Puerta de Alcalá, perfectamente adornada para el acontecimiento.

El último de los toreros pintorescos de este cuarto de siglo fue don Rafael Pérez de Guzmán, militar de alta alcurnia, hijo del conde de Villamanrique del Tajo, natural de Córdoba y apasionado por el arte del toreo hasta llegar a apuntarse a la Escuela de Tauromaquia de Sevilla. Federico Muelas lo describe como un hombre distinguido, con patillas de hacha, por el que bebían los vientos las mujeres y él se dejaba querer, aunque sin engallarse, «que no hay gallo que vea menos que el que esponja mucho el buche». Estuvo unos siete años toreando por las plazas andaluzas, menos la de Córdoba, quizá por respeto a su linajuda familia, y el día 23 de abril de 1838 debía de acudir a Madrid para actuar junto a Francisco Montes y Roque Miranda. Hizo el viaje en el coche-correo que iba a Madrid y, al pasar por los llanos de La Mancha, cerca de La Guardia, en el paraje de Carrocaña, fue atacado por una pandilla de bandoleros que hirieron de muerte a Pérez de Guzmán y le dejaron abandonado para que lo recogieran los vecinos del citado lugar y lo enterraran sin saber de quien se trataba, aunque concretaran sus descripciones: «de 32 a 34 años, estatura de 5 pies y 2 pulgadas, con trenza delgada como las que gastan los lidiadores de toros, barba roja con patillas largas, ojos pardos y, en conjunto, atlético; desnudo el medio cuerpo superior, el inferior vestido con calzón de punto azul con botones blancos de hueso a las petrinas, en las faltriqueras solo para los de otra clase y con las “vaquillas” azules, redondas, de seda; calzoncillos de lienzo con su apretador atrás, calcetas de hilo y en las “vaquillas” las marca de hilo encarnado, con la letra R, y separado del cadáver se halló un chaleco forrado de lienzo aplomado de pieles negras de cordero, con cinto de terciopelo a los extremos». Unos viajeros que pasaron por La Guardia días después aventuraron que el fallecido podía ser Rafael Pérez de Guzmán y la empresa madrileña, de acuerdo con Montes y Roque Miranda «Rigores», le envió mil reales de vellón a la viuda, mujer a la que respetaba don Rafael al margen de sus cantadas aventuras amorosas.

EL SEGUNDO TRIUNVIRATO

Y ya no se puede hablar de ningún triunvirato más en la posterior historia del toreo. Romero, «Costillares» y «Pepe-Hillo»; «Paquiro», «Cúchares» y «El Chiclanero». Luego, parejas, cuartetos y hasta quintetos, no tríos tan significativos como estos dos. Pero en este segundo cuarto del siglo XIX, los citados Francisco Montes «Paquiro», Francisco Arjona Herrera «Cúchares» y José Delgado y Domínguez «El Chiclanero».

Con Francisco de Paula José Joaquín Juan Montes, paisano de los Cándido, se renueva la condición torera de Chiclana de la Frontera, a unos 24 kilómetros de Cádiz. En principio su sobrenombre fue de «Paquilo» y desde los comienzos de su carrera taurina en la Escuela de Tauromaquia de Sevilla con Pedro Romero y su paisano Jerónimo José Cándido todos le auguraron una brillante carrera torera. Y lo fue, desde luego, con la difusión de un tratado que él dictó y que sirvió de manual para todos los que vinieron detrás, «Tauromaquia de Montes», reglas del toreo que transcribió López Pelegrín «Abenamar». Importante como torero, fundamental por su iconografía torera. Pañoleta al cuello (pañuelo anudado al cuello como corbata que después se estilizó al máximo), pelo ondulado, las inevitables patillas de hacha, moño ancho como consecuencia de la enroscada la coleta, sombrero más que montera, chaquetilla con unos bordados densos y recamados, camisa con cuello especial y chorreras profundas, pañuelo en el bolsillo de la chaquetilla, puro caliqueño encendido en la mano izquierda, capa sobre el hombro izquierdo y fisonomía muy agradable, de buena persona. «Paquilo de Chiclana», un figurín torero, modelo del bien vestir, una cintura remarcada, una faja ancha muy ajustada, piernas de bailarín y chaleco cruzado. Héroe en los ruedos.

Curro Ortega «El Fillo» le cantaba así al famoso «Paquiro»:

Si el querer que yo te tengo
De oro y plata fuera
No habría más rico que yo
En la comarca de Utrera.

A los árboles blando,
A un toro bravo lo amanso
Y a ti gitana ...¡no pueo!

¿Quién fue la mujer que empujó a Francisco Montes «Paquiro» al aguardiente? ¿Qué suerte de pesares íntimos pudieron llevarle, contrariando sus eminentes cualidades, a buscar el olvido en la embriaguez del aguardiente que minó su naturaleza y acortó su vida? «Vejez prematura que abate las existencias afeadas, gastados a la vez el alma y el cuerpo en el torbellino de las violencias emocionantes y de las rudas faenas» (Velázquez y Sánchez).

No sería, desde luego, la reina Isabel II que lo quiso nombrar Conde de Chiclana, «porque tiene mucho mejor ganado su título que otras excelencias de escotillón». No estoy seguro, ante la fama de doña Isabel, que no lo fuera, aunque si hubiera existido alguna aventura amorosa entre el torero y la Reina es seguro que habría llegado hasta nosotros la curiosa noticia. No basta con el deseo de ennoblecer al elegante diestro.

El caso es que «Paquiro» falleció a los 46 años por unas fiebres tercianas, el 4 de abril de 1851.

Algunas noticias, no sé si muy fidedignas, tengo sobre la amistad de Francisco Montes «Paquiro» con el modelo de bandidos generosos que era Luis Candelas y la criolla Blanca Montellanos y Vargas de Montero. Estaban los dos con el torero cuando les avisaron que la policía tenía localizado a Luis Candelas que, para salir del aprieto, dicen que se vistió de banderillero y así fue a la plaza con el de Chiclana. Va más allá la cosa: Candelas pone un par, «Paquiro» se deja coger y en ese barullo escapa el perseguido. Lo leí en la revista *El Ruedo* del 3 de febrero de 1949. Como también leí este poema que ensalza la figura del torero:

Cáscaras —dijo el diablo alzando el hopo—
este es Montes; me cuco y vaya al cielo
que temo más a su capa que un hisopo.
El cielo en coro aplaude la victoria,
vomita el dragón fuego y muerde tierra
y Montes triunfa, entrándose en la gloria.

No tengo constancia de que Francisco Montes «Paquiro» se casara, pero en el tomo VII del «Cossío» aparecen reproducidos los retratos del torero y su supuesta esposa firmados por José Elba, de la colección Berckmeyer del Museo Taurino de Arte de Lima, Perú. Dos medallones gemelos con la figura ya conocida del de Chiclana con la muleta, una banderilla y la espada apareciendo por la parte inferior del óvalo. Ella con un escote generoso difuminado por un tul vaporoso, talle estrecho, falda de organdí, hombreras y puños bordados con el mismo dibujo y materiales. Raya en medio en el pelo negro, peineta recortada, moño generoso y pendientes largos y colgantes. Abajo del medallón, un mantón y un abanico. Pero ¿quién fue esta mujer?

Francisco Arjona Herrera «Cúchares» nació en Madrid el 20 de mayo de 1818 pero desde muy joven vivió en Sevilla, de donde procedía su familia, su padre, un banderillero llamado Manuel Arjona «Costuras» y su madre, hermana de «Curro Guillén», el de Utrera que murió en Ronda. Cara redonda, ojos achinados, corta estatura y habilidades de ratón, gracia y picardía, movimiento y diversión. El arte de «Cúchares», el arte de ventaja y levedad. «Seña María, que este lista la puchera que guervo en cuanto acabe la corrida». Y ad-

vertía a su hija María de la Salud que se empeñaba en casarse con Antonio Sánchez «El Tato»: «No creas que todos los toreros son como tu padre, que os dice vuelvo y vuelve; porque la mayor parte de ellos suelen volver en carta o por el alambre». Luego hablaré de «El Tato». De Curro Cúcharas, casado con María Dolores Reyes de Ossa, se decía que honró a su mujer, a la esposa, cristiano y ejemplar procuró a sus hijos afanosamente una instrucción en consonancia con sus respectivas facultades y disposiciones. Eran Fernando y Francisco, este último quiso emular las glorias taurinas de su padre y se casó con la hija de Juan Martín «La Santera», también matador. Pero igualmente se dice que tuvo sus amoríos con la artista Amparo Álvarez «La Campanera». Los retrataron juntos, ella con un abanico en la mano, ajustado corpiño de generoso escote y color rojo, amplia falda, pelo liso y sujeto con una corona de rosas. El con el cigarro puro en su mano izquierda, capote al brazo, rizada montera, muy bordada chaquetilla en oros, fuertes hombreras, pañoleta roja y faja azul. Pero aseguran las malas lenguas que en esa plaza también toreaba su yerno, «El Tato». ¡Ha pasado tanto tiempo!

Matador de tronío y torero tronado. Afable, bondadoso, hijo sumiso, buen hermano, consorte cariñoso, tiernísimo padre, afectuoso amigo, compañero obsequioso y franco, benévolo, dadivoso, inclinado a la protección de los desvalidos y accesible a todas las exigencias. Con mucho ingenio y poca administración, «Cúcharas» quiso volver a buscar la fortuna en los ruedos y marchó a Cuba, en donde falleció víctima del vómito negro, fiebre amarilla producida por la picadura de un mosquito en las zonas tropicales, el 4 de diciembre de 1863, a los 45 años.

Quiso ser ganadero y en 1861 compró una parte de la ganadería del marqués de la Conquista, pero no tuvo tiempo ni paciencia para desmentir al duque de Veragua:

—Desengáñate, Curro: nunca han hecho las guitarras los buenos tocadores.

El tercero en el escalafón, pero no el menos diestro, José Redondo y Domínguez «El Chiclanero», unos meses más viejo que «Cúcharas» puesto que nació el 13 de marzo de 1818 en la famosa ciudad gaditana con la protección del gran «Paquiro» y que desde el principio gozó del favor de los toreros y de los aficionados. «Empezó este chico como muchos, pero va a acabar como muy pocos». Torero alegre y técnico, síntesis de la sabiduría del Pedro Romero y del arte de Francisco Montes, con quien se inició como banderillero para tomar la alternativa en Bilbao el 26 de agosto de 1842, con 24 años. Pero no fue un hombre agradecido; fanfarrón e injusto se comportó de mala forma con «Paquiro» y en su competencia con «Cúcharas» llevó siempre las de ganar puesto que su arte era mucho más sólido y auténtico que el de Francisco Arjona. A Montes le gritó una vez: «Soy más torero que osté y que toos los que llevan coleta».

De rostro duro, labios gruesos, nariz recta y pronunciada, montera cuadrada, moño amplio de recogida de la coleta, barbilla puntiaguda y mentón breve. Corbatín ancho, capote de jalón bien liado y traje azul bordado en plata. Este es su retrato. A partir de 1844 ya voló en solitario y cuando murió su esposa, el 9 de octubre de ese año, aumentaron sus bravatas: «Soy en el toreo reondo, como mi apellido», jacarandoso, petulante, fanfarrón, imprudente y vocinglero, todo eso se acabó bien pronto por culpa de una tisis galopante que lo llevó a la muerte el 28 de marzo de 1853, a los 35 años, en una posada de Madrid, en donde estaba a punto de vestir el traje de luces para actuar aquella misma tarde. Los funerales se celebraron en la parroquia de San Sebastián de Atocha y las cintas del féretro las llevaron Julián Casas «Salmantino», Cayetano Sanz, Manuel Díaz «Lavi» y Manuel Jiménez «El Cano» por las calles de Carretas, Montera, Fuencarral a la Puerta de Bilbao, hasta el cementerio de San Ginés y San Luis. Al cortejo le seguían ciento cuatro coches de caballos con la presencia del Gobernador Civil de Madrid.

Venid conmigo sus amigos fieles,
seguídmelos todos los del pueblo ibero,
a colgar en su túmulo laureles,
a llorar en su tumba al «Chiclanero».

Presurosos, venid, mi voz os llama;
y al dejar en la huesa el polvo inmundo,
separadle primero de la fama,
porque la fama pertenece al mundo.

Tú, en gracia y garbo y sal, de tu maestro,
discípulo feliz, tú el más querido
y en la sangrienta lid más aplaudido,
y entre todos los diestros el más diestro.

Alguien dijo: «Montes fue en el toreo una hermosa bola de oro; pero José Redondo la labró y jiso monea». Además era un gran estoqueador. Lástima que, como dice «Don Ventura», fuera de la plaza necesitara el ruido, el color de las sensaciones enérgicas y los placeres fuertes, y de no haber rendido tanto culto a Venus y a Baco, de no disipar su salud con exaltaciones amoratorias, de no vivir tan deprisa, habría aumentado su celebridad».

Se da la triste circunstancia de que los tres famosos toreros de la segunda parte de este siglo XIX murieron por distintas y vulgares enfermedades sin llegar a la también triste celebridad de caer a astas de un vindicador toro bravo: Montes en 1851, a los 46 años, de unas fiebres palúdicas llamadas tercianas porque se reproducen cada tres días; «El Chiclanero» en 1853, a los 35 años, de

una tisis galopante, y «Cúchares» en 1868, a los 50 años, de esa fiebre amarilla que causa el vómito negro. Y se concreta el relevo traumático hacia más allá de la mitad de este siglo con la figura de Cayetano Sanz y Pozas, un torero artista de la época isabelina que nació en Madrid el 7 de agosto de 1821, que alternó con «Cúchares» y «El Chiclanero» y luego con «El Tato» y «El Gordito», con «Lagartijo» y «Frascuero». Es el eslabón que une esos dos cuartos de siglo casi cronológicamente puesto que tomó la alternativa el 12 de noviembre de 1848 y lidió su última corrida en enero de 1878, cuando los famosos festejos por los esponsales de Alfonso XII.

Su maestro fue José Antonio Learte «Capita» que pasa por ser uno de los mejores banderilleros de la historia del toreo, un personaje impar que fue a las órdenes de «Paquiro» y «El Chiclanero», tuerto del ojo derecho y que se tocaba con una espectacular montera con barboquejo. Su condición de andaluz, de una buena familia de Carmona, le fue de gran utilidad al madrileño de la Arganzuela, Cayetano Sanz, que no salió malparado de su enfrentamiento con los toreros andaluces, que reconocieron el buen arte del torero castellano con capote y muleta. Otra cosa era lo de la espada, pero eso les ha ocurrido a muchos toreros de arte. Cayetano mandaba retirar a todos los toreros del ruedo y, si después necesitaba ayuda, «Cúchares» le soltaba alguna cuchufleta, porque este sevillano de Madrid tenía toda la guasa del mundo. El caso es que Cayetano, que nació a los seis meses de morir su padre y que se crió con sus abuelos, empezó como aprendiz de zapatero y llegó hasta oficial, fue un hombre muy íntegro, una persona seria y responsable a quien el duque de Veragua dio el primer empujón al verlo torear en Aranjuez, en 1844, una novillada suya, que alcanzó una gran categoría, que fue el primer matador de toros español que actuó en Francia, en Bayona, con motivo de los esponsales de Eugenia de Montijo con Luis Napoleón III, que dio la alternativa a «Lagartijo» el 15 de octubre de 1865 y que se retiró a los 56 años al pueblo de Villamantilla, en donde tenía algunas posesiones que le permitieron vivir con desahogo hasta que murió en ese mismo lugar el 21 de septiembre de 1891.

De su efigie nos ha llegado noticia por algunas fotografías y un dibujo de Daniel Perea que nos lo representa de cuerpo entero, con generosas patillas de hacha y con una apostura impresionante. Además de buen torero, lo parecía. Cuentan que, ya retirado, presenciaba en su pueblo una función en la que intervenían unos maletillas que no podían con la res de turno, que él dio algún consejo a los actuantes y que el jefe de la cuadrilla le espetó lo siguiente: «Tío viejo ¿cómo no bajas tú a hacerlo?». Que bajó, lo hizo por navarras y por verónicas y volvió a su palco. El torerillo se enteró después de la personalidad del señor aquel y subió raudo a la localidad a presentar sus excusas a Cayetano Sanz, que las admitió sin darle más importancia al lance.

Cayetano era el predilecto de las damas de alto copete y entre las que se lo disputaban había dos mujeres de buena estampa que en una corrida celebrada

en Madrid hicieron todo lo posible para acaparar la atención del torero. Una de ellas le arrojó una flor desde un palco y la otra supo enseguida que esa era la señal precisa para una cita posterior.

—Eso será lo que tase un sastre.

Cuando «El Gordito» se disponía a lidiar al último toro, la segunda dama salió de la plaza, se arrimó a la parte exterior del Patio de Caballos y espero la salida de Cayetano. Le hizo subir a su carruaje y aquella noche el torero, sin desprenderse del traje de torear, cenó con la segunda dama, la más decidida.

EN POS DE LA PRIMERA PAREJA

Tras Cayetano Sanz viene el desventurado José Rodríguez «Pepete» que murió en Madrid el 20 de abril de 1862 a cuernos de «Jocinero», de la ganadería de don Antonio Miura, y cuya viuda era hermana de la madre de «Guerrita»; luego, Manuel Domínguez, al que apodaron «Desperdicios» unos dicen que porque en la Escuela de Tauromaquia de Sevilla aseguraban que «aquel muchacho no tenía «desperdicio», mientras que los más noveleros afirmaban que, cuando el 1 de junio de 1857 el toro «Barrabás» de Concha y Sierra de un pitonazo la vació el ojo derecho, tomó en su mano el globo ocular, lo lanzó a la arena mientras lanzaba la expresión despectiva de ¡vá, desperdicios! Y continuó en el ruedo como si tal cosa. No sé si esto será cierto, pero Manuel Domínguez era persona de mucho carácter y gran corazón.

Más toreros de entonces: José Muñoz «Pucheta», agitador político y partícipe en el alzamiento contra O'Donnell, que resultó muerto a tiros en Villaverde. Gonzalo Mora y Donaire, también político como lo fue Domingo Mendivil, de Durango, porque en aquellos días el ajetreo partidista era tremendo e Isabel II, los carlistas, los liberales y los absolutistas, los progresistas y los masones querían hacerse con el poder. Hasta le costó la vida al liberal don Juan Prim y Prats enfrentado al general Espartero y empeñado en traer a España a Amadeo de Saboya hasta que la Reina Cristina se hizo cargo de la regencia mientras Alfonso XII llegaba a la mayoría de edad.

Hubo un torero de buena familia, Antonio Gil y Barbero, al que por sus buenos modales se le llamaba «Don Gil», que se suicidó el 4 de febrero de 1902. Y un tal José María Ponce que se enamoró de la hermana de «Lillo» y «El Cuco», parientes de los Gallos por parte de los Ortega, parentesco que llegó hasta los «Caracol», el de bulto que fue mozo de espadas de «Joselito», y su hijo, el cantador Manolo Caracol. Casi nada. Pues el dicho José María Ponce tuvo que cumplir el requisito que le impusieron sus futuros cuñados para casarse con su adorada mujer: hacerse matador de toros. Lo consiguió, se desposó con la Ortega y se fue a torear a México y Veracruz, La Habana, Matanzas, Trinidad y Cuba. El 2 de junio de 1872, en Lima, actuó con «El Salmantino», Gerardo Caballe-

ro y Pedro Cortijo «Valladolid» en una corrida a beneficio de la Compañía Nacional de Bomberos limeños con catorce toros en liza. El segundo de la tarde le produjo un puntazo en la región glútea derecha al que no se le concedió demasiada importancia, pero se le declaró la gangrena y el gaditano, que tenía 42 años, falleció el 14 de julio de 1872.

El más famoso de los Ortega fue Enrique «El Cuco», casado con una hermana de «Joselito», con el que fue de banderillero hasta el trágico suceso de Talavera. Un hijo de estos fue Rafael Ortega Gómez «Gallito», con el que fue de mozo de espadas el otro Ortega, «El Lillo». Los cuñados de Ponce. Y como la familia de los Ortega es, o fue, tan amplia, también habrá que citar a otro torero, José Ortega Gómez, novillero primero y luego banderillero. A José y Rafael, como hijos de la hermana de los «Gallos», en ocasiones se les conocía como los «Gallino», sin olvidar a la hermana de ambos, la conocida recitadora Gabriela Ortega, o su sobrina Luisa Ortega, la «cantaora» hija de «El Caracol». Una familia de artistas. El llamado Enrique Ortega «El Cuco», gaditano, hijo del hermano mayor de la madre de los «Gallo», la «señá» Gabriela, fue un hombre inquieto y hasta ilustrado y llegó a escribir y estrenar un sainete que se titulaba «El triunfo de Maoliyo». Pero toda esta historia tendrá su ampliación, sobre todo en lo que se refiere a Rafael «El Gallo» y «Joselito», cuando hablemos del siglo XX. Nos quedaba todavía un terceto de toreros de este tercer cuarto de siglo XIX que tuvieron cierto interés: dos masones, el sevillano Juan Manzano «El Nili» y el asturiano Antonio José Suárez, que huyó a Francia escondido en un baúl, y un tercero, Angel López «Regatero», que era un buen banderillero pero pésimo estoqueador y que vivió hasta casi finales de ese siglo bajo la protección del duque de Veragua.

ANTONIO SÁNCHEZ «EL TATO» Y ANTONIO CARMONA «GORDITO»

En este tercer cuarto del siglo XIX surge la primera pareja de la historia del torreo. Una pareja muy especial que, con su forma de ser y actuar, contribuyó a que la competencia resultara muchas veces injusta y brutal. El enfrentamiento en el ruedo se transmitió de tal forma a los tendidos y a la calle que hubo momentos en que se desbordaron todos los límites de la prudencia y la sensatez hasta desembocar en auténticas contiendas como si de isabelinos y carlistas se tratara pese a que ambos toreros no tuvieran adscripción a partido alguno. Los partidos eran ellos mismos. Esto era la primera vez que pasaba en la ya centenaria competencia torera y lo cierto es que fue provechosa para ambos pese a que a Antonio Sánchez «El Tato» le tuvieran que cortar una pierna. Antonio Carmona «Gordito» llegó a la vejez pletórico de salud y de fincas urbanas que le producían una buena renta.

Los dos Antonio, ambos nacidos en Sevilla, el Sánchez en 1831, el Carmona en 1838. «El Tato» con el favor de los públicos de Despeñaperros para arriba, «El Gordito» favorito de los públicos de Andalucía. Antonio Sánchez un torero basto y encorvado pero un gran estilista del volapie, Antonio Carmona, ligero y gimnástico pese a su aspecto rellenito y un gran intérprete del quiebro en todas sus facetas y de los adornos en movimiento, pero sabía comprometer a la gente y pinchar a su rival.

Antonio Sánchez «El Tato» fue banderillero de «Cúchares» y luego yerno, aunque a su esposa, María de la Salud Arjona y Reyes, la hija de don Curro Arjona, la tuvo que depositar bajo la autoridad judicial en casa de don Francisco de Paula Morán, en la calle de Cervantes, en Sevilla, de donde salió para el altar el 5 de enero de 1861 ya vencida la resistencia de «Cúchares», quien, a pesar de todo, advirtió a su hija de que «no creas que todos los toreros son como tu padre que os dice vuelvo y vuelve; que casi todos suelen volver en carta o por alambre». El caso es que «Cúchares» se fue a La Habana y no volvió y «El Tato», pese a que en 1869 le cogiera el toro «Peregrino» de Vicente Martínez que tenía arestín (?) en el cuerno y le produjo una gangrena por lo que le tuvieron que amputar la pierna derecha, volvió y murió en la propia Sevilla el 7 de febrero de 1895. Suegro y yerno dicen que compartieron algunas aventuras con la artista «La Campanera», pero lo cierto es que «El Tato» debió de hacer caso de la prédica del famoso orador sagrado que era don Manuel Jurado, que presidió la ceremonia nupcial, y respetó a la esposa hasta el final de sus días. El banquete y la fiesta de bodas se celebró en la finca del conde del Aguila con la suntuosidad y el buen gusto con el que solían distinguirse sus fiestas, entre las más señaladas de la capital de Andalucía.

Los enfrentamientos entre «El Tato» y «El Gordito» se intensificaron en los años 1867 y 1868 y el 19 de mayo de 1869, en la Asamblea Nacional, el señor ministro de Ultramar, López de Ayala, dijo que la salida del duque de la Torre en el vapor «Vulcano» desde la bahía de Cádiz hacia su confinamiento en las Islas Canarias se vio con total indiferencia por el pueblo en contraste con la agitación con la que se recibía la rivalidad entre «El Tato» y «El Gordito»: «Pocos días antes de estos sucesos, la autoridad militar tuvo que tomar algunas precauciones. El motivo de puro pueril se convierte en altamente significativo. Trabajaban en competencia dos toreros: los partidarios del uno y el otro se encontraban en tal estado de excitación que todo el mundo temió un choque y encontró muy prudentes las precauciones que para evitarlo se habían tomado».

Antonio Carmona «El Gordito» se casó con María del Carmen García, hija de José, un rico panadero, tuvo nueve hijos y murió el 30 de agosto de 1920, a los 82 años. La llamaron «el rey del quiebro» y sus compañeros le juzgaban con cierta dureza. Decía «Pepete»: «Eso ya no es torear, sino hacer títeres con los toros». Bueno, juicios parecidos los hemos escuchado muchas veces después, como por ejemplo cuando se decía que las «manolequinas» eran del toreo cómico de

«Llapisera». El caso es que Antonio Carmona contrajo matrimonio con «la simpática y virtuosa joven María del Carmen García, hija del rico panadero, del mismo oficio que los hermanos de Carmona, el 14 de noviembre de 1864 y que todo lo revolvedor que era en el ruedo se convertía en serio y cabal en su vida privada. Exento de vicios, económico y laborioso, invirtió sus ganancias en las fincas urbanas y ello le valió el vivir sin preocupaciones hasta el final de sus días.

Los duques de Montpensier, después de la corrida del 3 de mayo de 1863, en Sevilla, llamaron a Carmona al palacio de San Telmo y le regalaron un estuche de avíos de fumar en oro esmaltado. La Emperatriz de Austria, aquel mismo año y en la misma plaza, le hizo subir al palco del Príncipe para entregarle un regalo y el alcalde señor Vinuesa le tradujo del francés lo que la Emperatriz opinaba: «El toreo de éste me gusta más». El 2 de septiembre de 1862, también en Sevilla, la reina Isabel II le regaló una cadena de oro por conducto del alcalde, con el encargo de agradecerle el esfuerzo que había hecho para ponerle banderillas al quiebro al cuarto toro de Taviel de Andrade. «El Gordito» vio en Portugal esto de los quiebros con toros embolados y se atrevió a hacerlo con los toros limpios. De salida quebraba a cuerpo limpio para arrancar la moña del morrillo del toro y entregarla a uno de los espectadores distinguidos. En banderillas citaba con los pies atados y metidos en un aro de media vara de diámetro o citando desde una silla.

Era un torero bullidor y alegre y tenía una simpatía arrolladora. Se le nota hasta en un retrato en su madurez, tocado con un sombrero de ala vuelta, vestido de oscuro, la cara rellena, los ojos vivos, el bigote blanco con largas y empuñadas guías. Traje bien cortado, cruzado, puños de la camisa con ricos gemelos, aire plácido de cierto y revoltoso sosiego, con música de picadillo frente al resto de los toreros. Pero, si se piensa, habrá que reconocer que esta primera pareja del toreo resultó rentable pese a que a «El Tato» le cortaran una pierna y sentenciara mirando al horizonte: «¡Adiós, Madrid, que te quedas sin gente!» Sin embargo, aún se confió a la mecánica de los ortopédicos e intentó volver a torear con una pierna artificial en varias plazas, en Madrid, Sevilla y Badajoz. No pudo ser, pero ¡qué raza la suya!

Epigrama dedicado a Antonio Sánchez «El Tato» y a su banderillero Mariano Antón:

Era un toro cornalón
con más cuartos que la luna
y dijo Mariano Antón
al «Tato»: —Mucha atención,
que el toro es ancho de cuna.

Bravo como siempre, Antonio
siguió pasando a la res,

y exclamó, dado al demonio:
—¿A esto llamas cuna? ¡Si es
la cama de un matrimonio!

Antes de entrar en el examen de la segunda y más famosa de esta nuestra historia, la de «Lagartijo» y «Frascuero», me permito recordar la figura de un torero al menos curioso. Se llamaba José Sánchez del Campo y Bullosa, nació en Algeciras el 8 de mayo de 1848 en el seno de una acomodada familia y, aunque empezó sus estudios, cuando se trasladaron a Sevilla hubo de abandonarlos a la muerte de su padre. Se dedicó al oficio de pintor decorador, pero a los 22 años entró como banderillero en la cuadrilla de «El Gordito» y luego a la de Manuel Fuentes «Bocanegra» que murió en una novillada en Baeza por bajar al ruedo para ayudar a unos inexpertos lidiadores. José Sánchez del Campo se apodaba «Cara-ancha» y a fe que su iconografía demuestra lo acertado del sobrenombre, que le acompañaba también en el resto de su anatomía porque era un hombre grueso que no tenía la agilidad suficiente para irse del toro y salvar sus tarascadas. Se despidió en Sevilla el 11 de noviembre de 1894 y se fue a vivir a Aznalcázar, donde fue alcalde y donde falleció el 31 de marzo de 1925.

Lo más curioso de este torero es una anécdota que contó Antonio Díaz Cañabate en *El Ruedo* como transcripción de lo que le refirió el padre de Antonio Sánchez, el torero propietario de la famosa taberna del Progreso madrileño. No es muy de fiar el señor Cañabate en esto de contar historias, pero allá va esta: Miss Leona era una mujer fuerte, redonda y guapísima que conoció a «Cara-ancha» en el colmado de Santiago, en la mismísima calle Sevilla de Madrid. El que los presentó fue el constructor Pascual Elices y dice el relator que al torero le inspiró la siguiente copla:

Yo quisiera y no quisiera,
que son cosas diferentes;
quisiera que me quisieras
y no quisiera quererte.

Miss Leona hacía alardes de fuerzas en un número de circo y doblaba barras de hierro como si fueran juncos. Al poco tiempo de conocerse se empezaron en darse unas palizas morrocotudas en las que no se quedaba atrás la tal Miss Leona que, al final, renunció a las relaciones con el torero y se fue a tierras de América para iniciar una nueva vida. Esto es lo que contaba Cañabate. Puede que sea fiel reflejo de la realidad pese a que el autor de lo escrito tenga más fama de buen castizo y fabulador que de riguroso investigador o experto crítico.

EN LA CUMBRE: «LAGARTIJO» Y «FRASCUELO»

Llegamos a una etapa gloriosa en la que dos hombres, uno de Córdoba y otro de la granadina Churriana, van a escribir las páginas más brillantes y documentadas de esta nuestra pequeña historia. A su alrededor hubo algunos tipos curiosos como el catalán Pedro Aixela «Peroy», de Torredembarra, Tarragona, corsario metido a torero que murió en el Hospital del Sagrado Corazón de Barcelona, Jacinto Machío que se dedicó al negocio de las vacas lecheras, Manuel Carrión «El Coracero» que falleció cuando regresaba de Montevideo en el vapor «Santo Domingo», José Lara «Chicorro», el primero que cortó una oreja en Madrid, Agustín Perera que murió en Palencia en 1870 abandonado en el ruedo por sus compañeros de cartel, Angel Fernández «Valdemoro» que acabó sus días en el Hospital de los Incurables de Madrid, el sevillano José Cineo «El Cirineo» con el mismo final pero en su lugar natal, Gerardo Caballero, otro sevillano, que puso una licorería en Lima y allí murió apuñalado cuando tenía 40 años, Hipólito Sanchez Arjona, sobrino de «Cúchares», Manuel Hermosilla, de Sanlúcar de Barrameda, José Negrón, de Tomares, el pueblo de los «Bombita», «Paco de Oro», de Cádiz, del que solo brillaba el apodo, y José Giráldez «Jaqueta» en brazos de Baco. Ninguno de ellos tenía capacidad para enfrentarse a los dos colosos. Únicamente el llamado Francisco Arjona Reyes «Currito», hijo de «Cúchares», sobrino nieto de «Curro Gillén», su abuela, hermana de este torero, cuñado de «El Tato» y esposo de la hija del matador de toros Juan Martín «La Santera», con la que vivió hasta el final de sus días en el barrio de San Bernardo aunque, como su padre, naciera en Madrid, en donde fue apadrinado por Juan León «Leoncillo». Con tantos antecedentes no podía ser otra cosa que torero pese a que su padre, ya con buena fortuna, pretendiera que tanto él como su hermano siguieran una carrera universitaria. Primero estudió en Carabanchel y luego en San Fernando, en Sevilla, aunque a los 22 años fue su propio padre el que le dio la alternativa en Madrid, el 19 de mayo de 1867. Tenía los conocimientos técnicos de su progenitor pero realizaba un toreo más reposado, severo y preciso aunque se le apoderaba la abulia y la apatía con mucha más frecuencia que la deseada. En la revista *La Lidia* se lo preguntaban: ¿Duerme Curro? Sí. Y parafraseaban a Jorge Manrique:

Pues que abra el ojo y despierte
contemplando
como en dos años, pérdidas
lleva más de cien corridas
tan callando.

Fuerte y arrogante, pelo rizado, con precioso traje de luces de amplias hombreras, abundante bordado y pañoleta más estilizada que las de sus antecesores.

Compitió con «Cara-Ancha», «Chicorro» y Angel Pastor, torero exquisito de la escuela de Cayetano Sanz y pianista consumado, y hasta con Manuel Domínguez que le enseñó su forma de torear y el matar recibiendo, pero su «pereza musulmana», según «Don Ventura», le impidió enfrentarse a la pareja de su época: «Lagartijo» y «Frascuelo».

EL PRIMER CALIFA

Rafael Molina y Sánchez «Lagartijo». ¿Quién fue el que lo elevó al trono árabe del Califato cordobés? Yo creo que lo hizo don Mariano de Cavia «Sobaquillo» para probar, una vez más, el sentido universal de los aragoneses. En esto me siento confortado, puesto que no me enrojece confesar que mis toreros favoritos, a pesar de mi condición también aragonesa como la de don Mariano, excelentísimo señor de las letras, sean los sevillanos Pepe Luis Vázquez, Pepín Martín Vázquez, Francisco Romero, Diego Puerta para darle un poco de emoción a esta mi debilidad, y Paco Camino. Y me malicio que en un futuro ya en presente va a ser Morante de la Puebla. De Curro Romero se ha dicho alguna vez que merece la pena ir a la plaza por verle hacer el paseíllo y los más recalitrantes hasta saben los pasos que da cuando lo recorre desde la puerta de cuadrillas hasta la presidencia de la Real Maestranza de Sevilla. Pero el honor primero de semejante confesión de fe partidista corresponde a aquel Rafael Molina «Lagartijo». Era tal la elegancia, la apostura, el bien andar y mejor vestir del cordobés que los «lagartijistas» se conformaban con solo eso, con verle hacer el paseíllo. Claro que, para fortalecer esa fe, en muchas ocasiones, luego venía todo lo demás: «el estilo puro, grave y florido a la par, gentil, flexible, sobrio y afiligranado al mismo tiempo». Además, empezó siendo un buen estoqueador y acabó con sus famosas «medias lagartijeras» que eran un recurso como demostración de su conocimiento del peligro y de la técnica para soslayarlo. Su ejemplo lo siguieron años después Marcial Lalanda y su poderdante Pepe Luis Vázquez. La muestra inapelable de la categoría técnica de «Lagartijo» es que en sus veintiocho temporadas completas como matador de toros solo sufrió un percance más que grave, una cornada en el brazo derecho que le produjo el toro «Charratelo», de Bermúdez, lidiado en Madrid el 22 de junio de 1873.

Rafael Molina y Sánchez nació en Córdoba el 22 de noviembre de 1841. Su padre, Manuel Molina «Niño Dios», era banderillero de modesta trayectoria, y su madre, hermana del torilero también cordobés conocido por «Poleo». Se crió en el barrio de la Merced y desde chico estuvo en contacto con el ambiente taurino hasta enrolarse en la cuadrilla de niños cordobeses de Camará, en la cuadrilla de José Rodríguez «Pepete». Tomó la alternativa dos años antes que «Frascuelo», en 1865, para encontrarse la pareja en 1868, en la plaza de

Granada, en donde se fija el comienzo de esa competencia que duró hasta 1890, fecha de la retirada de «Frasculo». Antes «Lagartijo» se midió con toreros como «El Gordito», Cayetano Sanz y «Bocanegra» y mantuvo su enfrentamiento con la plaza de Sevilla siempre celosa de los arrogantes diestros cordobeses y liadas las cosas por el intercambio de banderilleros como el sevillano José Gómez «El Gallo» y Rafael Guerra «Guerrita» que estaba en la de don Fernando Gómez «El Gallo» y se pasó a la de «Lagartijo». Luego «Guerrita» impulsó su juventud a «Lagartijo», ya con cincuenta años, y él, con veintinueve, con enfrentamientos entre «lagartijistas» y «guerristas», lucha que el segundo Califa pagó en sus propias carnes cuando se retiró en Zaragoza en 1899, cuando confesó que no se iba por gusto sino porque le echaba la gente. ¿Los que recordaban sus descaros hacia «Lagartijo»?

El primer Califa se retiró en 1893 en cinco corridas que se celebraron en Zaragoza, Valencia, Bilbao, Barcelona y Madrid. En la de Zaragoza lidió toros de Espoz y Mina, antes Carriquirri, el 7 de mayo, y en las otras de la ganadería de Veragua todas ellas, el 11 del mismo mes en Bilbao, el 21 en Barcelona, 28 en Valencia y el 1 de junio en Madrid. Siempre en solitario. Dio la casualidad de que ese día 1 de junio era la fiesta del Corpus y que la procesión se celebraba a la misma hora que la corrida. ¿Cuál fue la solución? Pasar la procesión a la mañana de aquel esplendoroso jueves que no lo fue tan brillante en lo artístico para tan preclaro artista. Algunos se conformaron con su peculiar larga cordobesa. Inimitable como aquel quite del perdón de Pepe Luis o la media verónica con la que «Picoco» dejó a Curro Romero en la Maestranza. La hipérbole solo se da en los toros y en otros ambientes artísticos en muy contadas ocasiones.

Rafael Molina y Sánchez «Lagartijo» falleció en Córdoba el 1 de agosto de 1900. En sus veintiocho temporadas como matador actuó en 1.632 corridas, 404 en Madrid, y mató 4.687 toros. Muy cordobés en todo, en su toreo, en su forma de andar, divertirse o sentenciar. Ser cordobés presta carácter. Alguien me dijo hace mucho tiempo que la cabeza de la escultura del Gran Capitán de Mateo Inurria, centro y seña de la ciudad de la Mezquita, tallada en mármol blanco en contraste con el resto del grupo, era la que el escultor había esculpido para un monumento en memoria de «Lagartijo». Y yo cada vez que tengo el privilegio de ir a Córdoba me quedo ensimismado contemplando esa noble efigie. Vamos, que pienso que es más adecuado que sea la cabeza de Rafael Molina que la de Gonzalo Fernández de Córdoba, que nació en Montilla y murió en Granada. Fue el torero mucho más cordobés que el de los picos, las palas y los azadones. «Valía dinero verle hacer el paseíllo», repito. Elegante, gracia grave, reposada, leve y enérgica. La duquesa de Osuna, que parece había heredado la sensibilidad de su antepasada, le regaló en 1884 una petaca de oro y brillantes. ¿Y sus amores? Bueno, sobre este tema no es que haya muchas noticias. Era juerguista, pero muy al estilo cordobés, sin dar publicidad a sus correrías.

Se casó con Rafaela Romero, de Bujalance, y su matrimonio no fue, desde luego, una balsa de aceite. Cuando ya llevaban unos cuantos años de unión, la esposa, de la mano de su padre, inició un proceso de separación que terminó con la demanda de los bienes gananciales por parte del suegro, a lo que «Lagartijo», mirándole de soslayo y de arriba abajo, le comentó: «No sabía que durante todos estos años le he tenido a mi lado en los ruedos matando toros». Hubo su separación civilizada y los últimos años de su vida Rafael Molina vivió con Dolores Bejarano, con la que no se casó pese a haber enviudado de la tal Rafaela.

Era Dolores Bejarano hermana de Antonio, un banderillero cordobés al que apodaban «Carrana» unos y «La Pasera» otros. Y ella fue la que la cortó la coleta al primer Califa a la sombra de las encinas de la finca «Pendolillas», propiedad del torero y sin testigo alguno. Solo Dolores en aquella soledad bucólica del héroe al que ella iba a dedicar sus desvelos en la acelerada cuesta abajo del héroe, una vez abandonado el escenario de sus grandes triunfos: el ruedo. Pero hubo una foto posterior que se realizó en el domicilio de Dolores en la capital de Córdoba, en la calle Domingo Muñoz, en la que, aparentemente, el barberero Miguel Carrasco cercenaba el más ilustre símbolo torero de nuestra historia porque un «lagartijista» quería tener semejante documento gráfico.

De sus devaneos y aventuras en sus años gloriosos no hay mucha documentación escrita aunque puede ser un botón de muestra la anécdota que contaban Antonio Bellón en uno de sus póstumos escritos publicados en *Aplausos*: «Lagartijo» había sido invitado a comer o a cenar, que la hora es lo de menos, a casa de una adinerada familia y, al ser recibido por la señora, ésta le dio toda suerte de explicaciones porque el marido no se encontraba con ella.

—No sabe lo apenada que estoy, mi marido ha tenido que salir de viaje.

Una y otra vez repitió su lamento plañidero para la que «Lagartijo» no tenía ninguna contestación. Al fin, la mujer, un poco desconcertada por la falta de respuesta, le espetó la siguiente pregunta:

—¿Usted no dice nada?

Y Rafael, muy serio y circunspecto, pronunció este elocuente discurso de una sola palabra:

—Esnúate.

Lo cierto es que la seriedad y circunspección de Rafael Molina «Lagartijo» tenía su válvula de escape en numerosas fiestas y francachelas en las que él era pródigo con sus dineros y versátil con sus amoríos, por lo que no es de extrañar que su suegro apoyara a su hija en la separación matrimonial que le iba a proporcionar una buena cantidad menguada del patrimonio del torero. Lamentable. Tampoco es caso único puesto que en el siglo siguiente veremos lo que le ocurrió a Domingo Ortega con la familia de su primera esposa.

El 29 de septiembre de 1887, Rafael Molina le concedió la alternativa a su sucesor en el Califato, Rafael Guerra «Guerrita», sucesor también de «Frascuolo» en ese trono que compartía la pareja más definida y longeva de la historia

del toreo. Ese mismo año, el 24 de octubre, una señora que había tratado de entrevistarse con «Lagartijo» sin conseguirlo, le esperó a la puerta de su casa y le disparó un tiro de revólver, sin que, afortunadamente, hiciera blanco. Alguien pensará en otra aventura amorosa, pero, según Ramírez Bernal, que yo juro que no estaba allí, aquella señora pagaba con un asesinato, frustrado en contra de su voluntad, una deuda que tenía con «Lagartijo» de no pocos miles de duros y que éste, en su legítimo derecho, reclamaba judicialmente.

SALVADOR Y MANUELA

Salvador Sánchez Povedano, «Frasculo» por su hermano menor, Paco, es un torero opuesto a la figura de Rafael «Lagartijo». Por eso, quizá, es, hasta hoy, la pareja más estable de la Tauromaquia. Nacido en Churriana de la Vega, Granada, por pura casualidad, el 23 de diciembre de 1842, pronto se trasladó, o le trasladaron, a tierras aragonesas, a Cinco Villas, en donde falleció el padre, militar retirado en funciones burocráticas que se gastaba todo su sueldo en juergas y juegos de envite. Murió en la villa de Sádaba en 1853 y la familia se trasladó a Madrid para allí sobrevivir gracias a la colaboración de todos, incluido Salvador que aprendió el oficio de papalista-decorador, y el temperamento de su madre, Sebastiana Povedano, que vendía arena y greda para la construcción. Su hermano Paco se inició en el toreo por las capeas de los alrededores y Salvador siguió estas andanzas hasta que recibió su bautismo de sangre el 20 de julio de 1863 en Chichón, lugar en el que Salvador tuvo gran predicamento, muchos amigos y al que regaló las tablas de la barrera de la plaza de toros de la Puerta de Alcalá de Madrid y que todavía se conservan para montar ese pintoresco coso.

Eduardo de Ontañón, en su «Frasculo o el toreador», de la colección «Vidas españolas y hispanoamericanas del siglo XIX» de Espasa-Calpe, en Madrid, en 1937, en plena guerra civil, cuenta casi todo sobre la vida amorosa de Salvador Sánchez.

Ontañón inicia su historia con una versión zarzuelera de su primera aventura juvenil con «La Paca» que estaba enamoriscada de «El Negro», como conocían a Salvador sus compinches.

—¿Quié usted marcarse este chotis con un servidor?

El señor Manolo, que era su patrón, y la madre le hacían sus reflexiones:

—¡Ay, Salvador, chiquiyo! ¡A ti te ha encandilao arguna barbiana!

—Pero, chico, ¿es que has cometido la tontería de enamorarte? Porque te veo hecho un lechuguino —le espetó un día el papalista después de mucho espiarle.

—¡Tié usted razón, señor Manolo! ¡Lo primero es lo primero!

Ribera de Curtidores, el vals en el organillo que acompañaba el paseo con su joven novia.

—No puedo oír esa murga sin acordarme de una novia que tuve y esto me emociona más que una tarde de toros. (Confesiones a Sánchez de Neira.)

Bien, se acabó el flirteo con «La Paca» y vino lo de la cogida de Chinchón, que dicen que es el camino más recto hacia la gloria torera, la cornada. Fue importante la herida y el tío Tamayo, que era el barbero y el estanquero de Chinchón, se empeñó en llevarse a Salvador a su casa, hizo vendas con las sábanas bien lavadas por la esposa aunque ésta no era partidaria de tener al maletilla en su domicilio. Pudo más Tamayo y atendió a su protegido durante los dos o tres meses que tardó en recuperarse.

A su vuelta a Madrid, Salvador reforzó su idea de ser torero y decidió frecuentar lo que por entonces era la «Bolsa del toreo», en las Cuatro Calles, en el café «Venecia», en las calles de Sevilla y Peligros. Allí se formaban grupos pequeños compuestos por el espada, el picador, dos banderilleros y una manola y casi todos vestían de la misma forma: pantalón largo y estrecho, chaqueta corta, chaleco abierto y sombrero calañés o gacho sobre el moño o la coleta. El banderillero Juan Mota estaba entre los paseantes y a él se dirigió Salvador para pedirle que le ayudara. El buen banderillero recordó a aquel muchacho que había sufrido la grave cornada en Chinchón y consiguió que toreara en Madrid aunque en el «Boletín de Loterías y Toros» le recomendaran lo siguiente: «Tenga “Frascuero” calma y no se precipite que puede costarle la vida».

Dedicado a su áspera lucha para triunfar, parece que Salvador no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor y tuvo que hacerle esta pregunta a su hermano:

—Oye, «Frasquito», te voy a preguntar una cosa mu delicá: a ver si sabes contestarme, tú que te fijas en too..., ¿quién será una gachí que me clava los ojos en la plaza y en toas partes y no me las quita de encima? ¿Tú te has fijao?

—¡Anda este! —contestó el aludido. ¡Y tú, si no fueas un panoli! ... ¿Habrásse visto?

Era la sobrina de Juanito Mota, la hija de su cuñado que era el encargado del «fresco» en la estación del Norte y que tenía una pescadería en la plaza del Carmen. Manoli le llamaban y desde su barrera no se perdía ni uno solo de los movimientos de Salvador en el ruedo.

—A las mujeres como a los toros y a los toros como a la mujeres, Salvador, recibirlos aguantando y que no se den cuenta de que flojeas porque entonces estás perdido...

El torero se fue a pasear calle Alcalá abajo, Montera cuesta arriba hasta llegar a la Red de San Luis, al lado la plaza del Carmen... ¿Pero estaré enamorado de verdad, mardita sea?

Decido se fue a la pescadería y preguntó por Manolita.

—Arriba está.

—Manolita.

—¿Qué quieres?

- Venía para decirte...
- Dime, dime...
- No sé si debo.
- ¿Por qué?... ¡No seas tonto!
- ¡Si me atreviera!
- Acaba ya.
- Pues, que te quiero...
- Y yo a ti, Salvador...
- A la mujer y al toro, por derecho...

El diálogo, aunque un poco de sainete, pudo ser cierto. En fin, lo que ocurrió de verdad es que la hija del señor Manuel Álvarez, el pescadero, se casó con Salvador Sánchez «Frasculo». Arreglaron los papeles, nombraron los padrinos, los hermanos de la novia, Santiago y Encarnación, se encargaron ropa, prepararon el ágape y las invitaciones para los amigos y el 1 de agosto de 1868, en la iglesia de San Luis, todo estaba preparado para recibir a los contrayentes. La calle de la Montera, entre la algarabía de los organillos, estaba repleta de curiosos, aficionados, comadres, barquilleros, municipales y militares sin graduación. Pura estampa madrileña. Con razón decía la gente que «Frasculo» era el torero madrileño nacido en la granadina Churriana de la Vega, lugar que años después visitó Salvador acompañado de su mujer y sus hijas Elisa y Manuela y en el que les dedicaron esta coplilla:

Viva nuestro buen «Frasculo»
y la señá Manolita
y viva la caridad
que tienen para la ermita.

Pero, volvamos a la boda. El novio vestía chaquetilla de terciopelo negro ribeteado con seda, pantalón curro y sombrero calañés que no llegaba a tapar sus tufos negros y rizados. Manolita, que tenía 19 años y pesaba siete u ocho arrobas (entre 80 y 90 kilos), llevaba traje de seda negro con encajes y alta mantilla sujeta con aderezo de brillantes. El negro para la tragedia, el blanco para el lloro y el rezo. Terminada la ceremonia, los novios salieron de la iglesia de San Luis seguidos por los padrinos, los invitados, entre los que estaban «Cúchares», «Regatero», Cayetano Sanz y «El Gordito», banderilleros, picadores, Juan Mota y el apoderado de Salvador, el señor Sanz. Bajaron a pie por Montera hasta la Puerta del Sol y por la calle de Alcalá hasta el café «Suizo», donde está ahora el Banco de Bilbao, esquina a Sevilla. Allí tomaron un «chocolate ilustrado», con bizcochos, moka y medias tostadas especiales. Después, acompañados por una banda de música, los novios se fueron a casa del padre de la novia donde hubo una sesión de fotografía artística, la recién desposada se cambió de traje y a las 11 y media de la mañana los novios y los invitados se reunieron en la calle Tetuán, en

donde esperaban cinco grandes ómnibus tirados por mulas enjaezadas a la jerezana que les trasladaron hasta los Viveros de la villa, junto al Puente de los Franceses, en donde el prestigioso restaurador mister Hernán sirvió un espléndido almuerzo, digna réplica de las bodas de Camacho, según las crónicas. Trescientos comensales bajo los árboles de la frondosa alameda degustaron los manjares que había cocinado el llamado mister Hernán, que era el dueño de la Fonda «Suiza» situada en la calle de Caballero de Gracia. Durante la comida, música de guitarras y organillos que representaban el sentir de los andaluces y los madrileños.

El novio, durante todo el recorrido a pie por las calles de Madrid iba repartiendo limosnas entre los pobres y eso aumentaba la concentración de gentes alrededor de los novios y la fama y el prestigio del torero que el día 9 de agosto reapareció en los ruedos en una corrida que se celebró en Cartagena.

No hay duda de que «Frasculo» era el torero del pueblo y «Lagartijo» de la aristocracia, el de Churriana, más liberal que Riego, y el de Córdoba, conservador; con aquel el actor Vico, el cantante Gayarre y el político Sagasta y con este el gran Calvo, del teatro, el tenor Masini y el político Cánovas. Un hombre de Chichón contaba lo siguiente sobre el carácter de Salvador Sánchez: «Entadía recuerdo yo una cosa de cuando mozalbete en la plaza del Castillo. Llegaba «Frasculo» y nos decía: «Chavales, os doy dos reales si apedreáis al cura». El párroco era un tío carlista furibundo y Salvador un liberalote de buen talante».

En 1868, el general Serrano había vencido en la batalla de Novaliches y había lanzado puente de Alcolea abajo a la reina Isabel II. Las calles se llenaron de banderas y bandas de música que tocaban «La Marsellesa» bajo los balcones engalanados. Salvador se puso su chaquetilla y su calañés y salió a gritar ¡Viva la libertad! y ¡Viva la República! mientras su mujer se quedaba en casa llorosa y preocupada. No pasó nada, solo gritos, cohetes, marchas y discursos. La batalla estaba ganada y Prim y Montpensier habían desembarcado y formado el Gobierno provisional.

El de Churriana de la Vega no paraba y participaba en juergas de manzanilla y bailes al son de las guitarras en los Viveros. Marqueses, señorones y hasta mujeres de mal vivir. A todas ellas invitó el torero a subir en el coche de caballos y a todo galope las metió en el río Manzanares. Otro día entró en el «Imperial» a caballo de su preciosa jaca y en una ocasión tiró del mantel y dio con toda la vajilla en el suelo porque a alguien se le ocurrió decir que el valor era lo de menos en el toreo.

Vivía en Alcalá, 13, frente a La Equitativa cuando Cánovas consumó la restauración alfonsina y se produjo «el motín de las mantillas» con la duquesa de Sexto al frente. Dicen que la duquesa era una verdadera belleza en miniatura. Nada que ver con Manuela Álvarez de Sánchez. Algunos le llamaban la atención al torero en sus tardes poco afortunadas: «¿Qué pasa, «Frasculo»? ¿Es que ya no sabes torear más que a las marquesas?».

Muchas veces, «Fracuelo» cogía su tartana y se iba por la carretera de Chinchón hasta el parador de «Los Malvares», frente a Morata de Tajuña, que acabó por conocerse como «Venta de Frascuelo». Allí en una ocasión protegió al capellán de Valdilecha que decía misa por la mañana y atracaba diligencias por la tarde para ayudar a sus feligreses. Se escondía en una de las ciento cincuenta cuevas que había en Morata.

Vino puro y a menudo
dictan las antiguas leyes ...
el agua para los bueyes,
que tienen los cuernos duros.

La competencia entre el cordobés y el granadino se inició en la plaza de la Puerta de Alcalá, cerrada el 19 de julio de 1874 después de que «Fracuelo» estoqueara el toro «Descolorido» de Aleas, se prolongó a la nueva que se construyó calle arriba, en donde se ubicaba el Palacio de los Deportes, destruido por un incendio, en la avenida de Felipe II, y que se inauguró el 4 de septiembre de aquel mismo año y en la que intervinieron ocho toreros que lidiaron otros tantos toros. Los toreros fueron «Lagartijo», «Fracuelo», «Currito», el hijo de «Cúchares» y único posible competidor de la pareja, «Bocanegra», Villaverde, «Chicorro», Machío y Valdemoro. Allí se trasladó la competencia y el interés de las féminas:

A Inés en cierta corrida,
un par brindó Rafael,
y ella, que es agradecida,
dice que en toda su vida
ha visto un par como aquel.

Pero mi amiga Consuelo, que es consecuente abonada
en delantera de grada,
dice que está con «Fracuelo»
completamente chiflada...
porque al bicho se va ufano,
sin importarle dos bledos
si es andaluz o serrano,
y suele meter la mano
hasta mojarse los dedos ...

Mientras tanto Manuela, la esposa de Salvador, dama de oronda belleza, gastadora y presumida aunque a veces acompañaba a su esposo a la finca que tenían en Torrelodones, junto a Galapagar, o a la de Moralzarzal, en las que al to-

rero le gustaba hacer las tareas del campo y aparejar los bueyes, tenía un lujoso piso en Madrid y veraneaba en Fuenterrabía. Hasta ese lugar guipuzcoano marchaba en tren con una cesta bien repleta de perdices escabechadas, alcachofas rellenas de jamón, pollos con tomate, jamones y salchichones que la esposa y las hijas de Salvador comían como si fueran plátanos. Sin embargo, doña Manuela era persona de buen gusto y cierta educación. Sabía estar en su sitio y aprovechaba su viaje a la frontera para encargar piezas de tela enteras en Rentería. Por entonces ya existía la venta por correspondencia con folletos franceses. De vuelta a Madrid, cuando toreaba «Frascuero» al que muchas personas conocían por «El Negro», Manuela se metía en su magnífico oratorio y la rezaba a la Virgen de la Paloma coronada de plata y oro y adornada con flores que encargaba en la calle San Sebastián. Después de la corrida, un banquete espléndido con cristalería de Baccarat, vajilla de plata labrada y mantelería de encaje antiguo. Vestía siempre de negro y lucía unas joyas fabulosas que le hacían parecer una dama de la Venecia luminosa.

Salía de compras con mil duros de aquellos tiempos y no volvía a casa hasta que no lo gastaba todo para ella, para sus hijas Manolita y Elisa y para su hijo Antonio. Tenía las colchas de Manila, los juegos de los lavabos de plata repujada y entre las ropas guardaba billetes de mil pesetas y alhajas. ¿Eran todos estos alardes su íntima venganza por las correrías de su esposo? No sería extraño que así fuese.

«Frascuero» se retiró 12 de mayo de 1890 y se fue a Torrelodones. «Lagartijo» se retiró en 1893 y se fue a su cortijo de Córdoba. ¡Ná! ¡Que se nos ha acabado la época!

Muchas tardes, la castiza afición se iba a Torrelodones a pasar la tarde con el maestro y dicen que en alguna ocasión el tren paró en su estación «solo para que Su Majestad pudiera estrechar la mano del diestro más valeroso de toda España...».

De la retirada de «Frascuero» se tienen más noticias: que su coleta se le repartieron entre sus hijos, Manuela, Elisa y Antonio y Paco y Laura Barbieri, que a sus hijos les regaló el vestido de aquella actuación y el estoque número 6, la montera fue para Peña y Goñi, el juego de estoques para «Guerrita», la faja para Manuel Romero y la muleta para el señor Fierro.

Mariano de Cavia «Sobaquillo» comentaba: «Porque, eso sí, Salvador se retira bien acompañado. Si buena coleta se corta, buenas peluconas le quedan (diez mil onzas de oro, se aseguraba)».

«Entre el vulgo ha corrido la especie de que un banquero ofrecía por la coleta diez mil duros. ¿Cuántas horas de trabajo representan esa cantidad para un bracero? He aquí un capitalista, si la especie es cierta, que sabe lo que hace. Con ese rasgo de «frascuelismo» se gana de un golpe toda la voluntad y simpatías del proletariado. Del proletariado ... «frascuelista». No hay que aclarar que don Mariano era «lagartijista».

Juan Mota decía que «Frasculo» era un torero sin tretas ni artimañas y Peña y Goñi firmaba la siguiente reflexión: «El, que se ha entregado a los toros sin tranquillos ni chapucerías; él, que se ha peleado siempre cara a cara y frente a frente, oponiendo a la brutalidad de la fiera todo cuanto el arte de torear tiene de más bello y más noble, no se siente con ánimo de torear». Y apostilla: «Separar el nombre de “Lagartijo” del de “Frasculo” es amputar un miembro a la gallarda estatua que han erigido los dos al arte de torear de nuestros tiempos». Y cuenta el mismo Peña y Goñi que el día de la despedida de Salvador se fue a su casa y contempló cómo su esposa le trenzaba la coleta de pelo rizado, se vestía, se asomaba a la capilla y musitaba un «Buenas tardes, Madre mía», que la imagen de la Virgen era la de la Soledad frente a los que aseguraban que era la del Perpetuo Socorro, besaba a su hijo y sus dos hijas —no a su mujer— y salía acompañado por su cuadrilla y varios amigos.

Al comenzar el mes de marzo de 1898 volvió a Madrid y se instaló en casa de una de sus hijas, en la calle Arenal, en el número 22, y allí murió el 8 de ese mismo mes como consecuencia de una pulmonía. Al enterarse «Lagartijo» de que había fallecido su gran rival, se presentó en Madrid y asistió al multitudinario entierro que recorrió las calles del centro de la capital, sobre todo la de Alcalá, por donde había lucido su garbo el de Churriana. El califa cordobés accedió a ver el cadáver de Salvador cuando ya había sido embalsamado y, entre rezo y rezo, solo se le oyó la siguiente frase: «Tanto como habemos luchado..., pa esto».

Rafael Molina «Lagartijo» murió en Córdoba el 1 de agosto de 1900. Se acababa el siglo XIX y se extinguía toda una maravillosa época del toreo.

LOS GÓMEZ Y LOS ORTEGA

«Los Gallo» y «los Cuco», los payos y los gitanos, los toreros y los flamencos, todos esos paralelismos se dan en la genealogía de dos familias que se unieron en la segunda mitad del siglo XIX, cuando Fernando Gómez García se casó con Gabriela Ortega Fera.

Antes de llegar a esta unión, los Ortega tenían una amplia historia que se inició con Francisco de Asís Ortega «Cuco», Gabriel Ortega «Barrambín», José Ponce que se hizo matador de toros porque así lo exigía la hermana de «los Cuco» si Ponce se quería casar con ella, José Jiménez «El Poncho», casado con Carmen Ortega, también «Cuca», Manuel Ortega «Lillo», Antonio Ortega «El Marinero», Francisco «Lillo», Enrique «Lillo», Enrique Ortega «El Gordo», primero torero y luego flamenco, casado con Carlota Fera, padres de los artistas «Paquiro», Juan, Enrique, casado con «la Morala», Manuel, padre de Enrique «el Almendro», Chano, Rita, Gabriela, la bailadora que se prendó de Fernando «el Gallo», y José Ortega «el Aguilla», también torero y flamenco, que se casó con Rufina Fernández, padres de Enrique «el Cuco», banderillero

de «Joselito», casado con Gabriela Gómez Ortega, y Manolo Ortega Fernández «Caracol», casado con Dolores Juárez, mozo de espadas del mismo «Joselito», padre de Manuel Ortega Juárez, «Caracol II», matrimoniado a su vez con Luisa Gómez y padres de Luisa, que se casó con Arturo Pavón, pianista flamenco, Enrique, Manuela, que tuvo amores con Antonio Chenel «Antoñete», y Lola.

Por parte de los Gómez nos habíamos quedado en la unión de Fernando Gómez con Gabriela Ortega. Fernando, segundo de los «Gallo» puesto que su hermano mayor, José, fue un excelente banderillero a las órdenes de «Lagartijo», aunque duró poco puesto que una enfermedad le obligó a apartarse de los ruedos, ambos hijos de Antonio Gómez y Francisca García, los dos payos y con una fábrica de petacas que les proporcionaba un suficiente sustento. Fernando siguió el camino de su hermano José y avanzó un poco más después de ir en las cuadrillas de «Bocanegra», «Gordito», «Chicorro» y «Jaqueta» hasta que en 1881 lo incorporó a su cuadrilla el mismísimo Rafael Guerra «Guerrita» y dio un gran estirón en su fama hasta el punto de que, al año siguiente, toreó en Madrid veintidós corridas. Pero, antes de llegar a este momento de brillantez artística, conoció a Gabriela Ortega, que como bailadora había alcanzado gran prestigio en los cafés de su lugar natal, Cádiz, los Ortega son casi todos gaditanos, para pasar al café de «La Escalerilla» y luego al famoso café «El Burrero», los dos de Sevilla y propiedad de Silverio Franconetti, un flamenco italiano del que decía García Lorca que tenía en la garganta la dulce miel de Italia mezclada con el limón nuestro, a donde iba a verla Fernando Gómez. Muchas tardes el torero se sentía rumboso e invitaba a todo el cuadro flamenco a la Venta de la Victoria. Las relaciones se fueron estrechando, las malas lenguas contaron que se simuló la ceremonia de una boda religiosa con el picador Bartolosi disfrazado de sacerdote para unir a Fernando y Gabriela y que la intervención de los hermanos de Gabriela convirtió el simulacro en una boda por todo lo alto pese a que Fernando todavía no había alcanzado la categoría de matador de toros. Ella, a la que definían como un prodigio del baile, colgó los palillos y no volvió a lucir su arte en un tablao público. Se dedicó a su marido y a sus hijos y mucho más cuando murió aquel, «el Gallo», el 2 de agosto de 1897, en su huerta de Gelves, allí donde con tres años se ve a «Joselito» simular la suerte de matar con su hermano Fernando a gatas haciendo de toro. El patriarca dejó escrita una carta a su amigo Rafael Molina «Lagartijo» cuando se sintió morir para que sus seis hijos no quedaran desamparados. A Fernando Gómez García «Gallo II» le faltaba medio mes para cumplir los 50 años.

De esos seis hijos, Lola se casó con Ignacio Sánchez Mejías, Rafael con Pastora Imperio, Trinidad con Manolo Martín «Vázquez II», hermano del «señó Curro», y Gabriela con Enrique «el Cuco». José murió soltero aunque no se escapó de protagonizar discretos episodios amorosos.

Lola y Sánchez Mejías tuvieron un hijo torero, José Ignacio Sánchez Mejías Gómez, matador de toros pronto dedicado a las tareas de apoderamiento,

lo de Rafael y Pastora no sé si llegó y pasó de la noche de bodas, y lo de Gabriela y «el Cuco» cristalizó en cuatro hijos, Trini y Gabriela, recitadora flamenca («uno, dos y tres, tres banderilleros en el redondel»), José, banderillero de segunda fila, y Rafael, matador de toros, los dos apodados «Gallito» en contra de la opinión de los partidarios de sus tíos que lo conocían más por «los Gallino» y que, como afirmaba Rafael «el Gallo», el apodo que les correspondía era el de «Cucos».

Es curioso resaltar lo que tiene difícil explicación: Rafael «el Gallo» es torero gitano; su hermano «Joselito» es torero payo en contra de la opinión de los calés que dicen que la sangre gitana es como al agua bendita y el vinagre. Les añades sangre paya, agua sin bendecir o vino y se vuelven gitana, bendita y vinagre. No ocurrió eso con José Gómez Ortega, que fue el que mandó en el toreo en la segunda década del siglo XX. Pero dejó más huella artística su hermano Rafael porque inspiró la variedad del toreo moderno. Era mejor torero José, pero toreaba mejor Rafael, aunque su verdadero inspirador en sus pases «del celeste imperio», los kikirikíes, las revoleras y las serpentinas era el otro hermano, Fernando, un teórico fantástico que ensayaba de salón esas suertes para que luego las interpretara el genial Rafael. El famoso pasodoble «Gallito», del maestro Santiago Lope, director de la Banda Municipal de Valencia, no está dedicado a ninguno de los dos famosos hermanos sino al citado Fernando que actuó en una novillada que organizó la Asociación de la Prensa valenciana y en la que también figuraron Dauder, Agustín «Colibrí», valenciano que nació el 23 de febrero de 1872 y que aguantó en el escalafón de novilleros hasta 1916, con 44 años, Angel González Mazón «Angelillo», de Sevilla, 28 de marzo de 1881, que ponía banderillas con las manos atadas por las muñecas, y Manuel Pérez Gómez «Vito», de Sevilla, 27 de julio de 1882, banderillero y novillero, padre de Julio Pérez «Vito», el mejor con los palos. Cuatro novilleros y cuatro pasodobles famosos: «Gallito», Dauder, «Angelillo» y «Vito». Ninguno de ellos alcanzó la categoría de matador de toros, pero ahí está la música del maestro Lope para recordarlos.

Bueno, he llegado hasta la tercera generación de los Gómez y los Ortega en el toreo, algunas más en el flamenco, y solo apuradamente se ha alcanzado la cuarta con un sobrino de Ignacio Sánchez Mejías. Hermanos de Ignacio eran Luis, banderillero frustrado, y el picador Aurelio. Este tenía un hijo, José Sánchez Elena que, a su vez, tenía un sobrino, Marcos Ruiz de Alda, que en los carteles se anunciaba como Marcos Sánchez Mejías, último eslabón de los Gallo y los Cuco.

Total que la profusa familia torera de los Gómez Ortega se puede considerar como extinguida para el toreo, cosa que también sucede con otras familias de raigambre taurina como los Bienvenida, los Dominguín y los Ordóñez, con la esperanza de la descendencia de Rivera Ordóñez, los Valencia, si Paloma y Enrique no lo remedian, los Laserna con la esperanza de Víctor Zabala de Laserna o los Martín Vázquez, que no sé por dónde andan.

Parece que ya estamos situados en las distintas ramas del árbol genealógico de los Gómez Ortega, los «Gallo», Gallito», «Joselito» y Sánchez Mejías, y apuntadas algunas circunstancias amorosas de aquellos toreros. Sin embargo, hay que hacer un alto en el camino y fijarse en algunas peculiaridades muy curiosas: por ejemplo, el caso de Rafael y Pastora Imperio.

LA BODA BREVE

Era el mes de febrero de 1911 y Rafael y Pastora se casaron en Madrid. Sin saber cómo y por qué, se asegura que aquello no duró más de un día. ¿Razones? Se apuntaban algunas, pero nadie tiene la certeza de cuál fue la verdadera. ¿Impotencia? ¿Originalidad sexual? ¿Aberración? ¿Incompatibilidad? ¿Quién lo sabe? ¿Lo sabrá alguien alguna vez?

Rafael el Gallo nació en Madrid, en la calle de Los Madrazo, detrás del Círculo de Bellas Artes, la calle que va del Paseo del Prado a la calle Arlabán, Y se casó en la misma iglesia en la que había sido bautizado, la de San Sebastián, con el diestro Enrique Vargas «Minuto» de padrino, y los testigos Enrique López Alarcón, autor de «La Tizona», y el periodista Francisco Torres. Al separarse, Pastora Imperio tuvo una hija Rosario, a la que dio su apellido, que, a su vez, se casó con Rafael Vega de los Reyes, hermano de José y Francisco, Curro Puya, tíos de Vicente Vega, matador, apoderado y suegro de José Antonio Campuzano, casado con su hija Lupe, hermano de los otros Campuzano y primos del pianista Felipe Campuzano. Estas familias se enredan como las cerezas.

Pero volvamos a Rafael y Pastora. Se dijo que Rafael había raptado a Pastora y a la inversa. No fue así. El caso es que se querían y pretendían celebrar una boda sin alborotos y sin familia. A Rafael Gómez Ortega no le gustaban los barullos y Pastora le confesaba a Enrique Vila en 1943 lo siguiente:

—Mire usted, Vila. Es un asunto totalmente pasado de mi existencia. Podría estar en presencia de Rafael tal como estoy ahora mismo en la de usted. Le aseguro que no queda en mí nada de él, ni en él nada mío. Como si no nos hubiéramos visto nunca.

Y siguió sus explicaciones sobre el tema ante la presencia del periodista sevillano:

—Yo no he hablado jamás con nadie de este asunto. Conozco todo lo que se escribió sobre él cuando fue tema de actualidad en la vida española, y todo lo que los periódicos me atribuyeron. No me creí nunca en la obligación de desmentirlo, tal vez porque pensaba que la excusa podía envolver acusación. Puede usted decir ahora que ni una sola de aquellas manifestaciones salió de mis labios.

—Entonces, la célebre información de Pérez Lugín...

—La célebre, como usted la llama, información de Pérez Lugín, y otras que

ganaron en su día no menos fama, son casi por entero producto de la fantasía de don Alejandro —que en gloria esté— y de otros periodistas, buenos amigos nuestros. Y si yo, en el tono de la confianza, dije alguna palabra, ellos la extendían con aquella exuberancia tan galana de los escritores de aquella época.

Don Alejandro Pérez Lugín, autor de «La Casa de Troya», era tan gallista que firmaba sus crónicas con el seudónimo de «Don Pío» y fue larga la serie de artículos y chismografías con las que quiso adornar la figura de Rafael, esas habladurías y chismes que más de treinta años después Pastora desmentía a Enrique Vila. Pastora era hija de Rosario Monje «la Mejorana», bailadora, y de Víctor Rojas, tocador de guitarra y sastre de toreros. A su hija, nacida en la calle Zurbano, de Madrid, y bautizada en Chamberí, le puso el nombre de su madre, Rosario, y sus apellidos, Rojas Monje. Rosario conoció a Rafael Vega de los Reyes «Gitano de Triana» en «Los Gabrieles» de la calle Echegaray de Madrid y se casaron por lo civil en plena guerra del 36 y, al año siguiente, nació su hijo Curro. Ya en Sevilla, terminada la contienda, se casaron por lo religioso ante la Virgen del Rosario con «Cagancho» y su mujer de padrinos y con el testimonio de Belmonte y «Chicuelo». Una de sus hijas, Pastora, se casó con el torero venezolano Héctor Álvarez, que el 24 de mayo de 1969 murió en un accidente de automóvil junto a su suegro, cuando los dos volvían de una fiesta por tierras de Cuenca.

En la otra orilla lo que opinaba Rafael el Gallo y reprodujo José María Carretero, de sobrenombre «El Caballero Audaz», del que Jacinto Benavente decía que era más carretero que caballero. En una entrevista que le hizo al que consideraba como el mejor torero gitano le apuntó preguntas a las que Rafael contestó con evasiones, que la persona a la que más quería era su madre, que madre no hay más que una, que no se había vuelto a acordar de Pastora, que su melancolía no era debida a su recuerdo sino a una enfermedad y que lo que lamentaba era no haber podido vivir al calor de una familia.

Esta entrevista se la hizo Carretero a Rafael el Gallo antes de que muriera su madre en 1919, un año antes de la tragedia de Talavera. Así describía Rafael a la seña Gabriela: «Sus pies pequeños señalaban en las tablas grandes la gracia y el perfume del baile, de un baile en el que la inspiración marcaba repetidamente unos pasos que ninguna rival podría copiar porque para eso ella era la Gabriela, la emperadora de lo flamenco. De la dinastía de los Ortega, y basta».

Rafael llama a su ruptura con Pastora trastorno de familia. ¿A qué podía referirse? ¿Al posible vínculo fraterno? ¿A la virginidad que tanto valoran los gitanos? ¿A los celos? Años después, Curro Romero, por la pluma de Antonio Burgos, cuenta lo que le sugería la presencia de Rafael del Gallo por la calle Sierpes de Sevilla y lo que ocurrió en el escusado del Britz con un señor que entró en uno de los servicios al tiempo que el llamado «Divino Calvo» lanzaba sus amenazas contra el Gran Duque de Rusia. El hombre su mantuvo en silencio y encerrado hasta que Rafael cejó en sus insultos y se marchó del bar.

De aquellos tiempos y por esos recuerdos, la voz del pueblo le puso esta letra a la música del pasodoble «Gallito» que el maestro Lope le había dedicado a su hermano Fernando:

Se fue a Sevilla,
Se enamoró de una Pastora
Y con ella se casó.
Al poco tiempo se divorciaron
Porque los celos
Al Gallo le devoraron.

«El Pollo Posturas», un popular personaje de Sevilla, aseguraba que el fue el que presentó a Rafael a Pastora en un viaje a Madrid, que el torero era muy raro para eso del amor y que en una relación pasajera que tuvo con «La Coriana», una artista de Coria del Río, la cosa acabó fatal porque le hizo darse un baño en agua de colonia. Un detalle, una premonición.

El último testimonio directo que conozco de los protagonistas de esta misteriosa historia es una entrevista que le hizo Santiago Córdoba a Pastora Imperio y publicada en *El Ruedo* en mayo de 1956. En ese momento, Pastora, variedades, vivía con su hija Rosario en casa de Rafael Vega de los Reyes «Gitanillo de Triana» que regentaba el bar de «La Pañoleta» en la calle Jardines de Madrid:

—En toa mi vida no he ido arriba de diez veces a los toros, y creo que sobra alguna. He visto a Fuentes, a José, a Belmonte... Estos son de mi tiempo. No vi a «Lagartijo» ni al Guerra. Más para acá he visto a «Manolete», Luis Miguel, Pepe Luis y Manolo González. Bueno, poquito, pero he conocido todas las épocas. A mí me interesa el concepto.

—¿Cuándo conoció a Rafael, su marido?

—De jovencito, en Lisboa. El era novillerito y yo «becerrera». Pero no hablé con él.

—¿Dónde y cuándo cruzó las primeras palabras con Rafael?

—En México. Allí ya hice amistad con él y por eso ya no le vi torear.

—¿Qué impresión tiene de él como torero?

—Dicen que era genial, muy personal.

—Lo que más admiró de él como torero.

—No sé...; es una palabra que no... Crea usted que con el tiempo se borra todo.

—El era muy torero, ¿verdad?

—Hasta durmiendo.

—¿Y José?

—José era un «dolor».

—Pastora, me dijo la primera vez que vio al Gallo. ¿Y la última?

—Le he visto muchas veces.

—El se acuerda mucho de usted. Es su obsesión.

—¡Qué le vamos a hacer!

—¿Cuándo se casó con él?

—El año 1912, en pleno apogeo.

—Los dos figuras cumbres de la época, ¿verdad?

—Por eso, las cumbres no pueden estar juntas.

Pastora Rojas Monge, hija de Rosario Monge «La Mejorana», bailaora y cantora, y Víctor Rojas, tocaor de guitarra y sastre de toreros, debutó en Madrid, en el «Salón Actualidades», el 1 de octubre de 1900 junto con «Mariquita la Roteña» como las «Hermanas Imperio» y cobraban dos duros diarios.

Un día, Pastora definió a Rafael Gómez Ortega: «El Gallo fue lo que fue: un extraño fenómeno como torero y como marido». Tan extraño que ni ella mismo pudo o quiso descifrarlo.

LA DISCRECIÓN DE JOSÉ

Pocas cosas se han contado de la vida sentimental de José Gómez Ortega «Joselito», el más payo o el menos gitano de los toreros. Nada dejaba a la improvisación, el genio o la inspiración. Todo técnica, preparación y dominio de la situación. Le tenía que tirar un toro un cuerno para cogerle. Y nada de aventuras con mujeres aunque se apuntaran algunas como aquella que se le atribuía junto a su amigo el pintor Julio Romero de Torres con dos cupletistas que el artista cordobés retrató desnudas y tendidas en el suelo, cuadro que estaba en el estanco de la calle Alcalá, junto al «Lyon D'Or», cuyo dueño, Santiago, era el que mejor conservaba los puros habanos y al que visitaba Rafael el Gallo cuando venía a Madrid.

Felipe Sassone, peruano, más charlista que escritor, hablaba de «Joselito»:

—«Joselito» se quedó pronto sin el amor de la madre; se quedó también sin otro amor de mujer que hubiera sido el premio y el reposo.

«Tiempos modernos que una intransigencia volvían antiguos; pero no tan antiguos como para renovar la tragedia de Romeo y Julieta. Debía morir él solo. Huyó a América en pos acaso de una no sabida victoria napoleónica, y la ausencia le agrandó el amor desesperado. Cuando volvió, volvió triste, que la tristeza proyectó sin sombra hasta su arte».

¿Quién era aquella mujer? Se había hablado de la hija del ganadero don Felipe Pablo Romero, pero eso había ocurrido antes. Ahora, hacia 1919, cuando la muerte de su madre, era Encarnación López «La Argentinita» (Buenos Aires, 1895-Nueva York, 1945), bailarina, coreógrafa y canzonetista y con muy mala suerte. Dejó a «Joselito» por su cuñado Ignacio Sánchez Mejías y también éste murió en las astas de un toro. Bailadora era doña Gabriela, bailadora Encarnación y «Bailador» el toro que mató a José Gómez Ortega en Talavera de la Rei-

na el 16 de mayo de 1920. «La Argentinita» debía de ser un auténtico terremoto que dicen que también encandiló al cineasta Luis Buñuel y que en sus actuaciones en el «Trianón Palace» de Madrid, lo que hoy es el Teatro Alcázar, contaba con la admiración del músico Amadeo Vives, los comediógrafos hermanos Álvarez Quintero y sabios como don Santiago Ramón y Cajal, citados todos por la ardorosa evocación de Federico Oliver. La heredera de Encarnación fue su hermana Pilar López, en su arte y con la colaboración del bailarín José Greco fallecido a finales del año 2000. Pilar decía que «Joselito» le obsesaba con bombones pero que trató mucho más a Ignacio Sánchez Mejías, que compró a José la finca de «Pinomontano», finca que había sido antes de Rafael.

Se habló también, pero opino que sin más fundamento que la admiración por «Joselito» y los devaneos de Alfonso XIII, de las visitas de la Reina Victoria Eugenia a la casa madrileña de la calle Arrieta, donde vivía el torero. La bella Reina inglesa, que no era muy aficionada a esto de los toros, vivía muy solitaria en el Palacio de Oriente y ya se sabe de la cercanía del citado Palacio con la calle Arrieta. Todo ello y la desventura amorosa del torero puede que movieran estos rumores infundados. No parece muy lógico que Doña Victoria Eugenia pudiera visitar de incógnito al torero de las dos primeras décadas del siglo XX: José Gómez Ortega, que contestaba al interrogatorio de don José María Carretero, más conocido por «El Caballero Audaz», con evasiones y más evasiones cuando el intrépido y osado periodista le hablaba de mujeres. Llegó hasta a confesar que había tenido novia formal, pero que lo habían dejado porque le pedía que se retirara y que para no hacerla sufrir era mejor la separación. También le insinuaba Carretero una relación con una estrella de las «varietés» que cantaba muy bien lo de «El Ladrón» y siempre el torero ponía por delante lo de su afición. Aunque algún día pensaba retirarse y dedicarse a la vida del hogar y el campo.

No pudo ser y la imagen de un torero todo alegría y juventud se vistió de luto, seda negra bordada en azabache, un año antes de vestirse de luto hasta María Santísima.

En resumen, José Gómez Ortega, salvo dos nombres apuntados muy a la ligera, no tuvo aventuras demasiado señaladas. Las que se cuentan son tan leves y pasajeras como la que sucedió en Salamanca, donde una mujer le envió al torero una medalla con esta inscripción: «A él, yo». Dicen que «Joselito» le devolvió el cumplido con un brillante y esta dedicatoria: «A ella, el». Nada más. También se contó que era amigo de la célebre actriz de teatro Margarita Xirgu y que le brindó un toro en Sevilla. Pero, pese a todas sus manifestaciones, «Joselito» era un profesional en toda la extensión de la palabra y solo pensaba en el toreo. Como decía Pastora Imperio: «un dolor». Los idilios fracasados con la hija del ganadero Pablo Romero y «La Argentinita», más la muerte de su madre, Gabriela, sin duda condicionaron su melancolía. ¿Y su muerte? Es posible.



Encarna López «La Argentinita».

EL RESTO DE LA FAMILIA

Ya sabemos que las hermanas de Rafael, José y el más retraído, Fernando, se casaron con tres toreros, Lola con Sánchez Mejías, viuda antes de tiempo por los amores de su marido con Encarnación López, Trinidad con Manolo Martín «Vázquez II», sin descendencia, y Gabriela que se casó con un primo suyo, Enrique Ortega «Cuco», hijo de un hermano de Gabriela madre, José Ortega «El Águila», flamenco y torero, padre también de Manolo Ortega «Caracol I», «el del bulto», mozo de espadas de José, que se casó con Dolores Juárez y que, a su vez, fueron padres de Manolo Ortega «Caracol II».

Lola acogió en su casa a su hermano Rafael, en Sevilla, y con ella vivía cuando, en 1948, el «Divino Calvo» decidió no salir de casa ni para tomar un cafelito. Sus amigos, sus admiradores, aquellos que esperaban su paso por la calle de las Serpes hacia «Los Corales» con su clavel en la solapa, el puro habano entre sus gruesos labios, el pañuelo de seda blanca al cuello y su andar ceremonioso de genio que está de vuelta, le echaban en falta y aseguraban que no salía de casa porque estaba escribiendo sus memorias y que las iba a publicar. «A ve si arguina ve s'acaba er cuento ya de las cosas de Rafael». «Va a ser sensacional», se frotaban las manos y se relamían de gusto unos cuantos. Pero no hubo libro.

A «Lillo», de la rama de los Ortega, su primo y compañero, le comentaba: «Me retiré del ruedo, me retiro ahora de la calle, pero no me retiro del tabaco aunque me lo manden los médicos. Me da jindama salir a la calle. Saldré cuando haya tres cosas: toros, sol y flores». Le gustaba el calor: «Solo un país no conozco: Rusia. Llegué hasta la frontera, pero hacía mucho frío y me volví. De lo más hermoso que he visto es Tierra Santa y Egipto». También es curioso que fuera él el que le enseñara a torear a Encarnación López «La Argentinita» y que su finca de «Pinomontano» pasara de manos de «Joselito» a las de su cuñado Ignacio Sánchez Mejías, que montó en ella su particular Parnaso en el que también participó Enrique Ortega «Cuco», autor de la comedia «El triunfo de Maoliyo», empresario teatral aventurero. Sánchez Mejías firmó un drama teatral «La Sinrazón», que Valle Inclán decía que lo había escrito Pérez de Ayala. Luego estrenó con «La Argentinita» y su hermana Pilar López un espectáculo, «Las calles de Cádiz», que firmó con el seudónimo de «Jiménez Chavarri». En Madrid el 16 de octubre de 1933. Con su amante famosa, compró la biblioteca de Fernando Villalón, por lo que tuvo algunos problemas con la viuda del poeta ganadero.

Del matrimonio de Gabriela y «Cuco» nacieron dos chicas y dos chicos. Ellas, Gabriela Ortega Gómez, la recitadora, y Trini. Ellos, José, banderillero, y Rafael, los dos apodados «Gallito» en contra de la opinión de su tío Rafael, que opinaba que les iba más el de «Cuco». José no pasó de una discreta segunda fila y Rafael tuvo unas buenas temporadas allá por los comienzos de los años cuarenta del siglo XX. Tenía el aire de su tío y, en ocasiones, su inspiración. Tuvo unos años de gloria y de fama y hasta se le atribuyó un romance con la mexi-

cana Dolores del Río, figura del cine en los cuarenta y los cincuenta, para, finalmente, casarse con Elisa Carro, asesorar a Manuel Benítez «El Cordobés», a su amigo el ganadero Antonio Méndez y trabajar en una oficina de productos para los automóviles que tenía este gran señor sevillano en el rascacielos de la plaza de España de Madrid, escribir algunos libros de recuerdos familiares y desaparecer discretamente pese a ser el último representante de los Ortega Gómez, cariñosamente conocidos por «los Gallino» por venir de la rama femenina de «los Gallo».

Su tío Rafael había muerto el 25 de mayo de 1960, por los días en que nacía la primera biznieta de Pastora Imperio, Pastora Vega, hoy compañera del cineasta Imanol Arias. El comentario de la gran Pastora: «Yo estuve de luto toda mi vida». La segunda Pastora, la nieta, se casó con el torero venezolano Héctor Álvarez, el que murió con «Gitanillo» en el accidente de automóvil. Rosario, la esposa de Rafael Vega de los Reyes, ya no vivía con el torero. Aseguran que se había unido sentimentalmente a un militar, el capitán Ojeda.

De los Ortega flamencos, nos quedamos en Manuel Ortega Juárez, el Caracol grande, uno de los mejores cantaores flamencos de la historia de este arte, que se casó con Luisa Gómez y tuvo cuatro hijos, Luisa que se casó con el pianista flamenco Arturo Pavón, Enrique, Manuela y Lola. Manuela fue la que siguió la tradición taurina y hubo un tiempo en que tuvo su romance con Antonio Chenel «Antoñete», el chico que le echaba la culpa a la guerra y la posguerra de la fragilidad de sus huesos, que se ha fumado, y se fuma, gracias a Dios, media Tabacalera, que triunfó en los 50 del ya siglo pasado, que se casó en noviembre de 1956 en la iglesia de San Jerónimo el Real de Madrid, que tuvo seis hijos y un despacho en la Banca Quesada, al que mandaba a firmar a su mozo de espadas, Camuñas, en los días de «Caché», «San Heraclio», vinos y cigarrillos, que se separó de su esposa, que se encontró con «el toro blanco» de la mano de su cuñado Paco Parejo y que flirteó con Manuela Caracol. Y esto decía del genial cantaor: «Yo también fui destino de su agrio carácter por una especial y familiar circunstancia, aunque nunca tuvo un mal gesto hacia mí. Ocurrió que Manolo Caracol tenía una hija muy guapa y muy simpática que se llamaba Manuela —nombre que aún conserva—. Y a mí Manuela me hacía mucha gracia, y yo a ella creo que también. En fin, ahorrándonos los prolegómenos, he de decir que surgió un idilio entre los dos. Pero al maestro Caracol no le sentaba nada bien nuestro romance porque, aunque yo estaba separado físicamente de mi esposa desde hacía algún tiempo, aún continuábamos casados legalmente. Caracol pensaba que era el clásico ligue de torero con flamenca, hasta que comprendió la historia y entonces ya le importó menos. De todas formas, el idilio entre Manuela y yo terminó pronto porque nada es eterno».

Luego hizo mucho ruido y llenó espacios de las mal llamadas «revistas del corazón» su romance con la brillante Charo López y, por fin, «el maestro madrileño del mechón blanco» sentó la cabeza y se casó con la francesa Carina

Bocos el 2 de abril de 1997. Dos años después, el 21 de mayo de 1999, nació Marco Antonio Chenel Bocos, séptimo hijo del sesentón torero. Claro que este nuevo vástago del torero puede que se lleve más de treinta años con su hermanastro más joven, que podía ser su padre y hasta su abuelo. No hay duda de que el historial profesional y humano de Antonio Chenel «Antoñete» han sido de lo más curioso. Como detalle de la prodigalidad artística de «Antoñete», al margen de su actividad como comentarista de toros en la televisión, diré que hace muchos años grabó un disco, «Villancicos Toreros», junto a «Gitanillo de Triana» y Curro Romero y acompañados a la guitarra por Paco Cepero. La letra la escribió el poeta Federico Muelas y la música era de Vasallo y Sclammarella. «Gitanillo» era el encargado de las palmas y los «jipíos», el acompañamiento, y el canto más hondo lo ponía Romero frente al estilo más payo de «Antoñete». Una delicia.

MAZZANTINI: FINAL ROMÁNTICO Y TRISTE

Hay que retroceder en el tiempo hasta unos años después de la alternativa de don Fernando Gómez «el Gallo» que tuvo lugar el 16 de abril de 1876. Concretamente, a 1880, cuando don Luis Mazzantini y Eguía se presentó como espada en una mojiganga celebrada en los Campos Elíseos de Madrid. A Mazzantini todos sus compañeros le antepusieron el don porque en él concurrían unas circunstancias que no se habían dado en el resto de los toreros salvo el caso de Rafael Pérez de Guzmán en el primer tercio del siglo XIX.

Ya era extraño que el hijo de un italiano, Giuseppe Mazzantini Vangucci, y una vasca, Bonifacia de Eguía, se vistiera de torero y más con la forma peculiar que lo hacía don Luis, que cambió el traje corto por el bien cortado de un afamado sastre o, en las ocasiones solemnes, el frac, y no se tocaba su cabeza despejada con la gorra o el sombrero ancho y lo hacía con uno de corte diplomático y hasta con la chistera. Por eso, quizá, se le conocía por «el señorito loco», ese al que biografiaron no hace mucho Juan Miguel Sánchez Vigil y Manuel Durán Blázquez, quienes despejaron terminantemente la incógnita que había planteado el solvente Cossío basado en el testimonio de una revista de la época que aseguraba que don Luis había nacido en Italia, en el pueblo de su padre, Pistoya en Toscana, y que le habían traído a Elgóibar, el pueblo de su madre, para bautizarlo. Todo se aclara con el acta del bautismo que firmó don Francisco de Lizarrituri, párroco de la iglesia de San Bartolomé de Elgóibar: «En diez de octubre de mil ochocientos cincuenta y seis, yo el infraescrito cura de esta parroquia de Elgóibar bauticé a un niño que nació a las cinco y media de esta misma mañana y le puse por nombre José Luis, hijo legítimo de José Mazzantini, natural de Pistoya, en Toscana, y de Bonifacia de Eguía, natural de este, y vecinos de Matamorosa, en la provincia de Santander...» Este detalle de la vecin-

dad de los padres de don Luis tiene la explicación del destino del padre del neófito que estaba encargado de la construcción del ferrocarril de las Vascongadas y cambiaba mucho de domicilio aunque en aquellos tiempos la costumbre era de que la futura parturienta se trasladara al pueblo de sus progenitores, más bien la madre, para dar a luz. En este caso ambos abuelos eran de Elgóibar. Mazzantini vivió una niñez desahogada, con muchos cambios de residencia, estudios en España e Italia, bachiller en Arte, francés e italiano, buen porte, empleo en la corte de Amadeo de Saboya como paje de un alto cargo de Palacio, para terminar como telegrafista y empleado en la Compañía de Ferrocarriles Extremeños con destino de jefe de estación en Santa Olalla, en la provincia de Toledo, su matrimonio con Leocadia Concepción Lázaro Sánchez, de Alcalá de Henares, seis años mayor que el probo funcionario, en 1878, para cargar a sus espaldas con la responsabilidad de sacar adelante a su madre, hermanos y esposa y empezar a darle vueltas a la cabeza para buscar una salida más airosa para su porvenir: «En este país de prosaicos garbanzos no se puede ser más que dos cosas: o tenor del Real o matador de toros». Como entonces no había micrófonos, don Luis consultó con el actor Antonio Vico y dedujo que lo del Real era demasiado para su poca voz. Se decidió por la espada, la de matar toros, no la de asaltar diligencias, que, con los caminos de la sotana o la milicia, eran otras de las salidas de aquellos tiempos.

Bueno, este es el apunte que nos pone a don Luis en disparadero para alcanzar el doctorado en tauromaquia: «Yo no tuve afición hasta después de ser matador de alternativa. Puedo decirle que mi decisión de ser torero surgió en mí como una rebeldía, como una protesta contra la modestia, rayana en la pobreza, y la vulgaridad de una vida». Vamos, que no quería morirse como jefe de estación de Santa Olalla, lugar en el que el destino quiso que torease su última corrida en España. Después vendría su viaje a América y el colofón romántico y trágico de su vida matrimonial. Para el que quiera saber más profundamente lo que fue la vida singular de don Luis Mazzantini y Eguía, matador de toros comparable con «Fracuelo» y «El Tato», recomiendo la lectura del libro «Luis Mazzantini, el señorito loco», de los autores citados y publicado por «Librería Gaztambide» en 1993.

Pero, antes de llegar a ese final que apuntaba y dado el objeto de esta obra, bueno será referir algunas circunstancias de la vida sentimental de don Luis. Y la primera cita se refiere a El Puerto de Santa María, a su plaza de toros y lo que en el libro recomendado se considera como escenario de la alternativa del de Elgóibar. En realidad fue un anuncio equivocado de la nueva empresa del coso portuense que incluía a Juan Ruiz «Lagartija», torero de alternativa, y los novilleros Antonio Ortega «Marinero», de la saga de los «Lillo» y Luis Mazzantini que, según los pasquines, iba a tomar la alternativa el día 5 de julio de 1883, cuando en realidad se le concedió «Fracuelo» el 13 de abril de 1884 en Sevilla y se la confirmó en Madrid «Lagartijo» a los pocos días, el 29 de mayo. No

hubo, pues, alternativa en El Puerto de Santa María, pero en aquel verano del 83 el torero se quedó por la provincia de Cádiz y toreó en varias plazas. El alejamiento de su esposa Concha, la soledad y la belleza de las mujeres gaditanas dejaron más que huella en el corazón sin que renunciara al amor de su esposa pese a que dicen que tuvo amores con la gitana Teresa Uceda y hasta que le dio su única hija, también Teresa y apellidada Mazzantini, que se abrió camino en la interpretación del cante flamenco y que el «Diccionario Enciclopédico e Ilustrado del Flamenco» figura con esta reseña: «Cantaora. Alternó en el colmao «Los Gabrieles» (propiedad de Adrián Quijano, de quien dicen que fue amante), con Rita Ortega, don Antonio Chacón, Escacena, Rafael Pareja, «El Estampío», «Pepe de La Matrona», Fernando «El Herrero», «Macareno», Diego Antúnes, Juanito «Mojama», «Pepa de Oro», «El Diana», «El Bizco» y Manuel Pavón, entre otras destacadas figuras de la época, sobresalió por seguriyas y soleares, sobre todo por este último estilo al que imprimió su personalidad y que fue recogido por Antonio Mairena en una de sus grabaciones discográficas.

Muchas aventuras más como «aquella marquesa que en la feria de Valencia de 1886 hirió la sensibilidad de Mazzantini al provocar ansias que luego no, satisfizo (Eduardo López Bago). Luego Sarah Bernhardt, la famosa actriz, Enriqueta Rosina nacida en París el 12 de octubre de 1844, con la que se encontró en La Habana en 1887. Así lo contó el periódico *Le Figaro* de la capital de Francia:

«En La Habana se han reunido dos de las celebridades más caras. Sarah Bernhardt y Mazzantini, a propósito de lo cual publica el *Figaro* de París una carta que firma uno de los actores de la compañía de la célebre artista.

Sarah Bernhardt tiene entusiasmo o, mejor dicho, delirio por los toros, hasta el punto de que, no contenta con enterarse de todas las minuciosidades tauromáquicas que Mazzantini pudo explicarle, obligó a éste a que organizara una corrida de toros a puerta cerrada, pues deseaba convencerse de que no tenía el suficiente valor para pisar la arena de la plaza al mismo tiempo que se lidiaba un toro.

Mazzantini, que, como es sabido, habla correctamente el francés, intimó mucho con la mayor parte de los actores de la compañía, y, en consecuencia, accedió al ruego y le organizó la corrida, encerrando cuatro toros de tres años.

Las mayores influencias se estrellaron contra el acuerdo de que no asistieran a la fiesta más que los actores franceses y toreros que llevaba Mazzantini, así es que ningún profano logró entrar en la plaza. Sería muy largo de relatar, como lo hace *Figaro*... Sólo diremos que al salir el bicho mandó Sarah abrir una de las puertas de la barrera y comenzó a pasearse con gran serenidad por el redondel. Mazzantini iba a su lado constantemente para llevarse al toro en caso de necesidad.

Cuando el toro recibió el primer par de banderillas, salió huyendo en dirección de la notable actriz, perdiendo ésta de tal suerte la serenidad, que se vio

obligada a hacer un movimiento bastante violento para tomar el olivo, movimiento más propio de un circo que de la escena en que brilla Sarah Bernhardt.

El susto fue grande, tan grande que al susto sucedió un ataque de nervios, pero al salir el segundo animal recobró su valor primitivo, y no contenta con volver al redondel, instó a su hijo y a otro actor de la compañía, para que se decidieran a poner un par de banderillas.

En efecto, Mauricio Bernhardt y Felipe Garnier tomaron las banderillas como Dios y Mazzantini les dieron a entender y colgaron los palos en el toro, si bien más cerca de la cola que de los cuernos. Mauricio salió trompicado y se arañó el rostro en una caída. El resto de la corrida tuvo mil incidentes más y como final «el Mauricio», como le denominaba Badila, mató un becerro de dos años.

Los actores franceses han simpatizado de tal suerte con el «prima spada» que le acompañan a todas partes. En La Habana ha tenido gran resonancia esta corrida internacional. Sarah Bernhardt ofreció en un brindis influir cuanto pudiera para propagar en Francia la afición a los toros». Y a fe que lo consiguió si nos atenemos a la realidad actual, en este siglo ya XXI.

Se habla de la relación entre la actriz y el torero y no se especifica si las cosas llegaron a más. Eduardo López Bago veía así a Mazzantini y su relación con las mujeres en general y la Sarah en particular. «Como buen mozo, en estas cosas del amor y del sensualismo, era optimista. Tenía suficiente talento para ocultar, para disimular el optimismo y no hablar de su buena fortuna, conociendo que pudiera perjudicarle sacar de ello envanecimiento. Pero las mujeres tenían la culpa en definitiva... Y lo que hizo aquella otra trágica extranjera, que agradeció más el beso del matador (tueur des taureaux) mucho más que el regalo, una sortija con cerco de brillantes rodeando a una perla, cuyo coste era de tres mil pesetas...»

Dicen que esas tres mil pesetas era la mitad de lo que cobraba Mazzantini en La Habana, hoy millones.

—¿Trató usted a Sarah Bernhardt en La Habana?

—Si señor. Y la he visitado siempre que he ido a París. La gran trágica es una antigua amiga, respetada y querida.

Pero la verdadera historia de amor la guardaba aquel gran hombre grande y calvo para el final de su carrera. Terminaba en España la temporada de 1904 y don Luis, después de lidiar cuatro toros de Veragua en Santa Olalla, se fue a México acompañado de su esposa. Toreó en la capital y en Guadalajara y San Luis de Potosí y se trasladó a Guatemala en donde tenía que actuar en cinco festejos. El 1 de febrero de 1905 le escribió una carta a don Natalio Rivas en la que entre otras cosas le decía que «mi Concha que disfruta de buena salud se quedó en México porque no quise someterla a las penalidades de este viaje comparable con el que realizaron los “Sobrinos del Capitán Grant” en la famosa zarzuela». La última corrida en Guatemala fue el 8 de marzo y en ella solo pudo intervenir Mazzantini como director de lidia porque le habían tenido que intervenir quirúrgicamente la mano izquierda y, a punto de embarcar para regresar a Mé-

xico para recoger a su esposa y viajar a Nueva York en ferrocarril para embarcar hacia Gibraltar, a donde pensaba llegar del 20 al 28 de marzo, recibió la noticia de que Concepción Lázaro había muerto. El 17 de marzo, nada más arribar a la capital azteca, se trasladó al cementerio español donde estaba el cadáver de su esposa embalsamado, se arrodilló ante ella, su hermano le cortó la coleta. Así se lo contó a «El Caballero Audaz»: «Acabada la fiesta, corrí a México y llegué a tiempo de poder dar el último beso a la idolatrada compañera de mi vida y ante su cadáver me corté la coleta y ceñí con mi trenza la muñeca derecha de la difunta. Sepultada está con ella.

—¡Eso es romántico y bonito, don Luis! —comento yo, un poco contagiado de su emoción.

—«Mire usted, no sé si es romántico, ni si es bonito, ni si es cursi, pero mi mujer había sufrido mucho con los peligros de mi profesión. Tal vez yo aceleré su muerte. Por eso quise que se llevara a la tierra la muerta amada, el símbolo de mi torería, que con tanto afán deseaba la pobre que abandonase...».

Luis Mazzantini, don Luis, «el señorito loco», «el rey del volapié», llegó a Madrid en el expreso de Andalucía el 23 de abril de 1905 acompañando al cadáver de su esposa. No volvió a vestir el traje de luces. Fue concejal monárquico y diputado provincial en Madrid. Gobernador civil de Guadalajara y Comisario General de Vigilancia en Valencia y Barcelona hasta la llegada al poder del general Primo de Rivera que le relegó de todos sus cargos. Sin cargos, sin dinero, sus últimos años fueron de una digna austeridad, hasta que murió en Madrid, el 24 de abril de 1925. Es impresionante que un hombre del porte de don Luis, el de la foto de medio cuerpo con chaqué, cuello almidonado y corbata de laco, con cuatro condecoraciones en el pecho, sobre la chaqueta y una colgada del cuello, su gesto afable pese a sus pobladas cejas, enarcada la izquierda, frente amplia, mirada noble y labios casi fruncidos pero en leve sonrisa, un hombre de la voluntad, el valor, la preparación y la inteligencia de don Luis Mazzantini y Eguía muriera casi olvidado por todos. ¿Quién quiso castigar tan osada hidalguía?

OCHO CABALLOS NEGROS...

Quiero recordar una entrevista a un torero en la que el periodista le preguntaba que cuál era el momento más feliz cuando actuaba en Las Ventas del Espíritu Santo: «Cuando, Alcalá abajo, le veo la cola al caballo del Espartero». Se refería al del general Baldomero Espartero, a la estatua que hay frente al Retiro, y parece que no era realmente la cola a lo que se refería el diestro, más bien a los testículos del equino. También a Manuel García, «Espartero» por el oficio de su padre de manipulador del esparto, le elogiaban en el sentido figurado ese valor que, cosa extraña, admiraron hasta la hipérbole los aficionados

sevillanos. Cometió una imprudencia temeraria y fue el tomar la alternativa en Sevilla antes de presentarse en Madrid como novillero y el enfrentamiento tradicional y secular, por los siglos de los siglos, al menos en los que llevamos de auténtica Historia de la Tauromaquia, se hizo patente en las consideraciones de ambas aficiones, alimentada esa incompatibilidad por las muchas plumas que tomaban uno u otro partido hasta el punto de ensalzar a horizontes inalcanzables la figura de «Maoliyo» los de los medios sevillanos y responder con un desprecio total los madrileños. El desprecio de estos influyó en el ánimo de Rafael Molina «Lagartijo», que era el torero encargado de confirmar la alternativa al joven Manuel García «Espartero» que, con apenas 19 años, había recibido el doctorado en Sevilla gracias a que Antonio Carmona «El Gordito» le cedió en Sevilla, el 13 de septiembre de 1885, la muerte del toro «Carbonero», del marqués de Saltillo. «Lagartijo» arguyó que no había visto torear al nuevo matador y que ello la hacía renunciar a tal honor. Entonces fue otro sevillano, Fernando «El Gallo», el que se encargó de la confirmación de este torero que tenía valor, serenidad arrojada, pero mucha impericia a la hora de ejecutar la estocada, siempre al volapié, pero llevando la muleta alta y arqueando el brazo en el momento de consumir la suerte, por lo que casi siempre le resultaba embarullado el cruce y muchas veces atropellado. No logró perfeccionar este ejercicio y, al final, murió en la misma plaza de Madrid el 27 de mayo de 1894 al ejecutar la llamada suerte suprema.

Un detalle que demuestra lo que tardó Manuel García «Espartero» en entrar en Madrid es que, pese a confirmar esa alternativa en 1895, hasta 1891 no participó en el abono madrileño, vamos, como si hoy un torero de los de primera fila no figurara en la Feria de San Isidro año tras año. Todo eran desconfianzas y dudas y en Sevilla hasta hubo que repetir la alternativa con el mismo Antonio Carmona «El Gordito» y con toros de Miura porque algunos hasta dudaban de la validez de la anterior ceremonia, aunque la que cuenta en las estadísticas es la citada del mes de septiembre.

Algo de razón tenían los detractores de «Espartero» porque no es posible que a un torero le cojan los toros quince veces en una sola temporada, en la de 1886, y que en su no muy dilatada carrera fueran más de treinta las cicatrices que dibujaban su cuerpo desnudo sobre la mesa que se instaló en la posada tras la cogida mortal. El toro fue «Perdigón», de Miura, primero de la tarde, que le volteó en la primera entrada a matar y le hizo el quite su banderillero «Valencia», el abuelo de Victoriano, padre de dos matadores de toros, Pepe y Victoriano Valencia, pero que ya en la siguiente y definitiva estocada no pudo hacer nada por evitar la cornada en la región hepigástrica de la «Espartero» falleció en la enfermería a los veinte minutos de su ingreso. Le trasladaron en andas hasta la posada, allí lo dejaron sobre una mesa para que lo embalsamaran y luego, en tren, lo llevaron hasta Sevilla. El entierro fue impresionante y años después lo recordó Fernando Villalón, un año antes de su muerte, con estos versos:

I

Giralda, madre de artistas,
molde de fundir toreros,
dile al giraldillo tuyo
que se vista un traje negro.

Malhaya sea Perdigón
el torillo traicionero.

Negras gualdrapas llevaban
los ocho caballos negros;
negros son sus atalajes
y negros son sus plumeros.

De negro los mayores
y en la fusta un lazo negro.

II

Mocitas las de la Alfalfa,
mocitos pintureros;
negros pañuelos de talle
y una cinta negra en el sombrero.

Dos viudas con claveles
negros, en el negro pelo.
Negra faja y corbatín
negro, con un lazo negro
sobre el oro de la manga
la chupa de los toreros

Ocho caballos llevaban
el coche del Espartero.

(Romances del 800. Málaga, 1929.)

Pese a la figura popular del torero sevillano, yo no conozco aventuras galantes en las que Manolo García, torero del pueblo, anduviera en lenguas. Sí he leído lo que Federico Oliver publicó en *El Ruedo*, el 11 de julio de 1945. Es curioso que este autor teatral natural de Chipiona, que escribió y estrenó la obra teatral antitaurina «Los Semidioses», en los últimos años de su vida,

murió en 1951, se dedicara a desarrollar temas en los que eran protagonistas los toreros. Y esto fue lo que contó sobre una admiradora de «Espartero»: «El capellán del cementerio de San Fernando, donde está la tumba de “Maoliyo” con un Cristo de bronce obra del escultor Antonio Susillo y dos columnas tronchadas, rotas, contaba:

—Todos los viernes, una mujer, una dama vestida de negro se apeaba de un coche, se acercaba a la tumba, se arrodillaba, rezaba, lloraba y ponía flores sobre la losa. Un día que llovía, yo le ofrecí un paraguas y le acompañé hasta la tumba. Rezó ella y luego yo comencé el rezo del Padrenuestro y bendije la sepultura.

—¿No le parece a usted, señora mía, que debemos cumplir con el alma de su marido que tan cerca de la tumba de Manuel descansa?

No se sabe si hubo respuesta y tampoco qué tenían que ver las «suripandas de Arderius» con Manuel García «Espartero». Claro que no vamos a pretender descifrar todos los secretos de la vida sentimental de héroes tan carismáticos como lo fueron, lo son y lo serán muchos de los toreros. Joaquín Arderius, de Lorca, era un novelista de principios del siglo XX que utilizó sus escritos con fines políticos y en defensa de las doctrinas colectivistas: «Lumpenproletariado», «Campesinos» y «Crimen».

Recordar que Manuel García «Espartero» dejó para los posteridad una frase famosa. Ante la reiteración de las graves cogidas que sufría, algún amigo bien intencionado le aconsejó que se retirara, a lo que el respondió sin dar pie a ningún diálogo: «Más cornás da el hambre». También cuentan que en su época de maletilla se movía de finca en finca sobre los lomos de una burra en la que en ocasiones consentía que se montaran sus compañeros de correrías, y que, ya famoso, la conservó en la cuadra de los caballos que tenía en la finca que se compró y que allí descansaba placentera cuando el torero sufrió la cogida mortal de Madrid.

EL IMPONENTE RAFAEL GUERRA «GUERRITA»

El segundo Califa cordobés fue un torero impar y un hombre con una personalidad apabullante. Se fue de los toros porque pensó que la gente estaba harta de su poderío y de que apenas pagara ningún tributo de su sangre por su arrogante poder. Y estaba convencido de que, al irse él, el toreo se quedaba en cuadro: «Después de mí, “nadie”, y, después de “nadie”,...el Fuentes». La verdad es que muy pocas personas sabían que la corrida de la Feria del Pilar de Zaragoza, en 1899, iba a ser la última en que Rafael Guerra Bejarano vestía de luces. Y como era hombre de palabra, al día siguiente, en su casa de Córdoba, su mujer, Dolores Sánchez, le cortó la coleta.

—¿Cuál fue el momento más feliz de su vida?

—Hombre, el más feliz; ¡el más feliz!, porque todo fue alegría y esperanza, cuando nació mi primer hijo, Rafael... Ahora, que el de mayor emoción porque era al mismo tiempo de gozo y de tristeza, fue el 17 de octubre de 1899, cuando, después de haber toreado mi última corrida en Zaragoza, vine a Córdoba, y aquí, en mi casa, mi mujer, delante de mi madre, de mis hijos y de los hombres de mi cuadrilla y de varios amigos, cogió unas tijeras y me cortó la coleta... Y aunque yo soy muy hombre, al sentir el ris-rás de las tijeras, sentí una cosa..., una cosa que me tuvo unos minutos sin poder hablar... Y esta emoción se aumentó cuando vi que mi madre le cortaba también la coleta a mi hermano Antonio, y que «Beao», mi picador de confianza, que había trabajado siempre conmigo, llamó a mi hijo Rafaelito y, con lágrimas en los ojos, le dijo, dándole las tijeras: «Anda, chavea; córtame a mí también la trenza, que yo no quiero servir a “nadie” después de haber “sío picaor” del “mejó” torero del mundo...».

Rafael y Dolores tuvieron cinco hijos, de los que en el momento de la retirada vivían cuatro, el chico y tres niñas. «El genial torero es el amante esposo, el tierno padre, el hijo cariñoso, el amigo consecuente y el ciudadano perfecto». En suma, la entidad moral de Rafael Guerra vale tanto como la entidad taurina de «Guerrita».

A tales extremos llegaba la significación de «Guerrita» que los cronistas de aquellos finales del siglo XIX veían en él el símbolo del orgullo nacional porque una tarde en Madrid toreó con una americana (chaqueta) a un toro lo que se consideraba el inicio del toreo a los «yankees» y, a las pocas tardes, dio pruebas de su patriotismo colocándose el ros que le había arrojado un soldado. ¡Ah! Si pudiéramos torear con espada y muleta, con capa y banderillas... entonces Guerra concluiría pronto con la guerra.

Retirado, sentó sus reales en el Club «Guerrita», en Córdoba, y desde su trono dictó sentencias, marcó profecías y se equivocó hasta con Belmonte. Pero es que Belmonte no fue lógico. Hasta ese Club llegó un enviado de altos vuelos, de la Casa Real, casi nada, para pedirle que actuase en un festival benéfico:

—No me deja Dolores, mi mujer.

—Pues hablaré con Dolores y le convenceré.

—Y como diga que sí le pegaré tal patada en el mismísimo...

Así era Rafael Guerra, hijo de Juana Bejarano, cuñada de «Pepete», el primero, al que mató en Madrid el toro «Jocinero» de Miura, y del portero del matadero municipal, de donde le vino a don Rafael el primer apodo con el que figuró en los carteles primeros, «Llaverito». Y así lo definió Ventura Bagüés «Don Ventura» en su catalogación del más grande de los llamados «toreros largos»: «Extenso repertorio con el capote, portentoso banderillero, muletero genial tanto para adornarse como para dominar a los toros o hacer que los mansos adquiriesen aparente bravura, matador invencible por los especialistas de la estocada, vastos conocimientos de los toros de lidia, facultades físicas insupe-

rables..., todo se junta en «Guerrita» para acrecentar su fama, y como no tuvo un rival digno de él, de su omniscencia taurómaca se derivó, por paradójico que parezca, la animadversión de los públicos y su impopularidad». «No me voy —dijo el día de su despedida—, me echan».

Sufrió una cogida en la cara en La Habana y otra en Jerez de la Frontera en una pantorrilla en sus doce temporadas como matador de toros, y logró consumir una hazaña que no se ha repetido ni en estos tiempos de rápidas y eficaces comunicaciones. El 19 de mayo de 1895, a las siete de la mañana, actuó en San Fernando, Cádiz, con toros de Saltillo en compañía de «Pepete II», torero local que murió en la plaza navarra de Fitero, y Julio Aparici, que murió en su Valencia natal al banderillar al toro «Lengüeto» de Camará; a las once de la mañana, en Jerez de la Frontera, con reses de Cámara y con Fabbrilo, y a las cinco y media de la tarde, toros de Murube con Antonio Fuentes. Nueve toros en tres plazas diferentes y en doce horas. Para resaltar las virtudes técnicas del Califa cordobés baste decir que en las dos décadas que don Rafael estuvo en activo murieron en las plazas españolas más de sesenta toreros, lo que supone que esa ha sido la época en la que se batió este macabro récord.

Rafael Guerra «Guerrita», un fenómeno extraordinario en el Olimpo de la torería de todos los tiempos, un hombre íntegro, formal, padre de familia a la antigua usanza, con un rico anecdotario en base a su particular filosofía taurina, pero sin ningún interés morboso en este tema nuestro de las aventuras amorosas. Seguramente las tuvo, pero no han llegado hasta nosotros. Lo que tampoco creo que sea negativo para la valoración integral del segundo Califa cordobés.

EL PAÑUELO QUE NO ERA DE LA NOVIA

Antonio Reverte y Jiménez nació el 28 de abril de 1870 en Alcalá del Río, Sevilla. «Pocos toreros han disfrutado de tanta popularidad como éste, igual por su guapeza ante las reses que por la simpatía que inspiraba de buenas a primeras. Era un diestro torpe de movimientos y de pocos recursos; pero tanto en sus recortes capote al brazo como en el manejo de la muleta —con la que no hacía más que defenderse— había un acento personal y un exponente patético que producía emoción y entusiasmo, aumentados al verle practicar la suerte suprema». Pero es indiscutible que por lo que más se le conoce al de Alcalá del Río es por la siguiente copla:

La novia de Reverte
tiene un pañuelo
con cuatro picadores,



Reverte conduce el automóvil que se compró en París.

Reverte en medio.

¿Quién era la destinataria de ese torero pañuelo? Se llamaba Josefa Olmedo Valentín, también era de Alcalá del Río y, en la época de sus amores con el torero, tenía 16 años.

El farol de la esquina
se está apagando,
Antonio Reverte
lo está atizando
y sus pavesas
a Pepita la caen
en la cabeza.

Y otra versión:

La novia de Reverte
tiene un pañuelo
con cuatro picadores,
Reverte en medio
y en cada esquina
un letrado que dice:
¡Viva Sevilla!

Y otra, para que se tenga una idea de la popularidad del torero y su relación con su paisana:

La novia de Reverte
tiene un piano
que lo toca Reverte
con las dos manos.

Cuando anuncian en los carteles
que Reverte va a matar
se vuelve loca Sevilla
y la gente de Alcalá.

Me gusta a mi Reverte
por lo torero
porque tiene matando
mucho salero.
Y yo le digo:

¡No te tires, Reverte,
vente conmigo!

A lo que podríamos añadir estas chufillas que no tiene nada que ver con Reverte, pero que cuentan con su especial gracia.

¡Qué guapa es la ganadera!
Frasculo la está mirando.
Lagartijo entre barreras
los tufos se está peinando.

La coquetería masculina y el afán conquistador de los toreros. Así sucedió también con Antonio Reverte que, cuando decidió contraer matrimonio, se fue a su pueblo y eligió una novia distinta a la famosa Josefa Olmedo. En Alcalá del Río se lo temieron y los amigos y parientes de la dueña del pañuelo se organizaron para impedir tal atropello:

—¡Buena le espera al matador! El día de la boda le van a dar un mal rato.

—Naturalmente, parece que sus paisanos no están conformes y juran que algo van a hacer contra él.

—¡Digo, digo, y que no van a ser solo cencerros los que van a sonar!

Insistían los vecinos y los parientes de la novia burlada se conjuraban contra el torero en tanto que el propio Reverte, con más conchas que un galápagos, tomaba sus medidas. Llamó al señor Cortés, cura del pueblo, y le citó en casa de su prometida, a las 2 de la madrugada del 17 de diciembre de 1899, y con el mayor sigilo, como si se tratara de una conspiración, en casa del señor Osuna, padre de la desposada, en la calle Real de Alcalá, en un altar improvisado y con dos amigos íntimos de Antonio y el banderillero de su cuadrilla «El Barquero» tuvo lugar la escueta ceremonia.

Antes de las 3 de la madrugada, Antonio y la bella Encarnación Osuna y Noguera eran ya esposos, se cambiaban de indumentaria y, con trajes de viaje, pasaban el río en la barca y ocupaban una jardinera que les esperaba en la otra orilla, frente al pueblo de Alcalá, que, tirada por cuatro briosos caballos, les condujo hasta Sevilla.

Descansaron en la calle Iniesta, en el número 33, en la vivienda de José Blanco, primo de Reverte, y allí sirvieron a los novios y sus íntimos pastas, rico vino de Jerez y magníficos habanos.

A las 6 y 10 de la mañana, la feliz pareja ocupó unas plazas en el coche de primera del tren que les llevaba a Badajoz, con destino final en Lisboa, en donde pasaron su luna de miel. Encarnación sobrevivió a su marido casi cincuenta años, hasta 1951, y su matrimonio fue corto y borrascoso puesto que el torero, que ya de novillero había mostrado su inclinación hacia las aventuras amorosas, esas que una vez quiso dilucidar en el ruedo de Valladolid en com-

petencia con Bonarillo en un quite en el que el de Alcalá quedó de rodillas de espaldas al novillo para que su compañero se tumbara entre él y el cornúpeto, se prodigaron antes y después de su matrimonio, con la noticia más espectacular y famosa de su aventura con Paola del Monte, de padre italiano y madre gaditana, cantante y danzarina, bellísima, morena, alta y fuerte, con gracia especial y domicilio en París. Se encontró con el torero en un hotel de Niza y el resultado fue un regalo de joyas. En Nimes, Paola se encaprichó del torero y, aunque éste quiso soslayar el encuentro disfrazando a su picador José Infante Coyto «Charpa» para que se entrevistara con la artista, algo le contó su varilarguero para decidirse tres días después, en Beziers, a brindarle un toro. Regalo de piedras preciosas y viaje por Europa con la artista. Diez días duró la aventura, pero la cosa terminó mal porque ella acabó tísica y murió en un hospital de Barcelona. Reverte, que había sufrido una gravísima cogida en Bayona el 3 de septiembre de 1899 al entrar a matar y que salvó su pierna izquierda gracias al empecinamiento del doctor Isla que se opuso al criterio de los facultativos franceses que creían que el torero sufría una gangrena insuperable, y en cuya convalecencia le acompañó la famosa Paola del Monte, quiso ayudarle en sus últimos días y le envió con un sobrino la cantidad entonces apreciable de cien duros que ella rechazó. «Moriré como yo, ¡como yo!, ¡como yo!» Eso era en 1901. En 1903 a Antonio Reverte le operaron en Madrid de un quiste en el hígado y no pudo superar la intervención y murió el 13 de septiembre. Su cadáver fue trasladado a Alcalá del Río y enterrado en la iglesia de San Gregorio, en la capilla de la Hermandad de la Veracruz, con la Virgen de las Angustias y un Cristo en su altar.

Fue famoso Antonio Reverte entre otras cosas por su vitalidad y su simpatía. Y sus alardes. En 1900 fue a París, al Salón del Automóvil y adquirió un coche espectacular que alcanzaba una velocidad de 35 kilómetros a la hora. Este símbolo del coche acrecentó su fama en un momento en que la quiebra de sus facultades físicas afectó negativamente a esa bizarría de su toreo que había alimentado la ilusión de sus paisanos de enfrentarlo a «Guerrita»: «Lo que no “pue” ser no “pue” ser y, además, es imposible». Puede que lo dijera el mismísimo don Rafael Guerra. Ya se sabe lo que ocurre con las frases ingeniosas: en Inglaterra todas se le achacan a George Bernard Shaw y en España, a don Jacinto Benavente. En los toros, a «Guerrita».

ANTONIO FUENTES Y ZURITA, LA ELEGANCIA

Decía que don Luis Mazzantini había revolucionado el vestuario torero y que si antes de que el italiano-español pisara los ruedos no se concebía a un torero vestido a la última moda, después se había generalizado el uso normal de otras indumentarias aunque «Guerrita» impusiera su criterio senequista y califal. Pero ese «naide» que había dejado como heredero don Rafael, al margen de ser un

buen torero al que tenía difuminado el poder del cordobés, iba a revolucionar el aspecto externo de un hombre que, pese a sus altibajos, también daba una medida artística de buen gusto y calidad. Fue don Antonio Fuentes y Zurita, de Sevilla, un árbitro de la elegancia masculina y torera.

Pero, antes de recordar la figura de Fuentes, yo quiero evocar a Francisco Montes «Paquiro» y la estampa impagable de su torso envuelto en el recamado capote, la montera más bonita que he contemplado nunca y, en la mano, el caliqueño encendido. Dicen que Isabel II quiso concederle el título de conde y no me extraña. Es que se lo merecía, señor conde de Chiclana, amigo de Luis Candelas, el bandido generoso, y de Blanca Montellanos, una criolla que repartía su inagotable fantasía amorosa entre el torero y Salustiano Olózaga, político rebelde.

También fue un hombre elegante el madrileño Cayetano Sanz, que se despidió del toreo en el mes de enero de 1878 en la fiestas celebradas con motivo de la boda de Alfonso XII con Mercedes, ¿dónde vas, triste de ti? Y, en este aspecto, su sucesor fue el toledano de Ocaña Angel Pastor, torero favorito de Madrid, hijo de unos fondistas del Real Sitio de Aranjuez, que, para acentuar su carácter de torero artista, se inició en la cuadrilla del propio Cayetano Sanz y no tuvo más enemigo que el manejo de la espada en una época en la que se le daba la máxima importancia a la llamada suerte suprema. Aseguran sus coetáneos que era un consumado pianista y que cultivaba la amistad con el poeta Rubén Darío, lo que confirma su definición como hombre de refinado trato y amplia cultura. Murió en Aranjuez, viudo y con dos hijas de una educación esmerada, como consecuencia de una lesión que sufrió al volcar el cochecito en que paseaba por aquellos maravillosos jardines.

Bueno, pero ya estamos al final del XIX y con Antonio Fuentes liberado del peso de la fuerza y el orgullo de «Guerrita» para mostrar en toda su amplitud su faceta de lidiador elegante y artista. En el ruedo y en la calle. Fue el Beau Brummell del toreo y no acabó tan arruinado como el lord inglés de la corte de Jorge IV porque volvió a los ruedos hasta el 31 de mayo de 1914, fecha en que toró su última corrida en la plaza de Las Arenas de Barcelona, con toros de Concha y Sierra y la compañía de Rafael el Gallo y el mexicano Luis Freg. Era un buen torero y un dandi que no sé si leería a lord Byron, Musset o Baudelaire, pero que sí hubiera merecido una crónica de todos y cada uno de esos que veían la vida con un sentido estético. Y ese sentido de la elegancia lo tuvo desde chico: «Yo he rendido culto a la limpieza, a la higiene y al buen vestir. Es decir, que me ha gustado la buena ropa sobre todas las cosas... Ese mote de «el señorito» quizá nació de un suceso de mis tiempos de aficionado... Estaba yo en Madrid, lampando de hambre y sin más que lo puesto, cuando un día un rico labrador paisano, de la tertulia del Café Suizo, me regaló dos duros... ¡Un caudal en aquella época!... Yo andaba muy mal de ropa interior y decidí comprarme una camiseta. Y como siempre he tenido gusto de las cosas

finas, en lugar de adquirir una camiseta de algodón que entonces valían cinco reales, me «merqué» una de seda, de lo mejor que encontré, que me costó las diez pesetas justas y me quedé, muy a gusto, aquel día sin comer... Esto pareció a mis compañeros tan absurdo, que lo atribuyeron a presunción, y les dio por llamarme irónicamente «el señorito»...».

Algún señorito más vendrá a esta historia porque el gusto por la elegancia ha sido también virtud de algunos hombres que vistieron y vistieron el traje de luces. Pero Antonio Fuentes hizo raya. Físicamente era la antítesis de su antecesor Mazzantini. Proporcionado de estatura, tez morena, pelo negro y ondulado, ojos brillantes, armonioso en el andar, juncal, distinguido y... jugador. No puedo hablar de unos amores que no conozco, pero sí de su afición por el juego. Lo cuenta «El Caballero Audaz» que coincidió con el torero sevillano en el Casino de San Sebastián y éste le confesó sus emociones como jugador. Como decía «Hilario el zapatero»: «Si el juego es emocionante perdiendo, ¿qué será ganando?»

La suerte tampoco le era muy propicia al famoso torero, pero decían que la finca de «La Coronela», de su propiedad, lo aguantaba todo y daba para todo y que Antonio Fuentes, tan elegante como siempre, iba a la calle de las Sierpes y todos los días le limpiaban los zapatos y le afeitaban y le daba un duro al be-tunero y otro al barbero por un servicio que entonces costaba 15 céntimos. ¡Olé el rumbo! Ahora, no me pregunten por sus amores porque no los conozco.

LOS BOMBITA

Emilio Torres Reina, nacido en Tomares, Sevilla, el 28 de noviembre de 1874, es el que inicia la saga de los «Bombita» que tendrá su eslabón más importante en su hermano Ricardo, que será puramente testimonial en el caso de Manolo y que se diluirá sin pasar del escalafón de novilleros en el caso del hijo de éste, Manuel Torres Luque.

El primer «Bombita», Emilio, fue torero muy sevillano, con gracia y simpatía y que, además, en sus temporadas de novillero y en las primeras de matador convenció a los públicos con su dominio de la lidia, su quietud y el buen manejo de la espada. Pero la cogida que sufrió el 24 de junio de 1899 en Barcelona y en la que el toro «Cojero» de Miura le produjo grandes destrozos en la pierna izquierda menguaron sus ánimos y todavía más el que una prematura obesidad le hiciera a aparecer como diestro abandonado y sin decisión.

Estas circunstancias y el hecho de que se hubiera casado el 22 de enero de 1898 abonaron la confirmación del popular refrán que anuncia eso de «torero casado, torero estropeado». Su novia era Modesta Navarro, también de Tomares, hija de José Navarro, el que les regaló la casa donde vivieron los desposados. La tarde, ya a la anochecida, empezó con una cena a las 7, en la casa del



Ricardo Torres «Bombita» con su esposa e hijos.

suegro. A las 8 y media la comitiva se trasladó a la iglesia parroquial, en donde los novios fueron recibidos por don Antonio Lobo que ofició el Sacramento en la capilla de la Virgen de los Dolores. Una vez concluida la ceremonia, los nuevos esposos volvieron a casa del señor Navarro y allí se sirvió abundante manzanilla, jerez, dulces y habanos. A las 11 de la noche los novios se fueron a Sevilla. Los padrinos fueron Alberto y Trinidad Navarro, hermanos de la novia, que vestía un traje negro adornado con azahares mientras que Emilio iba de corto, con un vestido que le regaló el sastre madrileño José Uriarte. Una pareja de la guardia civil se encargó de que no hubiera una invasión masiva del lugar donde cenaron los novios y de la iglesia donde se celebró el casamiento puesto que al acontecimiento asistió todo el pueblo de Tomares.

Emilio sobrevivió a sus dos hermanos y murió en Sevilla el 19 de enero de 1947.

Llegó el segundo «Bombita» y éste armó la gran revolución. Era un hombre extrovertido, simpático, siempre sonriente y con un gran amor propio. Y una persona cabal preocupada por los demás. Por eso es un torero de toreros, porque buscó la ayuda para los toreros sin suerte, para los que llegaban a viejos y no tenían medios de subsistencia, para los que sufrían cornadas y no podían pagarse un buen médico y una clínica apropiada y debían refugiarse en los hospitales de la Beneficencia, para los que se quedaban inútiles por culpa de las lesiones. Se adelantó unos años a las previsiones de la sanidad moderna y fundó la Asociación de Auxilios Mutuos y el Montepío de Toreros. Los que tenían la suerte de ganar dineros contribuían al mantenimiento de los demás, las corridas extraordinarias aportaban medios para mantener aquel estupendo Sanatorio de Toreros que estaba en la calle Bocángel, de Madrid. «El Montepío nació con la sola aspiración de evitar que los toreros pobres, al resultar cogidos en el ejercicio de su profesión, tuvieran que ir a un hospital y dejar en la miseria a sus familias: quise precaver las desgracias de una inutilidad física y proteger a los toreros viejos para que al retirarse de los toros tuvieran una vida tranquila».

Pero su vida profesional no fue nada tranquila. Era un portento de facultades pero los toros le pegaron mucho, exageradamente, y él se lamentaba más por el dolor que le producía a su madre tanta cogida que por el trauma que él mismo tenía que pasar. Y la lucha por muchas injusticias, por la vara de picar para favorecer a los ganaderos, por «el pleito de los miura», por la enemiga del señor Mosquera que era el empresario de Madrid, «el árbitro de los asuntos taurinos actuales» (aunque con apuntador sevillano). Hasta «Joselito» le quería vetar por algunas cosas que ocurrieron entre sus hermanos Emilio y Rafael. Sin embargo, él siguió adelante y acabó de forma brillante su carrera taurina, con fama de buen torero y buen capital en los bancos.

En el asunto de los toros de Miura tuvo un aliado de su misma catadura moral, Rafael González «Machaquito», serio y responsable. Ambos se plantaron y le dijeron al empresario Mosquera que cuando les anunciara con toros de la fa-



La esposa le corta la coleta a Ricardo «Bombita».

mosa y trágica divisa les tenía que pagar más y no porque ninguno de los dos temieran a estos toros o fueran incapaces de matarlos. «Es inaudito, es inverosímil, el número de toros y novillos que lidia el señor Miura al año desde hace cuatro o cinco temporadas a esta parte, y más inverosímil resulta todavía, para el que sabe cómo estaba esa vacada hace unos años, las camadas que tenía y las vacas que llevaban rabo. La multiplicación ha sido tan milagrosa como aquella de los panes y los peces de los Evangelios». Y «Bombita» no toreaba en Madrid, no tanto por mantener sus exigencias como por no ceder a las del señor Mosquera.

Antes de retirarse, en el libro titulado «El Arte de torear» de Ricardo Torres Bombita, prólogo de Felipe Trigo e introducción de Miguel A. Ródenas, publicado por la «Biblioteca Renacimiento», de Madrid, en la colección «Intimidades Taurinas», el mismo «Bombita» daba sus amplias explicaciones sobre su vida sentimental:

«Comprendo, por ejemplo, que Emilio, mi hermano, que tuvo la suerte de encontrar una mujer ideal y de enamorarse de ella, se acomodara en su retirada con el amor de la familia. Su afición sigue siendo inmensa, pero su mujer y sus hijos le proporcionan tantas horas de ventura, que fácilmente, en pago de ellas, puede sacrificar sus aficiones. Pero... ese amor parece que a mí me está vedado; yo no sé si es porque he querido a muchas y siempre por horas, o porque mi carácter no me deja entusiasmar seriamente con una mujer para hacerla mi esposa. Lo que sé es que a los treinta años, que ya pronto cumpliré, no he sentido eso que llaman una pasión amorosa y que hace felices a tantos hombres, y es más, creo que cada día que pasa, por mi manera de vivir, quizá por mi manera de pensar, me salgo más y más de ese camino de felicidad que a tantos toreros retiró del arte». (Se habló de un romance con la famosa canzonetista Aurora Mañanós Jauffret «La Goya», pero, aparentemente, no llegó a nada concreto y ella se casó con el escritor Tomás Borrás y murió el 4 de junio de 1950.)

«Yo ya he viajado mucho, mucho; conozco casi todas las repúblicas de América del Sur. Los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, parte de Suiza, Bélgica, Italia y Alemania, algo de Africa».

«Sólo algunas veces me afecta el pesar de mi madre, que es una mártir, pues para ponerle cifra a la medida de su sufrimiento, baste decir que ha tenido tres hijos toreros; que éstos han sufrido cogidas cerca de un centenar de veces, que en más de cinco o seis mil ocasiones ha tenido que encender las velas a la Virgen de la Esperanza, y durante cuatro horas, se ha desojado a fuerza de mirar hacia el camino que traerá al chico portador del telegrama. Ella es la única que me hace pasar mal rato cuando me habla de retirarme y para hablar de sus razones, pone lágrimas de miedo y cariño en sus ojos... No es sensiblería, es que yo no he tenido más cariños que el de mi familia».

Decía que no había nada cierto en los rumores de su retirada porque «a mí sólo me retirarán los toros cuando me dejen inútil para torear y sin facultades para la

lucha, o el tiempo, cuando ya viejo me llene de alifafes y ataques a esta salud que hoy tengo, y que es el único tesoro del que soy avaro. Mientras una de estas cosas no ocurran, “Bombita” será torero, que al fin yo apenas si soy Ricardo Torres, y lo que soy se lo debo a “Bombita”».

Otra vez «El Caballero Audaz» que le pregunta a un torero sobre sus amores, la cantidad de actrices y tiples que pueblan la vida sentimental de Ricardo Torres. «En tratándose de mujeres yo no acierto a medir su valor artístico, me distraigo mirándoles la cara, los ojos, el pie, las manos, el cuerpo, el pelo, el cuello, la manera de mirar, la manera de reír; oyendo la voz, viendo cómo andan y cómo cantan y cómo bailan, y no me entero de si trabajan bien o mal. En esta clase de artistas me parece mejor la más guapa. ¿Qué quién es? Eso no lo digo porque las demás también me gustan un disparate».

Y el 19 de octubre de 1913 «Bombita» se retiró de los toros sin que se cumplieran las condiciones que él señalaba y en una corrida a beneficio del Montepío de Toreros con «El Gallo» y «Joselito» y con «Regaterín» en sustitución de Juan Belmonte. Y se dedicó a cuidar y multiplicar el capital de un millón de duros que tenía en los bancos. Fincas en Sevilla, Toledo, Jaén y Córdoba y muchos contactos con industriales de Cataluña hasta conocer a María Regordosa Jover, de familia influyente en política y finanzas. Se la presentó don Francisco Pérís Mencheta, director de la agencia de noticias Mencheta, el que llegaba siempre el último en las carreras ciclistas, y la boda se celebró el 18 de julio de 1920, en Moncada. Luego los desposados visitaron Montserrat y varios países europeos. María Regordosa era una mujer morena, bonita e inteligente que hablaba varios idiomas y bailaba con gracejo aires regionales. Cuando en 1936, al comienzo de la guerra civil, Ricardo Torres logró salir de Barcelona y marchar a Sevilla, ya había enviudado. El 29 de noviembre de ese mismo año falleció el «gran torero de toreros» como consecuencia de una hemiplejía y su cadáver fue trasladado al panteón familiar de su esposa en Santa Coloma de Cervelló, en la provincia de Barcelona.

LOS «LITRI» Y SU EXTRAÑA FAMILIA

Bueno, es exagerado el calificar a los Báez como una extraña familia, pero hay un episodio singular que llevó a la fantasía popular a afirmar que Miguel Báez Espuny era hijo de su hermano. No fue así y eso lo contaré cuando corresponda. Empecemos por el principio. La historia de los Báez como toreros comienza en la primera mitad del siglo XIX, cuando al primer Miguel Báez, que se apodaba «El Mequí», se le ocurrió ser torero. Sin demasiada fortuna, sin apenas más proyección hacia el futuro que la de pronunciar una frase premonitoria cuando, el 15 de mayo de 1869, vino al mundo en el lugar de Huelva Miguel Báez Quintero, su hijo, que después adoptaría el apodo de «Litri», el primer

«Litri»: «Serás torero, como tu padre». La profecía se cumplió a medias porque fue torero, pero de mucha más importancia que su progenitor. También eran otros tiempos y los condicionamientos habían cambiado sustancialmente. Torero valiente y de gran entereza, progresó en su carrera a base de triunfos y cornadas hasta llegar al 28 de octubre de 1893, fecha en la que «Guerrita» le cedió la muerte del toro «Sentimientos», de la ganadería de Veragua, en la plaza de toros de Madrid; plaza y padrino que certifican la categoría alcanzada por el onubense. Y la última corrida la toreó en Huelva, el 6 de septiembre de 1911, con toros del marqués de Castellones y «Cocherito de Bilbao» y el señor Martín Vázquez, con el resultado de una cornada en el cuello que decidió a don Miguel a dejar el traje de luces y participar en la vida local hasta llegar a concejal del ayuntamiento de su ciudad. Antes, el 18 de diciembre de 1899, se había casado en Huelva con su paisana Antonia Hernández Díaz, traje de raso negro y ramo de azahar en el pecho y herradura de brillantes regalo del novio, altar de la Virgen de los Dolores, el arcipreste Manuel García Viejo como oficiante y el orfeón dirigido por el señor Asensio para acompañar la ceremonia. De ese matrimonio nació su hijo (?) Manolo en el barrio de San Sebastián, el 3 de agosto de 1905. Al contrario que a su padre (?), a «Litri I» no se le ocurrió pensar que su hijo fuera torero y hasta le puso el nombre de Manuel para que no continuara la tradición ni siquiera por su onomástica. Pero Manolo quería ser torero y le manifestó a su padre que iba a vestir el traje de luces. Don Miguel cogió a su hijo, le buscó ese traje de luces, lo llevó a la plaza de Huelva cuando apenas tenía 13 años y le soltó un bien presentado novillo que revolcó al neófito en varias ocasiones. Y tantas veces como cayó el ilusionado muchacho, tantas veces se levantó hasta que mató al cornúpeto de una sola estocada. El efecto fue el opuesto al deseado y al año siguiente, el 15 de agosto de 1920, inició muy en serio su carrera que tomó altos vuelos en 1923. Carrera meteórica, triunfal, con amplio eco en la región valenciana sin que don Miguel supiera cuáles eran los contactos de su hijo con el Levante, con Gandía, particularmente. La alternativa fue en Sevilla, el día 28 de septiembre de 1924, de manos de «Chicuelo» y se enviaron telegramas a Valencia y hubo brindis a la Virgen de los Desamparados. Algún secreto llevaba dentro Manuel Báez «Litri II».

He marcado varias veces paréntesis con los signos de interrogación porque no me cuadra que la primera esposa de «Litri I» se llamaba Hernández de primer apellido y Manuel Báez lleva el Gómez como segundo apellido, según versión de «Don Indalecio». Pero la cosa se complica mucho más cuando «Don Ventura», con su rigor documental, dice que este «Litri II» fue bautizado con el nombre de Manuel y los apellidos Gómez y Fernández y que la madrina fuera doña Manuela Báez Quintero, hermana de don Miguel, el 2 de agosto de 1904. ¿Quién desfaze este entuerto? Sería cosa de ir a Huelva y examinar en los registros civil y parroquial si se inscribió en ellos a Manuel Báez y Gómez o Hernández,

si la fecha de su nacimiento es el año 1904 o 1905, si tiene razón «Don Ventura» y, si es así, fue posteriormente adoptado por don Miguel. En la documentación que tengo a mano solo se apuntan datos como el de que su madre fue Margarita Gómez Fernández, madre soltera, y que el padrino, junto a Manuela Báez, fue don Francisco Medel Fernández. Cuándo y por qué adoptó los apellidos del famoso torero es algo que todavía está por aclarar.

En el mes de febrero de 1926 los Reyes de España hicieron una visita a Málaga acompañados por los infantes don Carlos y doña Luisa, el jefe del Gobierno y sus respectivos séquitos. En su homenaje se organizó una corrida de toros a celebrar el día 11, en la que se iban a lidiar toros de Guadalest y con los diestros Marcial Landa, Antonio Márquez y Antonio de la Haba «Zurito». Al no llegar a un acuerdo con el conocido por «Belmonte Rubio», luego marido de Concha Piquer, fue Manuel Báez el que hizo el paseíllo en aquella infausta tarde. El segundo toro se llamaba «Extremeño» y era de pelo berrendo. «Litri» lo recibió con verónicas, faroles y lances de frente por delante y, al iniciar la faena, después de brindar al Rey, en el primer muletazo por alto fue cogido y volteado de forma espectacular. Trasladado a la enfermería, el doctor Lazárraga describió la herida como gravísima, en el triángulo scarpa derecho y con desgarros musculares y la sección de la vena safena. Cura de urgencia y nuevo traslado del herido hasta una clínica que el mismo doctor Lazárraga tenía a dos kilómetros de la capital malagueña. Ya en la clínica, el médico titular y los doctores Mac Donal y Gálvez, alcalde de Málaga, procedieron a amputarle la pierna derecha. A las doce de la noche recobró el herido el conocimiento y recibió la visita de su padre, el mozo de espadas y los banderilleros Vito y Galea. Después Manuel Báez le pidió permiso al médico para leer y así, leyendo una novela, estuvo hasta las 5 de la mañana, cuando le entró un gran sopor. A las 7 menos cuarto de la mañana pidió confesarse y fueron a buscar a don Francisco Díaz, un sacerdote familiar del obispo de Málaga, que era amigo de «Litri» padre. Luego recibió la visita del señor Ortuño, empresario de Valencia, al que acompañaba un hijo suyo. A las 10,40 del día 12 falleció Manuel Báez «Litri II».

La fortuna de «Litri» se calculó que alcanzaba los 35 mil duros puesto que se decía que era un hombre ordenado al que no le gustaban ni las cartas ni los lujos y que ya había alcanzado la alta cotización de las 12 mil pesetas por corrida.

La capilla ardiente se instaló en el hospital Príncipe de Asturias de Málaga y en ella cantó un responso el padre Estévanez. El desfile de malagueños fue continuo hasta que se llevó el cadáver por La Caleta, el Parque de la Alameda, el Puente de Tetuán hasta el fielato de Tamarilla, en la entrada de la carretera de Antequera, lugar en el que el féretro fue colocado en una camioneta de Sainidad. A las seis de la tarde del día 13 la comitiva llegó a Sevilla y atravesó el Barrio de Triana entre una muchedumbre de entristecidos sevillanos que vieron cómo el féretro seguía viaje hasta Huelva, en donde los balcones estaban cu-

biertos de colgaduras y crespones negros y las gentes prodigaban sus demostraciones de dolor en el trayecto del hotel Colón al Círculo Comercial, en donde se instaló la segunda capilla ardiente. Todos los coches de alquiler y la Banda Municipal fueron al entierro que recorrió durante más de tres horas las calles del Barrio de San Sebastián, donde había nacido el torero, hasta llegar al cementerio. Autoridades, aficionados y paisanos y los toreros Marcial Lalanda y «Zurito» acompañaron al cuerpo de Manuel Báez «Litri», al que Federico Alcázar comparaba con «El Espartero». «Color cetrino, el andar patizambo, cuerpo fibroso y enjuto, los ojos velados por la misma emoción de la tristeza y el corazón reventándosele en el pecho. Torero honrado, pundonoroso y valiente que no supo engañar a los públicos ni defraudar las esperanzas que en él puso la afición. Ha muerto víctima de su arrojo, de su vergüenza, de su hombría de bien».

Como explicación de la mortal cogida se dijo que el toro se vencía por el pitón derecho y que por eso arrolló al torero que, además, sufría de un tic nervioso que le hacía cerrar los ojos de manera instantánea y sin control, por lo que pudo ser que en el momento de la embestida no se percatara de la colada del cornúpeto y no tuviera tiempo de rectificar su postura.

El infortunado torero tenía novia, pero pocos sabían cuál era su nombre. Al terminar las corridas siempre mandaba enviar el mismo telefonema: «Sin novedad. Muchísimo cariño». Cuando el señor Ortuño, empresario de Valencia que había ido a Málaga para contratar a «Litri», entró en la habitación del herido, dicen que éste le confió algunos regalos de su novia, le pidió que se los llevara y que no dijera a nadie su nombre. Solo se supo, algún tiempo después, que residía en un pueblo de la región valenciana.

En el momento del trágico accidente todavía vivía la considerada como madre de Manolo aunque al poco tiempo falleció y entonces su viudo se fue a Gandía para entregar a la novia del torero una medalla que tenía en su poder. Quedó prendado de la muchacha, Angeles Espuny Lozano, y, aunque ya casi sesentón, se casó con ella. Fruto de estas segundas nupcias fue Miguel Báez «Litri III» que, como solía ocurrir en aquella época, nació en el pueblo de su madre, Gandía, a los cuatro años del fallecimiento de su aparente hermanastro. Y recalco lo de los cuatro años para disipar toda la leyenda que se corrió por aquellos tiempos de que Miguel era hijo de Manuel, que había dejado embarazada a su novia y que «Litri I» había paliado tal situación contrayendo matrimonio con la novia de «Litri II». No fue así esta limpia historia y baste para refutar toda la maledicencia la realidad de que un embarazo no puede durar cuatro años.

Miguel Báez «Litri III», nacido el 5 de octubre de 1930, fue un fenómeno extraordinario que revolucionó el cotarro taurino a finales de los años 40 y que vino a paliar junto con Julio Aparicio el gran bache que sobrevino tras la muerte de «Manolete». Tomó la alternativa el 12 de octubre de 1950, en Valencia, con Joaquín Rodríguez «Cagancho» de padrino, padrinzago que compartió con su compañero de éxitos novilleros, Julio Aparicio, y toros de Urquijo. Gran-

des triunfos, imposición del «litrazo», idas y venidas, aventuras con famosas como Rita Hayworth, ya casada con el Agha Kam, que interpretó la película «Gilda» con el famoso «striptaise» del guante largo y sensual y que en una fiesta campera lució como pudo el sombrero ancho junto al torero y el conde de Villapadierna, para remolonear un poco en lo de contraer matrimonio, cosa que hizo, el 8 de diciembre de 1967, en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe con la guapísima señora doña Concepción Spínola. A los diez meses, en Madrid, nació Miguel Báez «Litri IV» que iba a seguir los pasos de su padre en una carrera más intensa que la de su progenitor aunque menos explosiva. Para lo del matrimonio, este «Litri» de hoy parece que también se resiste lo suyo puesto que ya ha pasado de los treinta y no se adivina que esté cerca tal acontecimiento. Torero favorito de las mujeres, apuesto y simpático, ha tenido muchas aventuras, entre las que destaca la que tuvo con la hoy señora de Francisco Rivera Ordóñez, Eugenia Martínez de Irujo, y con la princesa Lala Hasna, separada y con dos hijos, hermana de Mohamed VI de Marruecos y algunos idilios más, aunque Miguel Báez Spínola siempre ha defendido su intimidad y la de sus parejas para tratar de impedir cualquier especulación sobre sus amores y flirteos. Ahora mismo se habla de un crucero del torero con la princesa y de que Miguel ha instalado un helipuerto en una de sus fincas para que la comunicación con Marruecos sea todavía más discreta.

Esta es, hasta hoy, la historia de la familia «Litri» que, como se ve, no es para considerarla tan extraña salvo en el episodio de la muerte de Manuel Báez, su



Miguel Báez «Litri» y Conchita Spínola cortan la tarta nupcial.

identidad y las especulaciones surgidas sin ningún rigor histórico ni científico. Cuatro generaciones, y puede que media, de toreros por aquello de los hermanastros reales o adoptados.

Nota aclaratoria: He seguido la antigüedad de las alternativas de los toreros citados y cuando ha surgido alguna dinastía o algún vínculo familiar o afectivo he tratado de unirlos a todos como si quisiera dibujar un árbol genealógico sentimental. Para completar este siglo XIX me faltarían a la cita NICANOR VILLA «VILLITA», hombre serio y sin más historia que la de su matrimonio, y JOSÉ GARCÍA «EL ALGABEÑO», un gran matador de toros de buena estampa, arrogante y distinguido que se mantuvo en activo en el siglo XX hasta su retirada el 11 de agosto de 1912 y que disfrutó de un dorado y apacible retiro en su Sevilla hasta que falleció el 7 de enero de 1947. Se casó el 8 de diciembre de 1898 con una Carranza, hermana del también matador de toros Pedro Carranza «Algabeño II», parientes de la esposa de Diego Puerta. El día de la ceremonia, los contrayente comieron en Sevilla a las dos de la tarde para marchar después a La Algaba con dos «breachs» y el carruaje de don Francisco Mata y su esposa Dolores Rodríguez, los padrinos. El alcalde señor Clavijo salió a la carretera a recibir a la comitiva compuesta por dieciséis personas y la novia vistió un riquísimo traje de paño negro de París con ramos de azahares en la cabeza y riquísimas alhajas. El corresponsal de *Sol y Sombra*, Carlos L. Olmedo dijo que estaba deslumbrante, pero no daba en su crónica el nombre de la desposada. Sí señaló que el cura fue don José Casas y los testigos don Manuel Clavijo y el señor Rodríguez.

El hijo del nuevo matrimonio, José García y Carranza, también «Algabeño», también un buen torero y estoqueador que se desinfló hacia 1929 y que una cogida que sufrió en Bayona le mandó a su casa para dedicarse al rejoneo y al acoso de reses a caballo. Aseguran las crónicas que su destreza con la garrocha era especial. Se casó con Araceli Benjumea y murió, el 30 de diciembre de 1936, en una acción de guerra en el frente de Córdoba. Y para seguir la tradición torera de las Alba, se asegura que fue el torero favorito de la madre de la duquesa Cayetana. No digo ni insinúo nada. Bueno, sí, digo algo pero no insinúo nada.

SIGLO XX

En el momento de la retirada de «Guerrita», 1899, era cierto lo que el propio Rafael aseguraba: después de él, «nadie», y después de «nadie», el Fuentes. Pero, casi al unísono, aparecieron en los ruedos el sevillano Ricardo Torres «Bombita», que tomó la alternativa en Madrid pocos días antes de la retirada del segundo califa cordobés, y Rafael González «Machaquito», otro cordobés que recibió el doctorado también en Madrid, el 16 de septiembre de 1900. Los dos forma-

ron una pareja magnífica contrastada con el sello generoso de sus sangres y la hombría de la fidelidad a la palabra dada. Plantearon «el pleito de los miuras» por las razones que ya he detallado al hablar de Ricardo «Bombita» y se encontraron con el gallego señor Mosquera, empresario de Madrid, que se empecinó en llevarles la contraria y ampararse en la actitud servil de «Quinito» y «Rerre», la acomodaticia de «El Gallo», la bondad de Vicente Pastor y la solidaridad del resto de los ganaderos que se pusieron al lado del ladino y aprovechado Miura. Se cerró el coso de la carretera de Aragón para Ricardo y Rafael, aunque ambos se mantuvieron al frente del escalafón durante las temporadas de 1909, 1910 y 1911 y cuando volvieron a Madrid, en 1912, cobraron más que los demás y sus actuaciones fueron de lo más lucidas, como correspondía a dos toreros extraordinarios, una de las parejas señaladas de la historia de la Tauromaquia. Se pueden contar con los dedos de una mano y puede que sobren dedos: Pedro Romero y «Costillares», «Lagartijo» y «Frascuelo», la más longeva, «Bombita» y «Machaquito», «Joselito» y Belmonte y...

En el aspecto sentimental de este comienzo del siglo XX habrá que recordar a RAFAEL MOLINA y MARTÍNEZ «LAGARTIJO CHICO», hijo del gran subalterno Juan Molina y sobrino de «Lagartijo el Grande», que perteneció a la cuadrilla de «Jóvenes Cordobeses» como segundo espada, torero de grandes aptitudes artísticas pero una abulia y una dejadez desesperantes, que tomó la alternativa el mismo día y en la misma plaza de Madrid que su compañero «Machaquito» y que se casó con doña Angustias Sánchez. Un varetazo en el pecho que sufrió en Zaragoza acentuó su dolencia tuberculosa y murió el 8 de abril de 1910. Doña Angustias se casó en segundas nupcias con otro torero, Manuel Rodríguez «Manolete» y de este matrimonio nació el 4 de julio de 1917 Manuel Rodríguez Sánchez, el único «Manolete» para la historia.

Aun hubo otro «Lagartijo» en los años cincuenta, Rafael Soria Molina, sobrino nieto de doña Angustias, que hubiera difuminado los triunfos de sus parientes antecesores de ser cierto lo que contaban sus amigos y algunos aficionados cordobeses que veían lo que hacía en el campo. Todo quedó en la entelequia de lo que pudo haber sido y no fue.

«MACHAQUITO», EL TORERO Y LA INGLESA

Es el único torero al que se puede definir con una escultura concreta en la que ni siquiera está el presente. Solo el toro levantando la mano izquierda, a punto de rodar, con la sangre en la boca y un girón de la camisa torera en el pitón derecho: «La estocada de la tarde», de don Mariano Benlliure. Falta el protagonista, el que hundió la espada en todo lo alto y por poco se deja en el pitón, además del retazo de la rizada pechera, esa su vida ofrecida siempre con generosidad: Rafael González y Madrid «Machaquito».



«Machaquito» se casó con la nieta de un general inglés.

Fernando Gillis «Claridades», en su libro *El torero de la emoción: Rafael González «Machaquito»*, publicado en 1912 por Renacimiento, cuenta con un lenguaje florido y engolado la vida y milagros de un cordobés cabal al que se le achacaba la contundente proclama de sus convicciones con la siguiente frase: «Los dineros y la leche para casa».

En consecuencia, cuando don Rafael «Machaquito» murió en 1955, dejó treinta y cinco descendientes entre hijos, hijos políticos y nietos y una aseada fortuna. Pero el señor Gillis, a la antigua usanza, «aponderaba» las hazañas conquistadoras de Rafael antes de llegar al matrimonio: «Un romance olvidado de guayabera y gorra. Una aguerrida lidiadora que lo rapta en Montoro... Amor lleva en el arco un estoque torero. No se cumple un contrato, quedan presos los fugitivos lidiadores y en la cárcel del pueblo, entre el oro viejo del montilla y la plata de una amorosa voz, la picardía andaluza da sus frutos y el carcelero pasa una noche en vela». No lo entiendo, pero ¡ahí queda eso!

«Y en Córdoba, una reja echando sangre de claveles y unas tapias muy altas que cercan un paraíso y que “esuellan” las manos al subir. Y en Granada... ¡Oh, el ingenio de amante!»

«Una noche, en una calle mora, de esas a las que en Córdoba pone un poco de cielo azul toldo de estrellas, me lo encuentro embozado con una capa.

—¡Pero, hombre, si no hace frío!

—No, si es por esto. Y saca unos estribos de vaquero con sus correas puestas.

—¿Y esto para qué es?

—Voy a hablar por la reja con mi novia y como está muy alta no le llego a la cara.

¡Oh, el ingenio!

La hembra resuelta tiene siempre un recuerdo para el torero cordobés».

Es temerario, como sus intenciones; es rudo, como su displicencia; es resuelto y audaz, como sus horas de deseo. ¡Es torero!

En México, una tarde está ciego en su furia; se adentra en el terreno de las reses, las escupe, asusta, maravilla; al fin, una le alcanza; es terrible el envite y horrenda la cornada. En pie, la plaza entera lanza un ¡ay! de dolor. Entre las sedas destrozadas está el torero en la camilla, blanca su tez morena, negros sus labios rojos. Una gallarda hembra, elegante, gentil, entra radiante de belleza, resuelta y dolorida, en la enfermería de la plaza y echa sobre el cuerpo del diestro un busto perfumado de una amazona herida. Un doctor la conoce. Artista de renombre, hermana de otra artista de fama universal. Un mocetón la acompaña. El doctor dice:

—Su marido.

(Todo esto lo cuenta don Fernando Gillis en el libro citado, pero no sé ya dónde poner las comillas y he decidido seguir hasta el final con esta barroca pro-

sa en la que se insinúan aventuras amorosas de «Machaquito» con una ingenua sutileza.)

Aquella noche, el sueño del torero lo veló una mujer hermosa.

Pero «Machaco» no quiere amores fáciles; presiente su Julieta. Amor no loco y caprichoso; amor santo, su amor, llega a él un día en el fulgor de unos ojos que ríen en un primor de casa.

Está en Lorca, en un palco del teatro, en ferias del 903.

Una gentil muchacha, de ojos de mora y labios de clavel (otra vez la imagen del clavel), le ha mirado curiosa.

—¿Y aquella señorita?

Su acompañante no lo sabe.

—¡Bah!

Y en Córdoba, en Sevilla, en Madrid, donde va, los ojos de la damita le persiguen.

Al año siguiente torea en Cartagena por las ferias. La noche de la primera corrida, Santamaría y Rafael Barrionuevo, sus amigos, van por él.

—Vente por ahí, que has «estao güeno».

—«Arzando.»

Y entran en la «kermesse». En uno de sus kioscos, rodeando su cuerpo de sultana un pañolón de flecos, está la hermosa hembra que vio en Lorca, en el palco. Es la misma, no se le ha despintado. Ella le va al encuentro. Sonríe. En la mano, como cetro de «emperatriz», lleva una copa de «champagne».

Gusta del vino y se le entran por el alma las burbujas.

—Para los pobres.

—¿Quién no, pidiendo usted?

Dos billetes de cien pesetas (ahora serían de euros) abonan su largueza; corren las copas, el donaire andaluz se esparce en lluvia de requiebros; bajo las frondas del jardín, dos corazones novios se pasean.

—Luis, Luis, la he vuelto a ver y le he hablado.

Luis Viudes, el mozo de estoques más formal que tiene matador, «Cienguiños», como le llama Eduardo Muñoz, rabioso y vengativo cuando juega con él al «mus» y pierde porque se equivoca en las señas, mira, como quién duda de la cordura de su juicio, al diestro cordobés que se pasea agitado por el cuarto del hotel en que se aloja.

—¿A quién has visto?

—A la de Lorca, «so» guasón; es hija de un ingeniero inglés muy principal que vive en Cartagena, apunta, apunta ahí... Ángeles Clemen... ¡vaya un apellidito!..., a ver, a ver, sí, sí, Clementsón; en Los Molinos, Cartagena... Apunta, que no se nos «olvie»...

Desde aquel día, corazón de león torero tiembla de miedo y emoción cuando se sienta ante un pupitre para contar sus cuitas amorosas, procura hacer la letra más bonita y busca y busca frases que no le salen lo dulces que deseaba.

Más... no puede seguir; eso de escribir y escribir es «pa» los literatos; él es un matador de toros y no se apaña bien con los juegos de los escritos. ¡Está «challao del too» por Ángeles; tiene casas, cortijos y rentas en el Banco; lleva un nombre que suena a algo glorioso en nuestra España en fiesta! ¡«Ea», pues a pedir-la!

Y en aquella cesta (coche de caballos de alquiler) en que le vimos en San Sebastián aquella mañana del día 20 de agosto, en cuya tarde tuvo un éxito colosal como torero, se va a Fuenterrabía, en donde se encuentra ella con sus padres en veraneo elegante.

(Me canso de copiar y, tras la supuesta petición de mano, aligero el relato y me baso en fuentes más austeras, pero más informativas: «Sol y Sombra».)

La boda se celebró el 4 de noviembre de 1906 y en Cartagena, en la «Villa Potosí», en Los Molinos, residencia de los padres de la novia, en la que se instaló una capilla. Estaban invitados don Benito Pérez Galdós, el diputado radical Rodrigo Soriano, el opulento industrial bilbaíno don Félix Chavarri y Rafael Guerra «Guerrita». Faltó «Guerrita» que a última hora mandó un telegrama en el que decía: «Siento no ir a acompañarte en el casamiento, temiéndole al frío». «Machaquito» lamentó su ausencia.

El batallador diputado Rodrigo Soriano llegó a Cartagena con un gran jarrón de plata y una tarjeta con esta dedicatoria: «Salud al gran “Machaquito”, cuyo estoque envidio en las Cortes». Y luego escribió una crónica de la boda con este final: «...yo asistí a la boda de “Machaquito” para consagrar en ella a los futuros hijos de una gran raza, frutos del amor, de la gallardía, de la belleza, de los cuadros de Goya, de los aventureros españoles; la espiga dorada, azotada por vientos, emperadora de la tierra, cuna de fecundidad, sin más dueño ni amo que el sol y el viento, el amor y la vida». Bueno, ¿y qué?

El bilbaíno Félix Chavarri acudió a Cartagena con su yate «Laurak-bak» y llevó a los novios un mueble de ébano con una cubertería que labraron los obreros del industrial y que se valoró en más de veinte mil duros. Los miembros de la cuadrilla del novio, «Zurito», «Gordo», «Chatín», «Mojino», «Camará» y «Patatero», le regalaron a la novia unos pendientes de brillantes. También acudieron, aunque éstos no se dice que aportaran sus regalos, los cronistas taurinos Eduardo Muñoz «N.N.», de *El Imparcial*, «Barquero», Manolo Serrano, García Vao «Dulzuras» y Ginés Carrión, director de *Sol y Sombra*, y amigos del torero como el conde de Casillas de Velasco, Manolo Ruiz, Barrionuevo y Germán Adell. José Hurtado de Mendoza, profesor de la Escuela de Ingenieros Agrónomos de Madrid, sobrino de Galdós, fue el padrino, casi un padre, de «Machaquito». Los padres de la novia eran don Carlos Clementson y la española doña Soledad Palma. Así parece que se entiende más lo de la coincidencia entre Angeles y Rafael. Hubo despedida con «champagne», bebida de moda en aquellos años, y la novia vistió un traje de encajes blancos, cosa no muy habitual para entonces, con blanco velo y una línea de azahares que enmarcaba el

rostro de la desposada. Rafael vistió un traje de etiqueta normal, como un burgués en fiesta y algunos puristas se lo afearon. Tenía que haberse vestido de corto, con pantalón ajustado, chaquetilla corta y tocarse con un calañés. Ofició la ceremonia el capellán Juan de Maturana, párroco de Los Molinos, y fueron testigos por parte del novio, Pérez Galdós, Rodrigo Soriano y Chavarri, y por parte de la novia, Aznar, Benítez y Muñoz. José González y Madrid, que fue de puntillero con su hermano buena parte de su carrera, se abrazó a Rafael y le musitó al oído: «¡Si estuviera mamá!».

La novia, Ángeles Clementson Palma, nieta de un general inglés, recibió del novio un estuche con una cruz de rubíes, brillantes, perlas y esmeraldas, un broche de brillantes y esmeraldas, un «sprit» de brillantes, dos sortijas lanzaderas, dos solitarios y un imperdible de brillantes. La abuela de la desposada, viuda del general Clementson, le regaló un traje bordado en oro.

A la una del mediodía, tras la ceremonia nupcial, hubo un lunch muy animado y los novios trataron de cambiarse de ropa para trasladarse a la estación y tomar el tren que los llevaría hasta Madrid sin que se enterara la mayoría. Algunos invitados, tercicos y poco prudentes, también subieron a ese tren y acompañaron a los desposados hasta la capital de España. Hay cariños que matan.

Al cabo de los años, cuando en enero de 1948 «Machaquito» tuvo que sufrir una operación quirúrgica, demostró que seguía siendo el mismo que a principios del siglo XX asombró a los aficionados: «A mi huerto de San Rafael me iré con mi esposa, con mis hijos y con mis nietos, y con los buenos amigos que quieran ir a verme».

EL SOLTERÓN VICENTE PASTOR

«El Chico de la Blusa», «El Sordao Romano», su casa en Embajadores con ascensor. Su bondad ingenua, «hay que ver Rafael, cómo está el público» (tarde nefasta de «El Gallo». «Para ustedes, superior: los he dejado roncós»). Lo de la blusa porque toreaba las vacas al final de las novilladas y vestía con una blusa larga de las de ir al trabajo, lo de «sordao romano», guasa sevillana. porque parecía que tenía los pies de plomo. Pero cortó la tercera oreja que se concedió en la Maestranza y tras «Joselito» y Belmonte. Seriedad y voluntad férrea. En Madrid le quisieron sus paisanos y le trataron con deferencia hasta en sus últimos días, cuando asesoraba a la presidencia en Las Ventas. En la colección de «El Cuento Semanal» se publicó hacia 1911 uno con el título de «Los amores de Vicente Pastor» que no conozco, aunque me imagino que tendrá su guasa.

—¿Por qué no se casó, Vicente?

—Porque mientras estuve toreando me hice el propósito de no proporcionar inquietudes a ninguna mujer. Bastante sufrían mi madre y mi hermana.

Y, una vez decidida mi retirada, cuando pensé en el matrimonio y puse los ojos en una mujer creyendo que había llegado mi hora, recibí unas enormes calabazas. Tres veces intenté casarme y las tres me dijeron que no, cosa que agradezco de todo corazón a esas tres damas que me rechazaron porque de soltero me encuentro muy bien.

Recuerdo pero no puedo precisar quién fue el protagonista, que a un famoso personaje le preguntaron lo mismo: ¿por qué no se casó?

—Es que buscaba la mujer ideal.

—¿Y no la encontró?

—Sí, pero ella, a su vez, buscaba al hombre ideal.

LOS BIENVENIDA, GLORIA Y DESVENTURA DE UNA CASTA DE TOREROS, DIEZ

Los tres primeros toreros de esta dinastía nacieron en el pueblo pacense de Bienvenida: Manuel Mejías Luján, banderillero que murió el 21 de mayo de 1908, José Mejías Rapela que nació el 1 de abril de 1880 y murió, en Sevilla, el 20 de noviembre de 1959, banderillero con su hermano y casado con la francesa Rosa Fernier, de Chateaurrenard, y Manuel Mejías Rapela que nació el 12 de febrero de 1884.

Y aquí nace también la historia de una familia que ha dado a la fiesta de los toros diez profesionales, seis matadores de toros, dos novilleros y dos banderilleros. Y muchos días gloriosos y otros muchos trágicos que marcan profundamente el relato de esa historia. Y fue Luis de Armiñán con su «Vida y novela de un matador de toros», libro editado por Biblioteca Nueva en 1953, con una portada e ilustraciones de Casero, el que reflejó negro sobre blanco todo lo que le contó don Manuel, «Bienvenida III». Y puedo asegurar que don Manuel era un gran conversador que, a veces, se perdía por los vericuetos de la fábula. En los años sesenta, pocos antes de su muerte, fui un día a su casa de General Mola, 3 (antes y después, Príncipe de Vergara). Estaba solo porque doña Carmen, su esposa, se había marchado unos días a casa de su hijo Ángel Luis, puesto que se decía que el «Papa Negro», seudónimo que le puso «Don Modesto», le había tirado los tejos a una joven cajera de la cafetería «Galatea» que estaba en la misma calle de General Mola, en la acera de los pares. Y es que «genio y figura hasta la sepultura». De su inclinación por la gente de la farándula me contó algo que me creí a pies juntillas dada la fama de don Alfonso XIII. «Estaba en el camerino de cierta artista cuando alguien llamó precipitadamente a la puerta y me informó de que el Rey anunciaba su visita. Salí precipitadamente de la habitación y tuve que ceder el turno a Su Majestad». ¿Quién era aquella artista? Puede que fuera la actriz Carmen Ruiz Moragas que se casó con Rodolfo Gaona.



Don Manuel y Doña Carmen el día de su boda.

Cuento esta anécdota como prueba de que lo que escribió Luis de Armiñán no es producto de su imaginación: todo lo que se refleja en esa vida y novela puede ser que no ocurriera en la realidad, novela, pero es seguro que se lo contó el tercero de los Bienvenida, como, por ejemplo, lo que le ocurrió en su época de becerrista en Madrid, cuando vivía en casa de don Ramón Gasset. Un día, vestido con el traje verde que le hizo Retana y le pagó su protector, le brindó uno de los becerros a Paola del Monte, artista famosa que ya conocemos por su relación con Reverte, y ésta le lanzó al ruedo una caja con una moneda, un «luis», y un billete de veinte duros. Al terminar el festejo, Manolito, en compañía de don Ramón, fue al Salón Musical donde actuaba la guapa artista para agradecerle el obsequio. Ella llevaba sobre el pecho un gran dije cuajado de rubíes enmarcando el retrato de Reverte. Decían que era ella la que le había regalado al torero el famoso automóvil comprado en París y que estuvo en Bayona siempre a su lado cuando la cornada en aquella plaza francesa. Pero todo eso ya lo he contado al hablar del torero de Alcalá del Río.

En uno de los viajes que Manuel hacía a Sevilla para ver a su familia, fue al hotel donde estaba Paola del Monte y, al saludarle, ésta le manifestó un ruego:

—Manolito, tiene que hacerme un favor muy grande.

—Lo que usted mande.

—Vas a llevar a Antonio esta carta.

—Señora...

—Sí, ya sé, no es un recado para ti. Pero él no quiere verme, no me hace caso y únicamente tú puedes llegar a su lado.

—Pero..., me va a dar dos cates.

—No importa. Toma, coge lo que quieras, admíteme dinero, hazlo de balde, pero hazlo. ¿No ves que me muero?

No es que Manolito lo viera, pero con la admiración de un chaval a una señora estupenda, decidió colaborar.

—Iré. ¿Sabe usted si esta en Alcalá?

—Sí, ve, vete... Espero de tus manos la vida.

Le dio unas monedas para la diligencia y Manolo se buscó la colaboración de su compañero de correrías, «Revertito», que era sobrino del famoso diestro y que también quería ser torero. La historia de una mona agresiva que tenía en su casa don Antonio, el temor al temperamento del tío y la llegada ante la casa con una Virgen en la cancela y la cabeza de un toro bajo los arcos de un patio adornado con palmeras y mecedoras para la hora del cigarrillo y la siesta. Malos modos por parte del maestro y la entrega de la carta como el que no quiere la cosa.

—¿Cuánto t' a dao por traerla?

—Lloros.

—Pos dila que lo acabao s'acabó. Y llévate la y que yo no te vea más ende-lante mía.

Volvió el chavea, la devolvió la carta a Paola y ya se sabe como acabó aquello, trágicamente.

Pero Manolito tenía sus propias aventuras, la primera con Estrellita, la chica más guapa del Pasaje Andreu, coquetuela, encantadora, explosiva... Pero Manolo se marchó a sus correrías toreras y, a su vuelta a Sevilla, su amigo Manolo Navarro le advirtió que Estrellita tenía otro novio. Cogió los recuerdos y regalos de ella y se fue a ver a su madre.

—Entréguele esto a su niña y dígame que me verá de matador de toros con más ruido en Sevilla del que pué figurarse.

Armiñán cita eso de que la mancha de mora con otra mora se quita y que para reemplazar a Estrellita estuvo Rosalía, la virgencita morena del barrio de la Carretería. Endiosado y vanidoso, tuvo amores de un día y de un rato, pero siempre volvía a Rosalía.

—Déjame que me divierta con otras. Contigo la cosa va en serio. Tú y yo nos casaremos, Rosalía.

No fue así y ya era novillero de cartel Manuel Bienvenida cuando conoció a la tiple Sara López. Ella tenía 16 años y un gran porvenir por delante. En Zaragoza, el día de la alternativa, se volvió a encontrar a la cantante y, después de terminar el ciclo del Pilar, se fue el nuevo matador de toros a Barcelona porque ella actuaba en aquel lugar. Y aquellos amores se hicieron necesarios, precisos y absorbentes, inaplazables y con la maleta tras los lugares en que actuaba la señorita Sara López. El disgusto de la familia era palpable y la opinión del padre rotunda:

—El que quiera ser torero grande no puede tener otro entretenimiento que el toro. Esos niños que se lían con las gachis y lo creen tener todo hecho se van al montón de cabeza. Los toreros de talento no mirán a las mujeres hasta que terminan la carrera.

Manuel, que ya había dejado de ser Manolito, ponía como disculpa el fracaso de los amores que él llamaba blancos y que se había obsesionado con Sara López. Aun tuvo otra novia, la hija de don Juan Agudo, un hombre muy partidario del torero que le agasajaba con fiestas y regalos. En Linares, en una fiesta, al bajar una escalera, un señorito de buena familia malagueña le ofreció el brazo a la hija de don Juan y ella lo aceptó. ¡Ay, madre mía! Su novia del brazo con otro, y el padre con los regalos y la chica que le suelta una impertinencia: «Tú, por lo visto, te vas a gastar todo en brillantes para luego comer de lo mío». Estaba tocando el piano y Manolo le agarró las manos y sentenció: «No sabes con quién te ibas a casar».

En un viaje a México se encontró con Rafael el Gallo en el teatro Principal donde actuaba la bellísima cantante de zarzuela Cándida Suárez, con la que el «Divino Calvo» trataba de formalizar una relaciones después del fracaso con Pastora. Rafael pidió a «Guerrita» que fuera su padrino de boda y éste le contestó con éste escueto telegrama: «Te engancharon por la faja. Conforme en ser

tu padrino. Rafael». Salió ileso. Lo contaba Bienvenida que volvió a coincidir en aquel teatro mexicano con Sara López y rompió el noviazgo de ésta con un barítono de la compañía. Compró Manuel una muñeca y organizaron un bautizo en el que actuaron de padrinos Cándida y Rafael en una fiesta que empezó a las 7 de la tarde y terminó a las 8 de la mañana y costó tres mil pesos. Un periodista guasón transmitió a España una crónica como si fuera cierto que Manolo y Sara habían bautizado a su hija. La madre de Bienvenida, Teresa Rapela, telegrafió escuetamente. «Dime si es verdad lo de la niña.» El caso es que artistas y toreros embarcaron para España en el mismo buque y que en la travesía Sara López dio a luz una niña, aunque parece que el padre era el barítono burlado. No le salían las cuentas a Manuel Mejías «Bienvenida».

Mil novecientos nueve, año aciago por la muerte de Manuel Mejías Luján, y la corrida de Madrid de Trespalacios y la cogida que condicionó el futuro tau-rino de nuestro héroe. Entonces conoce a Carmen Jiménez Álvarez, hija de un tallista, nacida en Sevilla y vecina de la calle de la Pimienta, pero, en aquel entonces, vecina de la Cava Baja, en el 8, en Madrid.

—¿Por qué es usted torero?

—¿Qué quiere que sea, albañil?

Ella tenía 16 años y no comprendía la fiesta y el dolor de Manolo que arras-traba su pierna por la lesión del ciático que le produjo el «trespalacios». Decref, un ortopédico, le había hecho un aparato combinación de bota, zapatilla y un muelle que le hacía flexionar la pierna y estaba dispuesto a seguir. Ella le repetía que no comprendía, pese a ser sevillana, que la gente se divertiera con un hombre en peligro. Se murió doña Carmen sin comprenderlo pese a que en su casa siempre oyó hablar de toros.

Manuel y Carmen se casaron el 17 de septiembre de 1911, en la iglesia del Buen Suceso de la calle Princesa de Madrid y los padrinos fueron don Ángel Tejero, apoderado del torero, y su esposa Adela. Los retrató Alfonso y los cuatro-cientos invitados disfrutaron de un banquete en el restaurante «El Inglés». Los novios pasearon por el Pardo donde se encontraron con Alfonso XIII que les saludó cariñosamente y, a la salida de los toros, fueron por la calle Pardi-ñas para recibir el testimonio cariñoso de los asistentes a la corrida. Manolo hubiera querido torear aquella tarde después de la ceremonia matrimonial, pero la jovencísima novia se opuso tajantemente y pidió a su esposo que le lle-vara a Sevilla en viaje de novios. Estuvieron en el hotel Alfonso XII y visita-ron a la familia, la madre, las hermanas Luisa y Teresa, su hermano y bande-rillero Pepe y los suegros. Todas las casas se mantenían con los ingresos del tercero de los Bienvenida, que no lo veía muy claro en España y tuvo que mar-char a América.

De México, en plena revolución, cuenta las aventuras en casa de «La Pe-ruana» con los tiros, las efusiones amorosas, las amistades de aquella mujer que

era amiga de generales y políticos, su casa que era casa de pecado, las idas y venidas entre gritos y balaceras y el remordimiento y recuerdo de su mujer y de su hijo Manolo que ya había nacido en Dos Hermanas. Por fin llegó a Veracruz, en donde coincidió con Martín Vázquez y el gran actor Enrique Borrás y en cuyo puerto tomaron todos el buque que, entre tormentas y sustos, les llevó a España. Bautizo de Manolito con el sastre cartagenero Alberto Robles de padrino. A Madrid, primero en la calle del Carmen y luego en un hotelito de la calle Alcalá, en el número 144, en lo que entonces se conocía como el «Madrid Moderno». Nuevo viaje a América con parada en Lima y simpatías con la canzonetista Resurrección Quijano. En España nació su segundo hijo, Antoñito, que murió a los seis meses. En Bogotá corridas para mujeres hasta completar 17 funciones. El año de la gripe, 1918, embarca doña Carmen en el «Infanta Isabel» con sus hijos Manolo, Pepe y Rafael que se quedaron a vivir cuatro años en Cartagena de Indias, en Colombia. Allí nació una hija, Carmencita, que murió cuando apenas había cumplido un año. Al mismo tiempo don Manuel se las veía y deseaba para conseguir dinero para el sustento de los suyos y ello da pie al relato de aventuras increíbles como las de José Astruc y los jíbaros reductores de cuerpos humanos y en particular el del jefe Kirruya, momia que le dejó en prenda el tal Astruc a Bienvenida a cambio del préstamo de mil soles, y la venta de acciones de una petrolera en un barco con una joven despampanante y un mozo preparadísimo. Acciones en trueque por la momia de Kirruya y penúltima aventura con la cantante de ópera, la italiana Tina de Lorenzo, que estaba casada con el signior Falcó, pero solo para las apariencias. Se enamoró del torero y quiso poner a su nombre su chalet de Milán para vivir en él después de arreglar las cosas.

—Estamos en tierras en las que los divorcios son fáciles —decía la cantante—, le ponemos una renta fija a tu mujer y a tus chiquillos para que no les falte de nada y nos vamos los dos juntos.

La verdad es que don Manuel estaba pasando unos momentos muy amargos y aquello era la liberación, la solución para los problemas de su esposa y de sus hijos, al tiempo que él quedaba en los brazos de una mujer joven y bonita, refinada, culta y famosa, demasiado famosa. Se arrepintió a tiempo. Otra vez se encontró por aquellas tierras con Rafael el Gallo que estaba acompañado por «Rosarito la Coriana» y una sobrina artista de los tablaos. Y en Medellín con su hermana Luisa, oveja sin traba del rebaño familiar. Mal aconsejada, guapa y ambiciosa, había debutado en un teatrillo de Madrid. En Guatemala el encuentro fue con Lola Membrives, el nóbel Jacinto Benavente y el torero-empresario Matías Lara «Larita», que organizó varias corridas y luego dijo que el mozo de espadas se había llevado el dinero y no podía pagarle a Bienvenida. A punta de pistola y sacándole el dinero de las botas, entre los calcetines y la ropa interior, logró recuperar sus honorarios. A Caracas, en donde el 25 de junio de

1922 nació Antonio Bienvenida. Y, por fin, el regreso a España y el nacimiento de Angel Luis, Carmen Pilar y Juanito. Nueve hijos e increíbles aventuras. Y ni una queja, doña Carmen.

Empezaron a torear los dos hijos mayores y se despejó el horizonte económico pero se multiplicaron los sufrimientos de la madre.

MANOLO BIENVENIDA

Manuel Mejías Jiménez «Bienvenida IV», el primer hijo del matrimonio de Manuel y Carmen, nació en el sevillano lugar de Dos Hermanas. Un prodigio de simpatía y un precoz lidiador que llegó pronto a los tendidos. Pero murió muy joven de un cáncer de pulmón, según testimonio del doctor Jiménez Díaz, en agosto de 1938. Decían que «el corazón se le abría a todos los amores y que buscaba entre las mujeres a la que haría su esposa y creyó encontrarla. No fue afortunado. Diferencias de clase, las naturales incomprensiones del que nació muy alto le amargaron el idilio. Es posible que ella hubiera sido su mujer y con su nombre en el alma abandonó este mundo».

PEPE BIENVENIDA

José Mejías Jiménez «Bienvenida V» nació en Madrid el 7 de enero de 1914 y formó pareja con su hermano Manolo en una carrera más lenta pero sólida por los conocimientos técnicos de un torero que pasó a los anales taurinos como una de los mejores banderilleros y un gran intérprete de la suerte suprema, en especial en su modalidad «de recibir». El extraño fenómeno de la diversidad de estilos de los hermanos toreros. Pepe Bienvenida fue un torero completo al que le pudo la abulia, la apatía. En su larga vida profesional apenas pasó por la enfermería de las plazas de toros en contraste con su hermano Antonio, que resultaba herido apenas le tropezaba un toro, y, sin embargo, fue a morir a la enfermería de la plaza de Acho de Lima cuando actuaba en el festival «Pancho Fierro» y contaba 54 años, el 3 de marzo de 1968.

Se casó con la actriz de teatro Pastora Peña pero se separaron al cabo de unos años y, entonces, se le conoció lo que ahora se llama compañera. Era una rejoneadora exótica, de procedencia africana y de raza blanca que se anunciaba como «miss Támara». Pepe se fue unos días a París y a la vuelta actuó en un festival en el que no lució su habitual poderío lidiador y la rejoneadora comentó con acento inglés: «Pepe, Paguis, piernas flojas». Un testimonio gráfico del estreno de «Tarde de Toros», película que protagonizó Antonio Bienvenida junto a Domingo Ortega y Enrique Vera, estreno que tuvo lugar en Madrid el 2

de mayo de 1956, nos presenta a Pepe Bienvenida junto a Támara acompañados por César Faraco, «El Cóndor de los Andes», torero al que apoderaba don Manuel.

Támara Louwe se sentó al lado de Pepe en un banquete que se dio en honor de Antonio, ejerció alguna vez como rejoneadora y tengo constancia documental de un novillo que mató en Castillo de Higares, la finca de Pedro Gandarias. No conozco el final de esta historia. Sí recuerdo la última vez que vi a Pastora Peña en el teatro, en una comedia dramática en la que sacrificaba su pudor femenino para desengañar a un joven equivocado sexualmente que interpretaba un nieto de Guillermo Marín. Me acuerdo del argumento pero no del título de la obra. Tampoco conozco el destino de las dos mujeres de la vida de Pepe Bienvenida.

RAFAEL BIENVENIDA

Rafael Mejías Jiménez «Bienvenida VI» nació en Sevilla, el 7 de agosto de 1917, y se vistió de torero por primera vez en México junto a sus hermanos Manuel y Pepe. Murió asesinado en Sevilla, el 17 de marzo de 1933, cuando tenía quince años.

Por esta circunstancia pasa como de puntillas Luis de Armiñán. Lo comprendo. Es una historia turbia, de locura y malas pasiones de un hombre de la confianza de los Bienvenida que no supo reprimir sus deseos y que segó la vida de un chaval inocente. Lo cuenta con detalles y testimonios Antonio Santaínes en su libro sobre la dinastía de los Bienvenida.

Piso principal de una casa cuyos bajos estaban ocupados por el establecimiento «Punta del Diamante», en la Avenida de la Libertad de Sevilla. José Sánchez Elena, sobrino de Ignacio Sánchez Mejías y primo de José Ignacio, se lo contó a Santaínes:

«El Papa Negro quería que Rafael estudiara, que no siguiera el camino de sus hermanos mayores, y encargó a su administrador Antonio Fernández que le diera lecciones, cosa que hacía en casa del marqués de Paradas». Un día Rafael se volvió a la finca «La Gloria» y dijo a sus padres que no quería volver a Sevilla a recibir las lecciones que le daba don Antonio. No se atrevió a decir más.

«Rafael acompañó a Manolo a Sevilla porque iba a tomar el tren para Valencia, en donde toreaba al día siguiente. En la estación apareció Antonio Fernández que se unió al grupo de los primos José Ignacio y José y los hermanos Bienvenida. Tras despedir a Manolo, Sánchez Elena se fue a casa del doctor Recasens para recibir las enseñanzas que cursaba. José Ignacio y Rafael se fueron a la casa del primero, en Libertad. Allí estaban tomando un café cuando

llamó el tal Antonio Fernández, al que José Ignacio también invitó a café que le sirvió una doncella en una amplia habitación amueblada al estilo moro con tres camas, una mesa, el teléfono y un sillón grande. Rafael hojeaba la revista *Campeón* que publicaba *ABC* y José Ignacio hablaba por teléfono con su novia. Mientras mi primo iba a la cocina a encargar más café a la doncella oyó un disparo en el salón en donde había dejado a Rafael y Antonio. Volvió asombrado a la habitación y se encontró con el administrador de los Bienvenida que le gritó: «Tú vete, porque este me ha hecho una cosa muy mala. Tú vete que si no te mato.» José Ignacio se precipitó escaleras abajo y escuchó dos disparos más, salió a la calle y se marchó a la finca de «Pinomontano», la que Sánchez Mejías compró a su cuñado «Joselito» y que había sido de Rafael «el Gallo».

«La policía creyó en un primer momento que el autor del doble crimen había sido mi primo puesto que el asesino había disparado a Rafael un tiro al corazón y otro a la región mentoniana y luego había vuelto la pistola hacia su boca y se había suicidado. Pronto se deshizo el equívoco y se multiplicaron las opiniones. Se supuso que este Antonio Fernández quería tener algo más que la relación de amistad que mantenía con Rafael por el cargo que le ligaba con la familia Bienvenida y por la labor de enseñanza que le dedicaba. Rafael era joven y se dejaba llevar por este hombre que le mantenía sujeto al estudio o le acompañaba cuando el chaval quería jugar al fútbol. Cuando ya fue algo mayor, Rafael quiso apartarse de los cariños o de la amistad de este hombre y como no tenía fuerzas para decírselo a sus padres porque tenía miedo a la reacción de éstos, pues decidió irse a la finca de «La Gloria» y no volver a Sevilla. Ese día volvió y ese día ocurrió la desgracia».

Setenta años después creo en la inocencia de un muchacho de quince años, en su temor a la denuncia y en la locura aberrante de un hombre desequilibrado. ¡Qué pena tan grande, doña Carmen! Era la primera de esta magnitud que sufría una madre que tanto había sufrido en su aventura por las Américas y la muerte de dos hijos de meses. Pero este golpe fue tremendo y alejó a la familia de «La Gloria» y Sevilla.

ANTONIO BIENVENIDA

Antonio Mejías Jiménez «Bienvenida VII» nació en Caracas, el 25 de junio de 1922, y murió en Madrid, el 7 de octubre de 1975, como consecuencia de la voltereta que le propinó una utrera, «Conocida», en la finca de Amelia Pérez Tabernero de las cercanías de El Escorial. Trágico destino del torero que fue el máximo representante de la tauromaquia de la naturalidad. Don Manuel, cuando le vio aquella famosa tarde en San Sebastián de los Reyes, exclamó: —Hijo, ya me puedo morir tranquilo. Ya he visto torear.



Antonio Bienvenida en la ceremonia de su enlace matrimonial con doña María Luisa Gutiérrez Balbi. Junto a Antonio, su madre.

La vida sentimental de Antonio es una vida muy sencilla y escueta: diez años de novio con María Luisa Gutiérrez Balbi y veintisiete de matrimonio con cuatro hijos, María Luisa, Antonio, Ángel Luis y Paloma. Una vida ejemplar aunque llena de luchas y sinsabores, un ejemplo de matrimonio cristiano que tuvo su reflejo en el rezo de un misterio del Santo Rosario que organizó el padre Peyton, la visita a Roma con audiencia del Papa Pablo VI, viaje que aprovechó para visitar al poeta Rafael Alberti, amistad entrañable con Felipe Sassone y el pintor Romero Resendi, torero de Madrid, torero de grandes hazañas y tardes negativas como aquella en La Coruña cuando una señora desde la barrera le dijo muy solícita «Antonio, ya te he visto esta mañana comulgando». Una sonrisa del torero y le reprendida tajante de la aficionada: «Pues menos rezar y más arrimarte». Una anécdota; los buenos aficionados que vieron a Antonio en su largo peregrinar por los ruedos, desde el cambio a muleta plegada y la cogida de Barcelona a los corridas en solitario de Madrid y los graves percances que sufrió, tienen que ser «bienvenidistas».

Al final a don Antonio, sombrero ancho a sus pies en el paseíllo solitario y madrileño, le ocurrió un poco como a «Joselito»: un año antes de su muerte como consecuencia de las fracturas cervicales que le produjo una vaca, había muerto su madre, doña Carmen Jiménez Álvarez, en los primeros días de agosto de 1974. Esto decía Ángel Luis de su madre:

«Una fuera de serie. Eso es una mujer que ha vivido solamente para su marido y sus hijos. Y ha sacrificado toda su juventud. Date cuenta —le decía a Santainés— que con veinte años ya tenía cuatro hijos y no ha ido a ninguna parte. No ha disfrutado de nada. Solamente pendiente de todos nosotros. Cuando toreábamos se arrodillaba delante del Cristo del Gran Poder que teníamos en casa y no se levantaba, en aquella época en que las conferencias se demoraban mucho y nosotros teníamos que ir de un sitio a otro, hasta que no oía la voz de mi padre que le decía «Sin novedad, Carmen». Una mujer con tanta ternura, una mujer tan fuerte a la vez, una mujer con un cariño especial para todos sus hijos. Sabía lo que le gustaba a cada hijo, sabía cómo poder contentar a cada uno».

Antonio se casó con María Luisa el 15 de noviembre de 1948, en la iglesia de la Concepción de Madrid. La novia se tocaba con una mantilla de blonda y el novio vestía traje corto y camisa de chorreras. Ninguno de sus hijos quiso ser torero.

ÁNGEL LUIS BIENVENIDA

Ángel Luis Mejías Jiménez «Bienvenida VIII» nació en Sevilla, el 2 de agosto de 1924, y, como sus hermanos, empezó muy pronto su aprendizaje de torero aunque parecía más inclinado al estudio. Por su porte, por su pelo rubio y educadas maneras, en su casa le llamaban «el inglés». Tuvo su momento de gloria taurina porque, como Bienvenida, no podía torear mal y porque, cuando dejaba en casa las precauciones, era un torero de academia, de la academia de General Mola, 3. Pero duró poco su deambular por los ruedos aunque lo suficiente para que, junto a Pepe y Antonio, quedara inmortalizado en un cuadro de Roberto Domingo de un colorista y vivo tercio de banderillas inolvidable.

En 1950 marchó a Colombia y allí, en la selva, estuvo cinco años con un negocio de maderas nobles y plantaciones de plátanos y yuca. Volvió a España y se dedicó al apoderamiento de toreros hasta que, el 30 de enero de 1960, se casó en la iglesia catedral de San Isidro de Madrid con Carmen Álvarez-Buyllé. De este matrimonio nació Miguel, el único miembro de la cuarta generación de la familia Bienvenida que ha intentado seguir la carrera taurina.

Ángel Luis Bienvenida, el superviviente, es la estampa de la amabilidad, de la sonrisa siempre afable y acogedora. Es un «gentleman» con acento sevillano.

JUANITO BIENVENIDA

Juan Mejías Jiménez «Bienvenida IX» nació en Sevilla el 21 de julio de 1929 y fue un torero con facultades y buena técnica que se malogró en parte por su

poca decisión y en parte por una lesión en un pie de la que no se recuperó nunca. Don Manuel decía muchas veces que Juanito era el torero de más posibilidades de los hermanos, pero yo pienso que lo decía un poco para proteger la innata dejadez de su benjamín. Fue un buen torero, como todos los Bienvenida.

Se casó con Conchita Maraver en noviembre de 1955, pero, al cabo de los años, se separaron. No tengo más noticias. Sí recuerdo alguno de los negocios a los que se dedicó, uno de hostelería y otro de perfumería, pero, tras la muerte de Antonio, le perdí la pista mercantil y sentimental. Murió en Madrid el 30 de mayo de 1999.

MIGUEL BIENVENIDA

Miguel Mejías Álvarez-Buylla nació en Madrid, el 3 de julio de 1962. Quiso ser torero y encontró en su tío Antonio el mayor apoyo. El día del trágico accidente de El Escorial el objetivo principal era ver en acción al hijo de Ángel Luis. Ocurrió la desgracia cuando Miguel apenas tenía 13 años y las ilusiones se esfumaron. Se dedicó a sus estudios, se colocó en un banco y se casó. Pero el gusanillo no le dejaba tranquilo y el año 1984 pidió la excedencia por dos años en la entidad bancaria en la que trabajaba y ese fue el plazo que se concedió para salir adelante en los ruedos o para volverse a su casa. El 12 de septiembre de ese año de 1984 toreó la primera novillada en Los Molinos y el 3 de agosto de 1985 la última en la plaza de Játiva. Fue la corta historia de la cuarta generación de los Bienvenida toreros. Y no hay duda de que la de la quinta será otra historia que no sé si tendrá algo que ver con el torero. ¿Quién la escribirá, si es que se escribe?

RODOLFO GAONA, «EL INDIÓ GRANDE»

Vino de México y rompió todos los esquemas y todas las normas. Era un tipo exótico, elegante, misterioso, como aquel que montaba los toros en los tiempos de Goya, el indio Ceballos, pero, en esta ocasión, con el manejo del capote, innovador y variado, recuérdese la vigencia de las gaoneras, brillante y espectacular con las banderillas, inmortalizado «el par de Pamplona» por el escultor Yust, y poderoso y eficaz con la muleta y el estoque. Baste con señalar que fue grande junto a toreros como «Bombita» y «Machaquito», «Joselito» y Belmonte. Rodolfo Gaona y Jiménez, de León de los Aldamas, 22 de enero de 1888, alumno de la escuela taurina que fundó en México Saturnino Frutos «Ojitos», banderillero que fue de «Frascuero» y que debía de contar con el secreto de la enseñanza en materia tan complicada como es el torero. Con su aventajado alum-



Rofolfo Gaona tuvo que superar tragos muy gordos.

no vino a España en 1908 y, como la empresa de Madrid no quiso atender las razones de «Ojitos» para darle la alternativa en la plaza de la capital, buscó poner cerco a fortaleza tan inexpugnable en una pequeña plaza que en esos tiempos había en Puerta de Hierro con presencia de socios, invitados y críticos, para darle la alternativa en Tetuán de las Victorias y actuar el 15 de julio de ese mismo año en la inauguración de la plaza de Vista Alegre de Carabanchel, corrida en la que Ricardo Torres «Bombita» le cedió por galantería el primer toro lidiado en aquella ocasión, «Sentimiento», de la ganadería de la marquesa viuda de Castellones, en presencia de Rafael González «Machaquito». Desde esa temporada hasta el 12 de abril de 1924 en que, bajo las «lágrimas del dios de la lluvia», se despidió en su tierra lidiando siete toros de forma magistral, una vida de torero con grandes altibajos, ciclos de temporadas enteras en las que resplandecía su elegancia, su variedad, alegría y valor y otras en las que le dominaba la indolencia, la apatía, el temor y la pereza. Alguien dijo que era elegante como «Lagartijo» y Fuentes, aunque con más naturalidad que este último. Esbelto, armónico, subyugador y ¿poco profundo? No me lo creo. Los documentos cinematográficos que han llegado hasta nosotros me dan la razón.

Su historia sentimental se inicia con un hecho dramático que dejó un mal sabor de boca entre los aficionados, cosa que quisieron utilizar sus adversarios. Lo contaba el corresponsal de *Sol y Sombra* con fecha 12 de diciembre de 1909 en crónica en la que hablaba de la joven Luisa Noecker, de 15 años, de familia alemana residente en México, que se decía que estaba enamorada de Gaona. Un industrial, Cirilo Pérez, enamorado a su vez de la joven, organizó un baile en la calle Victoria de la capital azteca e invitó a Luisa con la promesa de que el torero asistiría a la fiesta. Entre el industrial y sus amigos embriagaron a la chavala, se la llevaron a un lugar «non santo» y abusaron de ella de la forma más infame.

Al día siguiente, y dándose cuenta de su situación, la infeliz niña tomó una pistola de su padre y se levantó la tapa de los sesos. (Reproducción textual de la crónica citada.)

Al encontrar en el cuarto de la joven varios retratos de Rodolfo Gaona y haber sido invitado el torero a la parranda hizo presumir a la justicia que estaba complicado en el delito. Fue detenido. Su hermano se declaró culpable para que Rodolfo pudiera actuar en la corrida anunciada para el 5 de diciembre. Terminado el festejo, el licenciado Cuervo le volvió a incomunicar por diez días más. La opinión general era de que el autor de semejante barbaridad había sido el industrial Cirilo Pérez.

El 1 de enero de 1910 «Ojitos» envió un cable a *Sol y Sombra* en el que manifestaba que Gaona había salido de la cárcel sin cargos. Más de mil personas fueron a la puerta de la prisión para demostrarle su afecto y solidaridad.



Carmen Ruiz Moragas, esposa de Gaona y querida de Alfonso XIII, con el que tuvo un hijo y una hija.

Pasó el tiempo, se disiparon todas las dudas sobre ese execrable suceso y en España el torero pudo iniciar otras relaciones amistosas. A Paquita Escribano, aragonesa, redondita y graciosa, intérprete del cuplé más encantador, la conoció en el Trianón Palace en 1911. Javier Barreiro habla de la artista y de su madre, de la costumbre de las mamás de acompañar a sus hijas más como celestinas que como cancerberas de la virtud. Alguna de esas artistas incluía en su currículum lo de que «viaja sin madre». Doña Pepa, la madre de Paquita, de Ejea de los Caballeros, Cinco Villas de Aragón, tenía la obsesión de casar a su hija. Y casarla bien era casarla con un torero, por lo que siempre anduvo cerca de alguno. Doña Pepa se ocupó de divulgar a los cuatro vientos la reputación de doncellez de su hija, lo que propiciaba una simbiosis casi imposible de las obsesiones más morbosas del español de su tiempo: la cupletista y la virginidad. (No lo digo yo, lo dice Barreiro. Como cuenta por transcripción de lo relatado por Daniel Blasco en el programa de fiestas de Ejea de los Caballeros de 1987, «Destellos de una artista del cuplé», que cuando la familia Escribano vivía en Zaragoza y regentaba una pensión en la plaza de la Constitución a la que acudían artista del teatro y los toros, el novillero Antonio Ruiz «Reverte II», de Alcalá del Río como «el del pañuelo», actuó en Zaragoza en 1908, el 17 de mayo y el 28 de junio, y en ambas novilladas resultó herido, la segunda en sus pudendas partes. Tuvo que pasar unos días en su habitación acompañado por su mozo de espadas y atendido para su manutención por la redondita y joven Paquita, con bolsas de nieve que traían del Moncayo para evitar la erección. Y cada vez que le traía la comida la vaporosa niña, el diestro le decía a su mozo de espadas: «Lorenzooo, que no entre «má» la niña que se me pone dura».)

Pero volvamos a la relación de Gaona con Paquita Escribano. El 19 de octubre de 1912 se publicó en *La hoja de parra* un artículo que se titulaba «La boda de Gaona» que decía así:

«El invierno pasado bebían cerveza en Lyon d'Or una cupletista honesta y muy mona, su mamá, su papá, un periodista viejo y un periodista joven.

De pronto, la mamá interrogó al periodista joven:

—¿De modo que fue usted quién inventó lo de los amores de “La Goya” y “Bombita” que tanto cartel le está dando a ella?

—Sí, señora.

—Y entonces ¿por qué no dice que Paquita se va a casar con otro torero?

El padre dijo, haciendo un guiño:

—Con Vicente Pastor.

La mamá rectificó:

—O con Gaona, que es más joven y simpático.

Intervino en la conversación el periodista viejo y se habló de otra cosa.

—Estos días los periódicos han anunciado que Rodolfo Gaona se iba a casar con Paquita Escribano. Pero no es verdad. Según “El Duende de la Cole-

giata”, lo ocurrido es que el señor “Celipe” (Felipe, padre de Paquita), Paquita y su señora mamá comenzaron a hacer creer hasta al interesado que Gaona quería a la linda cupletista, sin otro propósito que imitar a “La Goya”, que, a pesar de todo, no tiene rival hasta el presente. Y que llegaran a tomarlo en serio y a creerlo y ahora les va a parecer que el bravo torero queda mal si no se casa... y que no se casará.

Nosotros le decimos... y nada más:

—¡Guarda, Rodolfo, y no seas primo, que te va a coger el señor “Celipe”!».

Para reforzar esta historia de la relación entre Gaona y Paquita Escribano hay que acudir otra vez al testimonio de don José María Carretero «El Caballero Audaz» que relata una escena ocurrida en San Sebastián en un festejo en el que actuaba Rodolfo Gaona: Estaba el escritor en la plaza de toros junto a la bellísima cantante María Kousnezoff para presenciar un mano a mano entre Gaona y «Joselito». El segundo toro salió manso y peligroso y el escritor sabía que el mexicano tenía intención de brindárselo. Entonces, para evitar el trance, abandonó su localidad al tiempo que «un imponente grito de horror la hizo volver cuando ya el elegante torero era llevado en trágica procesión a la enfermería».

»Al verle truncado y macilento en brazos de sus peones, sin su sonrisa habitual, con la cabeza lacia y los ojos cerrados, sentí una profunda tristeza.

»En aquel momento, y en mi mismo tendido, una linda mujer cayó al suelo, como herida en el corazón. Sobre su pecho, entre un círculo de brillantes, llevaba el retrato del torero mexicano. Esta bellísima se llamaba Paquita Escribano».

No sabemos hasta dónde llegaron las relaciones entre Gaona y Paquita Escribano, aunque recuerdo que, a finales de los cuarenta, cuando «el Indio Grande» vino a España, le preguntó a mi padre, ejeano y fundador de *El Ruedo*, por Paquita Escribano, que se había casado en 1931 con el tenor Emilio Aznar y que vivía tranquila y feliz en Valencia. Pero antes de esa boda en el Pilar con banquete en el Gran Hotel, se dio otra historia de la Escribano con el aragonés Braulio Lausín «Gitanillo», natural de Ricla, cuando, ya talludita, Paquita tuvo un romance con el arrojado lidiador. Y esa relación debía de ser muy íntima puesto que, cuando Braulio sufrió una tremenda cornada en el pecho en la plaza de Madrid, en 1927, se trasladó al chalet que la cupletista tenía en la Ciudad Lineal y allí convaleció muy positivamente. Pero el de Ricla se casó en primeras nupcias en 1932 con Lucrecia Velilla Poza, de Morata de Tajuña, también en la Basílica del Pilar y con banquete en el Gran Hotel. Los padrinos del enlace fueron el matador de toros Domingo González «Dominguín» y su esposa Gracia Lucas. De ese matrimonio nacieron Braulio, 1933, que fue novillero y que no quiso tomar la alternativa por tomarla, y María del Carmen. Murió Lucrecia y don Braulio, el conocido por «El León de Ricla», se volvió a casar con Natividad Velilla, de La Almunia de Doña

Godina, prima de la anterior esposa y madre de Francisco Javier y José Manuel.

Las relaciones de Paquita Escribano con Braulio Lausín «Gitaniillo» comenzaron en 1925 e inspiraron al novelista Alberto Insúa para que en 1926 publicara la novela «La mujer, el torero y el toro» en la que los protagonistas eran un torero aragonés, Basilio Frasco «Zaragoza», la estrella del cine francés Ivonne Rambille, «Delicia», y el torero andaluz Pascual Ramírez, fiel reflejo de «Chicuelo». La novela termina en tragedia, pero es la protagonista la que muere a cuernos de una errala a la que intenta torear en una fiesta campera. En la realidad parece que, una vez que no progresaron los amores de la cupletista y el torero, Paquita se retiró a un convento y aun escribió alguna carta que don Braulio no tomó en cuenta.

Lo de Gaona también tuvo un desenlace ajeno a la artista zaragozana: el diestro mexicano se casó con la actriz de teatro, dama joven en la compañía de María Guerrero, Carmen Ruiz Moragas. Fue en el mes de octubre de 1917 después de un noviazgo que se inició en Lima. Rodolfo compró la casa número 119 de la calle de Alcalá y una finca en Zorita de los Canes, término de Pastrana y, tras la ceremonia nupcial en Granada ante el altar de Nuestra Señora de las Angustias, se dispuso a disfrutar de su nuevo estado. A finales de noviembre ya se planteó la separación y los dimes y diretes de los que no querían al torero: «Aquel casamiento fue una suprema equivocación. La tragedia de una vida y la mejor arma que pude dar a mis enemigos de España». Todo el año siguiente, 1918, fue un continuo sucederse de infamias y calumnias que llegaron hasta dudar de la virilidad del torero, al que, decían, le había encontrado su esposa en actitud equívoca o sospechosa con un miembro de su cuadrilla. Era falso. «Lo que yo buscaba era acabar y regresarme con mi madre. Estaba convencido de que era inútil pelear como hasta entonces»

Al separarse de la Ruiz Moragas, Gaona depositó en un banco unos cuantos miles de duros, cuyos intereses cobraba la actriz, pero que si fallecía alguno de los cónyuges esta cantidad revertiría al superviviente. En 1946 vino a España el hijo de Gaona, ya fallecida la famosa actriz, y recuperó el dinero que estaba depositado en un banco de San Sebastián. El gran torero se había casado otra vez con la española Enriqueta Gómez Abascal, con mis dudas sobre la existencia de un matrimonio anterior con una mexicana de la que hablaba «El Caballero Audaz» en el viaje de los años de la República. En 1948 fue el viaje a España con sus tres hijos y Enriqueta Gómez Abascal y su interés, manifestado a mi padre, por Paquita Escribano, que murió en Valencia en 1970.

Por su parte la actriz Carmen Ruiz Moragas tuvo una tormentosa existencia y figura en la larga lista de amantes de Alfonso XIII con el dudoso privilegio de tener dos hijos de su relación con el monarca. En 1926 nació la niña María Teresa Alfonsa y en 1929 nació Leandro Alfonso. A cambio, el Rey, primero le

compró un piso y, luego, un chalet en el Parque del Metropolitano, en el Madrid en el que vivieron también Domingo Ortega y el escultor Sebastián Miranda. Leandro Alfonso Ruiz Moragas decía que «él es monárquico de puro nacimiento» y se disgustó cuando murió doña María de las Mercedes porque no le habían invitado «a los funerales de su cuñada», la esposa de don Juan y no de don Juan Carlos, como se decía en el teletexto de TVE 1 del día 2 de enero de 2000. (*El Mundo*, 23 de enero de 2000.) Leandro Alfonso Ruiz Moragas consiguió tiempo después el reconocimiento de su condición de hijo de Alfonso XIII.

De esta época, aunque bastante más joven que Paquita, era la también cupletista Mercedes Serós que no se privó del inevitable romance con un torero y anduvo en lenguas de doble filo por sus amores con el madrileño Emilio Méndez, valiente y arrojado, acribillado a cornadas y que, aunque tomó la alternativa, completó su carrera taurina como banderillero de la cuadrilla de Lorenzo Garza, un gran torero mexicano. No conozco el final de esos amores, pero algunos comentaristas lo califican de tremebundo.

De la tercera generación de los Gaona toreros solo tengo noticia de un nieto, José Antonio Gaona, que vino a España en 1972 para torear como novillero. Nada más. La tercera generación taurina se resiste y ya contamos con muy pocos ejemplos de las familias que llegan a la cuarta. El ejemplo más palpable y original lo tenemos en Francisco Rivera Ordóñez, duque consorte de Montoro, de la cuarta generación por parte de los Ordóñez y los Dominguín, tercera por los Rivera.

«DON JUAN» BELMONTE

A mí me gusta esta serrana
Porque la encuentro a mi apaño,
Siempre me han gustado a mí
Remiendos del mismo paño.

La «soleá» favorita de Juan Belmonte. Dicen que, antes de pegarse el tiro, el «Terremoto de Triana» cantó por lo bajini un fandango de Huelva. Y yo me lo creo. Y me creo también que se lo dedicara a la peruana Amina Asís que le traía loco con su belleza morena y sus afanes de torear a caballo. Un tiempo después, en Bogotá, le hizo una entrevista para «Fiesta Española», que yo dirigía, «Papá Guerrero» y Amina contestó así a las preguntas del patriarca de Cartagena de Indias:

—¿Quién le enseñó el temple?
—Juan Belmonte.

—¿Cómo?

—Sí, señor, Juan Belmonte.

Explicación va, explicaciones vienen y yo defino: «Torear a pie con temple equivale a torear con temple a caballo.»

Pero ya veremos lo que fue la vida sentimental de Juan Belmonte; antes hay que resaltar lo que supone la figura humana del falso trianero. Mazzantini había roto la estampa tradicional del torero con la base de su origen italiano y palaciego. Belmonte, de Sevilla, criado entre las dificultades de una familia sin posibilidades económicas e intelectuales, evoluciona hacia la cumbre dineraria y a la altura de los intelectuales de la época. Lo cuenta con detalle López Piniillos «Parmeno» en su libro «Pesetas, palmadas, cogidas y palos»:

—¿Que no tengo afición porque no hago un gazpacho en un pozo, como «La gartijo», o porque no entro a cabayo en los cafés, como «Frascuelo?».

Ante la alusión de «Parmeno» sobre que Belmonte hace una vida parecida a la de los soldados de Aníbal en Capua, las «delicias de Capua», antes de sitiar Roma, el torero hace estas declaraciones:

—Juan «Terremoto» se levanta a las once, lee la Prensa, se baña, silba la música de «El asombro de Damasco» mientras escoge un terno y se lo pone, charla con los amigos, almuerza y se va al Lyón, a la tertulia de «Los veinte». En el Lyón, «Terremoto» discute, fuma y toma café hasta la hora del paseo. A la hora del paseo otra locura: pasea a pie o en coche, y después de senar se mete en el teatro como el calaverón más terrible del mundo.

—Sí; pero, ¿y después del teatro?

—Ahí me ha cogido usted. Después del teatro, como «Terremoto» es el hombre de la bacanal, toma chocolate y se acuesta y ronca hasta las once de la mañana.

Cuenta la broma que le gastó a su médico, Miguel Serrano, al que fue a visitar muy de mañana y lo levantó de la cama para enseñarle un abrigo que se había hecho con trabilla en la parte de atrás de la cintura, que debía ser el colmo de lo antitaurino.

—¿Qué te pasa, Juan? ¿Estás peor?

—Hombre, peor creo que no estoy; pero como ayer me yebaron este gabán con trabiya y me largo ahora mismo a Salamanca, quiero que me diga usted cómo me cae».

Esto ya lo dijo escaleras abajo para que el paciente doctor Serrano no le arrojara por el hueco.

En esa misma entrevista, Belmonte habla de Tomás Borrás y su interpretación de «El Cardenal», de Thuillier y «Los intereses creados» de Benavente, de Pepe Ortas y «El asombro de Damasco», de que leía a Maupassant en «Antón» y «El vagabundo», de «La pródiga» de Alarcón, «La pata de la raposa» de Ayala, «Romance de lobos» de Valle-Inclán, de «La azucena roja» de Anatole France, de «La hermana San Sulpicio» de Palacio Valdés, de «Fortunata

y Jacinta» de Pérez Galdós, «La noche del sábado» de Benavente y «Pipa» de «Clarín». Y eso que solo podía leer en invierno cuando no se iba a América y en las convalecencias tras las cogidas. Pero vean lo que decía Juan Belmonte sobre el torero para escarmiento de los muchos dogmáticos que se prodigan por ahí:

—Yo no sé de las reglas, ni tengo reglas, ni creo en las reglas. Yo siento el torero y, sin fijarme en reglas, lo ejecuto a mi modo. Eso de los terrenos, el del bicho y el del hombre, me parece una papa. Si el matador domina al toro, to el terreno es del matador. Y si el toro domina al matador, to el terreno es del toro. Esa es la fija. Y lo de parar, templar, mandar y recoger depende de los nervios del tocador y de la madera de la guitarra.

¿Quiere usted, lector, saber más de torero? Pues, a Salamanca.

En el capítulo sentimental de la vida de Juan Belmonte no puede faltar el testimonio de una entrevista con «El Caballero Audaz» en el que el torero regatea al periodista con una endiablada habilidad. El gato es Belmonte y el ratón el avisado periodista don José María Carretero Novillo, al que le sacaron los colores gentes ingeniosas a las que zahirió con sus puyazos. Entre ellos, don Jacinto Benavente.

Juan Belmonte le hizo a «Parmeno» esta confesión a la pregunta del periodista:

—Eso que dicen de las mujeres, ¿es cierto? ¿Se pelean por usted? ¿Le persiguen a usted?

—Como no persigan mis duros... ¡Si yo soy un ser infeliz!

A Manuel Chaves Nogales, en su famosa biografía, se lo explica con más claridad: «Me enamoré de una mujer casada, guapa, con mucho temperamento y muy experta en lides amorosas. Aquel enamoramiento fue una revelación para mí. No había tenido más experiencia amorosa que la de aquellas mocitas de Triana con los jazmines en el pelo y el delantalillo de encaje que fueron mis novias en los patios de los corrales y el contacto triste con unas mujeres «malas» que merodeaban con el cigarrillo en la boca por el paseo Cristina. Por aquellas mocitas trianeras que querían casarse conmigo y me forzaban a que dejase los toros y hablara formalmente con sus padres no llegué a sentir ningún entusiasmo. No hablé jamás con ningún padre, y como éste era un trámite inexcusable para que las mujercitas decentes de mi tierra se atreviesen a descubrir sus sentimientos, no supe lo que era el amor de aquellas muchachas, en cuyos ojos brillaba alguna chispa de pasión que no se atrevía nunca a prender en llamarada. Yo era un torerillo, sin oficio ni beneficio, y la mujer que me mirase a la cara no haría más que perjudicarse».

Por eso lo de aquella mujer casada prendió con fuerza y obligó a la intervención del veterano Calderón, el banderillero que encauzaba los primeros pasos toreros de Juan Belmonte, que pasaba las noches con su amiga, que de madrugada se metía sigilosamente en su cama y que a las seis de la mañana era

avisado por el insobornable Calderón para que se levantara y fuera a entrenar por Castilleja y San Juan de Aznalfarache, a pasear con una barra de hierro en la mano o a hacer flexiones. Un buen entrenamiento si hubiera estado compensado con una buena alimentación o un sueño suficiente. Vino la novillada de Sevilla, el desastre y la conminación de Calderón para que se dejara de juergas y malas mujeres:

—Eso te pasa por hacer la vida que haces, so perdido. ¡Toma, toma! Para que te vayas por ahí de madrugada con malas mujeres...

El novillo al corral, la desesperación del torero, su deseo de que le matara el novillo al que no había podido matar él y la lucha del mozo de espadas y el banderillero Calderón por llevárselo de la cara del novillo. Por la noche Juan se fue a la plazoleta de San Jacinto a comentar el desastre con sus amigos y allí se quedó dormido:

«Me despertó el contacto blando y tibio de una mano que se apoyaba en la mía. ¡Había venido! Abrí los ojos y la vi sentada en el banco a mi vera. Me miraba mientras dormía, y cuando me sintió despierto me besó. No nos dijimos palabra. Echamos a andar muy juntos. En la esquina, un coche la esperaba. Montamos en él, y abrazados bajo la sombra protectora de la capota, cruzamos el puente y el Arenal y nos hundimos en la fronda rumorosa y cargada de esencias de las Delicias Viejas». Todo un relato adornado por la buena prosa de Chávez Nogales que rompió la presencia de Calderón que estaba en la venta a la que acudieron los amantes, tomando unas cañas con unos amigos:

—¿Es así como quieres ser torero? ¡Valiente granuja estás tú!

Se encaró con ella después:

—Ya sé yo quién tiene la culpa de que nos hayan echado esta tarde los cabestros. ¡Maldita sea la...!

«Se quedó mirándola atentamente, y no debió de parecerle del todo mal, porque, atusándose los tufos y engallándose con aquella prestancia suya de viejo flamenco, se puso a piropoarla al mismo tiempo que la reprendía por lo que estaba haciendo conmigo, que era una herejía».

«La conciencia estaba sobornada. Y se puso tan tierna y pegajosa, que tuvimos que sacudírnosla».

Una cogida en la plaza de toros de Valencia dio origen a otra historia mucho más blanca e inocente:

«Desde la enfermería de la plaza fui conducido hasta el hospital en una camilla. En el trayecto me di cuenta de que, mezclada a la chiquillería que seguía a la camilla, iba una muchacha bonita. Pedí que levantasen el hule negro de la camilla para poder mirarla. Era una valenciana con cara de Virgen que me miraba tristemente, mientras caminaba al lado de la camilla, cogida del brazo de otra muchachita.

«Al día siguiente, a la hora de la visita en el hospital, la vi entrar en la sala, que cruzó lentamente buscando con los ojos la cama donde yo yacía;

pero cuando llegó a ella se limitó a mirarme y pasó de largo. Volvió al día siguiente y al otro. Paseaba despacio por la sala del hospital, y luego de dar dos o tres vueltas, como la que no quiere la cosa, se atrevía a quedarse un momento. Sonriéndome, a cierta distancia de mi cama. Cuando yo intentaba incorporarme en el lecho y hablarle, se avergonzaba, daba la vuelta y se iba.

«Volvió siempre al día siguiente. Aquella cara bonita y seria, de la valenciana del hospital es uno de los mejores recuerdos de mi vida de torero. En medio de la fiebre que me consumía, recordaba, en aquellas largas noches del hospital, la cara de oro de la valenciana triste que todas las mañanas venía a estar un instante a los pies de mi cama. Un día se atrevió a llevarme unas flores y me sentí dichoso como nunca lo había sido».

Luego muchas aventuras que se cuentan en el libro de Chaves Nogales como las de las mexicanas noveleras o la que se enamoró de Lombardi creyendo que era Belmonte. Muchas historias pero nadie cuenta la del trance más comprometido cuando tuvo un hijo con Consuelo Campoy, Juan Belmonte Campoy, que años después contó su relación con el de Triana:

—Mi padre me pasaba una pensión de cien pesetas mensuales y mi madre líaba cigarrillos para ayudarme. Estuve quince años en el Colegio de los Salesianos de Utrera, con Manolo Martín Vázquez. A ser torero me ayudó don Ramón Ortega, dueño de «Los Alburejos», finca que luego vendió a Álvaro Domécq. Me avisaba para tentaderos y me invitaba a pasar temporadas en su finca. Belmonte no quería que nadie ayudara a su hijo.

—Recuerdo que las primeras 500 pesetas que gané se las di a mi madre rogándole que no fuera a casa del administrador de Juan Belmonte a recoger la pensión que nos daba.

El sarcástico don Juan, cuando algunos aficionados catalanes le comentaron que su hijo se le parecía mucho físicamente, hizo el siguiente comentario: «En lo físico se parece a mí; toreando se parece a su padre».

Juanito Belmonte nació el 28 de febrero de 1918, el mismo año en el que su padre se casó en tierras americanas. Tomó la alternativa en plena guerra civil y se mantuvo en activo hasta 1947. La confirmación en Madrid fue en 1939 el mismo día de la de «Manolete», con Marcial Lalanda de padrino y Juan Belmonte padre en el prólogo de rejoneo. Se dedicó a los negocios con buen tino y provecho y se casó en 1965. Tuvo cinco hijos, cuatro chicas y un chico, también nietos ¿naturales? del «Terremoto de Triana». Juanito murió el 20 de julio de 1975, en Fuenterrabía, en Guipúzcoa. Tengo noticias de ese único hijo, nieto de don Juan, Juanito Belmonte Fajalde, cuyo fútil rasgo taurino que conozco es que vio su primera corrida de toros en Las Ventas de Madrid el 5 de agosto de 1990. Poco que añadir a esta historia torera.



Juan Carlos Beca Belmonte se casó con Belén Ordóñez.

LA EXTRAÑA BODA

Temporada de 1918. Antes de marchar a América, para donde embarcó en Santander en noviembre de 1917 junto con los diestros «Fortuna» y «Chiquito de Begoña» y el picador «Catalino», los banderilleros Maera, «Magritas» y «Morenito de Valencia» y el mozo de espadas Antonio Conde, Juan Belmonte y García le confesó a «Don Criterio» que no pensaba casarse, así es que cuando a mediados de marzo de 1918 se corrió la noticia de su matrimonio y posible retirada la sorpresa fue mayúscula, hasta el punto de que su apoderado, que se había quedado en España para preparar la temporada de estos lares y ya le tenía firmadas 110 corridas, murió de repente. En principio se rumoreó que la causa directa del fallecimiento del orondo Juan Manuel Rodríguez había sido la noticia llegada tan inesperadamente, pero después se afirmó que don Juan Manuel era muy comilón y que, tras un banquete con los amigos, había sufrido una congestión de la que no pudo recuperarse.

Nadie sabía a ciencia cierta lo que había sucedido y, hasta el regreso de «Fortuna», ni el propio don José Belmonte, padre del fenómeno, supo a qué atenerse. Diego Mazquiarán entregó una carta a don José y otra a los deudos de don Juan Manuel. Al padre le decía escuetamente: «Querido padre: Ya tienes una hija más, porque me he casado. Este era el suceso sensacional que te anunciaba en mi último cable». Y esto a su malogrado apoderado: «Póngase usted, querido Juan Manuel, las manos en la cabeza para conocer lo que voy a comunicarle: me he casado y muy a satisfacción con mis gustos. Por ahora no regreso a España —seguramente en todo el año 1918—; pero eso no quiere decir que al año que viene no siga toreando».

«Morenito de Valencia» y Maera se quedaron en América, «Catalino» y «Magritas» se volvieron a España. Antoñito Conde, su mozo de espadas, también se quedó por aquellas tierras.

«Fortuna» se citó con don José Belmonte en el «Café Suizo» de Madrid para contarle más detalles del inesperado matrimonio y así fue como se explicó: «Boda por poderes con una señorita muy guapa de la mejor familia de Lima. Antoñito Conde estaba en el ajo y yo no me enteré hasta que en Colón, en viaje hacia Panamá y Venezuela, leímos unos periódicos que nos entregó el cónsul en el que se anunciaba que la boda de «Celita». ¿Se ha casado «Celita»? —le comenté a Juan—. Y él me contestó «Yo también estoy cogido por la faja». Ella es muy guapa, muy guapa. Respecto a su fortuna no sabemos más que siempre iba en automóvil y con mucho lujo. Sé también que es huérfana de padre y que la boda se ha efectuado por enamoramiento de una y otro. Juan me lo dijo así después de relatármelo todo: «Estaba escrito. Ella y yo nos hemos enamorado. Lo único que siento es tirar por lo alto la temporada de toros mejor de mi vida.»» (Libro de Antonio de la Villa «Belmonte, el nuevo arte de torear». Madrid, 1928. El de Chaves Nogales es de 1935.)

Toreó en Caracas y volvió a Lima para unirse a su esposa y marchar los dos a Argentina para realizar el retrasado viaje de novios. Su fiel mozo de espadas se volvió a España vía La Habana. Los desposados, Juan Belmonte y Julia Cossío, llegaron a la península a finales del mes de agosto de ese año de 1918, a bordo del buque «María Cristina» de la Compañía Transatlántica. Como secreto del sumario no hecho público quedaron las auténticas razones de aquel matrimonio. Alguien aventuró que los hermanos de doña Julia le dieron a elegir a don Juan entre volver a España a nado o casarse con su hermana. Del matrimonio nacieron dos hijas, una de ellas, Blanca, madre de Rafael Beca Belmonte, que debutó sin caballos en 1961, y el matador de toros Juan Carlos Beca Belmonte, casado a su vez con Belén Ordóñez y divorciado.

Chaves Nogales, por boca del propio Juan Belmonte, da otra versión sobre los amores del «Pasma de Triana» con Julia Cossío tras una versión escenificada que parece se publicó en un periódico norteamericano. Este es el idílico relato del encuentro entre Julia y Juan:

«La verdad de mi casamiento es más sencilla y menos bonita de cómo el periodista norteamericano la ha imaginado. Vi a mi mujer, por primera vez, en una corrida de toros; nos presentaron después en una de aquellas amables reuniones de la sociedad limeña, flirteamos un poco en el teatro, y hasta nos hablamos alguna vez por teléfono. Todo aquello era de una perfecta vulgaridad y carecía de interés novelesco. Hubo un día, sin embargo, en el que aquel juego amoroso tomó de improviso un hondo y patético sentido.

«¿Qué pasó? Nada, no pasó nada. Salía yo a la calle una mañana y me había quedado parado en la acera, cuando la vi venir. Avanzaba hacia mí sonriente. Yo la vi y ella me miró; en la mano llevaba una flor. Tuve en aquel instante una extraña sensación de plenitud, seguridad y satisfacción. Ni sobresalto ni vacilación. Aquella mujer era mi mujer».

Más adelante: «Terminó definitivamente la temporada taurina de Lima, y no hubo más remedio que pensar en el viaje. Tenía, además, contratadas en Venezuela varias corridas y había que salir cuanto antes. Con la inminencia de la partida, el problema de mi enamoramiento exigió un desenlace fulminante. Pensé en raptar a mi novia y fugarme con ella, abandonándolo todo. Un rapto así, escapando con mi amor a la grupa de mi caballo, hubiera satisfecho plenamente al periodista norteamericano, mi biógrafo; pero en Lima, desgraciadamente, yo no tenía caballo. Y por no tenerlo tuve que casarme, solución que parecía bastante asequible».

(Lo extraño es que, en contraposición con todo este romanticismo, el contrato matrimonial no pudiera esperar y hubiera que firmarlo por poderes, la novia en Lima y el novio en Panamá. ¿Qué quiere decir DON JUAN, con mayúsculas, con lo del caballo y la solución más asequible? ¿Quién impuso ese perentorio plazo para efectuar la ceremonia?)

«Me horrorizaba, sin embargo, la idea de casarme. Por más que le daba vueltas no me acostumbraba a la idea de verme vestido de chaqué ante un cura. Siempre ha tenido una repugnancia instintiva a las ceremonias. Odio con toda mi alma las bodas, los bautizos, los entierros y las recepciones. En los entierros, aún en los de las personas queridas, me entra una risa que no sé sofocar. Descubrí entonces que, mientras yo iba a Venezuela, otro se podía casar por mí, y aquello me gustó mucho. Me casé, pues, por poderes, con lo que eludí la enojosa ceremonia. No estuve en mi boda, no he estado en el bautizo de mis hijas, no he ido a ninguna de las ceremonias a que me han invitado, y sospecho que ni siquiera voy a estar en mi entierro».

A la vuelta a España de la pareja la curiosidad fue tremenda, casi como la que se produce actualmente con la ayuda de la televisión, pero decepcionante para el gusto de entonces —estaban de moda las gordas camareras de los bares de alterne— y doña Julia les pareció a la mayoría guapa, eso sí, muy guapa, pero una sardina, una elegante sardina. Tanto fue el acoso a la pareja que le señora de Belmonte prometió no volver a salir a la calle en compañía de su esposo.

En el epílogo que escribió Josefina Carabias para la edición del texto maravilloso de Chaves Nogales publicado en 1969 se adjunta un par de claves para definir la personalidad de don Juan Belmonte, un hombre extraordinario, estoy convencido, y un torero impar, esto me lo han contado y lo he comprobado con fotografías y cintas de cine. La primera es lo que le contó el torero malagueño Paco Madrid a la Carabias: en su época de correrías por pueblos y capeas dice el de Málaga que Juan llevaba una espuerta de libros y que leía en la posada, en el tren o en las enfermerías de las plazas, que no fueron los intelectuales los que convirtieron a Belmonte en uno más, «antes de tratarse con ninguno ellos él lo era ya por vocación. Lo primero que hizo en cuanto empezó a ganar dinero fue comprarse una biblioteca y poner cuarto de baño. Nunca se ocupó de tener buena ropa ni alfiler de corbata. Pero un torero más bañado y más leído no lo hubo ni lo habrá».

Rafael «El Gallo» explica lo que le gustaba lucirse a Juan ante las mujeres: «¡No sean ustedes cándidos! Lo que le pasa a «este» («El Gallo» decía siempre «este» el referirse a Belmonte) es que le anda trabajando mucho la idea de hacerse viejo. Se conserva bien, pero los años son los años. Por eso le gusta, de vez en cuando, tantearse, a ver si de veras conserva las facultades. Yo lo conozco bien. Para mí «este» es como un hermano chico». A Valle Inclán le contestó lo de «se hará lo que se pueda, don Ramón» cuando éste le insinuó que para ser perfecto le faltaba morir en el ruedo y a cambio don Ramón difundía las desvelos femeninos de don Juan, pero con especial dedicación hacia las cocineras.

¿Qué le pasó el 8 de abril de 1962? A Juan Belmonte le faltaban días para cumplir los setenta años. Se probó en el campo, ¿se probó en el otro campo?, se encontró sin fuerzas y sin amor y tomó la decisión de apretar el gatillo de aquella pequeña pistola. Como en aquellos momentos en España estaban «pro-

hibidos» los suicidios, todo se disfrazó como un accidente, infarto y/o caída por unas escaleras. Pero la clave la dio su «hermano Rafael». No es bueno, a veces, haber sido tan grande, terremoto o pasmo ¿de Triana? ¿o de la calle Feria? Don Juan Belmonte y García, muy señor y torero mío. Como detalle elegante de la congruencia familiar tras la muerte de Juan Belmonte, puedo aportar un tarjetón que recibí unas semanas después en agradecimiento a mis condolencias y al artículo que había publicado en *Fiesta Española*. Ese tarjetón incluía los nombres de Julia Cossío, viuda de Belmonte, que creo que en aquellos momentos no mantenía ninguna relación con él, Juan Belmonte Campoy, su hijo, Yolanda Belmonte Cossío, su hija mayor, Dámaso Arango López, esposo de la anterior, Blanca Belmonte Cossío, su hija pequeña, y Rafael Beca Gutiérrez, esposo de esta última. Todo quedaba bien claro. Solo faltó, para que el detalle fuera completo, el nombre de la esposa de Juan Belmonte Campoy, la nuera de don Juan.

LOS VALENCIA

El patriarca de esta dinastía de toreros, los Valencia, fue don José Severiano Roger Duval, nacido en Valencia el 8 de noviembre de 1867, pero considerado madrileño porque, muy joven, se fue a vivir a la capital de España, en donde se inició en el oficio de pintor, al tiempo que se entregaba a su afición taurina. Pronto se distinguió como un banderillero eficaz y decidido, por lo que se apuntó a varias cuadrillas de buenos matadores de toros, pero se acrecentó su fama al corresponderle banderillar al toro «Perdigón» de Miura que mató a Manuel García «El Espartero» el 27 de mayo de 1894 en la plaza de toros de Madrid: «Manuel, muy sobre corto y apretándose lo debido, le tomó con seis pases con la derecha, tres ayudados, dos altos y uno cambiado, en los que se defendió con mucha vista y valentía de una colada, y frente al 9 se metió para dar un pinchazo en buen lugar, del que, por cortarle la salida el toro, salió enganchado por la entrepierna y volteado a gran altura. Por suerte, y también gracias a un oportuno quite de «Valencia», no hubo entonces más que el susto consiguiente. Después de esto, se fue inmediatamente hasta la misma cara de su adversario y, previos otros tres pases sobre la derecha, se volvió a arrancar al volapie un poco fuera de los tercios delante del 10, dando hasta la mano una estocada algo contraria, de la que, por cortale, como la otra vez, la salida el miura, salió empitonado por el vientre».

«Valencia», el buen banderillero, tiene el dudoso honor de figurar en la crónica de la cogida mortal de Manuel García «El Espartero». Y digo dudoso porque, en el terreno de la especulación, cabría pensar que si José Roger no hubiera sido tan eficaz en la quite de la voltereta primera es posible que no se hubiera producido la segunda y definitiva, aunque hay que reconocer que la obligación del excelente subalterno era estar en su sitio en cada momento. Ocurría con

«El Espartero» que no había forma de prevenir estas contingencias puesto que su arrojo y desprecio al peligro eran las constantes de sus actuaciones en los ruedos.

«Valencia» estuvo a las órdenes de Emilio Torres «Bombita», no tan benéfico como su hermano Ricardo, y, finalmente, se retiró y se estableció en Madrid con un bar en la calle de la Paz, de donde salieron para ser toreros Antonio Márquez y el propio José Valencia. Murió el 8 de enero de 1924. Tuvo tres hijos, dos varones, José y Victoriano, y una hija, Ana, la madre del segundo Victoriano y quinto «Valencia».

El segundo «Valencia», primer matador de toros de la dinastía, fue José Roger y Serrano, madrileño de nacimiento y torero de escuela con buen estilo de matador, pero excaso de voluntad y arrojo. De novillero, en Madrid, el 11 de agosto de 1919, le cortó las dos orejas y el rabo al novillo «Vallehermoso» de Pablo Romero y ello le sirvió para que, el 5 de septiembre siguiente, Juan Belmonte le cediera los trastos en presencia de «Pacorro» para matar al toro «Favorito», de Aleas.

Pepe Valencia se casó con Ascensión Martein Gonzalo, hija de un médico de la Casa Real y de María Gonzalo Alcocé, masajista también en la Casa Real y natural de Sacedón. De este matrimonio nació José Roger Martein, en el barrio de Fuencarral, en Madrid. Es el cuarto de los «Valencia» y también matador de toros, valiente pero torpón en el manejo de los engaños y de movimientos por lo que sufrió varias cogidas. Marchó a Venezuela y allí tuvo dos hijos con una italiana. En España mantuvo relaciones con la actriz y vedette Merche Ballesteros, con la que tuvo un hijo, también José, que quiso ser torero y actuó el 26 de marzo de 1967 en San Sebastián de los Reyes, aunque no pasó de novillero. Hubiera sido «Valencia VI».

Ya en España, Pepe «Valencia III» sufrió un accidente en la calle Barquillo de Madrid y hubo que amputarle el brazo izquierdo. Murió el 2 de enero de 1978.

Su padre falleció en diciembre de 1971 en su residencia del barrio de Fuencarral, donde tenía una placita de toros en la que impartía lecciones de tauromaquia. Era asesor de la presidencia de la plaza de Las Ventas.

El tercer «Valencia», segundo como matador de toros, fue el primer Victoriano, una persona de gran temperamento que estuvo ocho años de monasabio en la plaza de toros de Madrid para familiarizarse con el oficio taurino. Hombre arrogante, suscitaba los sentimientos más encontrados, con él o contra él. Decían que se parecía a «Frasculo» en ese su desafío a todo el que ponía en solfa su valor. Manuel Granero le cedió el toro «Cigarrito», de Narciso Darnaude, el 17 de septiembre de 1921.

Una cuestión de índole privada con un chófer de un taxímetro de alquiler tuvo tal reacción por parte de los compañeros de éste que, en aquella temporada, cada vez que toreaba Victoriano en Madrid, los taxistas se declaraban en huelga durante las horas que duraban las corridas.

Sin embargo, el público estaba de parte del torero y recordaba que en octubre de 1928 había actuado gratis a favor de las víctimas del incendio del teatro «Novedades». Y llegó un momento en que los propios taxistas que habían ido a la plaza con bocinas a perturbar el desarrollo de la corrida, se pusieron de parte de Victoriano y lo sacaron a hombros de la plaza.

Pero el rencor se trasladó a los trágicos días del 36 y el 18 de diciembre Victoriano Valencia murió vilmente asesinado en la carretera de Hortaleza, Madrid.

Buena persona, excelente amigo, cariñoso, modesto con el que no fuera en detrimento de su personalidad artística. «Estas cualidades tan apreciables hacen olvidar su vida, un poco turbulenta por muy alegre». De esa época son sus amores con «La Caoba» —«le llamaban «La Caoba» por su pelo colorado—, que era la querida del general Sanjurjo, pero que no desdeñaba su amistad con «Valencia III». Se cruzó el matador de toros Antonio Posada, alto, moreno, de brillante pelo negro y luego casado con una guapa modelo, y Victoriano le invitó a que se fuera de Madrid si no quería tener un disgusto. El mismo Posada confesaba que Victoriano vigilaba la estación de Atocha, los trenes de Andalucía, por si al sevillano se le ocurría volver, y eso que el de Madrid había sido padriño de la confirmación de Posada.

LA PRIMERA PALOMA

Nos falta en la relación de los «Valencia» el quinto de la dinastía, Victoriano Cuevas Roger, hijo del comisario José Cuevas y de Ana Roger, hermana de José y Victoriano.

Victoriano Cuevas Roger «Valencia V», cuarto como diestro de alternativa, es un personaje especial incluido en la lista de «donjuanes» que encabeza por méritos propios don Juan Belmonte y que continuaron Sánchez Mejías, «Cagancho», Mario Cabré y Luis Miguel Dominguín, toreros distintos y personas diferentes. No tienen en común nada más que el haber ¿amado? a varias mujeres. Y también es distinto Victoriano Valencia por su decisión de estudiar la carrera de Derecho al mismo tiempo que daba los primeros pasos para ser matador de toros, cosa que ocurrió en Barcelona el 27 de julio de 1958, cuando Antonio Bienvenida, en presencia de Antonio Ordóñez, le cedió la muerte de un toro de Galache, después de que el 6 de ese mismo mes había inmortalizado al novillo «Carpetto», de Palha, en la plaza de toros de Madrid. Por ese y por alguno más, a Victoriano se le conocía por «el torero de las faenas memorables». Y la espada de hojalata, todo hay que decirlo.

Matador de toros y licenciado en Derecho, hombre de gran simpatía, con don de gentes y una desarrollada clarividencia a la hora de las relaciones públicas. Y las vivió de una forma intensa en los años de su presencia en los rue-



Victoriano y Paloma el día de su boda. ¿A quién les recuerda la joven desposada?

dos desde sus primeras actuaciones de mediados los cincuenta hasta su retirada del toro y del «mundanal ruido» cuando le dio el sí a la jovencísima Paloma Díaz Combarro, el 15 de octubre de 1971. Pero antes... Bueno, un antes profuso y difuso con los nombres de Geraldine Chaplín, el problemático y dramático de Beatriz de Saboya, Marisol, antes y después Pepa Flores, madrina del hijo de Carmen Sevilla y Augusto Algueró, la venezolana María Capriles, la mexicana Silvia Pinal, Marie France e Ingrid Kostel, que protagonizaron con Victoriano la película «El Duende de Andalucía» que dirigió Ana Mariscal, y, como colofón, Abbe Lane.

Todo eso se acabó aquel 15 de octubre de 1971 en la iglesia parroquial de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, en Madrid.

Paloma tenía 13 o 14 años cuando iba a la Escuela de Baile de Paco Reyes y su esposa Gloria. La escuela era también tablao flamenco y, en algunas ocasiones, actuaban los alumnos con la destacada presencia de Paloma por sus cualidades artísticas. Con 15 años actuó en el teatro «Lope de Vega», de Madrid, en una función a beneficio del Montepío de Artistas. El director de cine Rovi-ra Baleta le vio bailar y le ofreció protagonizar la película «Amor brujo», a lo que Paloma contestó con contundencia: «Esta actuación en el “Lope de Vega” ha sido mi última actuación en público».

Victoriano aun le daba a las rumbas gitanas con Geraldina Chaplin, pero todo se borró con unas bulerías que bailó con Paloma en la finca «El Cortijo Blanco», donde se celebró el banquete nupcial. La ceremonia religiosa la dirigió una alta dignidad eclesiástica, fray Justo Pérez de Urbel, abad mitrado del Valle de los Caídos. La madrina fue doña Ana Roger, madre de Victoriano, que se tocaba con una mantilla negra de encaje. La novia, vestido de organza con volantes, mangas bordadas con pedrería, tocado de flores y velo de tul corto. Precio del traje: 100 mil pesetas. El novio, traje corto y chaleco cruzado por una leontina de oro. Ella, una niña; él, un maduro conquistador que se había encontrado con la horma de su zapato.

Del matrimonio Paloma-Victoriano nacieron tres hijos: Paloma, Victoriano («Nano») y Verónica. Paloma Cuevas Díaz, otro capítulo.

LA SEGUNDA PALOMA

Ahora Victoriano ha cambiado de indumentaria y se ha vestido de chaqué para darle el brazo a su hija Paloma en la espectacular y multitudinaria entrada a la Catedral de Valencia porque los misterios de la vida llevan a estas coincidencias. Los «Valencia» vuelven a Valencia para casar a Paloma, biznieta de don José Severiano, con el torero de Chiva Enrique Ponce, sobrino nieto de Rafael Ponce «Rafaelillo», un matador de toros de los años 30, al que la guerra y las cornadas rompieron la carrera.

Paloma y Enrique, la imagen perfecta de la pareja de enamorados. Al pie del altar, el 25 de octubre de 1996, esperaban a la novia el torero enfundado en un elegante chaqué y monseñor Agustín García Gasco, arzobispo de Valencia, vestido de pontifical. El traje de la novia, sencillo y entallado en la base, se adornaba con mangas de encaje y un gran polisón en la espalda. Discreto tocado y un amplio velo de tul sobre la cola monumental. La pareja, armónica en todo, hasta en la edad: 24 años.

Al final de la ceremonia, el sacerdote Manuel Rodríguez, de Ejea de los Caballeros, leyó la bendición de S. S. el Papa Juan Pablo II y confesó que, a pesar de su condición de sacerdote, tenía ojos y no tenía más remedio que exclamar ¡Paloma, que guapa eres!, un piropo que fue refrendado por todos los asistentes que llenaban la Catedral valenciana.

El banquete se celebró en Devesa Gardens, cerca de la playa de «El Saler» y asistieron más de mil personas, con abundancia de toreros, «Niño de la Capea», Rivera Ordóñez, «Finito de Córdoba», Julio Robles, José Marí Manzanares, Antonio José Galán, Vicente Ruiz «El Soro», Pepín Liria, «Litri», Rafael Camino, Oscar Higares y Raúl Gracia «El Tato». La fiesta, muy animada y con actuaciones taurinas incluidas, duró hasta el día siguiente.

LAS DOS FAMILIAS

Vidas paralelas, familias paralelas. Plutarco comparaba biografías, ahora comparamos dos familias que han sido importantes dentro de la historia de la Tauromaquia. Y digo han sido porque en ambos casos —Bienvenida-Dominguín, Dominguín-Bienvenida— hay que hablar en pasado con la única salvedad de Francisco Rivera Ordóñez, descendiente directo de los Dominguín, biznieto de don Domingo, nieto de Carmina Dominguín e hijo de Carmina Ordóñez, con lo que enlazamos con la familia Ordóñez.

Hay una circunstancia especial en el relato de la vida de las dos familias y es que los Bienvenida han contado con más biógrafos ajenos mientras que los Dominguín han sabido relatar sus propias vivencias a través de la buena pluma de Pepe Dominguín o el gran comunicador que era Luis Miguel y que le expuso a Carlos Abella casi todos los secretos de su vida.

Se dan otras muchas diferencias, por ejemplo, en los antecedentes puesto que en el caso de don Manuel tenía el precedente torero de su padre, mientras que don Domingo rompió el sello del secreto del arte de torear a impulsos de su inquieta ilusión y las ganas de abandonar el reseco campo. El uno venía de la pacense Bienvenida que le dio nombre, y el otro, del toledano Quismondo que le dio temple. El primero tuvo seis hijos toreros y el segundo, tres. Pero no es cuestión de cantidad y tampoco de calidad. En la distancia, es cuestión de coincidencias. Coinciden don Manuel y don Domingo en una cosa funda-

mental: son toreros, se retiran relativamente jóvenes de la profesión sin tener nada resuelto y se apoyan en sus respectivas descendencias para continuar en este mundo del toro. Don Domingo más metido en el mundo de la empresa y el apoderamiento fuera de la familia, don Manuel como mentor y maestro de ceremonias de sus hijos. Los Bienvenida están más en la tradición y los Dominguín en la revolución. Las dos familias, incluidas madres e hijas, se van a América a superar los malos momentos apoyados en la precocidad de los dos hijos mayores y son las mujeres, doña Carmen y doña Gracia, las que pasan muy malos ratos mientras que sus respectivos maridos e hijos luchan por conseguir lo necesario para la supervivencia y los pasajes para el regreso a España. Y, al final, el paralelismo es tan grande que ambos patriarcas tienen la debilidad de unos amores póstumos que en el caso de don Manuel no tuvieron más consecuencias que el enfado de doña Carmen y en el de don Domingo la más fundamental de un hijo reconocido.

Bueno, la vida de los Bienvenida ya está contada, ahora corresponde desarrollar la de los Dominguín, que en el aspecto amoroso es de lo más pródiga, sobre todo en el caso de Luis Miguel, el auténtico gallo del toreo. Gallo, según el Espasa, es ave de aspecto arrogante, cabeza ordinariamente erguida, plumaje abundante. Al llegar a la pubertad se constituye en familia, encargándose de atender a varias gallinas. «Levantar uno el gallo», manifestar soberbia o arrogancia.» Yo, el uno.

LOS DOMINGUÍN

Don Domingo, el patriarca, nació en Quismondo, Toledo, el 4 de agosto de 1896. Domingo González y Mateos vivía en su pueblo dedicado a la labranza y como camarero del bar del pueblo en los días de fiesta. Fue torero de corta trayectoria y mozo agostado prematuramente pese a que cuando vino a Madrid vivió en la calle Tudescos mezclado con la zorrupias de una casa de citas. Joven y bien parecido, les contaba a sus hijos que «el lobo donde habita no hace daño». ¡Quería ser torero! Los hijos sonreían comprensivos.

Fue a torear a Pamplona y en la estación de Alsasua, a la vuelta de los «sanfermines», se encontró con Gracia Lucas Lorente que era pelotari y que iba acompañada por su madre. Domingo y Gracia continuaron su relación en Madrid y se casaron en septiembre de 1919. El 10 de junio nació Domingo en la casa de Echegaray, 7, y se le bautizó en la iglesia de San Sebastián, en donde también fueron bautizados Curro Cúchares y Rafael el Gallo. El 19 de marzo de 1922 nació Pepe en la misma casa y fue bautizado en la misma iglesia. En 1924 nació Gracia, más conocida por «Pochola», en el nuevo piso de la calle Arrieta. El 9 de diciembre de 1925 nació Luis Miguel en la calle de San Bernardo y en 1929, en la calle de la Ballesta, vino al mundo Carmina, la benjamina. Luego

fueron a vivir a la calle Atocha y, finalmente, a Príncipe, 35, cerca del primer domicilio familiar.

Domingo padre se retiró en 1926, cuando apenas había cumplido 30 años, y se dedicó al mundo de los negocios como empresario y como apoderado, entre otros, del famoso Domingo Ortega, toledano de Borox. Allí se inició una vida complicada y aventurera que culminó con la consagración de Luis Miguel, figura del toreo, aunque necesitara de la precursora trayectoria profesional de sus hermanos Domingo y Pepe.

Doña Gracia era una mujer con temperamento, natural de Tíjola, Almería, tierra de uvas de mesa y cerámica, que se abrió paso como pelotari junto a su hermana Lola por extraño que ello parezca. Murió el 18 de abril de 1983, a los 82 años. Don Domingo, veinticinco años antes, el 23 de agosto de 1958, con 63 años.

A finales de 1952, Antonio Suárez «Chocolate» apuntó en su diario la siguiente y sorprendente confesión: «Como la vida nos reserva muchas sorpresas, a la vejez, mi camarada Dominguín perdió la cabeza, enamorándose como un colegial de una sirvienta de la casa. Con gran insensatez y abusando de la amistad que nos unía, pretendió instalarla en mi casa, oponiéndome a ser cómplice de su locura, por respeto a su familia. Ante su insistencia tuvimos un desagradable incidente salvando mi dignidad ante su mujer e hijos».

Pochola descubrió los amores de su padre y que de esos amores nació un hijo, Rafael González, al que Luis Miguel pagó los estudios de Derecho y del que hizo el comentario muy «luismiguelista» de que «es el único Dominguín que tiene carrera universitaria». El propio Rafael, ante el interés que puso Luis Miguel para que hiciera la carrera, creía que éste era su padre, pero fue su propia madre la que le aclaró quién era su progenitor.

Para completar la vida en común de don Domingo y doña Gracia hay que señalar que en 1937 fueron a México, a Veracruz, a Colombia, Bogotá, y Lisboa. En los 40 estuvieron en Colombia, Venezuela y Perú mientras las mujeres, madre e hijas, se quedaron a vivir en el hotel Ritz de La Habana. De estos viajes hay muchas anécdotas que cuenta con su especial gracejo Pepe Dominguín, ya hablaremos de alguna de ellas.

—Las mujeres —decía doña Gracia— vivimos la vida de los hombres y su voluntad es la que manda. Yo creo que los chicos quieren un poco más a su padre y me alegro mucho de ello. Porque le gente ha visto triunfar a mi marido, pero yo le he visto luchar...¡Y luchaba por todo!

El 12 de abril de 1980 le hizo una entrevista Juan Posada en *Diario 16* en la que hacía las siguientes manifestaciones: «Ser la mujer de un torero es una aventura apasionante. Hay que tener un corazón a prueba de bomba porque el éxito no se comparte con ellos, son los amigos y el público los que los disfrutan. Nosotras, aunque nos sentimos plenas de felicidad, vemos cómo nos los qui-

tan en esos momentos gozosos. A Dios gracias, mis varones me han proporcionado muchas satisfacciones. Sus triunfos y sus fracasos también fueron míos, aunque nadie sabe lo que he rezado y llorado por ellos. Porque las lágrimas de una esposa y madre de toreros no son de pena, sino de angustia y de alegría a la vez, ya que se tiene la sensación de que ellos son superiores y que, al fin y al cabo, son parte de tus entrañas, lo que hace sentirte orgullosa. Mira, ahora ya vieja, por si fuera poco, tengo la carga de mis nietos políticos que también son toreros, pero me siento contenta porque mi marido estaría pletórico de alegría al tener tantos toreros en la familia. Lo malo es que, digan lo que digan, esa profesión es muy dura y hace sufrir mucho a todos los que está alrededor de ellos».

Sus nietos políticos eran «Paquirri», casado con Carmina Ordóñez, Beca Belmonte, casado con Belén Ordóñez, Curro Vázquez, casado con Pati González, Angel Teruel, casado con Lidia Gutiérrez González y Paco Alcalde, casado con Marta González. Y el biznieto, Francisco Rivera Ordóñez.

DOMINGO GONZÁLEZ LUCAS

«Dominguín II» fue un buen torero y un seguro estoqueador. Pero sobre el ser torero predominaba su calidad humana. Era un liberal comunista desde el falangismo, pero, ante todo, un amigo desinteresado y lleno de grandes ideas que sirvieron a otros para medrar en el mundo del negocio taurino. El nunca supo guardar para sí mismo y puede que ello le llevara a la desesperada decisión del suicidio. Domingo se había casado con Carmela Aparicio y de ese matrimonio nacieron tres hijos, Domingo (Pas-Pas), Carmen (Patata o Pati), casada con Curro Vázquez, y Marta, casada con Paco Alcalde. En los años 70 se fue a Ecuador para gestionar la opción de compra sobre la plaza de Quito y, al mismo tiempo, abrió una librería con su hijo Domingo a la que llamaron «El Toro Rojo». Se unió a una mujer, la colombiana Aura Lucía Mera, separada de Rodrigo Lloreda, gobernador del Valle del Cauca, y con cuatro hijos. Compró una finca al noreste de Quito, en el pueblo de Cayamba, a cinco mil metros de altura y le puso el nombre de «Macondo». Por ese tiempo sufría grandes depresiones que se acentuaron con la muerte de Antonio Bienvenida, del que había sido apoderado. El mal resultado de la Feria de Guayaquil en la que actuaron su yerno Curro Vázquez, el mexicano Jesús Solórzano y el ecuatoriano Fabián Mena, le llevaron a pegarse un tiro en el corazón el mismo día en que se celebraba la corrida, el 11 de octubre de 1975. El pistoletazo resonó en muchos lugares del mundo porque Domingo era un hombre de grandes amigos en los más lejanos confines, en las más diversas ideologías y en las más opuestas actividades. Pero aquel día se encontraba completamente solo y no supo reaccionar.

JOSÉ GONZÁLEZ LUCAS

Pepe «Dominguín III» se destacó en el segundo tercio como el consumado banderillero que era. Pero Pepe ha sido un hombre de mala suerte en muchas cosas. Podía ser figura en lo que se hubiera propuesto y siempre le ha faltado el último paso, en el toreo y en la literatura. Sin embargo, gracias a él podemos saber muchas cosas de la vida de esta gran familia de toreros. Cuenta su debut en las lides amorosas con una espléndida mujer de Tampico, las bromas de su hermano y toreros como «El Soldado» que le lanzó el rabo que acababa de cortar a un novillo en un festival con un «toma., cuate, por si le hace falta esta noche», los cincuenta pesos que le habían dado para pagar a su profesora de amor y que ésta le rechazó: «No, hoy no; cuando salgas invita a tus amigos a un tequila». Años después cuenta otra aventura parecida de Luis Miguel, pero en la que el pequeño se aprovechó de la apuesta de sus hermanos y fue a medias con la señora contratada. Sus amores con Chabuca Grande, la intérprete de «Fina estampa» y «La Flor de la Canela», más aventuras variadas y pícaras y su primer matrimonio. El 16 de enero de 1948 se casó en la iglesia de los Jerónimos, en Madrid, y de chaqué con Dolly Lummis Mackennie, peruana de origen escocés, alta, ojos azules. Doña Gracia y don Domingo fueron los padrinos y los testigos sus hermanos y el marqués de la Valdavia, Marcial Lalandá, Domingo Ortega, Manolo Casanova, director de *El Ruedo*, duque de Pinohermoso, Felipe Sassone y Miguel García Chavarri, esposo de Pochola. Tuvo una primera hija, Verónica, que enfermó de meningitis tuberculosa y murió cuando cumplió los doce años. Su esposa falleció al dar a luz a su segunda hija el día de los Santos Inocentes de 1952 por un choque anestésico. La niña, Bárbara, también murió al poco tiempo. Se quedó viudo a los 28 años y con una hija enferma.

En 1953 se casó en México, en Tijuana, con María Rosa Salgado, bellísima y buena actriz, de la que tuvo tres hijos: Peloncho, Jimena y Alejandro. A los diez años se separaron y Pepe se volvió a casar, ahora con la mexicana María José Suárez Macía, en 1965. María José estaba divorciada de uno de los principales accionistas del Banco de Comercio de México y tenía una hija, Diana. En 1975 se unió a la francesa Danielle, con la que tuvo otro retoño, Gabriela, y de la que también se separó.

«Peloncho», José Manuel González Salgado, ha sido el único de la tercera generación de los Dominguín que ha intentado ser torero, aunque el fervor taurino le duró poco más que lo de militar una temporada en la división de novilleros sin caballos desde que debutara el 30 de julio de 1972 en Soria. De esa época recuerdo la amistad que tenía con Jesús Acha «Bola», hijo de Raúl Acha «Rovira», matador de toros que tuvo grandes enfrentamientos con Luis Miguel, que también quería ser torero y que, al final, se dedicó a la canción con el nombre popular de «Emmanuel». Raúl Acha y Sanz «Rovira», torero argentino, pe-

ruano o chileno y residente en México, se casó con la cantante española Conchita Martínez para la que el maestro Quiroga escribió «El Romance de la Reina Mercedes» que luego cantó Concha Piquer.

POCHOLA DOMINGUÍN

Gracia González Lucas, tercera de los hijos del señor Domingo y doña Gracia, nacida en Madrid y que se casó con el abogado Miguel García Chavarri relacionado con la firma «Aguas de Carabaña» y que murió en un accidente de automóvil cerca de Villa Paz. Tuvieron dos hijas, Lidia y Chiqui, está casada con Eduardo Garrigues y luego con un ejecutivo de la Agencia Reuter. Lidia se casó con el diestro madrileño, de Embajadores, nada menos, Angel Teruel. Años después de enviudar, Pochola Dominguín se unió civilmente en Las Vegas con el abogado Luis Zarraluqui. Enfermó de gravedad de una dolencia hepática y murió en Madrid el 17 de mayo de 2000, ya abuela de unos cuantos hijos de Lidia.

Lidia García González y Ángel Teruel se casaron en abril de 1976 en la iglesia madrileña del Perpetuo Socorro y los padrinos fueron el hermano del novio, José Luis Teruel «El Pepe», también matador de toros y a la sazón peón de confianza de su hermano, y la madre de la novia, Pochola.

Antes de su matrimonio y cuando ya era novio de Lidia, Angel Teruel tuvo un original idilio con una mujer famosa, Bárbara Hutton, propietaria de los almacenes Wolwor, princesa de Champañak, con más dineros que maridos y que se paseaba por España en 1972 en un lujoso Rolls Royce. En Sevilla le lanzó su mantón de Manila a Teruel y, al parecer, el torero no se dio cuenta del detalle y no hizo el pertinente aprecio devolviendo la prenda en persona. Después de la corrida, el diestro fue al hotel Andalucía Palace a disculparse y Bárbara le regaló a cambio un colgante, una mano de oro, un fetiche hindú. De ahí vino una aparente amistad que tuvo su amplio reflejo en las páginas de los diarios vespertinos —*Pueblo* y *El Alcázar*—, que en esos años setenta eran los heraldos de las páginas del corazón que luego se trasladaron a las revistas semanales.

A los pocos días, Ángel Teruel toreaba en Talayuela, en la provincia de Cáceres, y hasta allí se desplazó Bárbara acompañada por sus guardaespaldas que le trasladaban en brazos desde el Rolls hasta su localidad porque no se podía mover por sus propios medios. Brindis consiguiente y regalo de unos gemelos de oro con sesenta brillantes que se valoraron entonces en cuatro millones de pesetas. También los otros dos matadores ofrecieron sus faenas a la Hutton y mientras sé lo que recibió Jaime Ostos, la llave egipcia de la vida y la muerte en oro, no tengo ni idea del obsequio que ofreció al tercer matador, Raúl Sánchez.

Después de la corrida, la generosa dama ofreció una recepción en el castillo de los Condes de Oropesa, residencia de Carlos V, y se aprovechó la ocasión por

parte de los avisados informadores para transcribir las opiniones de la que había sido esposa del príncipe ruso Prinz Mdivant, Grai Haugwitz Reventlow, el actor Cary Grant, Prinz Troubetzkoy, el diplomático dominicano Porfirio Rubirosa, el tenista alemán Von Cramm y el esposo vigente en aquel momento, el príncipe de Champañak.

—A pesar de mi dinero y mis maridos —confesaba— no he conocido la que es la felicidad de un amor.

—¿De quién guarda mejores recuerdos?

—Cary Grant fue un hombre al que recuerdo con agrado. Un hombre con mucha personalidad, muy refinado e inteligente.

—¿Y Rubirosa?

—No quiero ni mencionarlo. Solamente fue un «play-boy».

—¿Qué ve en Ángel Teruel?

—Una amistad sincera. Es una gran persona y muy inteligente.

—Con Bárbara Hutton —decía Ángel Teruel, novio de Lidia— me une una gran y sincera amistad. Es importante y es para mí un orgullo el que una señora de la categoría de Bárbara se fije en un torero como yo, dando categoría de esta forma no solo a mi persona, sino a toda la profesión. (José Luis Blanco Quiñones, *El Alcázar*, mayo de 1972).

No hubo más. Pasó aquello sin más problemas y Ángel y Lidia se casaron y tuvieron dos hijas, Verónica y Lidia, y dos hijos, Angel Luis y Gonzalo, un recuerdo anecdótico de aquello, simple lance gentil, y la realidad de un regalo valioso que supongo que Angel conservará.

Se habló también de una aventura del de Embajadores con Catherine Picasso, pero también sin pasar a mayores. Lidia superó aquellos flirteos consecuencia de la popularidad del torero y otras más dolorosas circunstancias, como el grave accidente que sufrió el torero, y la vida de la pareja transcurre con total normalidad, lo que no es poco en la familia de los Dominguín.

LUIS MIGUEL Y SUS MUJERES

La amplia lista, la amplísima lista, al final quedará reducida a dos mujeres, a Lucía y a Rosario, que fueron las que influyeron de verdad en la vida de este gallo de pelea que se llamaba Luis Miguel. Algo similar le ocurrió a su cuñado Antonio Ordóñez y le ocurre a Curro Romero, los tres alejados de ese dicho que augura un final fatal que muchas veces se ha cumplido; «A la puta y al torero a la vejez os espero».

En el libro de Carlos Abella están citadas todas las mujeres —casi todas, mejor— de Luis Miguel Dominguín, a las que voy a tratar de definir en pocas líneas para que no se me considere reiterativo dado que ya en la citada publicación se puede encontrar la noticia más completa. Al margen de las ce-

remonias iniciáticas que organizaron sus hermanos y de las que se aprovechaba Luis Miguel, hay que citar un primer nombre, CELIA ALBÉNIZ, amor juvenil, nieta del famoso compositor musical y fallecida muy joven, en la Navidad de 1949, en un accidente de automóvil cerca de Madrid y cuando se dirigía a Francia.

Luego viene ÁNGELA PÉREZ SEOANE, hija de los duques de Pinohermoso, con la que inició su idilio en la feria de abril de Sevilla de 1949, y a cuyo noviazgo se opusieron los padres y los hermanos de la joven aristócrata. «Dile a tu padre que nos vamos a casar y que no va a poder con nosotros».

La advertencia tuvo malas consecuencias y dicen que la madre de Ángela no pudo dominarse y hasta le pegó a su hija con una fusta de montar. La reacción de la joven Ángela fue escaparse de casa, en la calle Villanueva, cerca de Serrano y Goya en Madrid, y buscar el apoyo de Pochola, quien, de acuerdo con Domingo Ortega, llevó a la enamorada a casa de los Cembrano, ganaderos, donde acudió Luis Miguel. El duque, Carlos Pérez de Seoane, presentó una denuncia en la Puerta del Sol, en la Dirección General de Seguridad, por raptor, y su hijo Manolo hasta quiso pegar a Luis Miguel. Lo cierto es que no había habido tal raptor y que Angelita volvió a su casa y decidió con sus padres y Luis Miguel esperar a la mayoría de edad, que entonces era a los 21 años. Se retiraron las denuncias, pasó el tiempo y... se esfumó el conflicto porque la Pérez Seoane se casó con Diego Prado y Colón de Carvajal y del matrimonio nacieron seis hijos. Final feliz.

ANNABELLA POWER, ex esposa de Tyrone Power, cuando ya estaba separada del actor cinematográfico, y Luis Miguel visitó Hollywood. A la cena de recepción dicen que asistieron los tres y Luis Miguel, que era más joven que Annabella, se quedó impresionado: «Annabella fue una persona que supo influir en mi vida y, aunque pasemos años sin vernos, cada vez que voy a París la llamo. Nuestra amistad continúa intacta y hermosa, como siempre».

Encuentro en 1949, en el Museo de Perico Chicote en la Gran Vía madrileña y en presencia de Carmen Sevilla y Maruchi Fresno, actriz e hija del famoso caricaturista, y Annabella decidió seguir a Luis Miguel durante todo el año 1950, hasta Zaragoza y le dio buenos consejos: «Tienes que elegir: seguir siendo el niño en tu casa o crecer como hombre fuera de ella». Luis Miguel siguió el consejo de Annabella.

MIROSLAVA STERN, Miroslava Sternova Beca, nacida en Praga el 26 de febrero de 1926, actriz mexicana de origen yugoslavo que tuvo un prolongado romance con Mario Moreno «Cantinflas» y con el que hizo alguna película. Y con Pedro Armendáriz, Jorge Negrete y Pedro Infante. La última película con Ernesto Alonso, «Ensayo de un crimen», se la dirigió Luis Buñuel. Luis Miguel simultaneaba su romance con Ava Gardner con el favor de Miroslava. Pero cuando la mexicana se enteró de la boda de Luis Miguel con Lucía Bosé decidió suicidarse, no sin antes devolver al torero a través de banco una cantidad que le había



Miroslava Stern se suicidó al conocer la noticia de la boda de Luis Miguel y Lucía Bosé.



Ceremonia religiosa del enlace entre Luis Miguel y Lucía.

prestado. Su ama de llaves la encontró cadáver en su cama con una foto de Luis Miguel en una mano y dos cartas en la otra para su padre y su hermano pidiéndoles perdón por su muerte.

Al hablar de esta mujer bueno será recordar al nonagenario, casi centenario, Pepín Bello, cuyo título más preclaro es el de haber sido amigo de Buñuel, García Lorca y Dalí, estudiante, siempre estudiante, de Medicina y diplomado en amistades. Es el único superviviente de la Residencia de Estudiantes y de la Generación del 27. Amigo. Habla de todos ellos y de «La Argentinita», Belmonte y Lucía Bosé. «De las más guapas amigas que he tenido, la Bosé. Y las he tenido muy guapas, por ejemplo mi novia, la hermana de Gustavo Durán, las hermanas Fórmica, que eran las más elegantes de Sevilla, o la misteriosa Miroslava que tanto enamoró a Benet, pero se prendó con Luis Miguel Dominguín. La que hacía parar la circulación era la condesa de Yebes, elegante, culta, nos obnubilaba; el que verdaderamente perdía los vientos por ella era Ortega (el filósofo), que era muy mujeriego».

Y comentaba la trágica cogida de Ignacio Sánchez Mejías y que su mujer; Lola, le dijo que no era tan grave como decían aunque el lunes ya llegó la noticia de que se moría y fue «La Argentinita», su amante, la que le comunicó el fatal desenlace.

—Fui amigo de Juan Belmonte, otro inquietante extraordinario, complicadísimo, mujeriego a más no poder; le gustaban las cocineras. Era un poco raro, muy inteligente.

Un apunte más sobre personajes ilustres a los hay que dejar la puerta abierta para tratar de concretar su personalidad. Para llegar hasta «la divina GRETA GARBO», a quién Luis Miguel conoció en casa de Peter Viertel, marido de Deborah Kerr, amigos íntimos del torero. Fue un fugaz e inocente encuentro pero que no se puede olvidar.

NOEL MACHADO «LA CHINA», peruana y azafata de profesión, hija de un chino y una mulata y sorprendentemente exótica. Luis Miguel sufrió una cogida el 4 de enero de 1953 en Caracas y se escapó del hospital disfrazado de mujer para irse a un hotel de La Guaira atendido por «La China» que cada ocho horas le ponía unos polvos de sulfatiazol en la herida. El torero se repuso y se volvió a Madrid para, en «Chicote», conocer a un tiempo a AVA GADNER y LANA TURNER que se disputaron el trofeo de llevárselo al huerto. Esta historia nos cuenta que la triunfadora fue Ava Gardner y que este reto dejó en la estacada a la estupenda Noel Machado.

A BRIGITTE BARDOT la conoció en el «Elefant Blanche» por conducto de Roger Valdim. Dice que bailó con ella y que le sudaban las manos y olía a perfume francés. Le prometió una foto de torero y la futura actriz se presentó en el hotel de Luis Miguel a las 9 de la mañana, cuando no hacía ni dos horas que se había acostado, por lo que le firmó la foto y continuó su sueño.

HELENA KLEIN, distinguida y elegante viuda de José Valls i Taberner, industrial catalán asesinado por un obrero de su fábrica al que descubrió robando. Helena era también catalana, muy atractiva y sofisticada.

LAUREN BACALL, en «el verano sangriento», en la competencia no sé si dura pero sí dolorosa con Antonio Ordóñez, la viuda de Humphrey Bogart estuvo en la habitación del hospital después de la cogida que sufrió en la plaza de Bilbao y le dio un beso en la boca. Ya parecía que una nueva aventura iba a jalonar la carrera del diestro madrileño cuando apareció Lucía Bosé para atender a su esposo.

Decía Luis Miguel que ROMY SCHNEIDER había entrado en su vida a la fuerza porque se encaprichó y aunque él no le hizo mucho caso al principio, ella se empeñó en que aquello tenía que ir a más. «Tenía un empuje tremendo que le llevaba a conseguir lo que deseaba. Era una mujer muy agresiva y a punto estuvo de cargarse mi reaparición y casi me retiró de los toros. Pero me di cuenta a tiempo y me defendí de ella».

RITA HAYWORTH. «No creerás —le dice a Carlos Abella—, no se lo ha creído nadie, que nunca me apeteció convertirme en eso que llaman «amador de artistas», pero ya sabes que en este país hay un refrán que dice «Cría fama y échate a dormir». Eso me pasó con Rita Hayworth. Vino a España en 1952 y en octubre, en Guadalajara, le brindé un toro. Recuerdo que le acompañaba el conde de Villapadierna y poco más puedo contarte. Después de ese brindis y durante un tiempo me llamaban «Gildo» y me cantaban «Amado mío», pero sin ninguna razón.

NAIMA CHERKI, una bailarina oriental que volvía locos a los madrileños en un local cerca de la calle de San Bernardo, que alguna cosa tuvo que ver con el torero, pero que siempre se le asocia con el jugador del Real Madrid Paco Gento.

Una novicia en un barco por el río Magdalena en América. Era el vapor «El Pichincada» y la tal novicia iba acompañada por dos monjas y un sacerdote navarro. Lo que le faltaba para colgarse el cartel de Don Juan. Y de entre sus amores juveniles, en 1937, en su primer viaje a aquellas tierras, la mexicana GLORIA LIBRAN que tenía 12 años. Al cabo del tiempo, cuando Luis Miguel volvió de figura a la plaza México y preguntó por ella ya se había casado.

Volvemos a la madurez y nos encontramos con IRA DE FÜRSTENBERG, ya separada de Alfonso de Hohenlohe, actriz de cine en los años sesenta, que pasó algunos días en «La Virgen», la finca de Santa María de la Cabeza, disfrutando de la hospitalidad de Luis Miguel, del fresco olor de la naturaleza salvaje y apreciando la decoración de los bungalows que había en aquella finca de caza y recreo. «Ira era una mujer con mucha clase».

Con el repaso de esta larga lista surge la duda sobre si Luis Miguel tuvo algo que ver con Lupe Sino, la novia de «Manolete». El lo aclara: «Yo iba mucho a Alcalde Sainz de Baranda en donde vivía ella, pero mis visitas eran a YOLANDA RÍOS «YOLA», amiga de Lupe, sin que se mezclaran las cosas. Solo faltaba que, además de culparme de la muerte del de Córdoba me hubieran acusado de quitarle la novia».

Recordaba Luis Miguel las veladas que pasó con MARÍA FÉLIX en el hotel Velázquez, en donde «La Doña» tenía un piso completo para ella sola. Pero tenía que negar toda la relación con una persona a la que consideraban como enemigo de su país y exclamaba que «ella no podía tener un idilio con semejante persona». Cuando, años después, Luis Miguel le brindó un toro en la Monumental de México, le dijo lo siguiente: «María, por nuestros recuerdos». Y aquella noche se fueron a cenar juntos a la zona rosa de la capital mexicana.

Se habla también de DORIS, la mujer de Yul Brynner, de MARÍA ASQUERINO como su único fracaso sentimental, de MIGNONE PLAZA, ecuatoriana, tras la separación de MARIVÍ DOMINGUÍN, y de la chilena PILIA BRAVO, hermana del pintor Claudio Bravo, antes de la llegada de Rosario, «una gran chica que me ayudó mucho y a la que deseo toda la felicidad y de la que tengo un extraordinario recuerdo». Los encuentros eran en Marbella.

Y AVA GADNER que estuvo casada con Mickey Rooney, Artie Shaw y Frank Sinatra. Vino a España en 1952 para rodar «Pandora y el Holandés Errante» con Mario Cabré y James Masson. Carlos Abella se inventa una carta desde el más allá para que Ava explique su situación: «En aquellos primeros años de los cincuenta llegué a España para rodar «Pandora y el holandés errante»; entonces conocí la maravillosa Costa Brava y tuve un pequeño «flirt» con el torero Mario Cabré, que era un hombre correcto, educado y gentil, muy enamorado de mí y que me dedicó algunos poemas. La verdad es que no le di demasiada importancia porque yo estaba muy enamorada de Frank Sinatra, mi marido, aunque nuestro amor no pasaba por su mejor momento».

Ava fijó su residencia en Madrid, tuvo locas aventuras con Luis Miguel hasta llegar a la famosa anécdota de que, tras la relación amorosa, Luis Miguel se vistió con toda rapidez y Ava le preguntó que adonde iba con tanta prisa: «A contarlo», dicen que contestó el torero. ¿Cómo se podía callar aquel acontecimiento si ella, Ava, era la mujer más codiciada del mundo? Mucha convivencia, muchos problemas, pero siempre una relación entre seres inteligentes y civilizados. Todo esto duró hasta 1955, cuando Luis Miguel fue a Londres a contarle a Ava que se casaba con Lucía.

PRIMERA MUJER DE LUIS MIGUEL

Hemos hablado de muchas mujeres y otras tantas se habrán quedado en los oscuros rincones del olvido. Pero la primera de verdad, la que le cambia todos los esquemas y planteamientos es LUCÍA BOSÉ. Era el 19 de diciembre de 1954 y Lucía venía a Madrid para interpretar «Muerte de un ciclista» con Juan Antonio Bardem. A su vez Luis Miguel iba a Roma y en el aeropuerto de Barajas se encontró con Manuel Goyanes que esperaba a la italiana. Y como Luis Miguel ha sido así siempre, decidió cancelar su viaje a Italia y es-

perar la llegada de la actriz. Para que luego diga que no quiere ser «el torero de las artistas». Walter Chiari acompañaba a Lucía y conocía a Ava Gardner que siempre desconfió de presentarle a Lucía al torero: «La amiga de Walter Chiari es la única mujer que yo no te presentaré en mi vida» —le dijo Ava a Luis Miguel. Y, a su vez, Chiari le advertía a Lucía: «Ten cuidado con Luis Miguel Dominguín, el torero; es el amante de Ava Gardner y le encantan las actrices de cine».

En fin, se conocieron y, a pesar de todas las prevenciones, la figura del torero cubierta con capa española y tocado con el sombrero cordobés, los requiebros, las valentías y la cena en la embajada de Italia, las apuestas, la visita a la madre de Luis Miguel que estaba con sus hermanas y Carmen Sevilla, la cena en Lhardy, la sentencia estaba echada y el gran conquistador claudicaba ante los encantos de la italiana. Luis Miguel fue a Londres a despedirse de Ava Gardner y, a la vuelta, la pareja pasó tres días con sus noches en la habitación de Lucía del hotel Castellana.

El 27 de febrero de 1955, dos meses después de conocerse, anunciaron su boda en París. De allí volaron a Nueva York y después a Los Ángeles, donde durmieron el 28 de febrero. Al amanecer del 1 de marzo, Luis Miguel despertó a Lucía y le dijo: «Ponte guapa que nos vamos de boda». En una avioneta fueron a Las Vegas con Carlos Blanco y Hugo Fregonese, director de la posible película «Zafiro». Y en la residencia del juez de paz Charles Petersón, en el lago Nead, a cambio de 5 dólares, recibieron la licencia matrimonial que celebraron con champán y máquinas tragaperras.

El 19 de octubre de ese mismo año dicen que por compartir puesto con Franco en la caza de perdices y por jugar al mus con Camilo Alonso Vega, se casó por la iglesia en la capilla de Villa Paz y con don Julio, párroco de Saelices, en presencia de su abuela paterna, sus padres, hermanos, Antonio Ordóñez y el doctor Tamames. Domingo le gastó una broma al señor cura cuando le dijo que «ya que ha casado a mi hermano ¡a ver si casa a mis padres!». El matrimonio fue a Panamá en el mes de marzo y allí, en el hospital de San Fernando y por cesárea, el 3 de abril de 1956 nació Miguel González Bosé. En 1957 nació Lucía y en 1960, Paola, apadrinada por Picasso. 1961, un aborto, y en 1962, un niño que murió a los diez días. En 1967 se empezaron a distanciar y surgieron las aventuras de Luis Miguel, la vida desordenada y su relación con su prima Mariví, la hija de su tía Ana María, la que preparó todo el tinglado de la boda en Villa Paz, hermana de su padre.

LA JOVEN Y ENTROMETIDA PRIMA

A su tía Ana María y a su marido, Luis Miguel los colocó como administradores de la finca de Villa Paz, en Saelices, y allí creció la llamada María, Mariví o Mae Dominguín, una joven pizpireta y precoz que se casó en 1961 con el hijo



Mariví Dominguín, prima de Luis Miguel, no confesó quién era el padre de su hijo.

del ganadero Celso Cruz del Castillo, José Ramón. Ella tenía 17 años y apenas aguantó un par de ellos junto al hijo del ganadero. Tras la separación, a los tres años, Luis Miguel mandó a su prima hermana a estudiar a Inglaterra y allí continuó sus contactos hasta llegar a la escena del enfado de Lucía cuando habían operado al torero en un hombro y quería una botella de ron para calmar el dolor. Lucía se negó a comprarla y Luis Miguel reaccionó violentamente, por lo que la actriz se volvió a España y dejó el campo libre a Mariví.

—Cuando me casé con José Ramón del Castillo solo tenía 17 años y nos separamos el cabo de tres, aunque él era una persona deliciosa. La relación con Luis Miguel, primo hermano mío, fue un escándalo para la época. No puedo decir que Luis Miguel haya sido la rosa de mi vida, pues más que un buen recuerdo, siento indiferencia. Tanto a ellos como al doctor Abril y a Augusto Alguero los trato con educación y cordialidad, porque hemos compartido momentos muy bonitos, pero no me voy a comer o a cenar con ellos.

En eso coinciden Mariví y Luis Miguel que aseguraba lo siguiente: «Yo he terminado amigo de todas las mujeres que he amado menos de una». Y esa era su prima, con la que, por cierto, vivió una década de lo más trepidante. Viajes, cacerías, monterías, noches de juerga, madrugadas de flamenco hasta llegar a escándalos que, entre otros, trató de divulgar la periodista Maruja Torres, lo que supuso un largo proceso por escándalo público que se resolvió el año 1976, cuando ya no convivían los dos primos hermanos.

—¿Se siente capaz de volverse a enamorar? —le preguntaron años después a Mariví Gutiérrez González.

—No, me encuentro contenta de ser autosuficiente, pero no me siento segura con mi decisión, pues pienso que el ser humano está hecho para vivir en pareja. Mi hijo es la gran ilusión de mi vida, por él lucho y trato de mantenerme lo más digna posible. Mi ilusión es que me admire, que vea que estoy dedicada a mi trabajo y que se dé cuenta de que no tengo «rollos» con señores. Me he encargado de su formación y es mi gran joya, por eso nunca haré a su padre el regalo de decir oficialmente que es suyo.

Mariví Dominguín murió el 28 de diciembre de 1994, a los 51 años. No puedo ser yo el que desvele el último secreto de una mujer que en los últimos meses de su vida estuvo en las páginas de las revistas y en los espacios radiofónicos y televisivos en campañas de difusión de distintos productos de cosmética, divulgación de unas operaciones estéticas a las que se sometió o campañas de moda, decoración o estilo de vida. Ella misma citó a sus cuatro amores, su marido José Ramón del Castillo, su primo Luis Miguel, el doctor Abril y Augusto Alguero, ¿cuál de ellos era el padre de su hijo? En esta triste historia no faltan referencias al disgusto que le produjo a Luis Miguel el embarazo y la decisión de ponerle a María las maletas en la calle y cambiar la cerradura de su casa. Habrá que recordar que el propio Luis Miguel le pagó la carrera de Derecho al hijo natural de don Domingo, su padre.

LA OTRA MUJER DE LUIS MIGUEL

Se trata de Rosario Primo de Rivera y Urquijo, nieta del dictador, hija de Rosario Urquijo y sobrina del ganadero «Juan Gómez», Antonio Urquijo. Ella tenía una seria relación con una persona que murió cerca de San Sebastián, en un accidente de coche. Entonces don Gregorio Marañón le ayudó a hacerse enfermera y con esa experiencia se dedicó a cuidar de su madre, la viuda de Fernando Primo de Rivera, hermano de José Antonio. Y en ello estaba cuando en 1973 se organizó un homenaje al Conde de Teba en el que participaron Fernando Terry y Miguel Primo de Rivera, su hermano, amigo de Luis Miguel que también estuvo en el acontecimiento y conoció a Rosario en presencia de Cayetana de Alba.

Las cosas con su prima iban cada vez peor y se agravaron con la muerte de Carmina Dominguín en los últimos días de agosto de 1982. Y Rosario fue el bálsamo del desquiciado Luis Miguel. Estaba en América y se rompió el peroné en un momento de total angustia. «Rosario, ven a Miami. Te necesito conmigo». Ella tenía entonces 46 años y decidió hacer el viaje. Pero, al llegar a Miami, se encontró con la presencia de Diego Bardón, un antiguo novillero que se dedicaba a las tareas periodísticas después de su experiencia en el movimiento «Pánico» de Fernando Arrabal, que podía mandar su crónica a España a «¡Hola!» y Rosario no estaba dispuesta a que su madre se enterara por los papeles de que su hija se había ido a acompañar a Luis Miguel: «Yo no le doy ese disgusto a mi madre». Y se volvió a Madrid.

Miguel Primo de Rivera no quería que su hermana fuera la última conquista del más conquistador de los españoles. ¿Cómo le podía ocurrir eso a él que, si no era el primero de los de la época, nadie le discutía la segunda plaza? Total que Primo de Rivera estuvo tres años sin hablarle a Luis Miguel cuando hasta entonces habían sido compañeros de fabulosas farras e inenarrables fiestas. Se conocían y no se fiaba el uno del otro. A los tres años, por buenos oficios de Pochola, volvieron a ser amigos.

Luis Miguel vivía en la calle Darro, en la colonia de «El Viso», y Rosario en Martínez Campos, muy cerca el uno del otro. La relación se hizo cada vez más intensa y francamente positiva aunque la familia de Rosario deseaba que esa relación se consolidara con el matrimonio, sobre todo su madre. Y, si era posible, por lo religioso. Pero Lucía Bosé no estaba dispuesta a acceder a la nulidad del sacramento canónico. En 1983 se fueron a vivir unas temporadas a «La Virgen» con un ritmo distinto del que hasta entonces había llevado el torero. Y, por fin, el 10 de diciembre de 1988, en los Juzgados de Familia de la calle Pradillo de Madrid, se llevó a cabo el matrimonio civil entre Rosario Primo de Rivera y Luis Miguel Dominguín, a los 17 años de la separación de éste de Lucía. A la ceremonia asistieron los hijos de Luis Miguel, Miguel, Lucía y Paola, sus hermanos Pepe y Pochola y los seis hermanos de Rosario, Miguel y Fer-

nando Primo de Rivera y los del segundo matrimonio de su madre, Rosario Urquijo, con Alfredo Pickman, Alfredo, Macarena, Tere y Guillermo. También asistieron Carmen Montero y don Servando, el administrador de toda la vida del torero. Rosario fue el bálsamo que curó tantas heridas sufridas fuera de los ruedos y la que contribuyó a que los últimos días de Luis Miguel I «El Conquistador» resultaran tranquilos, felices y plácidos.

«Rosario es excepcional y verdaderamente estoy muy bien con ella. Ha sido una suerte encontrarnos porque si no hubiera sido por Rosario no sé lo que habría sido de mí» —confesaba Luis Miguel a Carlos Abellá—. Y así fueron los últimos días de Luis Miguel I «el Conquistador»: tranquilos, felices, plácidos.

CARMINA GONZÁLEZ LUCAS

La pequeña de los Dominguín tenía designada una gran tarea: la de unir dos familias toreras y aun una tercera, aunque ésta no haya tenido continuidad. Carmina se casó con Antonio Ordóñez el 20 de octubre de 1953 en «Villa Paz», en la capilla presidida por una imagen de la Virgen del Pilar. Luis Miguel le regaló a la pareja un lujoso «cadillac», pero las relaciones entre dos toreros de su categoría siempre fueron difíciles y si se mantuvieron fue gracias a la voluntad de don Domingo y a la mano izquierda de la pequeña de la casa. Muchos son los que pueden avalar esta opinión y muchos más los que podemos hablar de las dotes de la señora de Ordóñez, que murió a finales del mes de agosto de 1982, cuando ya hacía unos años que había casado a su hija Carmina con «Paquirri» y a su hija Belén con Beca Belmonte, nieto de Juan Belmonte, dos matrimonios de corta duración que, en el caso de la hija mayor, tuvo como consecuencia el nacimiento de Francisco y Cayetano.

La boda de Carmina Ordóñez con Francisco Rivera se celebró el 16 de febrero de 1973 en San Francisco el Grande, de Madrid, y fue todo un acontecimiento social. Ella, que todavía no había cumplido los 18 años, llevaba un vestido de seda natural bordado en pedrería y entró en la iglesia del brazo de su padre, Antonio Ordóñez. «Paquirri» lo hizo del brazo de su madre, Agustina Pérez Núñez. Por parte de la novia firmaron como testigos sus tíos Pepe, Pochola y Luis Miguel Dominguín y Cayetano, José y Alfonso Ordóñez, el conde de la Unión, Ángel Luis Bienvenida, Juan Carlos Beca Belmonte, Jaime Martínez de Irujo y Jesús Chopera. Por parte del novio lo hicieron Antonio Rivera Alvarado, su padre, José Rivera «Riverita», su hermano y también matador de toros, José y Manolo «Camará», sus apoderados, Carmen González Lucas, su suegra, Belén Ordóñez, su cuñada, y Teresa Rivera, su hermana, la madre de Canales Rivera, también matador de toros. Asistieron los duques de Cádiz, Paco Camino, Lola Flores, Jaime Ostos y Lita Trujillo, Curro Romero, Antonio Bienvenida, Andrés Vázquez, Julio Aparicio, Juan Mari Pérez



«Paquirri» y Carmina Ordóñez se casaron en San Francisco El Grande, en Madrid.

Tabernero, Álvaro Domecq, la cuadrilla del torero, José María Recondo, Baltasar Iban y Atanasio Fernández. La fiesta tuvo lugar en «Florida Park», en el Retiro madrileño.

No duró mucho el matrimonio y en 1984, en marzo, Carmina se volvió a casar, esta vez con Julián Contreras, con el que tuvo un tercer hijo. Se divorció en octubre de 1995 y nueva ceremonia matrimonial el 7 de noviembre de 1997 con el bailarín Ernesto Neyra, del que también se ha separado para contar con un nuevo acompañante, Pepe Gómez, del grupo de «Los Marismeños».

Cuando Carmina se separó de «Paquirri», su amiga Lolita Flores se pasó una temporada en «La Cantora», pero ya se sabe que, al final, fue Isabel Pantoja la que se llevó al huerto al de Zahara de los Atunes, frente con frente con Barbate. En otra ocasión también coincidieron la hija de Ordóñez y «la Faraona» en sus relaciones con Antonio Arribas que también pasó de los dominios de «la mano que mece su pelo» al de la gitana Lolita. Todavía hay más coincidencias si bien estas solo tengan el calificativo de rumores. Es el caso de la misma Lolita con Fran Rivera, el hijo de su amiga, cuando todavía éste no era don Francisco, aspirante a la mano de la duquesa de Montoro.

Como cuenta en un libro Hilario López Millán, Carmina Ordóñez era muy devota de la Virgen del Rocío y hacía el camino peregrino con un grupo de romeros de la Hermandad de Triana y en ese camino coincidió una vez con Julián Contreras, «el jilguero de Lepe», luego con Eduardo Bermejo, Pepín Cabrera, Antonio Arribas y, más tarde, con Ernesto Neyra. Y el camino (por el Rocío, naturalmente) siguió con Pepe Gómez y no se sabe por cuanto tiempo porque Carmina se mantenía guapa, joven y comunicativa.

Y aprovechando mi momento de debilidad chismosa y la lengua viperina de Hilario López recordaré sus confesiones sobre la relación de Ana «Tostón» Obregón con Miguel Bosé durante cuatro años y lo que le dijo Luis Miguel a la simpática presentadora: «Ana, espero que me lo hagas un hombre». No conozco los resultados y tampoco los que pudo conseguir la transexual Amanda Lear, la musa de Dalí, destinataria de la misma súplica.

El 14 de febrero de 1975 se casaron Belén Ordóñez y Juan Carlos Beca Belmonte y se separaron sin tener descendencia. Luego Belén volvió a unirse sentimentalmente y tuvo una niña.

El 30 de abril de 1983, en Sevilla, en la capilla-basílica de Jesús del Gran Poder contrajeron matrimonio Francisco Rivera «Paquirri» e Isabel Pantoja. Ofició el sacerdote Jesús Aro y el desfile de los coches de caballos por la Alameda y la Macarena hasta San Jerónimo fue todo un espectáculo. En el antiguo claustro hubo un aperitivo, cena y barra libre para más de mil trescientos invitados. Baile por sevillanas y una tarta coronada con la reproducción de la Giralda de la que salían palomas volando. Y palomos.

El espíritu de las palomas representaban a la candorosa Carmina, la impaciente Lolita y su mamá; Lola de España... a los sueños cinematográficos con

Carmen Sevilla, Conchita Bautista y, sobre todo, Paquita Rico, que fue el amor platónico del joven «Paquirri» y que pudo llegar a algo más cuando ya era un torero de fama. También pudieron salir de esa tarta nupcial Bárbara Rey, la americana Dennisse, la antioqueña Alicia, María Luisa Riasco, reina de la belleza de Colombia, y las jovencísimas Marilú y la catalana Pilí Iglesias, a la que dejó el torero para hacerse novio de Carmina Ordóñez.

El espíritu de los palomos era más discreto pero no menos numeroso. Se posaba ya en 1975 en el cantante Raymond, que figura como el primer novio de Isabel; después el diestro Palomo Linares antes de que conociera a Marina Danko, muy en su papel de pretendiente, el canarito José Vélez, el también torero Alfonso Galán, hermano de Antonio José, Mariano Horta, el bailarín Antonio del Castillo, coreógrafo del espectáculo «22 Abries» que protagonizaba Isabel y con el que se veía en el piso de la peluquera de la canzonetista. La mujer del bailarín contrató a un detective y se acabó el «run-ru-neo» y vino el divorcio. Un palomo guapo y con buen buche fue Máximo Valverde, al que yo mismo oí decir en el bar de «Don Santiago» hacia 1979 que era el primer amor de Isabel. Por esa fecha también se le vio con el futbolista Pablo Blanco, hasta que el 26 de mayo de 1980, por mediación de un periodista de Jerez, conoció a «Paquirri» y se casó con él y tuvo un hijo, «Paquirrín», que se parece más a su abuela doña Ana que a su progenitor. Y tras la tragedia, no le han faltado a la viuda de España muchas y variadas proposiciones, el cantante mexicano Juan Gabriel, el actor José Coronado, que le acompañó en el rodaje de «Yo soy esa», de 1990 aunque por entonces Coronado vivía con Paola Dominguín y tenían un hijo, el actor Osvaldo Ríos, el empresario Juan Frías, Paco Chacón y, finalmente, Diego Gómez, relaciones públicas de un casino de la Costa del Sol, hombre de altura y discretas maneras que parece que hace buenas migas con «Paquirrín», la niña Isabel adoptada por la artista y con toda la parentela, que no son pocos los Pantoja, y que parece que le es fiel en la felicidad y en las tristezas hasta que el juez, el cura o el alcalde los una para siempre porque para eso Isabel Pantoja es tan libre como las palomas que salieron de aquella famosa tarta nupcial. Ha sido el alcalde de Marbella, Julián Muñoz, el que ha tomado las riendas de «Cantora» y ha renunciado al bastón de mando marbellí con los consiguientes líos políticos y familiares.

LOS ORDÓÑEZ

Cayetano Ordóñez y Aguilera, el de Ronda, fue un magistral torero que no supo administrar su brillante éxito. «Niño de la Palma» vivió unos años 20 del siglo pasado impresionantes. Era el de Ronda y se llamaba Cayetano, según la famosa crónica de Gregorio Corrochano y vivía como un maharajá. Tenía coche con chófer negro y eran famosos sus dispendios en los «colmaos», en las



Carmina fue el apoyo del maestro de Ronda.

fiestas, con el limpiabotas o las gentes que le rodeaban. Se casó con una guapa gitana, Consuelo Araujo de los Reyes y, pasada la guerra civil, tuvo que buscarse la vida como banderillero —«es que no tengo ni para tabaco»—. Como Bienvenida y Dominguín, hubo de apoyarse en sus hijos para seguir adelante. Primero Cayetano, luego Juan, más tarde Antonio, Alfonso y Pepe, matadores de toros tres, Cayetano, Antonio y Pepe; Juan y Alfonso, excelentes subalternos. El más grande, Antonio Ordóñez. El más desafortunado, Juan de la Palma.

Juan Ordóñez Araujo se casó con la artista Paquita Rico y no parece que las cosas les fueran muy bien porque el torero murió el 23 de enero de 1965 por la ingestión de algunas pastillas y dicen que porque perdió el conocimiento con un cigarro encendido en la mano y se prendieron las ropas de la cama en donde estaba postrado por enfermedad. Entonces siempre había que buscarle una explicación más o menos lógica a sucesos semejantes. Juan, creo, se sentía un poco abandonado por la dedicación de su esposa a ciertas amistades femeninas, pero, al cabo de los años, en la revista *Lecturas*, leí un reportaje que hablaba de «las joyas preferidas de los famosos», y ésta fue la que eligió Paquita Rico: «Un collar porque me lo regaló Juan Ordóñez, el hombre que más he querido. Es el regalo que más quiero en el mundo. Estuvimos casados cinco años y por cada año me regaló una vuelta de perlas. Aquí (en la foto) faltan dos porque me he hecho otro collar con la Virgen del Rocío y lleva un camafeo isabelino de coral blanco. Este collar lo saqué en una de las escenas de la película “¿Dónde vas Alfonso XII?” que protagonicé con Vicente Parra».

En 1968 Paquita se casó en Tenerife con Guillermo Arocha y en 1973 tuvo un aborto.

El caso es que la tercera generación de los Ordóñez no dio frutos toreros y se tuvo que esperar a la cuarta para que esta historia tuviera continuidad. Antonio Ordóñez quedó viudo y se casó con Pilar Lezcano en 1983. No tuvo más descendencia y murió en diciembre de 1998 con las consecuencias hereditarias que llevaron a mal traer a la familia hasta que se arreglaron las cosas: Usufructo de la finca de «El Recreo de San Cayetano», en Ronda, para Pilar Lezcano, su viuda. Luego, al fallecimiento de ésta, pasará a sus nietos, Francisco y Cayetano Rivera Ordóñez, Belén Ruiz Ordóñez y Julián Contreras Ordóñez. Los dos pisos de la calle Iris, en Sevilla, en el callejón de los toreros de la Real Maestranza, para Belén. Dinero para Carmina, un tercio de la renta de sus fincas de Carmona y Tinahones a repartir con su hermana Belén. Los dos tercios restantes de lo que se valora la renta de esos 800 millones, para sus cuatro nietos. Había algunas cosas más, varias ganaderías, pero esos bienes sirvieron para cancelar créditos e hipotecas que el «Maestro de Ronda» había empleado para vivir sus últimos años. Se asegura que Antonio era un hombre de carácter difícil al que supo encauzar una mujer sensacional como lo fue Carmina Dominguín. Pero, a la muerte de tan fenomenal compañera, Antonio pasó por momentos complicados que, como en el caso de Luis Miguel, pudo superar gracias a otra

mujer de extraordinario valor y eficaz espíritu de sacrificio, Pilar Lezcano, como también lo hizo Rosario Primo de Rivera con su cuñado y rival.

EL BIZNIETO DE DOMINGO Y CAYETANO, EL DUQUE

¡La de vueltas que da el mundo! Se tuvo que casar la hija de Carmina y Antonio con Francisco Rivera para que naciera Francisco Rivera Ordóñez y se retomara el hilo de la sucesión torera que parecía romperse en la tercera generación de los Ordóñez y los Dominguín. Tuvo que empeñarse en ser torero Francisco Rivera Ordóñez para que se cumpliera el sueño de Cayetana Pilar, la duquesa de Alba de los tiempos de Goya. Sus sucesoras tuvieron sus aficiones toreras pero no pasaron de ello. Dicen que la madre de la duquesa actual era buena aficionada y tenía sus preferencias por el matador de toros «El Algabehn». Incluso Cayetana, la de hoy, cuando era duquesa de Montoro, hasta llegó a actuar como rejoneadora en la finca de «El Esparragal» de don José Ignacio Vázquez junto a Conchita Cintrón. La finca estaba situada cerca de Guillena, en Sevilla, y la noticia del toreo de a caballo de la duquesita de Montoro se conoció en toda España. Y de Sevilla salió hacia Madrid un joven, huérfano de padre en la guerra civil, que se llamaba Manolo González y que se presentó en Las Ventas del Espíritu Santo el 4 de agosto de aquel mismo año de 1946 y resultó herido de una cornada en el glúteo de la que no se dio cuenta hasta que no se desnudó en el hotel. Era un torero de poca estatura, gracia sevillana y mucho valor. Todavía recuerdo a Jorge Negrete agarrado a su sombrero en una actuación del sevillano en la plaza de la capital de España, cuando ya era matador y se le comparaba con Pepe Luis Vázquez por su toreo pinturero. La duquesa, muy sevillana también, siempre se inclinó por este tipo de artistas y nunca ha abandonado su afición a los toros. Hasta intervino muy directamente, como gentil amazona, en el paseíllo de la corrida goyesca que organizó el madrileño Círculo de Bellas Artes.

La nueva duquesa de Montoro ha heredado las aficiones de su madre y desde un primer momento se vieron sus intenciones: casarse con un torero. Tuvo un idilio con Miguel Báez «Litri» que los dos trataron de llevar con la máxima discreción y, al final, se casó con Francisco Rivera Ordóñez, del que se tienen leves noticias de naturales salidas con chicas de su tiempo, Chusa Puente, hija del actor Jesús Puente, Alba Molina, hija de Lole y Manuel, y algún escarceo un poco más serio con Lolita González Flores, amiga y rival de su madre, Carmina Ordóñez. Cosas más extrañas se han visto y se verán.

De la amistad de «Litri» y Eugenia Martínez de Irujo hay un testimonio escueto y rotundo en la revista *Diez Minutos* de junio de 1996. Esto es lo que dice Miguel Báez:

—Eugenia es muy sensible, muy amiga mía y le gustan los toros.

—¿Esa amistad puede llegar a más?

—Eso nunca se sabe.

Se supo: Eugenia se casó con Francisco Rivera el 23 de octubre de 1998, a los 29 años de edad, cinco más que el torero, que se convertía en duque de Montoro consorte, el primer torero duque, no el primer duque torero. Antecedentes aristócratas hay muy pocos en este aspecto después de que los caballeros abandonaran el arte de alancear toros y dejaran el cetro del toreo en manos de los plebeyos de a pie. Cabe recordar a don Rafael Pérez de Guzmán, matador de toros, hijo de los condes de Villamanrique del Tajo, que murió a manos de bandoleros cuando iba a la Corte a torear, a Domingo Ortega que se casó con la hija de los marqueses de Amboage, pero que ni siquiera fue marqués consorte puesto que su esposa no llevó el título. Al propio Manolo González. Poco más que la aristocracia de muchos toreros condecorados por sus buenas acciones y por su trayectoria humana y política, como es el caso de don Luis Mazzantini o la anécdota de la intención no consumada por Isabel II de hacer conde a Francisco Montes «Paquiro», estampa de mafeja que no me extraña que contara con el favor de la jacarandosa reina.

LA BODA

Sevilla. La Catedral. Los Duques de Lugo, como representantes de S.M. el Rey Don Juan Carlos, que llegan a la iglesia. Rocío Jurado y José Ortega Cano que meten la pata porque tratan de entrar en el recinto sagrado al mismo tiempo que los representantes del Rey. Cayetana que con su traje verde floreado y su mantilla negra hace la reverencia a Doña Elena como reza el protocolo. El arzobispo de Sevilla en el altar, los novios que piden licencia a SS. AA. para proceder a la ceremonia de su matrimonio. Mil trescientos invitados componen un auténtico mosaico de la sociedad más distinguida. Eugenia entra en el templo del brazo de su hermano Cayetano que viste de maestrante en tonos rojos y dorados. Es como un capitán de la Guardia Real. El problema está en ubicar a la novia del padrino, Mar Flores. Pero hay muchos problemas más: la foto familiar. ¿Dónde colocar a «Paquirrín», el hijo de la Pantoja y hermanastro de Francisco Rivera? ¿Y la familia Alba? Los separados, los unidos en plan pareja, los hijos, los padres y los padrastros. Mucha gente para meterlos a todos en una sola foto o en una sola crónica. Los novios cambian gestos y sonrisas y se sienten felices.

La respuesta vendrá un año después, el 17 de octubre, con el nacimiento de Cayetana Rivera y Martínez de Irujo en la clínica sevillana de Nuestra Señora de Fátima.

Pero antes volvamos a la Catedral en una mañana luminosa en la que se quemaron muchos pucheros porque la televisión de España transmitió toda la ce-



Cayetano, Cayetana, los duques de Montoro y Carmina Ordóñez.

remonia. En el templo, mil trescientos invitados. Toreros: Pepe Luis y Manolo Vázquez, Pepe Dominguín, tío del novio, el único superviviente de la anterior generación, Rafael Camino, Oscar Higares, Juan Antonio Ruiz «Espartaco» y señora, Manuel Díaz «El Cordobés» y señora, Ortega Cano y esposa, los retrasados, Raúl Gracia «El Tato» y señora, «Jesulín de Ubrique», Julio Robles, Enrique Ponce y señora, Manzanares, «Chamaco», Pareja Obregón, Fermín Bohórquez padre e hijo, Rafael Peralta, Luis y Antonio Domecq, Alvaro Domecq padre e hijo y Paco Ojeda. Manolo Flores «Camará», apoderado de Rivera Ordóñez y que también lo fue de su padre, José Luis Marca, los «Chopera», Eduardo Canorea, Borja, Juan Pedro y Fernando Domecq, Manolo e Ignacio González Sánchez Dalp, hijos de Manolo González, el que fuera matador de toros y ganadero, Dolores Aguirre y el conde de la Maza. La fiesta posterior tuvo lugar en la finca «La Pizana» y duró hasta altas horas de la madrugada.

Francisco Rivera Ordóñez dio el brazo a su madre y madrina, Carmina Ordóñez, que se pasó la ceremonia entre lloros de emoción y de dolor por la ausencia de su padre, Antonio Ordóñez, ya muy enfermo. A los dos meses, el 19 de diciembre de ese mismo año de 1998, murió el maestro de Ronda en la misma ciudad de Sevilla.

Volvamos a la ceremonia. La novia llevaba un vestido de Enmanuel Ungaro en raso duquesa blanco con escote cuadrado y bastante generoso y mangas largas. Se tocaba con un velo de encaje color champán sujeto por una espectacular diadema de platino, brillantes y perlas que perteneció a la emperatriz Eugenia de Montijo.

A las 12 menos dos minutos llegó el novio acompañado por su madre, Carmina, que vestía un traje color añil y se tocaba con peineta y mantilla en los mismos tonos que el vestido. Los Duques de Lugo, que no se quedaron al banquete, entraron en la Catedral por la Puerta de San Miguel. Por un lado María Eugenia Fernández de Castro y por otro su ex marido Jacobo Martínez Irujo con su compañera. Por la Puerta del Baptisterio entraron los duques de Huéscar, hermano mayor de la novia.

A los nombres de los toreros hay que unir los de Mar Flores, a la sazón, novia de Cayetano Martínez Irujo, que llevaba un vestido de Dior en tonos verdes y generoso escote, los de Nati Abascal, Sofía de Habsburgo, Carmen Martínez Bordiú, Juncal Rivero, Tessa de Baviera, Pitita Ridruejo, la tía abuela del novio Lucía Bossé en angelicales tonos azules, desde el pelo a los zapatos, acompañada por su hijo Miguel, primo de Francisco. También estuvo Paola Dominguín y no faltó el hermanastro de Francisco Rivera, Francisco Rivera Pantoja, «Paquirrín», al que acompañaba su tío Agustín Pantoja. La pamelita más grande, la de la Orleans. La discreción hecha mujer, la duquesa de Franco.

Varios políticos pero imprescindibles: Manuel Chaves, presidente de la Junta de Andalucía, Soledad Becerril, alcaldesa de Sevilla, y José María Álvarez del Manzano, alcalde de Madrid.

Al terminar la ceremonia presidida por el arzobispo de Sevilla, los novios fueron en coche de caballos al barrio de Triana para orar en la capilla de los Marineros, de cuya hermandad son cofrades.

Hubo problemas con la boda. Como TVE la dio en directo, se desencadenó una posterior bronca entre los partidarios de considerarla como de interés general o como un simple hecho social. No conozco el índice de audiencia, pero me da la impresión de que aquella mañana hubo miles de señoras y algunos otros de caballeros a los que se les fue el santo al cielo con las explicaciones de Cristina García Ramos, José Toledo y Anne Igartiburu.

Se habló mucho en los medios de información del significado de la unión entre un torero (24 años) y una duquesa (29 años), y se llegó hasta el siglo XVIII y la primera Cayetana, de la asistencia de los Duques de Lugo y de la preferencia de los vascos por su Iñaki Urdangarín y hasta hubo una revista taurina semanal que no publicó ni un recuadro. Seguramente es que no fueron invitados. Pero la otra revista del mercado nacional tampoco debió de ser invitada y, sin embargo, publicó algunas columnas y una fotografía cedida por la revista «Semana». Por azares del destino, Ernesto Neyra, por entonces tercer marido de Carmina Ordóñez, figuró en la foto familiar como padrasto de señor duque de Montoro. Cayetano Martínez de Irujo, maestrante con chorreras, cordones y cinturón recamado en oro, no llegó a nada con Mar Flores. Eso que de bodas, bodicas, nada. Los novios, felices y contentos. El duque de Alba, como siempre, en un discreto segundo plano.

DESPUÉS DE «JOSELITO» Y ANTES DE «MANOLETE»

Mil novecientos veinte, en Talavera de la Reina, muere José Gómez Ortega «Joselito» y queda, desamparado, su compañero Juan Belmonte, que ya sabemos de lo que es capaz, pero que se siente abandonado y comprueba que la lucha, la competencia, no tiene el interés de antes, aunque, ante la nueva situación, le respeten tirios y troyanos. ¡Qué cosas!, ahora está solo y no quiere aprovechar la circunstancia porque está convencido de que es cierto que en la pareja de Juan y José se necesitaban mutuamente. Y Juan viene y va como un fantasma desesperado, como si sintiera la culpabilidad absurda de que él era el destinado a morir y había sido el otro, del que Corrochano decía que «era el toreo», el que había caído ante las astas de un toro cunero, «Bailador», y en una plaza de pueblo, aunque éste fuera de la importancia de Talavera. Y entonces se desvanecía todo el hechizo de una etapa que se inscribía en los anales como la «Edad de Oro del Toreo». Tenía que venir la de «Plata» o la de «Platino», cuando en realidad, y según los comentarios de los críticos contemporáneos, se quedó en la de «Hojalata»; ni siquiera en la de «Bronce».

Sin embargo, el listado de los nuevos toreros es, para mí, impresionante: Juan Luis de la Rosa, Manuel Jiménez «Chicuelo», Manuel Granero, Victoriano Valencia, los Nacional, Antonio Márquez, Marcial Lalande, Nicanor Villalta, «Gitanillo» (el de Ricla, que fue el primero en utilizar el diminutivo aunque no fuera gitano), Luis Fuentes Bejarano, Manuel Báez «Litri», «Niño de la Palma», Félix Rodríguez, Francisco Vega de los Reyes, «Gitanillo de Triana I» o «Curro Puya», Vicente Barrera, Armillita o el mayor de los Bienvenida, Manolo.

De algunos de ellos ya he hablado por razones de familia o de relación, y de otros poco puedo decir porque fueron estrellas fugaces, unos por su falta de espíritu y otros por su mala suerte en el desarrollo de su profesión o de su propia vida. Granero, «Litri» y Curro Puya murieron por asta de toro, Juan Luis de la Rosa y Victoriano Valencia «El Chato» por culpa de la guerra civil, Félix Rodríguez, muy joven, a causa de una traidora enfermedad y Manolo Bienvenida por otra enfermedad de distinto signo, pero también mortal. El caso de Juan Anlló «Nacional II» fue especial puesto que murió en Soria como consecuencia de un botellazo que le dio un espectador en una discusión y por defender desde el tendido a su compañero Emilio Méndez que actuaba aquella tarde. Fue, en realidad, una generación maldita, en la que también se dieron los desastres económicos y los abandonos inmisericordes. Por entonces se popularizó el dicho de que «a la puta y al torero a la vejez os espero». Mientras estaban en los «felices años 20» todo iba bien y cualquier exageración de los propios protagonistas o de sus acompañantes estaba bien vista —el regar el suelo de champán y fregarlo con el mantón de Manila de la querida, el entrar a caballo en el café o encender un habano con un billete de mil pesetas, pagar con un so-

litario el servicio del limpiabotas o llevar un automóvil con chófer negro—. Todo era euforia y juerga incontinente de varios días seguidos. Los hubo, no obstante, ordenados y buenos administradores y hasta padres de familia numerosa, pero se pueden contar con los dedos de una mano y puede que sobre alguno.

Fueron tiempos que se conocieron por «los felices años 20» cuando en realidad en España se les puede considerar más bien como desgraciados, desgracias que comenzaron con el famoso desastre de Annual en Marruecos con las consecuencias de la inestabilidad política que supuso el que durante los años 1919, 1920 y 1921 se sucedieran siete gobiernos presididos por Romanones, Maura, Sánchez de Toca, Allendesalazar, Dato, otra vez Allendesalazar y nuevamente Maura. Se recrudecen las aspiraciones regionalistas de los catalanes, aumentan los atentados sindicalistas y se intenta encauzar el gobierno de la Nación a través de la acción de la Juntas de Defensa militares, lo que acabará en la Dictadura de Primo de Rivera.

Dato fue asesinado cuando paseaba en su automóvil presidencial por la plaza de la Independencia de la calle Alcalá, a las ocho y cuarto de la noche del 8 de marzo de 1921. Pedro Mateu, al que acompañaban Ramón Casanellas y Luis Nicolau en una motocicleta con sidecar, le disparó con un mauser veinte tiros que perforaron la parte trasera de su auto y le produjeron la muerte inmediata. Antes, en 1920, murió «Joselito», el 16 de mayo en Talavera, y murieron Benito Pérez Galdós, la emperatriz Eugenia de Montijo, viuda de Napoleón II, que falleció en el palacio de Liria de los duques de Alba, lo que puede que explique lo de la diadema que llevaba Eugenia Martínez de Irujo en su boda con Francisco Rivera Ordóñez, el periodista y gran crítico taurino Mariano de Cavia «Sobaquillo», y la famosa escritora Emilia Pardo Bazán.

En 1920, el 4 de abril, tomó la alternativa Ignacio Sánchez Mejías, al que también podemos considerar como torero de los años 20 y con trágico final, con lo que se acrecienta lo de que esta brillante generación torera tuvo tras de sí un negro designio.

1922 y la Dictadura del General Primo de Rivera. En junio de 1923 fue asesinado, también en su coche, el cardenal Soldevilla, arzobispo de Zaragoza, allí, en su propia diócesis. Juan de la Cierva hizo su primer vuelo con su autogiro y se recuperaron las planchas de «La Tauromaquia» que el hijo de Goya había vendido y que estaban en París. Y más noticias buenas: a Jacinto Benavente le concedieron el Premio Nobel. Alfonso XIII recorrió «Las Hurdes» con el doctor Marañón y unos insensatos asaltaron el tren expreso de Andalucía a cambio de unas cuantas muertes y el botín de 25 mil pesetas. Se presentó Miguel Fleta en el Teatro Real y se inauguró la plaza de toros de Pamplona.

En 1924, inauguración del metro de Barcelona y en 1925 el vuelo del hidroavión «Plus Ultra» entre Palos de Moger y Buenos Aires, más el desembarco en Alhucemas que venía a recomponer un poco la guerra con Marruecos. En 1926, el estreno del teléfono automático entre Madrid y varias poblaciones y

la victoria de Paulino Uzcudum en el campeonato de Europa de boxeo de los pesos pesados. Murió el arquitecto Gaudí atropellado por un tranvía y, de muerte natural, los políticos Antonio Maura y Pablo Iglesias. En 1928 se incendió el teatro «Novedades» con un centenar de muertos y el 24 de enero de ese mismo año Diego Mazquiarán «Fortuna» mató un toro en la Gran Vía madrileña de una estocada y un descabello. Resultó herido de poca importancia el policía David del Campo que se acercó demasiado cuando el torero consumaba el descabello. El hecho dicen que fue casual y que le valió a «Fortuna» una recuperación de su buena fama y la Medalla de Beneficencia.

En ese ambiente se movieron los toreros que se analizan a continuación y que representan la flor y nata de esa década, a pesar de los pesares, maravillosa y más para los que tuvieron la suerte de vivirla, como es el caso de Ventura Bagués «Don Ventura», que merece todo mi crédito y del que me sirvo para describir taurinamente a los protagonistas.

JUAN LUIS DE LA ROSA, que tomó la alternativa en la plaza Monumental de Sevilla que construyera «Joselito» para hacerle la competencia a la Maestranza, y de manos del propio José Gómez Ortega media hora antes de que, en el coso del Baratillo, se doctorara MANUEL JIMÉNEZ «CHICUELO» de manos de Juan Belmonte. Juan Luis fue un genio frustrado. Había nacido en Jerez de la Frontera y, aunque tuvo éxitos importantes en España, pronto marchó a América porque el toro de aquellas tierras le afectaba menos a su maltrecho corazón. Aventuras de todo tipo y, en 1936, regresó a España y actuó tres tardes en Barcelona, la última el 6 de septiembre. A los pocos días fue fusilado por las facciones republicanas sin que se tenga noticia de las motivaciones de tan execrable hecho.

«Torero notable con capote y muleta, mal estoqueador y sin afición. Esa falta de afición y su inclinación a la juerga le apartaron del camino que por sus virtudes toreras debió de seguir». «Juan Luis de la Rosa, un torero admirable de arte con el capote y la muleta. Especialmente con ésta llegó a la verdadera cumbre de la perfección. Su pase natural puede quedar como canón de tal suerte, del mismo modo que la verónica de “Curro Puya” debe considerarse como modelo de lance, su vida desarreglada, inapta para un ejercicio como el toreo, impidió que así sucediera. Su falta de afición y sus disminuidas facultades le llevaron a una decadencia lastimosa, más sensibles para quienes seguimos con el mayor interés y afecto sus primeros pasos triunfales». Esto último lo decía Ramón de la Cadena, «Don Indalecio» en la crítica.

MANUEL JIMÉNEZ Y MORENO «CHICUELO» dejó más huella que Juan Luis y hasta fue considerado por «Pepe Alameda» como uno de «los arquitectos del toreo moderno» por muchas cosas y, sobre todo, por su faena a «Corchaíto» de Graciliano Pérez Tabernero en 1928 en la plaza de Madrid. Este artista tan sublime como desigual, «de baja estatura y brazos cortos, manejó los engaños con una gracia y un sabor insuperables» y se casó con otra artista que lo dejó todo para dedicarse a su marido e hijos.

Manuel Jiménez «Chicuelo» nació en Triana el 15 de abril de 1902 y pronto quedó huérfano de padre, el también Manuel Jiménez «Chicuelo», matador de toros, por lo que fue prohijado por su tío, el banderillero Eduardo Borrego «Zocato», que fue el que encauzó sus primeros pasos en el arte del toreo en una demostración del poder de lo genes y la herencia. Carrera meteórica y con los altibajos propios de los toreros de su estilo. Lo que sucede es que un día afortunado, una faena especial deja huella indeleble en los aficionados, con lo que se puede mantener el fuego sagrado durante días, meses y hasta temporadas a la espera de que aquello se repita.

Manuel se casó el 10 de noviembre de 1927 con la famosa artista Dolores Castro «La Cordobesita» en la iglesia de Los Dolores, de Córdoba. La novia vistió un traje a media pantorrilla con un velo muy largo que sostenían dos niñas con sombrero. La madrina, madre del torero, llevaba traje negro con un largo collar de perlas de dos vueltas y mantilla negra con peineta. El novio esperaba en la sacristía en traje de calle y acompañado por varios amigos. Después de la ceremonia hubo su correspondiente banquete, tras el que los novios marcharon a un cortijo cerca de Sevilla. A los pocos días emprendieron viaje hacia Madrid y Barcelona con el proyecto de seguir hasta París, pero en el hotel de la capital catalana le robaron a la novia todo su ajuar y el nuevo matrimonio tuvo que volver rápidamente a Sevilla, donde la pareja residió hasta el final de sus días y cuidó de una larga prole: Manolo, Carmelita, Loli, Rafael, Rocío y José María. Manolo fue un buen banderillero que se retiró no hace muchos años, y Rafael llegó a tomar la alternativa en un momento estelar que avalaron las aficiones de Sevilla y Madrid porque Rafaelito se parecía mucho a sus progenitores.

Manolo y Dora formaron un matrimonio sin estridencias, ella olvidada de sus glorias artísticas y dedicada a los suyos, a su marido de forma especial, hasta el punto de que las buenas lenguas aseguraban que, cuando era menester, acudía al lugar donde «Chicuelo» estaba de juerga para llevarle dinero, tabaco y pañuelo limpio. Eran aquellas juergas flamencas. No sé si esto que he contado ocurrió una vez o cien, pero aquello quedó para «in eternum» aunque «Chicuelo» fueran un hombre discreto que hasta dio su nombre a un lance de capote y quedó como descubridor de las largas series de muletazos al natural por la izquierda o la derecha y girando sobre los pies. Del toreo en ocho, trenzado, natural y cambiado, se pasó al toreo en círculo, ligado y eterno.

MANUEL GRANERO Y VALLS era la esperanza cuando a «Joselito» le mató «Bailador». Había sido un becerrista de impacto, ilusionó a la afición como novillero y tenía que sustituir a José Gómez Ortega ese mismo año de 1920 cuando el 28 de septiembre le entregó los trastos de matar Rafael «El Gallo» en Sevilla, en la Feria de San Miguel. Confirmó sus virtudes en la temporada de 1921 y, al comenzar 1922, el día 7 de mayo, en la confirmación de Marcial Lalanda en presencia de Juan Luis de la Rosa, el toro «Pocapena», de Veragua, lo lanzó

bajo el estribo de la barrera y le metió el astifino pitón por el ojo. Fue una de las cogidas más estremecedoras de la historia del toreo y un instantáneo y demolidor trallazo en las esperanzas de los buenos aficionados. Manolo Granero era la esperanza que sustituía a la ilusión rota de José y, en unos segundos, se desmoronaba esa ilusión que nacía en el trágico trayecto de la arena a la mesa de operaciones de la plaza madrileña. El peón «Blanquito» se llevó las manos a la cara para taparse los ojos y no ver directamente aquella tragedia.

Fue un duelo general y desquiciante. No había tiempo para nada, ni siquiera para una pequeña historia con música de ese violín que decían que Manolo manejaba con sentimiento, y se frustraba todo el encanto que se había creado con la presencia armónica y juvenil de un torero que, además, tenía todos los alicientes para armonizar los esfuerzos intermitentes del resto de los toreros.

Testigo de la tragedia fue desde la arena MARCIAL LALANDA DEL PINO, que, a la postre, resultó portador del cetro de estos años veinte de buenos, excelentes, toreros. Marcial fue una persona serena y equilibrada que supo mantenerse en su puesto de *joven maestro* hasta los años cuarenta pese a los muchos detractores que no le aguantaban su difícil facilidad y la continuidad en el esfuerzo en contra de los otros toreros más explosivos y brillantes en los días de triunfo, pero que entregaban su dignidad en las tardes aciagas.

Habían pasado diez temporadas desde su alternativa, también en Sevilla, también un 28 de septiembre (1921), también Juan Belmonte de padrino, cuando en la temporada de 1930 se dijo que Marcial tenía un secreto: tenía novia formal, se llamaba Emilia Mejías, madrileña, menuda, morena y tiple de zarzuela. Marcial se había trasladado al número 66 de la calle de Alberto Aguilera y allí vivía con sus padres, Marcial Lalanda Sánchez y Felisa del Pino, conserjes de la plaza de Madrid. Había cedido a Antonio Márquez —«elegante y clásico, notable banderillero y buen estoqueador, al que le faltó pasión y ganas de pelea»— la presidencia del Montepío de Toreros y a las 9 de la mañana del 30 de octubre de 1930 se celebró la boda en el templo parroquial de la glorieta de Iglesias sin ninguna publicidad. En familia. El padrino fue el padre de Emilia y la madrina Felisa Lalanda, hermana de Marcial. Retratos, cambio de vestuario y banquete nupcial. Marcial tenía 27 años y llevaba nueve de matador de toros. Viaje a Santander de la pareja para embarcarse hacia las Américas. En La Habana se encontraron con Pastora Imperio y Marcial toreó seis corridas en México, D.F. y cinco en los Estados. Volvió el matrimonio a Madrid y se instaló en el número 106 de la calle de Santa Engracia, en donde empezaron a venir al mundo los miembros de una larga prole: Marcial, Alfonso, Alvaro, Emilio, Ricardo, José Antonio, Alicia, por fin una chica, y Pepe Luis. Ni siquiera este de los siete varones ha tenido nada que ver con los toros. Ni que decir tiene que a Emilia no le quedó tiempo para pensar en una vuelta a los escenarios de la zarzuela. Marcial murió el 24 de octubre de 1990, a los 87 años de edad y fue enterrado en la Sacramental de San Lorenzo.

«Primera figura desde que tomó la alternativa hasta que se retiró veintiún años después. De la escuela de “Joselito”, inteligente y con recursos, cerebral y dominador. Joven maestro».

NICANOR VILLALTA fue un torero aragonés que triunfó en esto de los toros a base de tesón y en lucha continua contra su desgarrada figura y las maneras toscas de manejar los engaños. Pero a la hora de ejecutar la estocada no había quien la ganara la pelea. Así pudo ser el torero que más orejas cortó en las plazas de Madrid, récord que todavía no ha superado nadie. Pero Nicanor no fue afortunado. Se casó poco antes de empezar la guerra civil y, en diciembre de 1936, en plena contienda, nació su hijo Niqui-Luis. El parto resultó una aventura que se resolvió favorablemente gracias a la ayuda del médico Luis Yunta, padrino del chico en lo que se llamaban «aguas de socorro» porque por entonces no se podía pensar en un bautismo eclesiástico. Luego, al cabo de los años, a Nicanor Luis se le bautizó en el templo del Pilar de Zaragoza con la presencia del citado doctor Yunta. Pero, al mismo tiempo que Josefina Juberías, la esposa del torero, tenía que cuidar del chaval, su gran preocupación era salvar a su marido de la persecución de los milicianos. Ella tenía la carrera de Comercio, era experta en taquigrafía mecánica y traductora de francés por lo que había estado en el Ministerio de la Gobernación de la República y conocía al ministro Ángel Galarza, con el que se puso en contacto cuando Josefina se enteró de que a Nicanor se lo habían llevado a la checa de Fuencarral. De allí lo trasladaron a la embajada de Estados Unidos y luego a la de Rumanía para, al final, refugiarse en la casa precintada de un diplomático destinado en Londres y en la que aguantó hasta el término de la guerra mientras Josefina y Niqui pasaban a la otra zona con la ayuda de Queipo de Llano, que instaló a madre e hijo en Sevilla a costa del Auxilio Social. Hasta que acabó la contienda y Nicanor tuvo que volver a vestir el traje de luces porque había desaparecido el dinero que tenía, unas fincas las había tenido que vender para subsistir y todo se le complicaba de forma fatal. El matrimonio abrió un establecimiento que se llamaba «Salón de Té Niky», con pastelería y repostería, en Princesa, 55, y tuvo que cerrarlo porque su socio industrial se quedaba con harina, azúcar y otros productos que entonces estaban racionados y el socio prefería aprovecharse de esos productos en el estraperlo. Tenía la plaza de toros de Toledo y también la perdió, un taxi y tampoco le lució el pelo con este negocio, hasta el punto de tener que acudir a la ayuda de los demás con el festival que se celebró en Madrid, que fue un rotundo éxito, y otro no menos brillante que se celebró en Zaragoza.

Pero Josefina no podía aguantar más, se resintió su salud mental, deterioro psíquico le llama su hijo, e hizo blanco de todas sus críticas a Nicanor Villalta, que, al final, tuvo que abandonar el piso de Alonso Cano, en donde había vivido toda su vida, y marcharse en los años setenta con sus hermanas Delfina y Marina. Su triste situación la reflejó en imágenes Summers en la película «Ju-

guetes rotos», en la que el cineasta puso unos cuantos ejemplos de ídolos truncados como el boxeador Paulino Uzcudum o el futbolista Gorostiza. Lo cierto es que Nicanor mantuvo el tipo hasta que murió el 6 de enero de 1980. Pasó mucho para llegar a ser figura del toreo, pero su gran cruz fue la enfermedad de su hijo Niqui-Luis al que le hubiera gustado ver vestido de torero, pero una lesión en una cadera y una enfermedad en el riñón le impidieron alcanzar tal sueño a cambio de muchos disgustos y gastos en médicos y operaciones. No todo fueron imprevistos y malas administraciones. Hubo mucho de mala suerte y circunstancias adversas: la guerra y la enfermedad de su hijo rompieron la vida de un hombre cabal.

De VICTORIANO ROGER «VALENCIA» ya se habla cuando se expone toda la historia de su dinastía, de JUAN ANILLO «NACIONAL II» pocas notas de interés sentimental hay de su vida al margen de su triste final en la plaza de Soria, en cuyo tendido y vestido de paisano recibió un botellazo que le causó la muerte por defender a su compañero EMILIO MÉNDEZ, de turbulenta vida matrimonial, la ya contada historia de BRAULIO LAUSÍN «GITANILLO» y la novela de Alberto Insua «La mujer, el torero y el toro», LUIS FUENTES BEJARANO, que en realidad se llamaba Luis Moragas y Fuertes, que nació en Madrid, se consideraba malagueño y murió nonagenario y sevillano, como también tenía doble personalidad el conocido por MANUEL BAEZ «LITRI», que se bautizó con los apellidos de su madre soltera, Margarita Gómez Fernández, que le apadrinaron Francisco Medel Fernández y Manuela Báez, la hermana del segundo Litri, que, a la postre, y me supongo las razones, fue adoptado por don Miguel Báez «Litri». Como un hijo lo crió y como tal lo lloró cuando resultó mortalmente herido en la corrida regia celebrada en Málaga el 11 de febrero de 1926. En otro lugar de este libro también se cuenta esta historia de triste final, como varias de las que he relatado.

FÉLIX RODRÍGUEZ Y RUIZ, «diestro es este en quién se malogró una eminente figura del toreo porque tuvo un conocimiento extenso del oficio, una intuición extraordinaria, una afición grande y un mayor deseo de triunfar. Y, al asimilar lo mejor de aquellos toreros que más le placían, supo dar a cuanto ejecutaba el sello personal de un estilo propio en el que el valor, la alegría y la gracia se unían estrechamente». Fue un gran tipo. Guapo, bien plantado, imponente, santanderino de nación y valenciano de adopción, desde sus primeros pasos como novillero mostró unas cualidades fabulosas para ser torero, pero el mismo calor que ponía en el ejercicio de su profesión torera lo aplicaba a la juerga, a la diversión, sin poner freno a ninguna de sus pasiones. Fueron las temporadas de 1927, 1928 y 1929 la cumbre de su carrera, aunque pronto le empezaron a fallar las fuerzas y tuvo que dejar de vestirse de luces para reponer su quebrantada salud, hasta que murió en una casita de la Ciudad Lineal el 21 de enero de 1943, ciego y parálítico con apenas 37 años de edad. Otro triste final de un torero de estos «felices años veinte».



María Antinea se casó con Félix Rodríguez, el fenómeno que no pudo sobrevivir a su desordenada vida.

Félix Rodríguez se casó con la cantante María Hueso Martínez, conocida en el mundo de la canción como «María Antinea», con la que tuvo un hijo el 2 de enero de 1931 que fue bautizado en la iglesia de San Valero de Valencia el 24 de enero de aquel mismo año. A partir de aquel momento feliz todo fue una carrera desafortunada hacia la ceguera y la inmovilidad. Un festival organizado por sus compañeros mejoró levemente su situación, pero ello no aparta de nuestra memoria el trágico destino de varios de los toreros de esta época por unas u otras causas: Granero, Juan Luis de la Rosa, «Litri», «Curro Puya», «Nacional II», «Valencia», Manolo Bienvenida, «El Algabefío» muerto también en acción de guerra, y el propio Félix Rodríguez, que fue lo que los profesionales llaman «un torero de toreros». Estas circunstancias y los altibajos económicos, más bajos que altos, de otros toreros con la disculpa del conflicto civil por enmedio en los casos de «Chicuelo», «Cagancho», Villalta o Cayetano Ordóñez, nos llevan a la conclusión de que casi únicamente Marcial Lalanda supo soslayar los muchos y diferentes peligros de la turbulenta década de los años veinte.

Esto decía «Don Ventura» de CAYETANO ORDÓÑEZ AGUILERA «NIÑO DE LA PALMA»: «Lucía un arte de firme y serena expresión, propio de un temperamento libre de toda influencia, suelto de todo prejuicio de escuela, limpio de amanebramientos y ficciones, un arte personalísimo que le dio un gran relieve; pero fueron tales sus abandonos, tanta su negligencia, que no sólo perdió el alto puesto donde el instinto popular le colocó, sino que descendió hasta torear como subalterno».

JOAQUÍN RODRÍGUEZ ORTEGA «CAGANCHO». «Su gracia, su majestuoso porte, su quietud y su temple cuando se confiaba, eran admirables, de una belleza plástica que no había más que pedir; mas para que luciera estas prendas necesitaba el toro ideal que le permitiera confiarse, porque de lo contrario daba lamentables espectáculos, tan es así que vio ir varios toros al corral». Ejemplo de extraordinario y desigual torero, fue famosa una viñeta publicada en *La Voz de Aragón*, de Zaragoza, original del dibujante Teixi. En ella se veían dos ratones en una celda con esta leyenda a su pie: «Son las ocho de la noche y todavía no ha venido “Cagancho”».

Todo eran contradicciones en el famoso torero gitano: había un crítico de la época que se negaba a citarlo por su sobrenombre, «Cagancho», porque decía que no le interesaba la forma de defecar de tan estafalario diestro. Lo decía por ignorancia puesto que el apodo le venía a Joaquín Rodríguez por parte de un antepasado herrero que fabricaba ganchos de hierro para la ropa y que ofrecía la mercancía como «ca gancho» de garantía para colgar los vestidos o las camisas. El caso es que «el gitano de los ojos verdes», «la talla de Montañés» de Corrochano, era un hombre de gran personalidad, de un atractivo sobre las mujeres irresistible y una genial interpretación de la vida que le llevaba a ser admirado por todos, incluidos intelectuales y políticos. En la famosa novela «Madrid, de corte a che-

ca» de Agustín de Foxá, autor de uno de los mejores relatos que conozco del trágico destino de algunos toreros, «Olor a cera», aparece «Cagancho» como uno de los asiduos del colmado «Villa Rosa», de la plaza de Santa Ana de Madrid, en donde tampoco faltaban diputados del Congreso, artistas y demás gente de buen vivir.

«Cagancho» tenía antecedentes flamencos por el apellido Ortega, como los «Gallo» y los «Caracol», también parientes entre sí, abuelo y bisabuelo, y él mismo pasaba por ser un excepcional bailaor por bulerías. Le podían los mejores rituales gitanos y se pregonaban sus idilios con artistas como Custodia Romero «La Venus de Bronce», gitana y bailaora, o su fuga con una tiple del Teatro Romea casada con un músico de la orquesta. Sus aventuras se contaban por decenas a este y al otro lado del Atlántico puesto que, como otros artistas de la época, pasó grandes temporadas en los cosos de América, sobre todo en México, donde se le consideraba —y se le considera— como una de las grandes figuras de todas las épocas junto a «Manolete» y Paco Camino. Ese es el trío de españoles en México. Y allí se fue a vivir los últimos años de su vida hasta que murió el 1 de enero de 1984 de un cáncer de pulmón.

Tuvo, es cierto, muchos detractores, pero eso no es malo. También los tuvieron —y los tienen— Rafael «El Gallo», «Chicuelo», Pepe Luis Vázquez, Curro Romero o Rafael de Paula. En el fondo, «Cagancho» era un gran torero con el capote, la muleta y la espada, pero se le aflojaba el corazón y ya no daba pie con bola. Sin embargo quedan documentos gráficos que demuestran cuál era el arte de Joaquín Rodríguez, su figura enmarcada en un traje de luces verde claro y plata en contraste con su piel cetrina y su mirada clara y caliente. Era natural que se enamorasen de él las mujeres y ello podía influir también en la enemiga de muchos hombres.

RAFAEL VEGA DE LOS REYES «GITANILLO DE TRIANA» o «CURRO PUYA» para distinguirlo de su hermano Rafael, también gitano, también buen torero y excepcional con el capote, también de Sevilla, de Triana, más concretamente, y también malogrado prematuramente. «El traje el toreo de las manos bajas, las verónicas de “los cinco minutos de silencio” que provocaban una emoción artística de primer grado. Además, aun siendo “cañí”, no tuvo los desmayos en brazos del miedo tan propios de los toreros de su raza, y como con la muleta también tuvo destacada personalidad, es lógico que sumara muchos admiradores».

Tomó la alternativa en el Puerto de Santa María el 28 de agosto de 1927, de manos de Rafael «El Gallo», en presencia de Juan Belmonte, pero, desafortunadamente, el mejor intérprete de la verónica duró bien poco. En 1929, un accidente de automóvil le produjo graves lesiones y una reducción de su temporada, para el 31 de mayo de 1931, en Madrid, resultar herido en una corrida en la que actuaba junto a «Chicuelo» y Marcial Lalanda con toros de Graciliano Pérez Tabernero. El toro «Fandanguero», lidiado en tercer lugar,

le hirió por tres veces y, aunque sobrevivió bastantes días, a los dos meses y medio, el 14 de agosto, falleció.

«No fue Curro Vega de los Reyes un mujeriego ni un juerguista; triunfaba entre el mujerío, pero, de carácter algo tímido y retraído, no tenía en la calle el éxito ni el magnetismo primitivo de “Cagancho”, del que, por cierto, era algo pariente».

«El amor de su vida fue una célebre artista que cosechó grandísimos triunfos en el extranjero y que murió no mucho tiempo después que él.»

«Antes, una aristócrata malagueña, casada pero infeliz, amó a Curro. Un día, en Málaga, al sufrir una cogida el torero, esta señora se desmayó en el tendido. Y se cuenta que en un paseo por la playa malagueña un carabinero llamó la atención a la pareja y, luego, al reconocer al torero, le presentó sus disculpas y dejó que continuaran su paseo».

En fin, Francisco Vega de los Reyes fue un hombre tímido y egocéntrico, no dado a las grandes manifestaciones. Un buen torero que no tuvo tiempo para mostrar sus virtudes. No había cumplido los 27 años cuando murió.

Se puede decir que estos años veinte componen una década prodigiosa en lo que a toreros se refiere, aunque muchos la consideren como una década de transición. Por otro lado, no creo que haya sido suficientemente estudiada para dar medida de su valor artístico y para desentrañar sus secretos humanos, la raíz de tanto esplendor y de tanta tragedia y miseria. Puede que el pecado esté en esa su propia grandeza.

DOMINGO ORTEGA, DOS MATRIMONIOS Y UNA SOLA PASIÓN: LOS TOROS

A Domingo López Ortega, Domingo Ortega en los carteles, se le conocía por «el paleta de Borox» y puede que desde entonces cambiara el concepto de «paleta», hombre rústico y zafio. Desapareció lo de zafio y se demostró que, en España, todo lo grande viene del pueblo, del hombre rústico: «Su característica tuvo como base el dominio que supo aplicar con belleza de forma y potencia de expresión, o sea clásicamente; su afición corrió pareja con su maestría; fue consumado estoqueador; en su paso por los ruedos representa la máxima autoridad de su época, y cuantos tuvimos el placer de disfrutar de sus faenas añoramos aquella recia personalidad que parecía llenar todo el ruedo. ¡Qué arte tan sobrio, sereno y reposado el suyo!»

Esto lo decía «Don Ventura», pero lo puedo suscribir totalmente porque yo también tuve el privilegio de ver torear a Domingo Ortega y, al margen de las muchas tardes que lo vi vestido de luces, mi recuerdo se fija en aquella estampa de Domingo vestido de calle con una chaqueta sport, con aberturas en la es-

palda, en un festival en Las Ventas y me creo en la obligación de reivindicar la parte rústica y elegante de la definición de paleta porque es verdad que era un hombre del campo, con tanta elegancia como el que más, y rechazar violentamente lo de zafio que lleva implícita esa definición. Nos ha dignificado a todos los que somos de pueblo y nos llaman paletos. A mucha honra si el ejemplo es Domingo Ortega.

No había abandonado todavía el campo cuando ya era un torero famoso en la carrera más rápida que se ha conocido en este mundo del toro. Y «el paleta de Borox» acabó dando una conferencia en el Ateneo madrileño para exponer una explicación científica y filosófica de lo que era su secreto del arte de torear.

Don Luis Calvo, director de *ABC*, le contestaba a Antonio Santainés al preguntarle si Domingo era conquistador con las mujeres:

—Mucho, muchísimo. Era y es (todavía vivía) un asiático. Con esos pómulos salientes; un huno, con hache. Un huno del Asia, de esos de la antigua España, vamos, que ha sobrevivido a los godos, a los árabes, a todos. Se puede decir que es un aristócrata perfecto, porque tiene una ascendencia más antigua que la de cualquier aristócrata. Y es verdad. Por la raza. Se le ve la raza en la cara. Luego, es bondadoso. Es muy bondadoso y comprensivo. El no hace el bien por hacerlo. Sino que hace el bien pensando en lo que le va a producir ese bien a la persona a quien favorece. Es decir, que es un hombre que medita todo. Todo lo ha meditado siempre. Ortega y Gasset se dio perfecta cuenta, naturalmente, de quién era Domingo en cuanto lo conoció. Se dio cuenta en seguida de que estaba delante de un hombre superior, con una inteligencia superior».

Era como un aguilucho que había levantado el vuelo desde su poblado toledano y, desde las alturas, lo veía todo con claridad meridiana. Hijo de Juan López y Pía Ortega, agricultores que no le podían dar otra carrera a su hijo. Pero, por inducción de su paisano, el novillero Salvador García, toreó una docena de festejos y, tras cuatro tardes en Barcelona los días 26 de octubre y 2, 9 y 16 de noviembre de 1930, el 8 de marzo de 1931 tomó la alternativa en esta misma plaza tras cederle «Curro Puya» el toro «Valenciano» de Juliana Calvo, Albaserrada, en presencia de Vicente Barrera. Y desde aquel día, figura del toreo.

Antonio Santainés escribió la más completa biografía de Domingo Ortega y para reforzar sus argumentos buscó el testimonio directo de las personas que tuvieron algo que ver con el de Borox. Domingo tuvo una novia en su pueblo cuando no había emprendido su meteórica carrera taurina. 1928. Se llamaba Felicidad García y con ella habló Santainés para que le explicara ese noviazgo que duró tres años.

—Como éramos jóvenes, de aquí, del pueblo, pues hablábamos y de eso salió. Nos hicimos novios. Yo, de verdad, no miré que fuera pobre ni rico. Solo me enamoré de él.

—¿Se hicieron novios antes de que fuera torero?

—Había hecho nada más que unas cuantas corridas. En pueblos (más bien capeas).

—¿Le quería mucho a Domingo?

—Yo le quería a él. Y él parecía que me quería a mí. Pero no me quería. Porque luego me lo demostró.

—¿Le vio torear?

—Una vez. En Valencia.

—¿Anduvo bien?

—Yo sabía que valía. No ha sido por unos ni por otros. Ha sido porque él ha valido. Cuando toreó en Tetuán (de las Victorias) conmigo aún estaba bien

...

—¿Era cariñoso?

—Ah, sí, conmigo se portó bien.

Felicidad conservaba, como oro en paño, una pequeña fotografía en la que estaba con el torero y Santainés pretendía que se la prestara para hacer una reproducción. No lo consiguió.

—Esta fotografía —repetía Felicidad—, cuando me muera, quiero que la entierren conmigo.

Años después, tras media docena de temporadas al frente del escalafón y en plena guerra civil, Domingo se casó con Carmen Plá y Ruiz, hija de los marqueses de Amboage, el 28 de octubre de 1937 en el Santuario de Loyola, en Guipúzcoa. El tenía 31 años y ella 26. Y, como sucedía por aquel entonces, los novios embarcaron para Nueva York y de allí se fueron a Lima, Caracas y Bogotá en los finales del 37 y principios del 38, para cumplir varios compromisos que Domingo tenía firmados con esas plazas de toros.

En *El Tiempo* de Bogotá se publicó un reportaje en el que se decía que el torero ganaba al año millón y medio de pesetas y que la marquesa de Amboage (la hija de los marqueses) «es encantadora, joven, bellísima, sonriente, tiene una sonrisa grata y, al mover las manos largas y blancas, imprime a su entorno sin mayor esfuerzo un ambiente muy sereno».

—¿Irás a la corrida mañana?

—No, no voy nunca: Sería incómodo para Domingo, usted comprende.

No vivió muchos años Marita Plá. El 28 de abril de 1944 murió como consecuencia de una septicemia que le produjo un forúnculo que le salió en la cabeza y que se le infectó todavía más con un tinte que le aplicaron en la peluquería. Los doctores Marañón, Jiménez Díaz y Pardo intentaron salvarle la vida con la aplicación de penicilina y con una arriesgada operación que debía de realizar el doctor González Duarte. No hubo solución y Marita fue enterrada el día 29 de abril en la Sacramental de San Isidro.

Años después, Domingo, como «Lagartijo» en sus tiempos, tuvo problemas con los hermanos de Marita Plá que exigían al torero el cincuenta por ciento

de los gananciales de los casi siete años que duró el matrimonio. Parece ser que, al final, se conformaron con las joyas de su hermana.

En 1946, Félix Centeno le hace una entrevista a Domingo para *El Ruedo*. Se lo encuentra como ausente:

—¿Cómo vive usted tan solo, Domingo?

—Cuando perdí a mi mujer —contesta Ortega— me quedé anonadado. El golpe fue tan tremendo que no tenía ganas de ver a nadie, ni de hablar. Sólo la soledad me consolaba, me devolvía el equilibrio, la paz del espíritu. Cuando logré rehacerme, me había acostumbrado a este recogimiento y ya no he apetecido otra cosa. Además —pone Ortega una expresión de melencolía en su cara al decirlo— no estoy tan solo como parece. Tengo, sobre todo, mis recuerdos, mis libros, mi radio... (Le faltó decir que tenía una novia con la que se pensaba casar.)

—¿No se aburre usted?

—No. No doy lugar a ello. Llevo una vida activa y ordenada, muy sana para el cuerpo y el espíritu.

Pero lo de la novia se lo guardaba para su interior. Y el 21 de septiembre de ese mismo año, 1946, se casó en San Fermín de los Navarros, en Madrid, con María Victoria Fernández y López-Valdemoro, hija de Fernández Clérigo, secretario de las Cortes de la II República, hermana de «Pepe Alameda» y separada de don José María Jardón, empresario de Madrid con don Livinio y Escanciano. Bendijo la unión el sacerdote franciscano Pedro Miguel. Como en su anterior matrimonio, su viaje de novios fue a Nueva York en barco y de allí a Lima y México.

Luis Calvo, el ya citado director de *ABC*, le contó a Antonio Santainés sus impresiones sobre María Victoria, a la que conocían como «Picuqui».

—La quiero mucho. Es una maravilla. Ella es la que ha salvado a Domingo.

—No le quepa a usted la menor duda... —comenta Santainés.

—De muchas cosas —responde Luis Calvo que coge el hilo de la cuestión y lo desenreda hasta el final—. Porque Domingo, a pesar de su voluntad férrea, a pesar de su gran inteligencia, estaba a punto de caer en un círculo social enviciado. Y esta gran mujer que es «Picuqui» le salvó de todo eso y le ha salvado y le sigue salvando. Ella es todo para él. Es una maravilla de mujer. Es una cosa emocionante recordar a «Picuqui» y a Domingo. Sobre todo cómo le trata ella, cómo está pendiente de él, cómo hace lo que él quiere. Todo, todo. Es un hombre, en ese sentido, feliz.

Domingo Ortega interpretó el papel de Don Juan en la obra «El burlador de Calanda», de Juan Benet, puesta en escena en sesión privada en «El Mesón» de Fuencarral, a la salida de Madrid, el 29 de noviembre de 1952 y ello le dio pie a Santainés para hacerle al de Borox algunas preguntas.

—¿Don Juan con las mujeres?

—Hombre, la mujer es cosa buena y, claro, uno se he portado bien con ellas siempre. De forma que eso lo veo natural.

—¿Muchas conquistas?

—Esa cuenta no la llevo.

Luis Calvo aseguraba que de las mujeres y Ortega se lo creía todo, hasta que en Munich, en el Carnaval, una princesa alemana se enamoró del torero.

Luego viene Antonio Díaz-Cañabate y su libro «La fábula de Domingo Ortega». Ya lo advierte Díaz-Cañabate en el título: fábula. Y como el escritor madrileño sabía urdir una trama costumbrista alrededor de cualquier anécdota, nos creeremos lo que dice que sucedió cuando el de Borox vivía en Madrid, en la Corredera Baja, con su tía Luisa: «Una criadita como una rosa. Esta rosa doméstica tenía un novio señorito. Domingo, más que desbancarle, le suplantaba».

Vuelve a Borox, en donde tenía novia (Feliciana) y tiene que darle sus explicaciones, según versión «cañabatera»:

—Mira, la vida me ha llevado por unos caminos que yo no conocía. Yo creí quererte cuando los desconocía. Ahora ya este cariño es imposible. Te estoy causando un gran dolor. Perdóname. Pero prefiero no engañarte. Me olvidarás. Podrás ser feliz con otro. Conmigo sería imposible. (La versión de Santainés nos dice que no le olvidó, que se quedó soltera y que guardó su foto hasta la muerte: Menos literaria, pero más real.)

Luego viene el relato de Pamplona y la señora que le dejó a Domingo un recado en el hotel «La Perla», a donde llega la víspera de la corrida acompañado por «El Caña»: «He venido a Pamplona para verte torear, querido Domingo. ¿Me permites que te llame querido? ¿Sí? Sí. Espero que sí. Estaré el viernes, día 8, a la una de la tarde, en el bar de «Las Pocholas». Quisiera tomar contigo el vermouth. Verte cerca de mí, hablarte, poderte decir todo lo que tantas veces me he dicho a mí misma. Sentir tu aliento confundido con el mío...».

Díaz-Cañabate no tiene habitación y se pasa la noche por las calles de Pamplona en el ambiente festivo que relata hasta que le da el sol del encierro. Alguna cabezada y vuelta a la habitación en la que el torero se prepara para darse un baño, lo que aprovecha don Antonio para criticar esa costumbre moderna de bañarse casi todos los días, lo que asegura que no puede ser bueno para la salud. Y, al mediodía, a «Las Pocholas» para, con suerte, conocer a la autora de la misiva dirigida al torero. Un lleno a reventar y los saludos a gritos, los abrazos y la aventura hasta llegar a la barra y pedir algo. Y entre abrazos, saludos y bienvenidas, una mujer. Don Antonio se decide porque intuye que es ella y la habla de Ortega:

—Entoncces, a ti te gusta Ortega.

—Tanto como para declararme a él, no. Pero, desde luego, le encuentro un hombre muy interesante.

—Le gustan los toros y, sin embargo ..., es torero —le interrumpe la llamada Marujita.

—Exacto. Mas ten en cuenta que los toros son su gran pasión. Te contaré una anécdota de su primer año de alternativa. Una tiple muy en boga y muy guapa andaba encaprichada con él, que, como es natural, se dejaba querer y se entretuvo con ella más de la cuenta. Su apoderado, «Dominguín», intervino: «Las mujeres, luego; ahora, los toros», le recomendó. Y Domingo no lo dudó. Se quedó con los toros.

La muchacha, Marujita le llamaba Cañabate, entendió la indirecta y, aunque todavía hizo alguna propuesta para después de la corrida, las explicaciones del escritor sobre la rapidez con la que tenían que marchar impedían cualquier entrevista. Y allí se quedó la carta de la cita que pretendía lograr aquella mujer real o imaginaria. No importa.

—Contra lo que creen algunas mujeres, Domingo no es hombre de pasiones. Es el hombre de una sola pasión: los toros. Firmado: Antonio Díaz-Cañabate.

«MANOLETE», EL HÉROE VENCIDO POR EL AMOR

Medio siglo después y todavía no se sabe quién fue Manuel Rodríguez «Manolete». Fue, sí, la máxima figura del toreo, pero eso solo no tiene importancia. Y es que fue algo más y ese algo más es lo que no se ha estudiado. Lo intuyeron los poetas que se reunieron a su alrededor en el famoso banquete de Lhardy, los novelistas que escribieron textos contradictorios con el mismo personaje como protagonista, los pintores, los dibujantes, los caricaturistas o los fabricantes de gafas «manoletinas». Y los aficionados: los había acérrimos partidarios y detractores sanguinarios. Muchas veces he contado aquella anécdota de un aficionado, buena persona él, que un día le presentaron a don Eduardo Miura y le dio la enhorabuena por haber críado a «Islero» y la queja por no haberlo críado ocho años antes. Parecerá exageración, pero así estaba el ambiente en los años cuarenta y más cuando «Manolete» alcanzaba el Olimpo taurino y una parte de la vida española giraba alrededor de su figura. Por eso no es extraño que recuerde yo ahora la fotografía del torero con Pastora Imperio con motivo del bautizo de un hijo de Rafael Vega de los Reyes «Gitanillo de Triana». Y otra de la misma Pastora con Manolo Caracol, que se decía que fueron los que presentaron a «Manolete» a Antonia Bronchano, «Lupe Sino», en el famoso bar de «Chicote». Hay quién da otra versión de este importante encuentro. Importante en la vida de «Manolete» e importante para la Historia del toreo.

Empiezo por el final, pero es cómo me vienen los recuerdos. El 4 de octubre de 1946, en el número 119 de *El Ruedo* aparece un reportaje sensacional que se titula así: «El último minuto en España. “Manolete” y Arruza posan una vez más ante Zarco (fotógrafo de la revista) y el avión en el que va el “Monstruo”. “Lupe Sino”, que precede a su esposo, le dice adiós a estas tierras magníficas de España».



«Manolete» y Lupe Sino posan para el fotógrafo delante del avión que lo llevaría a México.

«Los protagonistas llegan al aeropuerto de Barajas. El es «Manolete». Ella —¿su esposa?—, la actriz «Lupe Sino».

—Sí, torearé en España —le dice «Manolete» a nuestro redactor.

Y cuando Carrasco (el redactor) quiere poner en claro lo de la boda, «Manolete» le contestó:

—Es mejor que digas que no...

«Manolete» firma autógrafos. Cuando le preguntamos ¿Con esta pluma firmó usted el acta de matrimonio?, él se sonríe tras las gafas oscuras.

«Lupe Sino» se dispone a subir al avión. Todavía Zarco impresiona esta placa para que vean los lectores de *El Ruedo* cómo es la mujer de «Manolete».

Ella vestía un traje de chaqueta con grandes botones, se tocaba con un turbante sujeto con dos pequeñas joyas que parecían de brillantes, llevaba bolso al brazo y unos zapatos casi «topolinos». El, traje cruzado «Príncipe de Gales», corbata de seda de fino nudo, pañuelo en el bolsillo superior, gafas «manoletinas» y mechón blanco incipiente. Hacía tres años que se conocían y los rumores tardaron en hacer ruido porque en aquella época no se permitían comentarios sobre la vida íntima de las gentes aunque fueran tan famosas como «Manolete». Lo que yo no me explico es cómo *El Ruedo* no sufrió alguna sanción y hasta el cierre del semanario. Quizá se pueda admitir esta impunidad por su condición de publicación de la Prensa del Movimiento. A *Dígame* no se le hubieran permitido tal atrevimiento ni los propios propietarios de esta publicación que pertenecía a la «Editorial Católica».

«Lupe Sino» murió de un derrame cerebral en septiembre de 1959. La novia del torero, que no la esposa, guardó un hermético silencio tras la tragedia de Linares. Tuvo varios ofrecimientos para hacer una película con el relato de sus amores con «Manolete», pero los rechazó todos. Hizo una película que se titulaba «La famosa Luz María», de Mignoni, tuvo un pequeño papel en «La mies es mucha» y marchó a México, en donde se casó con un abogado que, casualmente, se llamaba Manuel Rodríguez. Regresó a España ya separada de su marido y pensaba vivir en Madrid, en el Paseo de Rosales.

El día 28 de agosto de 1947, ella estaba en el balneario de Lanjarón, en una cura de aguas termales. Rápidamente se trasladó a Linares, pero no pudo ver al torero con vida porque Alvaro Domecq le cortó el paso cuando «Manolete» expiraba. (*El Ruedo*, número 795, 17 de septiembre de 1959).

Pepe Luis Vázquez, en una entrevista que le hicieron en *Blanco y Negro*, hablaba así de «Manolete»:

—Como torero, un gran matador de toros. Como persona, una maravilla. Parecía seco, pero cuando estaba con amigos, confiado, se reía una barbaridad. Daba gusto tratarle.

—¿Se imagina cómo sería ahora si viviera?

—Me lo imaginaría yendo a sus fincas, organizado y, por supuesto, casado con «Lupe Sino». Seguro que sí porque no he visto a nadie tan enamorado como

estaba de «Lupe». Fíjate lo que es la vida, la pobre «Lupe» murió no muchos años después que él.

No es esta la única visión que vamos a tener de los amores de «Manolete». Luego examinaremos lo que contó Rafael Sánchez «El Pipo» en su libro de memorias «Así fue...». Portentosa memoria en un relato en el que no se escatiman los nombres de los protagonistas, los lugares en donde se desarrollan los hechos, las fechas, las posiciones y posturas de cada cual y los desenlaces. Fue una lástima que Rafael Sánchez «El Pipo» no contara con un corrector o un redactor que le pusiera en claro la fértil imaginación de este hombre que vivió muy directamente la vida y el drama de Manuel Rodríguez.

Yo sabía, por testimonio de algún amigo cordobés, que a «Manolete» le gustó una gitana de Córdoba que se le conocía por «Romanita» y que después fue la compañera de Manuel Leytón Peña «El Coli», jerezano, banderillero que murió en el ruedo de Las Ventas el 16 de agosto de 1964, por cornada en el corazón que le produjo un novillo de Ángel Rodríguez Arce. Ese día «El Coli» iba en la cuadrilla de José González «Copano». Era hijo de un cantaor gitano y dicen que tuvo un retoño de sus amores con «Romanita», mujer con un destino trágico.

Antonio Bellón, crítico y dibujante de *Dígame*, cuenta algo significativo del último viaje de «Manolete» la víspera de Linares:

«Manolo, después de cenar en Manzanares con Camará y Guillermo, cogió el coche y me fue contando sus proyectos. Me dijo que se iba a casar con Antoñita —«Lupe Sino»—, y que esperaba que yo consiguiera llevar a su madre a la boda porque se oponía y él no concebía casarse sin la presencia de doña Angustias».

Bueno, algunas cosas quedan claras, sobre todas, la del matrimonio anunciado en *El Ruedo*. No existió tal matrimonio. Había mucha gente alrededor y unos problemas que se ampliaban al entorno familiar del propio «Manolete», que tenía que resolver, además, la situación de sus hermanas. No fueron fáciles aquellos años postreros de la vida de un fenómeno tan extraordinario.

Pero con la ayuda de Rafael Sánchez «El Pipo» nos retrotraemos a octubre de 1939, al hablarnos de la gitana más bonita que dio Córdoba y otra preciosa chavala de Lucena que habían llegado a Córdoba de compras. Luego dice «El Pipo» que conoció a esta gitana cuando con su familia fue a Cádiz a ver a «El Coli» porque estaba embarazada y querían arreglar la cosa a plena satisfacción de las dos familias. Pero no aclara el autor si esto fue antes o después de lo que ocurrió con ocasión de su encuentro en el restaurante de «Hijos de Miguel Gómez» de Córdoba. La llegada de «Manolete» al restaurante, las conversaciones de Ignacio Gómez con «Camará», que decía que se había negado a que su matador lidiara en Madrid una corrida en honor de un alto jefe alemán y a la que asistía Franco y que le habían amenazado con prohibirle hacer el paseíllo en Jaén, que era el último de aquella temporada de la confirmación de Manuel Rodríguez, si no se vestía de luces para tal acontecimiento.

—Bueno, como ya no toreaba, nos metimos en juerga —asegura don Rafael—. Y luego viene la descripción de los tres días en casa de «la Bilbao» y las reservas pudorosas de «Manolete». «Que vergonzoso es «Manolete», apaga la luz cuando vamos a funcionar».

Me cuesta un poco el hilvanar los recuerdos de «El Pipo» porque su relato es anárquico y complicado. Habla de Antoñita, «Lupe Sino», como en un suceso que tuvo lugar en el hotel Frontón de Vitoria y que involucra en el asunto a Luis Miguel, que ya aclaró en su día que no tenía nada que ver con la novia de «Manolete». Dice que llamó «Lupe Sino» y preguntó a «Manolete» por el triunfo de Luis Miguel y que el de Córdoba contestó airado: «A ti que te interesa más, Luis Miguel o yo», y le colgó el teléfono. Entonces aparece en escena un personaje extraño, el ganadero Manolo Camacho, que dice Rafael que fue el que arregló las desavenencias entre los novios a la vuelta de México y lo de torrear la corrida de Miura en Linares, además de ser el promotor de muchas de las juergas en las que participó el torero cordobés en los últimos meses de su vida.

Fiesta en «El Choco» de San Sebastián con Lola Flores, que le pidió a «Manolete» que ayudara a Rafael Ortega «Gallito», Caracol y Manolo Camacho. «Manolete» bebía anís con coñac, un revuelto o un blanco y negro, sin parar porque «había tenido un disgusto con “Lupe Sino”». Y la juerga terminó de mala manera con la insinuación de «El Pipo» de que le tirara los tejos a Lola Flores. No fue la única juerga puesto que, a los pocos días, se repetía en Madrid o en Vitoria. «Manolete» no arreglaba sus asuntos personales y se debilitaba física y mentalmente, por lo que a Rafael Sánchez «El Pipo» le pareció una locura lo de ir a Linares a matar una corrida de Miura. Estaba lo de la competencia con Luis Miguel, pero era una temeridad, conociendo la casta de Manuel Rodríguez, llevarlo a esa lucha. «El Pipo» no quiso seguirle en las últimas corridas y, cuando llegó a Linares, ya el torero estaba en las últimas. Dice que «Lupe Sino» entró en la habitación cuando ya había fallecido «Manolete» y acompañada por Concha, la mujer de «El Yoni», un matador de toros, y que quiso repartir la medallas que llevaba al cuello «Manolete», a lo que se opuso «El Pipo», que se lamenta de que ella no fuera al entierro de Córdoba y se marchara a Madrid con los «Dominguín», dice que para recoger y poner a buen recaudo las cosas que tenía en el piso de Madrid.

—Manolete conoció a Antoñita «Lupe Sino» en una fiesta en la que estaban Domingo Ortega y Rafael Maté. «Lupe Sino» fue la mujer que descentró a «Manolete» y lo llevó al agotamiento porque lo traía por la calle de la Amargura. «Yo vi cómo se marchó para Madrid desde Linares con los Dominguín: si esta mujer hubiese querido de verdad y hubiese estado enamorada de “Manolete” no se habría separado de él hasta la sepultura y el último adiós. Pero tenía que llegar a Madrid para recoger las cosas de valor que tenía en su casa. “Lupe Sino” perdió para siempre a Manuel Rodríguez, el bueno, pero encontró a otro Ma-

nuel Rodríguez, abogado, se casó con él, pero éste no era de Córdoba, era de México, y le hizo pagar con lágrimas de sangre los malos ratos que le daba. “Lupe Sino” se separó de él y vino a España, donde murió de una enfermedad a la cabeza».

«Manolete» —sigue Rafael Sánchez “Pipo”— no estaba ciegamente enamorado de “Lupe Sino”, pero no podía pasar sin ella, ni dominarla. El valor que echaba a los toros para someterlos, con ella le faltaba. Le tenía “encoñao” de tal forma que le dominaba totalmente. Así lo comprendí cuando, en la casa de citas de San Sebastián, a toda costa quería acostarse con una de las chicas que estaban con Camacho y yo le dije “dale coba a Lola Flores, que ésta si merece la pena” y me respondió que no, que era muy amiga de Antoñita y si se entra- ba ¡para qué quería más!»

No hay duda de que «El Pipo» no le tenía ninguna simpatía a «Lupe Sino» y que, al cabo de los años, buscó y recibió testimonios de asuntos bastante confusos como lo de un cinturón de monedas de oro y otras joyas que «Manolete» devolvió al joyero de México, al que se las había encargado la propia novia del torero, y las muchas discusiones que, por esta y otras cuestiones, distanciaron a la pareja hasta la vuelta a España y los buenos oficios del ganadero Camacho para la reconciliación. La confesión de Rafael «El Pipo» de que «Manolete» se hubiera casado con ella por lo que le contó aquella noche famosa de la fiesta de San Sebastián y que si le hubieran dejado entrar a verlo antes de morir seguro que se hubiera desposado «in artículo mortis».

Un capítulo más agradable es el que se refiere a los primeros amores de «Manolete»: la señorita Eraso, a la que «Manolete» no le dijo nunca nada por temor a que le contestara que no. «Cuando pasaba por la calle de la Plata de Córdoba, y nosotros, la reunión de amigos, estábamos sentados a las mesas de la calle del bar “Plata”, a “Manolete” se le subía el pavo. Le decíamos adiós —su hermano Rafael también era de nuestra Peña— y “Manolete” la seguía con la mirada hasta perderla de vista».

En la angustia del viaje de Linares a Córdoba en la camioneta de la Cruz Roja, dice «El Pipo» que también recordó la feria de Algeciras de 1942, cuando «Manolete» le brindó un toro a Isabel Sosa, una de las chavalas más guapa y de más personalidad de Cádiz, ojos y cabellos negros, peinado tirante y moño en la nuca. La fiesta en el salón Campero del hotel Cristina y el recuerdo de «Manolete» que en un tentadero dice Rafael que sacó la conversación sobre la belleza de la gaditana Isabel. «Con esa chavala sí que se puede presumir a su lado». «Qué guapa y qué clase tiene que tener, me gustaría conquistarla para que fuese mi novia».

Nada de todo eso puso ser. Todo se acabó en la madrugada del 29 de agosto de 1947 en la habitación del Hospital de Linares. La historia es esa; otra cosa es la ficción, lo que pudo haber sido y no fue. Puede que tenga razón Pepe Luis Vázquez y, si «Islero» no mata a «Manolete», ahora sería un octogenario con hijos y nie-

tos, como soñaba en sus noches de angustia en aquel nefasto verano de 1947, cuando dicen que preparaba su retirada y su boda con Antoñita Bronchano, «Lupe Sino». ¿Tanta gloria para este triste final? Yo creo que el único que no se lo merecía era Manuel Rodríguez «Manolete».

Pero hay otras versiones sobre estas mismas historias y Quiroga Abarca cita a una farmacéutica de Sans, a una madrileña que le sigue por los hoteles, la bilbaína de Begonia y una teutona que le veía en Barcelona. Pequeñas anécdotas que siempre tienen los toreros y más los triunfadores. Pero hubo una encuesta en *Dígame* entre las actrices del cine español para que definieran sus preferencias entre Pepe Luis Vázquez y «Manolete» y esto fue lo que contestó «Lupe Sino», a la que Francisco Narbona cambia el apellido y dice que se llama en realidad Antonia Bronchalo. Hay más partidarios del Bronchano ya citado. Creo que esta encuesta se hizo antes de se conocieran el torero y la actriz:

«A mí me gusta el toreo de “Manolete”. Por encima de todos. ¿Usted ha visto valor más escalofriante que el suyo? ¿Y su serenidad? ¿Y su desprecio de la vida? ...Yo me vuelvo loca aplaudiéndole cuando torea. Mire: en la corrida de Beneficencia, después de aquello que hizo de no retirarse cuando el toro se arrancó hacia el engaño, se me descompuso el reloj de pulsera de tanto aplaudir. Y luego pasaba por el callejón y le grité. “Eres el más grande del mundo”. Me miró, me dio las gracias muy atento... ¡pero sin sonreír! ¡Ah si “Manolete” sonriera!».

Hernández Castañedo sitúa el encuentro de ambos en la casa de ella del barrio madrileño de Argüelles, al final de la temporada de 1943. José Vicente Puente da otra versión en su novela «Arcángel» y opina que se conocieron en el bar de los estudios cinematográficos que había en la calle Libertad, en donde Abel Gance, el autor de «Napoleón», preparaba una película sobre el «Monstruo». Juan Soto Viñolo, en «Manolete. Torero para olvidar una guerra», habla del primer encuentro en el bar «Chicote», con Pastora Imperio y «Gitanillo de Triana» que van a pedirle a Manolo que sea el padrino del primer nieto de Pastora, suegra de «Gitanillo». Dice que con «Manolete» estaban «Camará» y «El Pipo» y que el torero se llevó a «Lupe Sino» a su piso de la calle Amador de los Ríos.

La que no vio con buenos ojos esta relación fue doña Angustias, la madre de «Manolete», y le quería apartar de esos amoríos para lo que aducía razones de distinto tipo, sobre todo algunas concretas de las relaciones de «Lupe» con otros hombres y un matrimonio en la guerra civil con un comisario político, matrimonio no considerado válido al terminar el conflicto bélico. Pero, sabiendo la ilusión que a su hijo le hacía el tener descendencia, doña Angustias le aseguraba que a la Bronchano le habían estirpado la matriz y no podía ser madre. Mucho le tenía que importar a «Manolete» «Lupe Sino» puesto que su dependencia de la madre era importantísima y ni siquiera tan contundentes argumentos pudieron convencerle.

Así opinaba Álvaro Domecq después de la tragedia:

«Se explica que Manolo, que era un hombre tímido, se apasionara tan intensamente por “Lupe”. Era su primer amor “al completo”. (¿Y el único de toda su vida, si se exceptúa a “Romanita”?) Pero en muchas ocasiones, delante de mí, se le escaparon frases un tanto duras sobre ella. Yo recuerdo una tarde, en el hotel Cristina, de Sevilla, cuando otro amigo le colocó el disco contra “Lupe”. Yo permanecí al margen de la conversación, pero cuando Manolo, algo turbado, vino hacia mí, me dijo: ¿Y tú, caballero, que opinas de esto? Mira —le dije— si tú tienes valor para colocarte delante de un toro y lidiarlo, como sabes hacerlo, quieto, en el centro del redondel, pienso que acabar con eso..., si no te gusta o crees que no te conviene, no tienes nada más que replegar la muleta y alejarte del peligro. Luego... se dijo aquello de que yo me había opuesto a que ella pasara a ver a Manolo en trance de muerte ya, en una sala del hospital de Linares. No es verdad. Si “Manolete” hubiese expresado su deseo de verla, yo, aun saltando sobre imperativos religiosos, muy arraigados en mí, no me hubiera atrevido a negar ese deseo a un moribundo. Pero el torero, adivinando, quizá, la muerte, solo se acordó de su madre, y de las devociones entrañables de las que siempre hizo gala».

Lo que sucedió en aquellas circunstancias, don Álvaro, es que se evitó la ocasión, se evitó el peligro y se defendieron los derechos de herencia de la familia de Manuel Rodríguez Sánchez.

LO MEJOR QUE HIZO PEPE LUIS: CASARSE CON MERCEDES

Pepe Luis Vázquez fue el auténtico rival de «Manolete». ¡Ay si Pepe Luis quisiera! «Pues nos mandaba a todos a los arbañiles», contestaba «Manolete». Era un grandísimo torero y un hombre prudente. Solo conozco una anécdota en la que se presente como un osado. Fue a la vuelta de un viaje de «Manolete» cuando Pepe Luis hizo unas declaraciones en las que retaba al cordobés a torear seis toros de Miura mano a mano. ¿Por qué no me invita a tomar una buena ración de gambas con un buen vino? fue la contestación de «Manolete» que era un gran admirador del llamado «Sócrates de San Bernardo», el torero más técnico, inteligente, inspirado y con gracia que haya dado la tauromaquia.

Así lo definía Gerardo Diego:

«Ese colegial tímido, de resplandor trigüeño
en la cabeza fina como un hueso de fruta,
es un torero nuevo de Sevilla la vieja,
que los rancios saberes perpetúa y destila».

Estatura corta y brazos largos para dominar el toreo fundamental de la verónica y el natural y saber andar, colocarse e improvisar para desgranar todas las



Manolo Vázquez se casó con la hija del apoderado de Arruza.

suertes del toreo florido, inspirado y repiqueteante de la llamada «escuela sevillana». Quizá, como dice «Don Ventura», Pepe Luis sea la antítesis de los toreros de escuela porque en él se amalgama la profundidad de la conocida como «rondeña» con la más alada y gracil de los sevillanos. Un torero extraordinario que bajó un poco su diapasón cuando en 1943 recibió en Santander una cornada en un ojo, una cornada «de espejo». Pero lo asombroso es que Pepe Luis Vázquez toreó igual en 1938, cuando se presentó de novillero en Sevilla, que cuando se retiró en 1959 en una corta reaparición. Yo lo vi en El Escorial y doy fe de lo último. De su presentación de novillero me hablaba mi padre, que sí estuvo en Sevilla con unos cuantos cientos más de espectadores que se convirtieron en miles a la hora de contar por la calle de las Sierpes lo que el niño de San Bernardo les había hecho a los novillos. Y siempre con su prudencia, con su humildad, con el conocimiento de sus propias fuerzas. Un gobernador quiso un día que matara seis toros por sanción de sus compañeros y contestó con toda sinceridad: «Tengo el valor justo para matar los dos que me corresponden, no me obligue usted a fracasar». Así, al tiempo, defendía a los otros toreros. Dicen que cuando triunfó su hermano Manolo en Madrid en el 51, en el hotel «Florida» donde paraban le pidió a un camarero que trajera media botella de vino fino. «Señor, aquí solo hay botellas enteras». «Pues traiga una entera y sirva la mitad.» No sé si esto es cierto, pero estoy seguro de aquel otro sucedido en el que le mando «el sobre» a un divulgador y éste se lo devolvió porque «ese no era su dinero». «Tiene razón, es el mío», contestó al tiempo que se lo guardaba en su bolsillo. Buen administrador.

No fue Pepe Luis hombre de aventuras amorosas. Que es posible que las tuviera porque qué torero no ha tenido una o veinte admiradoras y Pepe Luis era un torero que predisponía a la protección femenina. Hizo su amplia campaña como matador de toros —catorce temporadas—, se retiró y el 20 de octubre de 1954 se casó en la iglesia de San Esteban, de Sevilla, con Mercedes Silva Jiménez. La novia vestía un elegante traje de tul sobre fondo de «glasé» de seda natural y velo de tul ilusión prendido con una diadema de azahar. Se adornaba con pendientes de perlas y una medalla de oro de la Virgen de Guadalupe, regalo del novio. Mercedes Silva entró al templo del brazo de su padre, don Juan Silva Ortiz, y a los sones de la marcha de Mendelssohn. El novio, que vestía de chaqué, deba su brazo a su madre, Concepción Garcés de Vázquez, y bendijo la ceremonia el tío de la novia, don David Jiménez, capellán del convento de Santa Clara. Ante don Juan Cotta Román, representante judicial, firmaron el acta matrimonial el capitán general de Andalucía, general Eduardo Sáenz de Buruaga, el gobernador militar de Córdoba, general Sotero García, don Eduardo Miura Fernández, en su finca solo tentaba Pepe Luis, y los hermanos del novio, Rafael, que se casó con Rosario Vega, hija de «Gitanillo de Triana», y Manolo, novio ya de Remedios, hija de Andrés Gago, apoderado, entre otros, de Carlos Arruza. Viaje de novios a Palma y no sé si a otras capitales de Europa, como se decía en las crónicas de entonces.

Manolo Vázquez, «el que puso el toreo de frente en los años cincuenta», nueve años más joven que Pepe Luis, se casó en el mes de octubre de 1956 con la citada Remedios Gago de la Cruz en la parroquia de San Lorenzo. La novia vestía traje de raso natural y encaje de «chantilly», diadema de esmeraldas, collar de perlas, pendiente, pulsera y solitario de brillantes. Padrino, Andrés Gago, y madrina, Concepción Garcés de Vázquez. El novio de chaqué, igualico que el de Pepe Luis, y bendijo el enlace el padre Antonio Tineo, párroco de Omnium Sanctorum. Casi los mismos testigos por parte de las autoridades militares, los ganaderos Felipe Bartolomé y Joaquín Buendía además de Miura, Miguel Primo de Rivera y Urquijo, don José Rueda que se anunciaba en los periódicos como «pepeluisista», José María Jardón, de la empresa de Madrid, y los hermanos Pepe Luis, Rafael y Antonio Vázquez Garcés.

Terminada la ceremonia, los novios prestaron juramento de hermanos de la Hermandad del Gran Poder y en la parroquia de Omnium Sanctorum se repartieron comidas para los pobres.

En *Blanco y Negro* del 9 de enero del año 2000 se publicó una entrevista que le hizo Manuel Ramírez a Pepe Luis Vázquez y en la que el de San Bernardo hizo estas declaraciones sobre el tema que nos interesa:

—¿Qué es lo mejor que ha hecho en su vida?

—Casarme con Mercedes.

—¿Eso es lo más importante de su vida?

—Por supuesto. La vida me ha dado muchas satisfacciones. Pero, por encima de todas las satisfacciones, me ha dado la familia. He tenido, y conservo, muchos buenos amigos y mis hijos son mi mejor herencia, la herencia más verdadera, la que corre por mis venas.

—José Luis, Ignacio, Rafael, Álvaro, Juan, Manolo y ... Mercedes. Parece, Pepe Luis, que buscando la parejita, empezaron a llegar varones y ...

—A su casa venían. Hombre, cuando después de seis varones llega la niña, pues entonces es la locura. Y, después, diez nietos y una que está encargada ... (Se supone que llegó con toda la felicidad.)

—Puede que la saga torera continúe ¿no?

—Que sea lo que Dios quiera que sea.

En realidad solo el mayor, Pepe Luis, siguió el camino de su padre y de sus tíos, pero no sería extraño que en la tercera generación volviera a lucir el gracejo de San Bernardo en los ruedos de España. No es fácil, aunque no sea extraño.

EL TORERO QUE SALIÓ DE UN CUADRO

En realidad se llamaba Ignacio Rafael García Escudero Gabarre Heredia y era hijo de Agustina Escudero Heredia, modelo de Zuloaga, padrino del chico, López Mezquita, Anselmo Nieto, Julio Romero de Torres, Carbonero, Sotomayor,

Benedito y Sebastián Miranda, y de Benigno García Gabarre, tratante de caballos. Don Ignacio Zuloaga tuvo predilección por el muchacho y, antes de iniciar su camino de torero, le hizo un precioso retrato vestido con un traje de luces. Un maravilloso retrato con un viejo vestido verde y plata, con el capote de paseo al brazo izquierdo y la montera en la mano derecha, pelo negro ondulado, bien atados los machos por debajo de la rodilla y relucientes las zapatillas negras. Fue determinante esa pose de torero y la afición de su padrino, que no paró hasta que logró que, sin torear como novillero en la capital de España, tomara la alternativa en Madrid, en Las Ventas, el 17 de octubre de 1943, de manos de Joaquín Rodríguez «Cagancho» y en presencia de Rafael Vega de los Reyes, cartel que se repitió años después en una memorable corrida celebrada en Carabanchel. Fue un torero de corta pero intensa trayectoria, un hombre polifacético que tocaba el violín y el piano, que escribía música y que se dibujaba sus propios trajes de luces hasta llegar a proyectar uno totalmente blanco, con montera, medias y zapatillas blancas. Quizá la estampa de «Don Tancredo» le hizo desistir de tal proyecto, pero a su tez, pelo y ojos negros le iba como anillo al dedo tal vestuario. No ganó fortuna con el toreó y se dedicó al cine, en donde prosperó bastante porque, además, sabía idiomas, para, al final, poner una tienda de comestibles en San Rafael, cerca de El Espinar, en la provincia de Segovia.

En su etapa de cineasta sumó un buen número de películas con papeles de distinta importancia. Las hubo de producción nacional como «María Antonia la Caramba», en cuyo rodaje resultó herido al torear a un toro y hubo que cambiar el guión, «La fiesta sigue», «Patio Andaluz», «Noches andaluzas», con Genevieve Page, Mario Cabré y Pepe Isbert, y «Torero por alegrías». En el ámbito internacional tomó parte en las siguientes películas: «El Espía», «El hombre que nunca existió», «Séptimo de Caballería», «El secreto del capitán O'Hara», «Tierra brutal», «Rey de Reyes», «Laurence de Arabia», «El Cid», «Villa cabalga», «Cien rifles» y «Scherezade».

Se casó con Dolores García Mendy en la parroquia de Carabanchel Bajo, el 3 de agosto de 1939, y el banquete se celebró en la cervecería «La Alemana», en el plaza de Santa Ana, con la asistencia de Zuloaga, Cossío y Sebastián Miranda. Cuando tomó la alternativa tenía 24 años.

Se separó de su mujer a mediados de los años 50 y murió el 5 de septiembre de 1981 en un hospital de Madrid. Cuando murió convivía con otra mujer.

De su matrimonio tenía una hija, María de la Soledad García García, más conocida por María Albaicín que, con 18 años, se casó con Joaquín Bernadó en el Cristo del Caloco, cerca de El Espinar, el 15 de octubre de 1964, en la ermita donde se rodaron escenas de la película «Marcelino, Pan y Vino». El vistió traje corto y ella un vestido de escote redondo y alto, con un tocado de flores en el negro pelo peinado con raya enmedio y muy tirante. El matrimonio

duró unos cuantos años y tuvieron dos hijos, uno Joaquín Bernadó García, que firma en los periódicos como Joaquín Albaicín y que se considera gitano, y otra, Jacaranda Albaicín que pinta muchas cosas de toros. La madre, María Albaicín, ha sido una buena bailadora, con mucho éxito entre la élite, con un piso en la Castellana de Madrid que vendió hace años por cien millones de pesetas para irse a vivir a Princesa, 81, a la casa de Agustina Escudero Heredia, la madre de Rafael Albaicín y del bailador Vicente Escudero. Esta sí que era gitana de pura cepa, pero dicen que la sangre calé es como el agua bendita: hay una poca en la pila, se le echa más y se vuelve toda bendita. O como el vinagre, al que le echas vino y se vuelve todo vinagre. Por eso Joaquín Albaicín habla de «nosotros, los gitanos». Ella, doña Agustina, se escapó del cuadro de Zuloaga «Bailaora» y paseó su gran figura de gitana guapa y salerosa por toda España.

—El que es supersticioso es mi hijo Vicente Escudero. Rafael es un fenómeno que diseña sus trajes de torear porque sabe pintar, tocar el piano y el violín y cantar. Es un artista.

De poco le sirvieron sus habilidades a Rafael Albaicín, aunque nadie le pueda arrebatar su personalidad y pintoresquismo que nacieron con él mismo y que se acrecentaron con aquel cuadro que le pintó su padrino Ignacio Zuloaga.

Joaquín Bernadó se separó de María Albaicín y formó otra familia, creo que numerosa.

MARIO CABRÉ, UN POETA QUE SABÍA TOREAR

Nació en el ambiente del teatro. Actor era su padre, Jaime, actor su tío Pedro que encabezaba los repartos del Teatro Español, actor su hermano Eduardo y primera bailarina del Teatro Liceo su hermana Anita, casada con el bajo Manuel Gas que intercalaba entre sus actuaciones en zarzuelas como «Don Manolito» interpretaciones en el cine, sobre todo en papeles de policía. El hijo de ambos, Mario Gas Cabré, músico y promotor y director de grandes espectáculos, ahora, director del Teatro Español. Como se ve, el entorno en el que nació y vivió Mario Cabré le llevaba casi fatalmente a las tablas o al celuloide, aunque en realidad su primer afán fue el de ser torero.

Mario nació en Barcelona el 6 de enero de 1916 por lo que el iniciarse la guerra civil tenía 20 años. No había tenido tiempo de destacar en esto de los toros y más viviendo en la región catalana, en donde no es habitual que haya muchas vocaciones taurinas. Debutó en Madrid el 10 de agosto de 1941 con novillos de Aleas y en compañía de «Pepete de Triana», López Lago y Pepe Alcántara, para, dos años después, tomar la alternativa en Sevilla el 1 de octubre con el toro «Negociante» de Francisco Chica, toro que le cedió Domingo Ortega en presencia de Luis Gómez «El Estudiante», para el mismo padrino, con Anto-

nio Bienvenida, confirmarle este doctorado el día 8 de octubre de ese mismo año de 1943. La categoría del padrino y los testigos dan idea de la buena proyección del barcelonés dentro del escalafón taurino. Mejor comienzo como matador de toros no podía tener.

No se prodigó mucho por los ruedos, en parte porque en esa época, dados los problemas de ganado bravo esquilmado durante la guerra y las dificultades económicas, no proliferaban los festejos y, a la par, Mario tenía puestas sus ilusiones en la carrera cinematográfica.

Ya en 1945, el 15 de diciembre, en la finca de don Salvador Guardiola, sufrió una grave cornada durante el rodaje de unas escenas taurinas de la película «El Centauro» que interpretó con Isabelita de Pomes, «Oro y marfil» (1947) y «Canción mortal» (1948) hasta que Albert Lewin le ofreció el papel de «Pandora o el holandés errante» con Ava Gardner y James Massón. Después, «Misión extravagante» (1953), «Los diez mandamientos» (1956), «Una cubana en España», un film exótico, y las obras de tipo varguandista de Pero Portabella «No compren amb els dits» y «Nocturno 29». Pero la más importante fue «Pandora» y de ella surgió el idilio más famoso que se plasmó en un libro de poesías.

Antes hubo otro libro que llevaba el título de «Danza mortal» y que prologó don Jacinto Benavente con estas palabras: «Sin duda serán muchos los lectores de este libro que al empezar su lectura, con burlón excecpticismo, más dispuestos a la broma que al entusiasmo, se dirán: “Vamos allá; versos de un torero...”: Pero también estoy seguro de que apenas haya leído dos o tres composiciones, la sonrisita burlona se trocara en atenta seriedad y, al terminar la lectura, ya el autor no será el torero que hace versos: será un poeta que además sabe torear».

«Ya el título abarca la poesía y el toreo: *Danza mortal*. ¿Es otra cosa el toreo y es otra cosa la poesía? ¿Y es otra cosa todo arte, cuando en él ponemos lo mejor de nuestra vida; es decir, toda nuestra alma?»

El libro está dedicado a la bailaora-bailarina Mari-Paz y en aquellos años —1949, 1950— yo le oí decir a Mario Cabré: «Estoy enamorado del amor y del baile». Doña Matilde, la dueña del «Café Castilla», me dijo un día que el amor de Cabré había sido Mari-Paz. Al fallecer la bailarina, el poeta se sobrepuso al torero y surgió este libro editado por «Mon» con dibujos estilizados y sugerentes de Zaragüeta:

Queda su recuerdo.

Germen de baile
en rebrotes continuos.
Nítido anhelar evaporado
y vuelto a reunir
en latidos de estética luminosidad.

Danzarina española,
clásica y flamenca
en el Ballet del Universo.

Y para acentuar la vena poética del torero Mario Cabré no me resisto a reproducir el soneto que su autor titula «Bailarina»:

Resuelta bailarina de apretadas espumas.
Brisa blanca y tangible rozando diapasones.
Arrullo de mareas que fingen evasiones.
Vaivén de ramas altas desvaneciendo brumas.

Conjunción de arabescos o magnolia de plumas.
Soplo, brote o escama. Luz misma en variaciones.
Esbelto escalofrío de nobles proporciones.
También ramo de espigas y límite de sumas.
Candor, norte y grandeza de risueños perfiles
elevan su danza contornos de palacio.
La espiral del ensueño linda con su figura

encerrada en un signo de pasos juveniles.
Sostiene entre sus brazos el rapto del espacio
y gira con la tierra su ingrátida cintura.

Al año siguiente, tras la aventura del rodaje con Ava Gadner, surge su «Dietario Poético»:

«¿Recuerdas, *sweet dollr* ...? Te prometí un libro de poemas donde el amor y el mar, el alma y lo eterno te hablaran de tu paso por esta Península. Estos poemas cumplen lo prometido. Y ¿es tan hermoso cumplir lo que se promete?»

Y apunta el nobel Benavente: «Hay en toda la poesía de Mario Cabré una emoción honda: la de quien tantas veces ha vuelto de la muerte; la del que sabe, como él mismo dice en una de sus poesías, que la muerte no se improvisa».

Los temas de «Dietario Poético a Ava Gadner» se corresponden a lo sucedido entre el 14 de abril de 1950 al 25 de mayo de ese mismo año, una cuarentena de amor del que no me pregunten si fue total o no. Al contrario que Luis Miguel Dominguín, Cabré no tuvo prisa en contarlo, aunque alguien así lo interprete al leer las poesías que tuvieron como escenarios Toledo, Sevilla, S'Agaró, Tossa de Mar y Gerona.

Pusiste argolla a unos días
como prueba de distancia.

El plazo quedó cumplido,
 mi promesa demostrada.
 ¡Quién pudiera en un momento
 volver a la antigua usanza!
 Chambergo sobre las sienes
 y presa al cinto una espada.
 Caballo con brida puesta para
 llevarte a sus ancas,
 y que nadie nos conozca
 en pasando la comarca.
 Razón: la tuya y la mía.
 Lo demás no importa nada.

Despierta... Dormida...

Despierta ... Para ti,
 tengo las manos llenas de caricias
 como frutos maduros
 en ofrenda continua.
 El cálido paisaje de mi cuerpo
 sostiene una templanza en varios climas.
 Los puntos cardinales son distintos:
 Cerca, lejos; mar, nube; llano, cima.

Dormida ... Para ti,
 mis labios solamente se adivinan.
 He querido igualar —soñado intento—
 el peso de la brisa.
 Que nada te moleste, ni aun el roce
 de la palabra dicha.
 Así quiero besarte,
 alejado de formas conocidas;
 porque de esta manera,
 ¡amor!, eres más mía.
 Y que sea tu alma aproximada,
 quien el beso reciba.

Hay otra historia sobre esta cuestión de la relación amorosa entre Ava Gardner y Mario Cabré. Dicen los enterados que a la bellísima Ava le insinuaron que para la difusión de «Pandora» convenía aquel poético idilio entre la artista y el torero y que por ello accedió a llevar adelante aquellos escarceos amorosos que se acabaron en Londres ya conseguido el objetivo. Lo que no sé si

es cierto es que Frank Sinatra, alarmado por la noticias que le llegaban, se presentó en España y le regaló a su novia una pulsera de esmeraldas. Y es coincidencia que también la borrascosa relación con Luis Miguel terminara en Londres, cuando el de Madrid fue a anunciarle que se casaba con Lucía Bossé. De lo que estoy seguro es de la sinceridad poética y de la caballerosidad de Mario Cabré.

El personaje, más bien la persona, que amaba y toreaba en verso, el paso-doble «Manos bajas» para retratarle taurinamente, tiene una larga lista de coqueteos que empieza con Raquel Daina, hermana de Irene que se casó con Manolo Escudero y tuvieron un hijo y se separaron, sigue con la famosa Yvonne de Carlo, Chula Prieto, la francesa Anouk, la española Maruchi Fresno, Genevieve Page; Angelita Tamayo y un romance con Luisa Rivelli, italiana, primera actriz del teatro de Convigno de Milán, que vino a España a recibir el premio «Ondas» a la mejor actriz de radio y televisión en 1959.

El 2 de octubre de 1960, a los diecisiete años de alternativa, Mario Cabré se retiró de los toros en una corrida que se celebró en Barcelona y en la que lidió toros de doña Rosa González con la compañía de Antonio Bienvenida, testigo en su confirmación madrileña, Joaquín Bernadó y José María Clavel. Cortó una oreja de su primero y dio la vuelta al ruedo en el sexto por fallar con el descabello. Este toro se lo brindó a sus compañeros de cartel, al empresario don Pedro Balaña y al público.

Antes de su retirada recuerdo que un día actuó en Las Ventas del Espíritu Santo por la tarde y por la noche recitó los versos del «Don Juan Tenorio» en un teatro de la Gran Vía madrileña. Recuerdo también que interpretaba teatro en catalán como el drama de «Terra Baixa», o el Jesucristo de «La Pasión» de Jesús Vasallo, que participaba en las sesiones de «Alforjas para la poesía» que organizaba Conrado Blanco y que dio la vuelta al Mundo en un barco que era como un navegante «carro de comedias».

Ya retirado de los toros, multiplicó su actividad en el teatro, grabó un «long play» de boleros, presentó un programa de televisión con José Luis Barcelona que le dio gran popularidad, «Reina por un día», y fue relaciones públicas y modelo de una fábrica textil catalana hasta que una hemiplejía le hizo olvidarse de todo y dedicarse a la poesía. Desde Benicasim y con la irregular escritura que le había dejado la embolia sufrida destinaba a los amigos sus versos, su tankas y haikus japoneses.

No convendría olvidar el poemario dedicado a «Manolete» en 1947, su «Oda a Gala-Salvador Dalí» de 1952, el «Canto sin sosiego» (1958) dedicado a la poetisa Alfonsina Storni, que entró en la muerte andando por el mar, «En la residencia» (1969), cincuenta tankas de cuatro versos y un villancico con letra y música de Cabré, el libro «Maramor» (1972) que mereció el Premio Ciudad de Barcelona de Poesía y... Beni-casim, como él lo escribía. «Peldaños de eternidad». «Es obra de un poeta en plenitud: de un hombre, como lo es Mario Ca-

bré, de gran reciedumbre espiritual: esa reciedumbre onírica que le mantiene en vida, esperanzado, porque él sabe que cada día le traerá con su luz, por la gracia de Dios, el suficiente alentar, para que pueda, con buen ánimo, seguir ofreciéndonos poemas de alta calidad como los que nos ha ofrecido en este valioso libro» (José Jurado Morales).

Pasa el viento

El suelo da sepultura
a los techos de la sombra.

Por el mar, medio despierto,
pasa el viento y surgen las olas.

Por el lago de mi pecho,
pasa el amor y se ahoga.

Cantó a Joan Miró y Pablo Picasso, fue finalista del Premio Internacional de Poesía «Azor» de 1981 con «Laberinto de Redes», hizo versos de su enfermedad con poemas como «El Cirujano», «Camino del quirófano», «Cuidados intensivos», «La Cura», «Historia clínica», «S.O.S. del latido», «Paro circulatorio» y «La voz del ángel», compuso en 1986 «Camino del Gólgota» y dedicó sus versos a Juan Pablo I y a Juan Pablo II en 1982 con motivo de su viaje a España y habló con los niños en «Cuna con alas». Lo había tenido que dejar todo y solo le quedaba la poesía para ponerse en contacto con sus amigos:

Autorretrato

Sin esta dulce carga de tristezas
¡cómo la soledad fuera posible!
Si avanzar cada día en lo invencible
arruina mi anhelo y fortaleza.

De mi debilidad y mi pobreza
trato de embellecer lo más sensible
y dejar bajo tierra lo inservible
si embrutece o degrada mi nobleza.

He llegado al borde de la muerte
y al principio de un mundo iluminado.
Si no supe encontrar lo que quería

es porque no era el rumbo de mi suerte,
y miro con ternura mi pasado
como amante que fue de mi alegría.

Mario Cabré murió el 1 de julio de 1990. Ningún representante de la Generalidad de Cataluña asistió a su entierro.

CURRO ROMERO, LOS MÁRQUEZ Y LA PIQUER

Antonio Márquez y Serrano fue un gran torero madrileño que dominaba todos los tercios y que, cuando tomó la alternativa, le llamaban «el Belmonte rubio» para distinguirlo de su padrino, el auténtico Juan Belmonte que le entregó los trastos de matar en Barcelona el 24 de septiembre de 1921.

En pleno éxito, en 1927, se casó con Gloria Arechavala, una rica hacendada cubana a la que conoció en un barco cuando, desde América, regresaba a España. Con ella tuvo tres hijos, José Antonio, Gloria y Javier.

El mayor, José Antonio, que nació en 1929, seguía a Curro Romero en los años 60 y 70 y aprovechaba sus visitas a los hoteles taurinos para practicar el deporte de la esgrima en su más cruel modalidad, la del sablazo.—A mi hermano José Antonio —contaba Concha Márquez Piquer— hemos tratado de ayudarle todos, pero sin resultado. Aunque le des cincuenta mil pesetas, a los pocos días te lo encuentras pidiendo limosna en la Castellana.

—Desde hace doce años —decía José Antonio Márquez— mi situación económica es precaria, pero últimamente se ha agravado. Vivo de pedir limosna en los semáforos y duermo en la calle o en albergues de caridad. Intenté ser torero, pero no me apetecía que me cogiera un toro. Solo he tenido un hijo que vive en Cuba.

En una entrevista, Antonio Márquez, el torero, daba detalles de su vida: «Yo estaba casado con una cubana y un día la llevé al teatro de la Zarzuela de Madrid. En un palco estaba Concha. Me quedé prendido, enamorado, y me casé con ella en Uruguay».

Su primera esposa, Gloria, se unió a un señor que se apellidaba Peralta y cada pareja siguió su rumbo. Concha Piquer y Antonio Márquez tuvieron una hija, Concha Márquez Piquer, que, por matrimonio, entronca con otro torero excepcional, Curro Romero, y ello hace nacer otra leyenda que no termina bien.

Lo mismo que Curro Cúchares le dijo a su hija, Antonio Márquez le dijo a Conchín el día que, con 16 años, le comunicó que era novia de Curro Romero: «Yo había puesto todo mi interés en que Conchín no tuviera contacto con el mundo de los toros y le mandé a estudiar a Londres y, más tarde, a Suiza. Ya ve lo que son las cosas, un buen día se encontró con Curro Romero y la enamoró hasta la médula, como suele decirse (*El Ruedo*, 1976).



Curro Romero coloca a Conchita Márquez Piquer el anillo de desposada.

No duró mucho el noviazgo y el 22 de octubre de 1962 se casaron Conchita Márquez Piquer y Curro Romero, 28 años, en la iglesia de los Jerónimos de Madrid. El de traje corto; ella con un vestido sin escote, con un fajín que le entallaba la cintura y mangas de encaje. Unos pendientes de perla y brillantes, una fina pulsera y un anillo eran las únicas joyas que llevaba la desposada. Su madre y madrina, cosa insólita puesto que vivía la madre de Curro, se tocaba con peineta y mantilla de encaje negro que ponía fondo a unos largos pendientes de brillantes y a un collar de perlas de cuatro vueltas. El padre de Curro fue el padrino.

De este matrimonio nacieron dos hijas, Conchita que vino al mundo en 1964, y Coral, en 1966, que falleció en un accidente de tráfico en Tennessee, Estados Unidos, el 2 de noviembre de 1986.

Conchita y Curro disfrutaban de una convivencia bastante normal y el torero pensó en la retirada en junio de 1969, después de una tarde triunfal. Había proyectado hasta el negocio que iba a montar y dedicarse a la vida de familia. Lo tenía todo en Madrid y solo se acercaba a Sevilla para ver a sus padres y saludar a los amigos.

Fue en octubre de 1971 cuando Concha Márquez Piquer estrenó «Un millón de rosas», una comedia musical en recuerdo de «La Bella Otero», y en una revista la hicieron esta pregunta:

—¿Por qué se casó usted con Curro Romero?

—Estaba, y estoy, muy enamorada de él. Fíjese usted si es grande como torero, pues aún es mucho mejor como hombre.

Pero, a pesar de esta confesión, las relaciones entre Conchita y Curro se enfriaron y en 1978, a la postre, se separaron sin que ella haya accedido nunca a la anulación del matrimonio eclesiástico. Conchita se unió civilmente al actor Ramiro Oliveros y tuvieron una hija, Iris, y Curro convive con Carmen Tello, una mujer de muy distinto carácter que el del torero, al que anima a participar en actos públicos y sociales. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Al final, ante la autoridad civil y con «los justos» se unieron en matrimonio con «espantá» incluida.

Curro recuerda sus años de convivencia con Conchita y tiene un especial aprecio para Concha Piquer y Antonio Márquez. Antonio Burgos, el último biógrafo de Romero, pone en su boca esta sentencia. «Y eso es como el amor, la misma búsqueda de esa perfección de los sentimientos que te da el amor». Así no «torea» Curro Romero.

Concha Piquer, que tenía un afecto grande por Curro, decía en una entrevista: «Nunca me gustaron los toreros y mira. Tengo temperamento y me arranco en seguida, soy muy de verdad, como mi yerno, Curro Romero, que también es muy de verdad. Otros toreros hacen que hacen, pero Curro, no; si el toro no embiste no hace nada y se queda tan fresco. Yo le quiero muchísimo. No tiene nada que ver que él y mi hija ya no se quieran: él me llama constantemente» (*El País*, 7 de octubre de 1981).

En 1972 Curro pasó sin pena ni gloria por la Feria de Sevilla. Canorea le habló a Manolo Cano para que su poderdante, Romero, toreara la corrida del Corpus y le ofreció 300 mil pesetas. Cano, buen estratega en esto del trato taurino, le dijo a don Diodoro que quería 100 pesetas por cada espectador que se asomara a la taquilla. Se compraron nueve mil localidades y Curro cobró 900 mil pesetas. Fue el principio de la revalorización del «Farón de Camas», que, como en otras ocasiones, había pensado en la retirada y en poner una gasolinera con su amigo Juan Felices y ya tenía en marcha el negocio de «Los Borrachos de Velázquez», en la calle del mismo nombre de Madrid, con otros socios y un tío de Isabel Pantoja como «mâitre».

En Jerez, el 27 de mayo de 1975, ante su esposa y el crítico de «La Voz del Sur», Curro Romero dijo otra vez que se retiraba porque había ligado a su gusto un toro de los Herederos de Carlos Núñez: «Ahora mismo me corto la coleta; estaba deseando cuajar un toro como el de este tarde y me quiero marchar con ese recuerdo inolvidable». Ocurría esto en Jerez. Y alguien le aconsejó: «Espera a septiembre, cuando vuelvas a Jerez». A Jerez, a Sevilla, a Madrid... Hasta San Miguel del año 2000, en el que faltó a la cita de la Maestranza y Eduardo Canorea anunció su ruptura con la tradición. «Ya veremos lo que ocurre en la Feria de Abril de 2001». El de Camas se adelantó al aviso y se retiró después del festival de La Algaba en el mes de octubre de 2000 y, sin cambiar opiniones con nadie, a través de Radio Nacional de España, le dijo a Fernando Fernández Román que se retiraba definitivamente.

Algunos «curristas» gimotearon con aspavientos. Los auténticos «romeristas» se alegraron por lo acertado de la decisión. No se podía tentar más a la suerte y Curro Romero lo había visto claro en aquella voltereta que un novillo le dio a su compañero de cartel y heredero: Morante de la Puebla.

EL MAL FARIO DE RAFAEL DE PAULA

Bernardo Muñoz «Carnicerito de Málaga», hombre de gran ingenio, llegó a ser matador de toros (Málaga, 1 de agosto de 1920, de manos de Rafael «El Gallo») y se casó con la bailadora Soledad Miralles que también vistió el traje de luces. «Carnicerito» era una persona con mucha relación con la alta sociedad jerezana y, gracias a ese apoyo, fue el que ayudó a Rafael de Paula en sus actuaciones por el sur de España. Rafael Soto Moreno, el de Paula, tomó la alternativa en Ronda el 9 de septiembre de 1960 de manos de Julio Aparicio y en presencia de Antonio Ordóñez y hasta muchos años después no la confirmó en Madrid.

La mujer de «Carnicerito», Soledad Miralles, alicantina, toreó los años de 1934 a 1936 y luego se fue como bailadora en la compañía de «La Argentinita» a bailar a Nueva York. «Soñaba un toreo nuevo, sin violencias, un toreo de



Soledad Miralles se casó con «Carcinerito de Málaga» y su hija con Rafael de Paula.

ritmos, femenino, como un engarce de música, la bailarina y el toro». Se retiró del baile en 1955, pero reapareció en 1960, en el espectáculo «Sonidos negros», junto al cantaor Jacinto Almadén. Luego, separada de «Carnicerito», se fue a vivir a su Alicante natal.

Rafael de Paula, hijo de Francisco de Paula Soto y Tomasa Moreno, nació en Jerez el 11 de febrero de 1940, en el número 5 de la calle Cantarería del barrio de Santiago, y durante muchas temporadas no salió a mostrar su arte fuera de su rincón andaluz. Se decía, se hablaba hasta que casi todo el mundo lo vio.

Se casó con la hija de su primer mentor, con Marina Muñoz Miralles, y todo parecía marchar por cauces normales hasta que el 19 de marzo de 1985 fue detenido al final de la corrida de El Puerto de Santa María, para ingresar en prisión al día siguiente por decisión del juez don Manuel Grosso, del Juzgado número 2 de Primera Instancia de aquel lugar de El Puerto, como inductor de una tentativa de asesinato.

Su esposa, Marina Muñoz, al parecer mantenía relaciones con el ex futbolista José Gómez Carrillo y éste fue acuchillado en la puerta de su casa por José Rodríguez Zafra y Oswaldo Prado Jiménez, que con un punzón le hirieron levemente en el abdomen. Según se demostró, Rodríguez y Prado fueron contratados por el torero a través del empresario Enrique Vidarte, que también fue encarcelado junto con los autores directos de la agresión.

Fue el 8 de marzo de 1985 cuando los dos individuos acudieron al domicilio del futbolista, que por aquel entonces era gerente del casino «Bahía de Cádiz», y cuando abrió la puerta de su casa el tal Gómez Carrillo, fue agredido por los citados Rodríguez Zafra y Prado Jiménez.

Gómez Carrillo no denunció el hecho, pero el juez Manuel Grosso de Herrán actuó diligentemente de oficio y, una vez detenidos en Salamanca los autores de la agresión, ordenó el ingreso en prisión del torero Rafael de Paula, orden que, como queda dicho, se cumplió al finalizar la corrida de El Puerto de Santa María. Dieciocho días en prisión dieron lugar a un gran revuelo, manifestaciones múltiples y apoyos desproporcionados que llevaron a la Junta Directiva de la Asociación Gitana de Jerez a decretar el cese de su presidente, Rafael Fernández Suarez, por las acciones llevadas a cabo en favor de Rafael de Paula, convocando una manifestación de gitanos frente a la casa del juez con recogida de firmas. Según el criterio de la Junta, se habían infringido los códigos internos de la Asociación: «Nos unimos al sentimiento profundo de nuestro pueblo hacia el torero Rafael de Paula para hacer saber al poder judicial competente nuestro deseo de que el sumario del caso, hasta ahora secreto, se haga público».

En Primera Instancia se procedió a instruir el sumario después de la detención de los autores directos de la agresión. La sentencia fue de culpabilidad y se condenó a Paula a dos años y un mes de prisión mayor.

El torero salió en libertad provisional mediante el depósito de una fianza de un millón de pesetas el 1 de abril de 1986 y cumplió sus tres promesas: visitar a su madre, salir de nazareno en la cofradía jerezana del Prendimiento y torear el Domingo de Resurrección en la Real Maestranza de Sevilla.

Esta corrida se celebró en la capital andaluza el 7 de abril con toros de «Torrealta» y en la compañía de Curro Romero y Lucio Sandín, que tomaba la alternativa. Esto decía Filiberto Mira en su crónica: «Rafael de Paula respondió a la expectación que despertó. Aunque vestido de negro y plata, su tarde ha resultado de blanco y oro, que son símbolos de pureza y arte. Miles de jerezanos en los tendidos y en su honor (en el de Paula) una explosión de humanidad de un público que ha querido en todo momento consolar al doliente corazón de Rafael. Ha sido Sevilla, en esta ocasión, como un pañuelo de fina seda para enjugar las lágrimas de este genial artista en doloroso trance». Dio una vuelta al ruedo y fue despedido con una clamorosa ovación al besar el albero maestranza.

El 11 de mayo cortó cuatro orejas a los toros de «Jandilla» que se lidiaron en Jerez a plaza llena y con paletadas de cal y arena ha continuado la carrera de este gitano roto por los celos y sus pocas facultades físicas. Pero cuando le viene la inspiración ni siquiera importa que sus rodillas sean de cristal.

Hubo ratificación de la sentencia por parte de la Audiencia de Cádiz y, en diciembre de 1994, el Tribunal Supremo confirmó la pena de dos años y un mes de condena a Rafael de Paula como inductor de un delito de allanamiento de morada y lesiones en la persona de José Gómez Carrillo. Paula estuvo treinta y cinco días en la prisión de El Puerto de Santa María y luego, en régimen abierto y en libertad condicional hasta que logró la definitiva en 1996.

No se le han conocido aventuras amorosas a Rafael de Paula aunque hubo un tiempo en que se habló de su relación sentimental con la presentadora de televisión Rosa María Mateos.

JAIME OSTOS Y SU HIJO JAIME MARÍA DEL PILAR

Jaime Ostos Carmona se casó con María Consuelo Alcalá Rubio, 17 años, en el altar de Nuestra Señora de la Esperanza Macarena, de Sevilla, el mes de octubre de 1960. Fue una boda sonada a la que asistieron más de mil invitados, con los marqueses de Villaverde como más representativos. El traje de la novia costó más de cien mil pesetas y la fiesta, en la finca de «Pinomontano», de la familia del apoderado del diestro, José Ignacio Sánchez Mejías, más de medio millón de pesetas. Hubo flamenco y música brasileña a cargo de la orquesta «Orfeo Negro». La novia vestía un traje blanco sin escote y de un moño alto nacía el velo de encaje. El novio, de traje corto.



En primer término, Rita Trujillo con Jaime Ostos en Las Ventas.

Se dieron muchos momentos de incertidumbre puesto que el día salió lluvioso y toda la fiesta se celebró al aire libre. Hubo hasta toreo de becerras y el desposado se ensayó en la suerte de banderillas.

Llevaban casi tres años casados Consuelo y Jaime y tenían una niña de dos años que se llamaba María Gabriela cuando ocurrió lo de la cogida en Tarazona de Aragón, de la que salió gracias a la pericia cirujana de don Antonio Valcarres que asistía a la corrida como espectador. Esto ocurrió el 18 de julio de 1963. La convalecencia fue larga y el torero llamó a su lado a su esposa María Consuelo. Pasaron los primeros momentos de peligro, se prolongó la convalecencia en el pueblo de Miraflores de la Sierra, en la provincia de Madrid y allí conocí de las quejas de la esposa que se lamentaba del alejamiento de Jaime y de sus aventuras extramatrimoniales. «Ahora, sí, ahora que se siente enfermo y sin fuerzas quiere que esté a su lado». Debió de ser una época de reconciliación que tuvo como fruto el nacimiento de un hijo, al que se bautizó en la catedral de Nuestra Señora del Pilar el 6 de octubre de 1964 y al que se le impuso el nombre de Jaime María del Pilar. Ofició la ceremonia religiosa don Juan Antonio Gracia, sacerdote y periodista, y fueron padrinos la bailarina María Rosa y don José Turmo Valero. Hubo aperitivo y cena fría en el Gran Hotel de Zaragoza y en el transcurso de la noche María Rosa bailó una jota aragonesa.

Las cosas no mejoraron en las relaciones matrimoniales de Jaime y Consuelo y pronto el torero volvió a sus aventuras más o menos duraderas. Se separaron y a Jaime se le vio muy a menudo con la dominicana Lita Trujillo, hija política del dictador Leónidas Trujillo, una mujer espectacular y con temperamento que fue su compañera durante muchos años, hasta que llegó la doctora María Angeles Grajal, 23 años más joven que él, y se casó con ella y con la que creo que ha tenido otros dos hijos, Jacobo y Jimena.

PACO CAMINO Y LOS TRES AVISOS

Francisco Camino Sánchez nació en Camas, Sevilla, el 21 de septiembre de 1940. O sea que tenía 23 años cuando se casó con Norma Gaona, la hija del gerente de la plaza «México», el 16 de noviembre de 1963 en la iglesia de San Juan Bautista, del barrio de Coyoacán de México. Ella traje de satén con leve escote, peinado alto a modo de peineta para sujetar una mantilla de encaje y guantes largos. Él, con traje corto. Había conocido a Norma en 1962, en su primer viaje a México, en donde está considerado como el segundo gran torero español. El primero, «Manolete». A la ceremonia, en el sur del D.F., asistió el ex presidente Miguel Alemán y los toreros «Mondeño», Fermín Rivera y Juan Silvetti, los Chopera y Alberto Alonso Belmonte.

Al cabo de un año nació su primer y único hijo, al que se le impuso el nombre de Francisco. Pero hubo muchas circunstancias que torcieron el buen rumo-



Norma Gaona y Paco Camino en la clásica postal.

bo inicial de este matrimonio. Las desavenencias con el padre de la esposa en plan empresarial que sirvieron hasta para la publicación de alguna viñeta en la que se hacía alusión a la relación del suegro y el yerno en lo profesional. Luego, Norma no se adaptó a su vida en España y, dos años después de la ceremonia matrimonial, vino la separación por «incompatibilidad de caracteres».

Varios años de aventuras sin control hasta que Paco rehizo su vida sentimental con María Angeles Sanz, ingeniero técnico agrícola. Con ella tuvo tres hijos: Rafael (1969), Marián (1971), y Francisco Javier (1973). En este año de 1973 se casó con María Angeles Sanz. En 1978 se retiró del toreo, pero volvió a vestir de luces en 1987 para darle la alternativa a su hijo Rafael en Nîmes, el mismo día y en la misma plaza que Miguel Báez se la daba a su hijo, Miguel Báez «Litri IV».

Dos años después, en 1989, Paco Camino se separó de la Sanz y, cuando parecía que ya no iba a reincidir en el asunto del matrimonio, nuevamente se casó a los 54 años, el 4 de noviembre de 1994, con Isabel Sánchez-Flor, diecisiete años más joven que él, en el juzgado de El Puig, en Valencia, y con la presencia de sus hijos Rafael, Marián, casada con Jorge Bazaco después de su noviazgo con «Finito de Córdoba», y Francisco Javier. Tres avisos, tres matrimonios. Y esperamos que este último sea el definitivo. Grande como lidiador con capote y muleta, todavía no se le ha hecho justicia a su gran calidad como estoqueador, aunque fuera en esta suerte en la que sufrió sus más graves cornadas. Pero no habrá más avisos. El fundón guarda sus espadas y el sesentón de pelo blanco, el que fuera «Niño Sabio de Camas», ya ha encontrado su definitiva felicidad.

LA MONOGAMIA MAL ENTENDIDA DE MANUEL BENÍTEZ

La crónica rosa y sentimental habla de los muchos amores que tuvo Manuel Benítez «El Cordobés». Y hasta alguna otra noticia nos ha traído en los últimos años el relato de la pretensión del reconocimiento de una paternidad que el torero no ha admitido nunca. Y existe, y con buen nombre y excelente son en lo personal y en lo taurino, un torero que, aunque nació en la provincia de Madrid, lleva el apodo de «El Cordobés» en razón a esa supuesta paternidad. Pero lo importante es reconocer que, pese a toda esa bulla que se ha armado alrededor de la figura de «El Cordobés» primero, lo cierto es que Manuel Benítez es un monógamo empedernido.

Vayamos por partes: se dice que su primera novia fue Angelita Sánchez, de Palma del Río, la que le regaló la medalla de su Primera Comunión cuando Manuel fue desterrado por orden de don Félix Moreno, harto de que él y Juan Horrillo le robaran las naranjas y le torearan sus toros. Angelita era la hija del



Martina ha sabido mantener la unidad en el hogar de «El Cordobés».

capataz de la hacienda de don Félix y su padre le obligó a escribir una carta en la que le decía que «comprendía que nuestro noviazgo no puede ser, que es una temeridad».

A partir del ascenso a la fama de Manuel Benítez «El Cordobés», las noticias se multiplican y lo mismo se dice que la norteamericana Elizabeth Caines le quiere endosar un hijo aprendiz de cantante, con guión y letra de Lauren Postigo, como que se va a casar con Soledad Miranda en abril de 1964, cuando ella se iba a Hollywood para hacer una película con Víctor Mature, tiene amores con Ava Gardner, Avelina Romero, Brigitte Frayse, que no tiene nada que ver con Martina, Carmina Lozano, Susana Bellver, su compañera en la película «Chantaje a un torero», Lolita Amores, Alejandra Díez, Sylvia Roig, la mexicana Carmen Miranda, la actriz californiana Angela Abnaty y hasta dicen con Malene Dietrich o Brigitte Bardot que, excluyente, afirmó en *El Ruedo* que «Manolo es el hombre más macho de todos los ibéricos...», aunque no me gusta que mate a los animales». Quizá recordaba su aventura fallida con Luis Miguel. Y con Danielle, otra francesa rubia y explosiva.

—Le digo «mon amour, mon amour».

—¿Y cómo te arreglas con la inglesa?

—Le digo «yes».

—¿Y con la escocesa?

—Me la tomo con agua.

Era un tema que se lo tomaba a la ligera, como cuando dijo que iba a gastar los motores de su avioneta para ir a ver a una holandesa, Patricia, con la que aseguraba que hablaba en francés, en inglés y por teléfono. Y salió en muchas fotos con «Marisol» cuando fueron padrinos del hijo de Camen Sevilla y Augusto Alguero. O, allá en Perú, con María Luisa Montero «Marilucha», la «Elsa Maswell» peruana que decía que se sentía más como su madre que como su novia. O Geraldine Chaplín o «La Greca» y algunas más que se escapan a nuestra investigación, pero que, sin duda, tuvieron algo que ver en la vida de Manuel Benítez. Aunque algo que ver ligero y pasajero.

Sin embargo, solo hay una mujer en la intimidad de su vida familiar: Martina Freysse (otros dicen Fraysse). Y desde fecha muy lejana. Algunos afirman que desde 1965. Lo que es seguro es que en 1968 nació la primera hija de ambos, María Isabel, que en 1972 nació el segundo, Manuel María, y que el 11 de octubre de 1975 Martina estaba embarazada de su tercer hijo cuando Manuel Benítez decidió que había llegado el momento de contraer matrimonio.

La ceremonia se celebró en la ermita de Nuestra Señora de Belén, en Palma del Río, y los padrinos fueron Sebastián Almagro, el piloto que enseñó a volar a Benítez, y la hermana del torero, Angelita Benítez. Los dos niños se quedaron en Villalobillos a la espera de sus padres. Luego nació Rafael y, a continuación, Martina y Julio. La Freysee, de Biarritz, ya vivía en Villalobillos desde hacía más de ocho años y en su discreción creo que está su éxito de haber

encauzado con paciencia y sin estridencias la monogamia de un hombre que ha pasado a la historia como un conquistador impenitente.

LA PALABRA DE SEBASTIÁN PALOMO

Estaba yo en San Sebastián el 15 de agosto de 1972 y aquella tarde un toro de Osborne le fracturó el húmero izquierdo a Sebastián Palomo «Linares». Antes de la corrida charlé con él de muchas cosas y, entre otras, le pregunté sobre el rumor de que había roto con Marina Danko:

—Soy hombre de palabra y, cuando regaño, regaño para siempre.

Bueno... A Sebastián se le vio con la actriz Gina Lollobrigida en la plaza de «Las Ventas» y ella confesó que «le gustaban las aventuras corteses». Pero la diferencia de edad era mucha. Luego se le vio con la actriz americana Sibi Danning. Solo eran apariencias. Lo de Marina continuaba vivo.

Años después, Marina Danko confesaba: «Le conocí, exactamente, hace diez años (lo decía en 1980), en Palma. Yo estudiaba en Madrid, en Santa María del



Sebastián y Marina siguen con atención las palabras del sacerdote.

Camino, y mis padres me llevaron de vacaciones a Palma: En el hotel, un día, una amiga mía se levantó a pedirle un autógrafo a Sebastián y él le pidió que me presentara. Además, estaba con un grupo de amigos colombianos que conocían a mi familia y empezamos a hacer amistad poco a poco. Pero a mí no me dejaban salir porque era muy joven y la idea de que fuera un torero no les hacía mucha gracia».

Pero Sebastián Palomo no cumplió su palabra y el día 26 de abril de 1977 se casó con Marina Danko en la iglesia de los Jerónimos, de Madrid. Marina vestía un traje de Pedro del Hierro en organza blanca y velo de tul que le salía de un complicado moño bajo sujeto con más de doscientas horquillas. Ella tenía 22 años y Sebastián, de corto, 30. Son padres de tres hijos: Sebastián, Miguel y Andrés.

JUAN ANTONIO RUIZ «ESPARTACO»: BODA SECRETA

Fueron varias las mujeres que tuvieron alguna relación con el de Espartinas, aunque la más significativa fue Juanita Valderrama, en 1985, hija de Juanito Valderrama y Dolores Abril. Ciertos rumores de amistad con Chabeli Iglesias y una tormentosa amistad con Perla Christine Blond Shella, una aventurera del cine porno que quería escribir un libro sobre toros y publicarlo en Italia. Pero el gran escándalo, no sé si con otros intereses, lo provocó Josefa Delgado Molano cuando en 1987 demandó a Juan Antonio Ruiz Román por la supuesta paternidad de su hijo Francisco Javier.

Hubo una cédula de requerimiento del Juzgado de Primera Instancia número 2 de Sevilla con fecha del 19 de octubre de 1987 para «el reconocimiento de paternidad y para que el torero se sometiera a la prueba pericial en los términos concretos y específicos que se señalaron en el escrito de 24 de septiembre pasado para llevarse a efecto por el servicio de Inmunología de la Ciudad Sanitaria Virgen del Rocío, procediendo por medio de la presente a fin de practicarle las pruebas analíticas que dicho servicio estime indispensables para la realización de la prueba propuesta».

Sea lo que fuere, la prueba resultó negativa pese a las protestas de Josefa Delgado que aseguraba que se había quedado embarazada en Granada y el torero siguió su camino con apenas sobresaltos hasta que surgió su relación con Patricia Rato, a la que se oponía la familia de la novia. La pareja se «lío la manta a la cabeza» y en el verano de 1991, en la ermita de Loreto de Espartinas, Sevilla, a las seis de la mañana, contrajeron matrimonio Juan Antonio Ruiz «Espartaco», 29 años, con Patricia Rato, 22 años, en la más estricta intimidad, con la sola asistencia de los padres y los hermanos del torero. A pesar de ello, la novia vistió un elegante modelo de raso y se tocó con un velo de tul y el no-



Pese a la intimidad de la ceremonia, «Espartaco» y Patricia Rato vistieron las mejores galas.

vio un terno corto y camisa de chorreras. No hubo más celebración y «Espartaco» se fue a torear a Plasencia, en donde Victoriano Valencia le sorprendió en el patio de cuadrillas con este comentario: «Hueles a casao». El matrimonio, que ha sufrido los avatares de la lesión de Juan Antonio en una rodilla que le tuvieron cuatro años sin poder actuar en los ruedos a partir de 1995, tiene dos hijas y espera un tercer vástago en la temporada en la que, después de su reaparición, está en gira de despedida de todas las plazas españolas.

MARTÍN PAREJA-OBREGÓN, EL BREVE

Tenía Martín Pareja-Obregón una guapa novia, Macarena de la Paz Aranda, que se dedicaba al estudio de la danza y, al cabo de los años, decidieron pasar por el altar, cosa que hicieron el 1 de octubre de 1993 en la parroquia de San Isidro, de Sevilla. Ella vestía un elegante traje de raso sin escote y se tocaba con una diadema de la que salía un velo de tul. Él, con rico traje corto con grandes botones de plata y chaleco bordado. El acta matrimonial la firmaron como testigos Juan Antonio Ruíz «Espartaco», Cayetana de Alba y el conde de la Maza. Pero la felicidad duró poco y antes del tercer aniversario de la boda se rompieron los lazos de unión y cada uno se fue por su lado.

Martín hizo una activa vida social y se le relacionó con Terelu Campos, que se había separado de Miguel Ángel Polvorino, si bien esta relación duró apenas tres meses.

Pareja-Obregón se fue a torear a México y, a principios de 2001, se casó con Lilian Abarca Vargas en Cuernavaca, en Morelos, en un restaurante propiedad de la novia. A los novios los había presentado Bertín Osborne y el flechazo fue fulminante con el testimonio de don Marcelino Miaja, propietario de la ganadería de San Martín. Esto era por el mes de enero del comienzo del siglo XXI, pero para la Feria de Abril de Sevilla Martín había abandonado a su esposa mexicana y había regresado a su lugar natal. Apenas tres meses de matrimonio.

LA MADUREZ DE JOSÉ ORTEGA CANO

Año 1992. José Ortega Cano, ya sobrepasados los 35 años, confesaba a una revista: «Como no ha tenido gran suerte en el campo sentimental, todas mis ilusiones convergen en el toro».

«El estado natural de los toreros es soltero. Yo salgo de casa y voy completamente entregado y dispuesto a lo que pueda pasar y, aunque tengo a mi madre, a mis hermanos, no es igual que si dejase atrás a unos hijos y una mujer.»

Tres años después se casaba con Rocío Jurado, no sin antes pasar por la prueba de una denuncia de paternidad en Lima, durante la celebración de la feria



Pareja Obregón parece concentrado en la ceremonia de su primer matrimonio.



Espectacular y colorista la boda de Ortega Cano y Rocío Jurado.

del Cristo de los Milagros. Pelillos a la mar y la gran preparación para la brillante ceremonia que iba a tener como escenario la ermita de Las Vírgenes de la finca de «Yerbabuena», en Castilblanco de los Arroyos, construida a toda velocidad para que fuera el templo que recogiera la felicidad de José y Rocío. Fue el 17 de febrero de 1995. Antes, la pareja tuvo que pasar por la prueba de una grave cogida que sufrió Ortega Cano en Cartagena de Indias, en Colombia. Pero todo se superó y desde entonces Rocío y José, José y Rocío, mi Jose, fueron los protagonistas de la llamada «prensa del corazón». Nunca un torero y sus circunstancias habían llenado tantas páginas de este tipo de revistas hasta llegar al gran alarde en la ceremonia de su boda, la primera de Ortega Cano, 41 años, y la segunda de Rocío que no confiesa la edad. Ella, espectacular con un vestido de seda y encajes de chantilly color champán, escote generoso con los hombros al descubierto, una cinta a modo de gargantilla de la que colgaba un crucifijo, ramo de flores, diadema también floreada y una redecilla goyesca recogiendo la generosa melena, una amplia corte de niñas con cestos floridos y mil quinientos invitados para acompañar a los felices desposados. «Queremos tener niños». Tuvieron que adoptar dos en América, una niña, Gloria Camila, y un niño. José Fernando, y casi cinco años después, el 11 de febrero de 2000, otra fiesta en «Yerbabuena» para el bautizo de los chavales que llegaron a la ermita en coche de caballos y vestidos de flamencos, ella con traje de volantes, y él con traje corto y sombrero ancho. ¡La gracia andaluza!

Ortega Cano dejó el traje de luces y se puso el de ejecutivo como gerente de una empresa de venta de automóviles. Iba y venía, llevaba a los niños al colegio, se mantenía al lado de su esposa cuando se daba algún suceso relacionado con la hija de Rocío y de Pedro Carrasco, la famosa Rocío y sus accidentes de coches, su separación de David Flores y nueva relación amorosa con Fidel. Allí estaba cordial y circunspecto el que fuera buen torero José Ortega Cano. Lucas Soler, en la revista *Epoca*, el 17 de diciembre de 2000, escribió lo siguiente:

«El padrastro de Rocío Carrasco está muy alejado de la imagen clásica del torero y se muestra en sus comparecencias públicas como un hombre comedido, discreto y un tanto apocado. Más que un matador de toros, Ortega Cano recuerda a un pulcro y tímido farmacéutico de pueblo con problemas de estreñimiento. Pese a todo, algún morbillo debió de encontrarle Rocío Jurado cuando decidió acogerlo en su cálido regazo hace ya ocho años. Sin duda la vida de Ortega Cano ha dado un vuelco radical desde que decidió abandonar a su anciana madre para seguir la estela de la Jurado...»

Puede que harto de todas estas cosas, de seguir a la familia en sus comparecencias en público, de sus prudentes declaraciones, José Ortega Cano, Jose para la Jurado, decidió volver a los ruedos para empezar este siglo XXI con el traje de luces como símbolo de su verdadera vocación. Y lo cierto es que como torero y pese a sus éxitos, que los ha tenido, y sus fracasos, que también los ha habido, las páginas de

las revistas especializadas le han dejado en paz hasta que a Rocío le dedicaron un paseo en la bahía de Cádiz y se encontró con la sorpresa de que una lesión en un pie le impidió a su José hacer el paseíllo en Málaga y le permitió estar al lado de su esposa en tan emotivo acto. Pero la temporada sigue y Ortega Cano vuelve a lo suyo, a los toros y a las páginas taurinas. En las otras está como un intruso. Metedura de pata televisiva en ausencia de la señora Rocío, y despedida puede que definitiva con seis toros que lidió en la plaza de Vista Alegre de Carabanchel en el mes de diciembre de 2003.

CÉSAR RINCÓN: LARGO NOVIAZGO, CORTO MATRIMONIO

Cuando vino a España para intentar ser torero, César Rincón ya conocía a Sandra Brideño. El tenía 17 años y ella, 15. Iba y venía en su dura carrera para ser el torero que convenció a la primera plaza del mundo, Madrid, pero el noviazgo continuaba mientras la novia se hacía con un gran prestigio entre los diseñadores de modas de Colombia. Por fin, dieciséis años después de las primeras promesas de 1982, se decidió a dar el paso y el 13 de diciembre de 1997 en la capilla de la finca «Pradogrande», cerca de Bogotá, se casaron el torero y



La diseñadora colombiana vistió a los niños y diseñó su propio traje nupcial.

la diseñadora que, en honor de su propio prestigio, se diseñó su elegante traje de novia, así como los de los cuatro pajes y la pequeña damita de honor que acompañaron a los novios.

César no quiso que las cámaras de televisión estuvieran presentes y seleccionó a los fotógrafos que iban a fijar las imágenes de la ceremonia, en la que estuvieron presentes el presidente de su país, Ernesto Samper, y los anteriores López Michelsen y Belisario Betancur, más unos quinientos invitados entre familiares y amigos. Y a pesar de ello, se consiguió esa especie de ambiente familiar y tranquilo que deseaba el torero, que vestía traje corto muy campero y lujoso.

Pronto tuvieron un hijo, Juan José, pero también grandes diferencias, por lo que apenas habían pasado tres años de esta ceremonia y ya cada esposo iba por su lado. A César le preguntaban en España por esta separación:

—Sí, es cierto, aunque echo de menos a mi hijo. Cuando me separé de mi mujer, ella volvió a Colombia con el niño que ahora tiene dos años y medio. Estoy pasando por un momento muy malo y no me conviene sufrir más. Ahora me pongo a llorar y todo me afecta demasiado.

Vive en su casa de las afueras de Madrid, atiende su ganadería de «El Torreón» que le ha proporcionado algún gran éxito con salida a hombros y está convaleciente de una rebelde enfermedad, la hepatitis C. Superada la enfermedad, volvió a los ruedos en la temporada de 2003.

JOSE MIGUEL ARROYO «JOSELITO» Y SU MIEDO

El torero madrileño se casó en el mes de junio de 1999 y un tiempo después le hizo las siguientes declaraciones a Lourdes Garzón que se publicaron en el «Magazine» de *El Mundo*:

—¿Se casó hace seis meses en una finca de Talavera de la Reina por el juzgado o por la iglesia?

—En el juzgado. Y de viaje de novios a Cuba, ya ve.

—¿Y qué le ha parecido?

—Me ha decepcionado. No me imaginaba tanta falta de libertad. Tenía una idea más... ¿Cómo decirlo?

—¿Más romántica?

—Sí, exactamente. De todas formas, creo que el 26 de junio comencé una vida nueva y muy bonita.

—Hace un par de años usted decía que le costaba imaginarse casado porque le iba a resultar difícil saber si le querían a usted o a «Joselito», o sea, a su fama y su dinero.

—Sí, pero yo he tenido suerte. Me va muy bien.

—Se ha casado con la sobrina de su madre adoptiva. ¿Cómo llega uno a la conclusión de que se ha enamorado de alguien que conoce desde siempre?

—Pues por tonterías... A mí me gustaba, pero lo último que piensas... De repente, te sonríe, la miras, te decides... Hace un montón de años que empezamos a salir juntos, pero ella es muy discreta, no le gusta que le vean por ahí. Yo soy torero, patrimonio de la humanidad, como dice mi amigo, pero hay una parcela en la que no me gusta que entre nadie.

—Seguro que a usted le costó más decidirse a casarse que a ella.

—Sí, yo tenía miedo. Es difícil compartirlo con alguien hasta tu espacio. Cuando te casas, duermes en la misma cama, te rozas en el pasillo... Vamos, que no sabía si ella iba a ser capaz de aguantarme, porque yo tengo mil facetas, mil caras, mil formas de ver la vida dependiendo del momento. Puedo resultar muy brusco, por eso me he ganado tantos enemigos, y sigo con mis manías. Por ejemplo, no me gusta que nadie entre en la habitación de mis trajes de torear. A lo mejor hay dieciocho que guardan ciento y pico tardes de miedo. El que los ve no percibe lo mismo que yo y me da la sensación de que me están robando.

—¿Su mujer trabaja?

—Tener limpia la casa y cuidarme a mí ya es bastante trabajo. Yo procuro ayudar, por lo menos, no dejando muchos trastos por medio, pero la verdad es que no hago demasiado.

—¿Ella trabajaba antes de casarse?

—Sí, en una tienda de ropa.

—¿Y no lo echa de menos?

—No, se ha adaptado muy bien. El amor es ciego. Y, además, ella quería dejar de trabajar.

—Y usted también.

—Sí, yo también, pero no la he obligado.

CRISTINA SÁNCHEZ Y LA CIGÜEÑA IMPACIENTE

Cristina Sánchez ha tenido el gran mérito de vestir el traje de luces, pero sin dejar de ser mujer. El toque de unos pequeños pendientes de perla en sus orejas, la coqueta trenza rubia, sus modales, su voz, todo le acompañaba para que los espectadores no olvidaran nunca que aquel arrojado diestro era una mujer. La estampa se descomponía un poco al ejecutar la suerte suprema, pero no se puede olvidar que la madrileña ha sido capaz de abrir la puerta grande de la primera plaza del mundo, la de su pueblo.

El caso es que, al tiempo que se abría paso como torero, Cristina también tenía sus aventuras amorosas, las más sonadas con el cantante mexicano Pablo Montero, allá por el año 1997 y alguna otra con tintes más publicitarios cuando Manuel Díaz «El Cordobés» actuó varias tardes en su compañía.

Todo quedó como recuerdo cuando se anunció su noviazgo con su banderillero José Alejandro da Silva, portugués, y su inmediato enlace el 2 de junio

de 2000. La novia con un traje de Petro Valverde inspirado en la estética taurina y la ceremonia en el monasterio toledano de San Juan de los Reyes. Los padrinos, los padres de la novia, Antonio Sánchez y María del Carmen de Pablos. Un carruaje tirado por cuatro caballos llevó a la novia hasta el monasterio. El ágape, en el cigarral de las Mercedes y, entre los invitados, los diestros Curro Vázquez, Miguel Báez «Litri», Óscar Higares y Raúl Gracia «El Tato».

El día 20 de enero de 2001 —no hagan cuentas que no salen— nació el primer hijo del matrimonio. Se adelantó la cigüeña.

RECORDATORIOS

Como es natural, hay muchas fechas y muchos datos sobre la vida sentimental de los toreros, pero la mayoría son similares a los de otras muchas personas que viven una vida familiar sencilla y sin complicaciones. En este capítulo he querido reflejar datos de algunas de las circunstancias que han rodeado a ciertos toreros destacados y aquellos otros en los que se dio alguna particularidad más o menos feliz.

Carlos Arruza, novio de Carmen Sevilla en aquellos días de su competencia con «Manolete», se casó con la sevillana María del Carmen Vázquez Alcaide, de 19 años, en 1950. Tuvieron cinco hijos, tres chicas y dos chicos, uno de ellos, Manolo, matador de toros. Al morir Arruza en un accidente de automóvil, su viuda se casó con el matador de toros también mexicano Manuel Capetillo, que antes había estado casado con Sara Flores. De este segundo matrimonio nacieron tres hijos, uno de ellos Eduardo Capetillo, el protagonista de una serie titulada «El Secreto» y transmitida por la primera cadena de Televisión Española.

Paco Muñoz se casó en la iglesia de la Concepción, de Madrid, el 21 de enero de 1953 con Margarita Severino, hermana del ganadero Higinio Luis Severino, de Salamanca. El final del torero de Paracuellos del Jarama fue muy trágico puesto que acabó despeñado en las rocas del Tajo a su paso por Toledo. Se hicieron algunos comentarios que parece que no tienen ningún viso de realidad puesto que se afirmó que el cadáver encontrado en las inmediaciones de la capital toledana no pertenecía al torero y éste se había fugado a México por culpa de sus deudas.

Agustín Parra «Parrita» se casó el 12 de marzo de 1953 con una sobrina de «Manolete», Encarnita Vargas Molina, en la iglesia cordobesa en la que se venera al Arcángel San Rafael. El parentesco con «Manolete» le venía a la novia por el primer matrimonio de doña Angustias con «Lagartijo chico». De los hijos del matrimonio Parra Vargas, uno de ellos fue matador de toros.

En el mes de junio de 1958 se casó **Rafael Ortega** con Josefa Casado en San Fernando, Cádiz, y tuvieron cinco hijos. En un viaje que hice a Barcelona en septiembre de 1967 coincidí en el avión con la esposa de Rafael que acudía a

la ciudad Condal porque su esposo había resultado herido, ella me confesó: «Creo que deberían prohibir torear a hombres casados y con más de tres hijos».

Gregorio Sánchez se casó el 31 de octubre de 1958 con Amparito Galán Frías en la iglesia de San José, de Madrid. Se separaron al cabo de los años.

César Girón se casó en Marsella, en la iglesia de Santa Marta, con Daniella Ricard el 20 de noviembre de 1958. Tuvieron varios hijos y César murió en accidente de automóvil el 20 de octubre de 1971.

Diego Puerta se casó con María Rocío García Carranza, de la familia de los «Algabeño», en diciembre de 1962.

En enero de 1964, en Cali, Colombia, se casó **Curro Girón** con Malena Lozano, Reina de las Flores de Bogotá. Antes se habló de un romance del torero venezolano con una jovencísima Rocío Jurado.

Álvaro Domecq Romero y Maribel Domecq se casaron en la iglesia de San Miguel, de Jerez de la Frontera, en el mes de abril de 1964.

Emilio Ortuño «Jumillano» se casó en mayo de 1964 con la ganadera de El Espinar Angelita Rodríguez Arce y se separaron en 1998, cuando dicen que el torero volvió con una antigua novia de juventud. «Volver a empezar».

El día 3 de noviembre de 1967 en la iglesia de Santa Bárbara, de Madrid, se casaron Carolina Sánchez Marruedo (hija de «El Pipo») y **José Fuentes**. La fiesta se celebró en el hotel Wellington. Tuvieron una niña y se separaron.

En febrero de 1968, en Bogotá, se casaron **Óscar Cruz** y la bailarina María Rosa. El torero colombiano murió en un accidente de coche. María Rosa confesó lo siguiente: «Tuve un amor platónico que no voy a nombrar. En un año me casé con el hombre de mi vida, torero colombiano, con el que tuve una hija que murió cuando tenía 13 años».

Noviembre de 1968, en el convento de San Esteban, de Salamanca, se casaron **Santiago Martín «El Viti»** y María del Carmen García Cobaleda, hija del ganadero Bernardino García Fonseca.

El 25 de mayo de 1969 murieron en accidente de automóvil **Rafael Vega de los Reyes «Gitanillo de Triana»** y su yerno **Héctor Álvarez**, torero venezolano que estaba casado con Pastora Vega, luego compañera del actor Imanol Arias.

En 1973 se casó el portugués **José Falcón** con la catalana Rosa Gil. El 11 de agosto de 1974 el lusitano resultó mortalmente herido por el toro «Cuchareto» de «Hoyo de la Gitana» en la plaza de Barcelona. Su mujer dio a luz una niña el 28 de septiembre de ese mismo año, a la que se le impuso el nombre de Carla Sofía.

En 1975, el 14 de febrero, se casaron Belén Ordóñez, hija de Antonio Ordóñez y Carmina Dominguín, y **Juan Carlos Beca Belmonte**, matador de toros y nieto de Juan Belmonte.

Pedro Gutiérrez Moya «Niño de la Capea», al que no se le conoce romance previo alguno, se casó el 17 de octubre de 1976 con Carmen Lorenzo, en la iglesia de San Esteban, de Salamanca. Tienen dos hijos, Pedro y Verónica Gutiérrez Lorenzo, que son los titulares de la ganadería con procedencia de

Murube. El chico siguió los pasos de su padre y tomó la alternativa en 2004.

José María Manzanares (José María Dols Abellán) contrajo matrimonio con Resurrección Samper el 2 de febrero de 1977. El matrimonio ha tenido cuatro hijos —Ana, Yeyes, José Mari y Manuel— y algún que otro disgusto por el espíritu aventurero de José María padre. También tuvo su idilio con Ana García Obregón. Su hijo, también José Mari, ya es matador de toros.

Julio Robles se casó con Liliana María Mejía en Colombia en 1981. Su vida en común no era muy armónica cuando el 13 de agosto sobrevino la cogida de Beziers de la que quedó tratapléjico. Su esposa estuvo a su lado en su recuperación en Cerbere, Francia, y cuando, en una avioneta de Arturo Beltrán, regresó hasta el aeropuerto de Matacán. Allí también estaba su suegra, doña Noris Garcés. Y, aunque Liliana declaró que «nadie, excepto su madre, cuyo cariño es distinto, le ha querido como yo, Julio ocupa un lugar importante en mi vida», en 1993 la esposa marchó a Colombia y dejó al diestro en su finca de Salamanca. Las cosas marchaban con la dificultad de la obligada inmovilidad del torero que, en los últimos meses, tuvo la compañía de una estudiante de Medicina, pero, como consecuencia de una peritonitis, Julio murió el 14 de enero de 2001. Liliana tenía 17 años cuando conoció a Julio.

José Cubero «Yiyo» murió en Colmenar Viejo en agosto de 1985 y hubo bastantes rumores sobre posibles relaciones amorosas que su hermano dismintió con rotundidad: «Todo eso es mentira. No tenía ninguna, ninguna novia, jamás se ha tomado más de un refresco con ninguna chica. Todo eso que dicen de las novias es mentira».

Vicente Ruiz «El Soro» y la mexicana Luzette Limón se casaron por lo civil en California, el 28 de octubre de 1987. Luego, el 5 de diciembre de ese mismo año, lo hicieron en ceremonia religiosa en Foyos, Valencia.

El 29 de octubre de 1988 se casaron **Juan Mora** y Marisa Martín, hija de José Luis Martín Berrocal, en la iglesia del Santísimo Cristo del Pardo.

Ese mismo día se casaron **Curro Durán** y Consuelo Damián Rubio en el Santuario de Nuestra señora de la Consolación de Utrera.

Y también el 29 de octubre de 1988 contrajeron matrimonio en el Santuario de Nuestra Señora Santa María La Real, de Lorca, **Pepín Jiménez** y Consuelo López de Teruel. En 2001, después de tener una hija, se separaron.

El 20 de octubre de 1989 se casó **Manuel Ruiz «Manili»** con María Jesús Visola Sánchez en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, de Cantillana. El ágape tuvo lugar en la finca «El Judío», de Antonio Ordóñez.

El 20 de octubre de 1990 se casó el rejoneador **Antonio Correas** con María Amador, hija del matador de toros Manuel Amador, gitanos de alcurnia. Se celebró la ceremonia en la Catedral de San Juan, en Albacete.

Victorino Martín se casó el 1 de agosto de 1992 con la funcianaria de la Consellería de Agricultura de Castellón Maite Cachero. El ganadero estuvo casado con Maruja García.

El 31 de diciembre de 1992 se casó **Luis Miguel Campano** con la gobernadora del valle del Cauca, Liliana Eugenia Grijalba, de 30 años, tres más que el torero español. La boda se celebró en Colombia, en Popayán.

El 24 de junio de 1993 se casó **Fernando Lozano**, hijo de Pablo Lozano y sobrino de Manolo, Eduardo y José Luis Lozano, con Yolanda Hoyos.

José Antonio Borrero «Chamaco» se casó en abril de 1996 con Emma Barthe y tuvieron una hija en septiembre de 1997, a la que llaman Manía. Pero el matrimonio no duró mucho y en los ambientes taurinos se decía que el torero onubense tenía una relación sentimental con la rejoneadora Nathalie.

Antonio Chenel «Antoñete» se separó de Pilar López Quesada en 1965, se habían casado en los Jerónimos, de Madrid, en noviembre de 1956, y, después de varios romances de los que algo se ha contado ya, contrajo matrimonio civil en Madrid con Carina Bocos el 2 de abril de 1997. En junio de ese mismo año nació su hijo Marco Antonio. Después del matrimonio civil, «Antoñete» fue a rezarle a la Virgen de la Paloma.

Manuel Díaz «El Cordobés» y Viky Martín Berrocal se casaron el 24 de octubre de 1997 en la iglesia de El Divino Salvador, de Sevilla, en una misa rociera. El banquete, en el cortijo de «El Rocío» con mil doscientos invitados. Su hija Alba nació el 12 de diciembre de 1999. Se separaron y el torero se volvió a casar con la venezolana Virginia Trocone.

Raúl Gracia «El Tato» y Pilar Tormes se casaron el 7 de noviembre de 1997 en el templo de El Pilar de Zaragoza. Ofició el obispo auxiliar de Zaragoza, don Juan J. Omella junto al párroco de la iglesia de El Portillo, don J. Ignacio Blanco. El banquete se celebró en el Gran Hotel. Tienen una niña y esperan otro hijo para el año 2004.

También es curiosa la boda civil de **Paco Ojeda** con María Antonia Marca, hija de su apoderado y que estaba casada con Antonio Somolinos, con el que tenía un hijo, Antonio. Es curiosa esa ceremonia en el juzgado de Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, porque aquel mismo día, en la iglesia de San Nicolás del lugar gaditano, se celebró el bautizo de la segunda hija de la pareja, Doriana. La primera se llama Yolanda. Ambas celebraciones tuvieron un banquete único, al que asistieron unas treinta personas.

En noviembre de 1999 se casó **José Pedro Prados «El Fundi»** con Ana Belén Escolar, en el monasterio de El Escorial.

En el mismo mes y año se casó, en Jerez de la Frontera, **Juan José Pradilla** con Lidia Cabello.

LOS «DONJUANITOS»

Es una especie que se da con frecuencia entre los toreros aunque no aporte carácter. Es un apelativo que se borra inmediatamente con el matrimonio. Han

sido bastantes a lo largo de la historia del toreo, pero en este momento solo vamos a hablar de los vigentes, de Óscar Higares y sus romances varios, con mención especial al de María Bravo cuando se separó de Brouce Willis y el nacimiento de una hija fruto de su relación con la modelo Sandra Álvarez, de Javier Conde y sus aficiones a la música con Marta Sánchez y ahora con Estrella Morente, con la que se casó, de «Finito de Córdoba» y su noviazgo con Marián Camino que se casó con Jorge Bazaco, con Alejandra Prat y de la inevitable Ana García Obregón hasta que ha llegado Arancha del Sol y la puesto fecha y lugar para dejar la soltería: 20 de octubre de 2001, en la Mezquita de Córdoba, en ceremonia oficiada por el Prelado de Honor de S. S. el Papa, don Miguel Castillejo, con banquete nupcial en el castillo de Albayda.

El que tiene mejor historial es sin duda Rafael Camino Sanz. Basta con dar la lista de sus amores: Samantha Fox, una artista de impresionante fisonomía a la que cualquier estudiante coloca encima de su mesa de estudio, Laura Dibildos Valenzuela, con la etapa de su grave enfermedad por el intermedio, Lucía Díaz, madre de dos hijas y tres años mayor que él, la inevitable Ana García Obregón, que parece que quiere batir el récord de amistades masculinas, miss México, de la que Rafael decía que era su ideal de mujer, una tal Natalia, Carmen Morales hija de Rocío Durcal y Junior, Terelu Campos, Penélope Velasco, presentadora de televisión con la que anduvo en 1996 y volvió en el 2000, Nani Gaitán, 1988, miss Fotogenia en Córdoba en el concurso de mises de 1995. Y, de hoy, por último, Natalia Álvarez que ya ha puesto fecha y lugar para el matrimonio: 24 de noviembre de 2001, en la catedral de Oviedo. Otro que pasa a mejor vida.

Quedaba en solitario Jesús Janeiro «Jesulín de Ubrique» en su castillo de «Ambiciones» defendido por sus padres, don Humberto al frente y con la madre que le lleva el desayuno a la cama. Hubo un momento en que se tambaleó la fama conquistadora de «Jesulín», cuando nació su hija Andrea de su relación con Belén Esteban, que ha dado casi tanto juego como la hermana del torero o la Rociño de Carrasco. Y, entre líneas, la hermana del torero, Carmen Janeiro, fue novia del torero Cristo González. Pero vamos con la lista porque «Jesulín» ha cultivado con entusiasmo las relaciones con las mujeres, como bien lo demostró en 1994 en Aranjuez; en 1995, en El Puerto de Santa María, y en 1996, en Granada con los festejos dedicados solo a mujeres, en los que se prohibió la entrada de los varones: María del Carmen Moreno, que quería ser modelo, una tal Viky, de la que hablaba Belén Esteban que iba mucho por «Ambiciones», María José, Natividad Expósito, Rocío, de Ubrique, Francesca, actriz y cantante, «Tuvimos una relación fuerte, pero lo dejamos cuando conoció a Natividad Expósito». Y la madrileña Belén Esteban, a la que conoció en la primavera del 97, se quedó embarazada en noviembre de 1998, se confirmó el embarazo en enero de 1999, la niña nació el 20 de julio de ese mismo año y fue bautizada en febrero de 2000 en Ubr-

que. Ahí estuvo a punto de terminar la historia conquistadora de Jesús Janeiro, recluido en la fortaleza de «Ambiciones», en donde saca las uñas el famoso tigre «Curripipi» o algo parecido. Luego, en 2001, para empezar el siglo bien, «Jesulín» ha vuelto a los ruedos y parece que se ha asentado su toreo y su afán de aventuras amorosas. Es que lo de su hija fue algo muy fuerte y que tuvo pendiente de ella a toda la familia. «Ambiciones no se rinde», lo asegura don Humberto Janeiro. «Jesulín» se ha casado con la alicantina María José Campanario y ha tenido otra hija al tiempo que su padre se busca nuevas aventuras, se separa de su esposa, no quiere abandonar «Ambiciones» y prodiga sus apariciones en los medios de comunicación. Exclusivas para todo y la más jugosa la del bautizo de la infanta Janeiro, operación estética de la madre, amores de la hermana y el hermano Víctor que opta por seguir junto a su madre porque la paga de torero no le da para independizarse. «Jesulín» vuelve a los toros porque la familia es muy larga y aumenta a cada momento.

CAJÓN DE SASTRE

Aquí cabe todo. Es como un recurso para contabilizar los olvidos y para encontrar ubicación a lo que hasta ahora no tiene sitio. Recuerdos, notas de sociedad, el sobrante de un retal o los botones que se cambiaron. Veamos.

El 13 de junio de 1954, en la capilla de la finca «Monte San Miguel», de Aracena, se casaron María del Socorro Sánchez-Dalp y Leguina con el matador de toros **Manolo González Cabello**. La desposada era hija del barón de la Vega de Hoz.

Hijo del conde de Villafuente Bermeja es el matador de toros que se anunciaba en los carteles como **Sancho Álvaro**. En realidad Sancho Dávila Iriarte, ingeniero agrónomo, hombre de gran afición práctica a los toros que se reflejó en la alternativa que le dio Antonio Ordóñez en Valencia. Es tío de Eduardo Dávila Miura, también matador de toros de ascendencia aristocrática por la línea paterna y ganadera por la materna.

María del Carmen Soledad Cervera Fernández, nacida en Barcelona el 23 de abril de 1943, fue miss España en 1961 después de ser elegida miss Cataluña cuando tenía 18 años. A continuación miss Europa y tercera en el concurso de miss Universo en Miami. Estudió idiomas y llegó a dominar el italiano, alemán, inglés y francés además del castellano y el catalán. En 1965 se casó con Lex Barker, el sucesor de Jhonny Weissmuller en la interpretación de Tarzán en el cine. Se quedó viuda en 1973 y se unió a Espartaco Santoni, unión que no duró mucho. En 1980 dio a luz a un niño, al que le puso el nombre de Borja y que se afirma que es hijo de **Manolo Segura**, matador de toros malagueño. El día 14 de abril de 2000, en *La Razón*, el sagaz Jesús Mariñas decía lo si-

guiente: «Un Manolo Segura que cada día es más igual a su hijo Borja; su hijo o eso es lo que certifican».

Tita Cervera, superadas esas aventuras con el actor, el playboy y el publicista que antes fue torero, se casó en 1985 con el barón Heinrich Hans von Thyssen, «Heini» en plan familiar. El barón, en contra de la opinión de su familia, lo que parece natural, adoptó o prohió a Borja y lo considera como un hijo más que hasta tiene ya su propia colección de obras de arte, al tiempo de que la misma baronesa, Tita Cervera, compite en cuadros con su marido. En 1988, el barón cedió su colección al Gobierno español por cuarenta y tres mil millones de pesetas.

Y, para nuestra historia, ¿quién fue como torero el llamado **Manuel Segura Sánchez**, padre de Borja y, por lo que figura en este «cajón de sastre», la baronesa Thyssen? Nos lo cuenta Ventura Bagüés «Don Ventura»: «Nació en la ciudad de la Caleta el 1 de marzo de 1934, y vistió por primera vez el traje de luces para actuar como banderillero, el 8 de septiembre de 1949, sin haberse puesto jamás delante de una res. Llevaba toreadas unas veinte novilladas sin caballos como matador cuando actuó con ellos el 16 de mayo de 1954 en la plaza de su ciudad natal, y el 1 de agosto del mismo año se presentó en Madrid con gran éxito (cortó las dos orejas), al estoquear ganado de José Tomás Frías con Mario Carrión y Miguel Montenegro. Terminó aquella temporada con veinte novilladas toreadas. En 1955 realizó una campaña excelente y tomó parte en 42 novilladas. Descendió en los dos años siguientes, pero en 1958 dio un empujón que le permitió tomar la alternativa en Málaga el 6 de julio, de manos de Julio Aparicio y actuando de testigo «Chicuelo hijo», con toros de Juan Pedro Domecq. El de la cesión llevaba por nombre “Gachito”, negro, y como matador de toros despachó en tal temporada 16 corridas. Esta alternativa la confirmó en Madrid el 27 de septiembre de 1959, de manos de Antonio Bienvenida mediante la cesión de un toro de “El Pizarral”, actuando Manolo Vázquez de segundo espada».

«Y con decir que acabó toreando una corrida en 1961 queda dicho de este Segura cuanto pueda interesar».

Faltaba lo de que se dedicó a la publicidad, lo de su paternidad del varoncito Thyssen y que se casó el 20 de julio de 1964 con la deportista inglesa Tony Congdor.

Antonio García «Maravilla», del barrio madrileño del mismo nombre, matador de toros desde 1934 y en Santander, luego apoderado y empresario de Carbachel, padre de Rafa, uno de los creadores de «Escala en Hi-Fi», se casó con Rosarillo de Triana.

Ángel Peralta tuvo muchos romances y algún sonado disgusto con los caballos a la puerta de la cárcel para recibirlo. Y uno de los de más ruido fue el que tuvo con la hija del ganadero Rufino Moreno de Santa María, ciertos recuerdos con la hermana de los Molero, ganaderos de Valladolid, y la artista Car-

men de Lirio, en los que entraba en liza con los afanes del gobernador Baeza Alegría, del que se decía que cumplía fielmente con sus obligaciones «por la mañana, el cirio (en las procesiones), y por la tarde, la Lirio».

Ángel Peralta se casó con la ginecóloga María Encarnación Rizo, con la que tuvo un grave accidente de automóvil el 14 de marzo de 1992.

Pedro Martínez «Pedrés» se casó con la cantaora Teresa Jareño, de Villarrobledo.

Andrés Vázquez se casó con Concha Velao Gonzalo y ha tenido cinco hijos. Esto es lo que opina la esposa: «No creo en el mito de que la mujer da mala suerte si acude a la plaza a ver una corrida. Yo voy siempre y a él le gusta. Creo que no es problema de mala suerte. Existe una serie de gente un poco ancestral que no le gusta que la mujer del torero se exhiba mientras éste se está jugando la vida en el ruedo. Cuando veo a Andrés al lado de un toro, siento una sensación muy extraña, algo así como si me estuviera muriendo. Claro que si me quedo en casa sufro mucho más».

Doña Sol, la duquesa de Santoña, pariente de la Alba, que dicen que era amiga de Alfonso XIII, era muy partidaria de Marcial y Pepe Luis, de «Litri», Diego Puerta y Paco Camino. Iba a los toros con su hijo Jimmy Ardales, al que se le notaba muchísimo su afición por cómo se colocaba el sombrero y cogía los prismáticos.

El 25 de noviembre de 1991, cerca de Nîmes se suicidó Christian Mantcouquiol «**Nimeño II**», de 37 años y casado con la odontóloga Isabelle y con dos hijos, un chico de 7 años y una niña de 4 años. Fue matador de toros y sufría una paraplejía.

El 9 de agosto de 1995 murió **Luis Procuna** en un accidente de aviación ocurrido en Miami cuando iba camino de San José de Costa Rica. El avión cayó en las faldas del volcán Chiuchotepec. En el accidente también murieron la esposa del diestro mexicano y un grupo de mariachi. En total, 65 personas.

Al torero madrileño **Antonio Sánchez**, dueño de la famosa taberna del barrio madrileño de Progreso, le recomendó Zuloaga que pintara desnudos femeninos como buen ejercicio para adquirir soltura en este arte y el buen torero le hizo caso y se buscó a una vecina, guapa y bien plantada, que se quitaba toda la ropa pero que se mantenía con los zapatos puestos mientras posaba. No quería estar totalmente desnuda.

El mes de marzo de 1991 murió en Lima **Rafael Santa Cruz**, el torero más negro que estaba casado con la española Carmen Castillo González. Sus cenizas fueron arrojadas al río Rimac, junto a la plaza de toros de Acho.

Julio Aparicio se casó con la bailaora Malene Loreto y tuvo dos hijas y un hijo, Julio, otro matador de toros más en la línea materna, gitana, que en la castellana del padre.

En los últimos días del mes de agosto de 2001 se dijo que **Miguel Báez «Litri IV»** se había marchado a un crucero con la hermana del Rey de Marruecos,

Lala Hansa y que había instalado un helipuerto en su finca de Huelva para tener discreto contacto con su novia marroquí, que es separada y tiene dos hijas. El torero onubense nacido en Madrid siempre ha sido un hombre discreto que ha defendido su intimidad. Se casó el 19 de junio de 2004 con Carolina Adriana Herrera en la finca de «Los Guateles», de Aliseda (Cáceres). La madrina fue Conchita Spínola, madre del novio, y el padrino, padre de la novia, Reinaldo Herrera, marqués de Torrecoosa. El traje de la novia lo diseñó su madre y Miguel Báez «Litri IV» lució un elegante chaquet.

EPILOGO

En esto de las noticias del corazón no se acaba nunca y cada día surgen nuevas situaciones que pueden dar al traste con los proyectos anunciados y generar inéditos romances. A este romance de amores y desamores nunca se le puede poner el último verso.

No quiero olvidar algunos acontecimientos del año 2004. El 20 de febrero, el mismo día en el que yo me presentaba como charlista en Las Ventas del Espíritu Santo, sesenta y cinco años después de que en esa plaza viera mi primera corrida de toros, se casó en uno de los salones del Hotel Palace, de Madrid, Manuel Francisco Molés Usó con su compañera de trabajo María José Ruiz, con la que llevaba más de doce años de relaciones y colaboración.

Manolo se había casado antes, a finales de los 60, con Angela Novo, secretaria de *Fiesta Española*, revista de la que yo era director y Manolo mi mano derecha y, en muchas ocasiones, hasta mi izquierda.

El 10 de junio de este año 2004 contrajo matrimonio el matador de toros Víctor Puerto (Víctor Sánchez Cerdá) con Noelia Morgatón, Miss Ciudad Real 1998. La ceremonia tuvo lugar en la capital manchega, de la que es oriundo el torero.

Y, como maldito colofón, la muerte, en su casa de Madrid, de Carmina Ordóñez González el 23 de julio de este primer bisiesto del siglo XXI. El inesperado y trágico suceso ha servido para que los programas de todas las televisiones, tan instructivos y educadores ellos, tan caricativos y misericordes, hayan vivido un verano esplendoroso, con los «malignos» y hasta sus familiares hociendo en las desgracias y equivocaciones de una mujer prima, sobrina, nieta, hija, esposa y madre de toreros (la larga lista presidida por Domingo Dominguín padre, Cayetano Ordóñez, Francisco Rivera «Paquirri» y Francisco Rivera Ordóñez) que pudo tenerlo todo y que acabó perdiendo hasta la vida.

Después de mi larga faena, el estilo «ponciano» o «poncista», ya me gustaría haber alcanzado la madurez y la profundidad del de Chiva, y, antes de que escuche los tres avisos, me acerco hasta la barrera, tomo el estoque de cruceta y acierto al primer golpe. Por fin. Pero no dudo que esta historia tendrá profusa continuación. La vida sigue aunque nosotros nos vayamos.

